

Alianza Universidad

Charles Tilly

Grandes estructuras,
procesos amplios,
comparaciones enormes

Versión española de
Ana Balbás

Alianza Editorial

Título original. *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*. Esta obra se publica por acuerdo con The Russell Sage Foundation, New York, N.Y., U. S. A.

*a Samuel Huntington Beer,
inspirado profesor de Grandes Estructuras,
Procesos Amplios y Comparaciones Enormes*

Copyright © 1984 by the Russell Sage Foundation
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1991
Calle Milán, 38, 28043 Madrid; teléf. 200 00 45
ISBN: 84-206-2671-6
Depósito legal: M. 14.435-1991
Impreso en Lavcl. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

INDICE

Prefacio	11
1. Equipamiento intelectual	15
Preocuparse por el cambio social	15
Los pensadores se enfrentan al cambio	20
¿Qué estaba ocurriendo?	22
Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes	25
¿Qué hacer?	29
2. Cuatro postulados perniciosos	33
Principios falsos	37
La sociedad es una cosa aparte	37
Los sucesos mentales originan el comportamiento social	43
«El cambio social» es un fenómeno coherente	51
Teorías de los estadios	59
3. Cuatro postulados perniciosos más	62
La diferenciación es un proceso rector progresivo	62
Diferenciación <i>versus</i> integración	69
Cambio, tensión, desorden	73
Fuerzas ilegítimas <i>versus</i> fuerzas legítimas	76
4. Comparación	81
Erradicar los postulados perniciosos	81
¿Será la historia total nuestra salvación?	87

La ocasión para las comparaciones enormes (pero no gigantescas)	96
Ninguna seguridad en las cifras	99
Formas de ver	103
Juzgar las comparaciones	108
5. Comparaciones individualizadoras	110
El deseo de individualizar	110
¿Reyes o pueblo?	114
Grietas en la base	118
6. Comparaciones universalizadoras	121
La decadencia de la historia natural	121
Modelos de revolución	127
Las revoluciones de Theda Skocpol	129
7. Identificar la diferencia	142
Cómo y cuándo buscar la diferencia	142
Barrington Moore compara	146
8. Comparaciones globalizadoras	152
Abarcar el mundo	152
Stein Rokkan globaliza	156
Los «mapas conceptuales de Europa» de Rokkan	159
¿Dónde está el fallo? ¿Qué debemos hacer?	168
9. Conclusiones	173
Las tareas a realizar	173
Bibliografía	179
Agradecimientos	198
Indice onomástico	199

PREFACIO

¿Por qué los libros de otros se comportan como dóciles marionetas? Los míos siguen haciendo el papel de Pinocho. Representan sus propios papeles y no admiten correcciones. Como éste, por ejemplo. Cuando me senté a escribirlo, se suponía que el libro iba a ser moderado, reflexivo y equilibrado: un estudio equitativo de los distintos modos de enfocar las grandes comparaciones de estructuras y procesos sociales. Por alguna razón se materializó en algo en cierto modo amenazante. Se pasea por ahí con un cierto aire de confianza y agresividad. Pero detrás del envalentonamiento se esconde una personilla perezosa, indecisa y pusilánime, con patas de madera por piernas. Mi breve libro hace a menudo acusaciones sin decir nombres, evita peleas que alguien podría pensar que serían bienvenidas y fracasa en su intento de especificar cuándo, dónde o cómo ocurrieron los delitos alegados. ¡Incorregible!

Aun así, a pesar de todos sus defectos, adoro a este pequeño bribón. La invitación de la Fundación Russell Sage para escribir un ensayo sobre «investigación comparativa e interdisciplinar en ciencias sociales» supuso para mí la grata oportunidad de reflexionar sobre las virtudes y los defectos de los enfoques que normalmente utilizamos para analizar amplios procesos sociales y para especular sobre sus orígenes. Esa parte del cometido me llevaba a terrenos poco familiares para mí; he pasado muchos años estudiando amplios

procesos tales como la proletarización, la urbanización y la formación de los estados.

Sin embargo, debido al impulso dado a los recientes trabajos sobre procesos amplios, creí oportuno discutir las distintas vías por las que la gente analiza inmensas estructuras sociales como los sistemas de estados y lleva a cabo comparaciones entre ellas. Pero ahí ya me estaba saliendo de mi terreno: aunque en alguna ocasión he especulado sobre grandes estructuras e inmensas comparaciones y he leído atentamente el trabajo de otros al respecto, no he realizado nunca mi propio trabajo empírico serio sobre estos temas. Cuando he trabajado con comparaciones inmensas para mis fines particulares han caído prácticamente siempre dentro de la categoría que este libro denomina comparaciones «individualizadoras»: intentos de clarificar las características del caso analizado en ese momento mediante la contrastación con otros casos bien documentados. Por ejemplo, la familiaridad que tenía con la formación del Estado y la acción colectiva en Francia me ha ayudado a menudo a reflexionar sobre los vínculos existentes entre la formación del Estado y la acción colectiva en Gran Bretaña, y viceversa; pero nunca he realizado una comparación continuada entre dos estados con la intención de identificar principios de variación en la formación del Estado, la acción colectiva o los lazos entre ellos. Y así llegué a la discusión sobre amplios procesos con una gran experiencia, y a la discusión sobre grandes estructuras e inmensas comparaciones como un forastero interesado.

Sin embargo, disfruté talando el nuevo tronco. Insatisfacciones y pensamientos dispersos, acumulados durante largo tiempo, se me echaron encima de repente. Un desorden total de palabras sobre el papel. Algunas parecían dignas de guardar. Algunas de las carencias del libro son, entre otras, la insuficiente aportación de historia intelectual documentada, una revisión sistemática de la literatura existente y una detallada exposición crítica de los textos. Se asemeja más a lo que los franceses llaman una *pris de position*: enunciar una perspectiva para discutirla y explorarla después. Una extensa bibliografía de las obras que he consultado sobre estas materias proporcionará, espero, alguna compensación por los defectos del libro. (Aunque la mayor parte del libro es completamente nueva, he tomado prestada casi toda la discusión sobre Fernand Braudel de mi trabajo «The Old New Social History and the New Old Social History», *Review* 7 [1984]: 363-406.)

Numerosos amigos me ayudaron a dar caza a la ágil marioneta. Aun habiéndoles avisado con muy poca antelación, me enviaron extensas y reflexivas críticas a un primer borrador Rod Aya, Robert Cole, Frederick Cooper, Ronald Gillis, Raymond Grew, Michael Hechter, Lynn Hunt, Ira Katznelson, William Roy, James Rule, Theda Skocpol, Arthur Stinchcombe, Martin King Whyte y Mayer Zald. Me persuadieron para que eliminara algunas ideas imprecisas, aclarara algún argumento oscuro y aportara una mayor documentación sobre alguna de las partes menos plausibles del libro. En una segunda corrección, Daniel Chirot, Robert Merton y (de nuevo) Theda Skocpol aportaron una combinación de crítica y estímulo. Estas provocaron otra serie de revisiones sustanciales.

Mis críticos me hicieron el honor de tomarse el trabajo en serio y de mostrarse implacables ante sus errores. Sus críticas, por desgracia, dejaron claro que ninguna revisión que pudiera hacer a corto plazo convencería a algunos —y mucho menos a todos— de que cada uno de los argumentos del libro fuera correcto. Absuélvanles a ellos y culpen a Pinocho.

CHARLES TILLY

Ann Arbor. Septiembre 1984

Capítulo 1

EQUIPAMIENTO INTELLECTUAL

Preocuparse por el cambio social

El siglo XIX pesa sobre nosotros como una pesadilla. Basta mirar el mapa de cualquier ciudad americana. Sus huellas están por doquier: vías de tren que desgajan una sección de otra; el trazado producto de la especulación, con sus calles y avenidas numeradas y perpendiculares que se repiten hasta el infinito; hacinadas áreas residenciales que una vez sirvieron de refugio a las clases medias suburbanas y que ahora han quedado absorbidas por la mole urbana. Dediquen un paseo por una de estas ciudades a observar con detenimiento. Y fíjense en sus elementos más característicos: la gran nave, el edificio de oficinas, el almacén, la fábrica, la chimenea, las calderas, el poste de electricidad, esa mezcla de personas y máquinas en las calles. En cuanto a las nuevas tecnologías y a los experimentos estilísticos del siglo XX, aquellos que constituyen el instrumental cotidiano llevan aún el sello del siglo XIX.

Lo mismo ocurre con muchas de nuestras ideas e instituciones. En el mundo educativo todavía nos comportamos como si el modo más eficaz de preparar a las mentes jóvenes para la lucha a la que deberán enfrentarse consistiese en dividirlos por edades en grupos de veinte o treinta, colocar a cada grupo en una sala cerrada con un adulto, sentar a los jóvenes en filas de pequeños escritorios, de modo que esa persona de más edad les hable cada día durante horas, les

haga escribir diferentes tipos de ejercicios que ella misma evaluará, les exija que hablen periódicamente en clase sobre los ejercicios escritos, sobre lecturas realizadas o sobre temas generales que ella haya propuesto. (Los jóvenes que sobreviven a una media de una docena de años de este tratamiento pasan por lo general a formar parte de ese mundo aún más peculiar que es el de las lecciones magistrales; allí la persona mayor les hablará sin interrupción durante cincuenta minutos. ¡Muy propio del siglo XIX!)

En estos años finales del siglo XX, el siglo XIX aún domina muchas de las ideas existentes sobre la organización social. En el análisis del cambio social, nos adherimos con lealtad a ideas que fueron construidas por intelectuales del diecinueve. Los intelectuales construyeron esas ideas como reacción ante el asombro que les producía lo que estaba ocurriendo a su alrededor: concentraciones de población, producción, capital, fuerza coactiva y poder organizativo sin precedente. Construyeron ideas sobre cómo la progresiva diferenciación se había convertido en el principal proceso generador de cambio social, ideas que consideraban a la sociedad como un conjunto de estructuras coherentes y frágiles, vulnerables al desequilibrio entre diferenciación e integración, y toda una serie de ideas relacionadas con ellas.

La pesadilla del siglo XIX nos deprime. Espero que este breve libro ayude a aligerar algo la carga. Plantea una pregunta de enorme relevancia: ¿De qué modo podemos mejorar nuestra comprensión de las estructuras y los procesos a gran escala que transformaron el mundo del siglo XIX y de los que hoy están transformando el nuestro? En concreto, la pregunta plantea la cuestión de cómo las comparaciones entre distintos tiempos históricos, lugares geográficos, poblaciones, estructuras y procesos pueden contribuir a esa comprensión. Analiza una serie de relevantes aportaciones al análisis comparativo de grandes estructuras y procesos amplios. Propone además toda una serie de enfoques sobre los estados nacionales, la organización capitalista, los procesos de urbanización e industrialización, y de otras grandes estructuras y procesos a gran escala que difieren a menudo de los enfoques convencionales. Aporta argumentos a favor de un análisis de base histórica de grandes estructuras y macroprocesos como alternativa a los modelos de organización y cambio social que, abstraídos del contexto temporal y geográfico en que surgieron, nos legó el siglo XIX.

¿Cómo surgieron esos primeros modelos? Antes de que los académicos los codificasen, los hombres de acción los adoptaron para poder interpretar las nuevas y sorprendentes experiencias propias del siglo XIX. Dejemos que sea el propio siglo XIX el que hable.

«Las máquinas están acabando con todas las clases», declaró Johann Weinmann en 1849. Weinmann maestro calcetero en Erlangen (Alemania), describió la máquina como «la destructora de hogares, la ruina de la juventud, la inductora del lujo, la culpable de la destrucción de los bosques, la pobladora de los talleres, y muy pronto la compañera de sublevaciones generales» (Shorter, 1969:206). Weinmann compartía sus ideas con el rey Maximiliano de Baviera. En el ocaso de la revolución de 1848, el rey Max organizó un concurso de ensayos sobre posibles soluciones a la situación de miseria en que se encontraba Baviera, y también el resto de Alemania. El escrito de Weinmann llegó junto a otros seiscientos.

Desde Ansbach, por ejemplo, el oficial de policía Carl Seiffert envió unas propuestas que reflejaban una preocupación similar: «Ahora que los más ricos engrosan sus filas con moderación y se sienten profundamente conservadores, las clases bajas están creciendo desmesuradamente y está surgiendo un inmenso proletariado que, de no abrirse alguna válvula de escape, pronto exigirá que se repartan las propiedades de los ricos» (Shorter, 1969:201). Aunque Seiffert no compartía la preocupación de Weinmann por la máquina, ambos escritores temían el crecimiento de un proletariado inmoral y previnieron contra su amenaza a la propiedad y al orden público.

Tres temas se repetían en los escritos que recibió el rey Max: superpoblación, mecanización e inmoralidad. Los ensayistas de clase media opinaban que una alimentación inadecuada del proletariado, la migración del excedente de población rural y el consecuente crecimiento acelerado de las ciudades estaban generando nuevos peligros para el orden político y moral. Muchos pensaban que las máquinas suponían una amenaza para la humanidad. Argumentaban además que la combinación de superpoblación y mecanización disolvía los viejos controles sociales, propiciando consecuentemente la ruptura, la rebelión, el crimen y la violencia. Se estaba produciendo la desintegración de las formas tradicionales. Al menos eso pensaban ellos.

Los honestos habitantes de los burgos del siglo XIX encontraban,

muchas de las cosas propias de su siglo confusas e inquietantes: el rápido crecimiento de las ciudades, la mecanización de la industria, la insubordinación de los pobres. Intentando poner orden a estas cuestiones, construyeron un análisis del cambio social y de sus consecuencias basado en el sentido común. Ese análisis burgués postulaba una carrera interminable entre las fuerzas de la diferenciación y las fuerzas de la integración. Siempre que la diferenciación actuara con mayor rapidez que la integración, o siempre que la integración se debilitase, se produciría el desorden.

¿A qué se considera diferenciación en esta formulación? Urbanización, industrialización, especialización ocupacional, expansión de los mercados para el consumidor, extensión de la educación —cualquier cosa que pudiese conllevar distinciones entre las personas, o el contacto entre seres diferentes entre sí.

¿A qué se consideraba integración? Una sensación de igualdad, de creencias compartidas, de respeto por la autoridad, de sentirse satisfecho con pequeñas gratificaciones, de miedo a la desviación moral —esencialmente, un conjunto de hábitos y actitudes que empujaban a la gente a reproducir la estructura de gratificaciones y de autoridad existentes.

¿A qué se consideraba, entonces, desorden? A pequeña escala, a la violencia popular, el crimen, la inmoralidad y la locura. Si la urbanización, la industrialización y otros cambios ocurridos en la esfera de la diferenciación se produjesen sin el correspondiente reforzamiento del sentido de la igualdad, de las creencias compartidas, etc., estos males amenazarían a individuos y familias. A gran escala, a la rebelión popular, la insubordinación y el conflicto de clases. La extensión de la educación, la expansión de los mercados, la especialización ocupacional y otras formas de diferenciación también originarían estos peligros, a menos que el respeto por la autoridad, el miedo a la desviación moral y otras formas de integración relacionadas con éstas se desarrollasen simultáneamente —o al menos sobreviviesen—. A cualquiera de las dos escalas, una victoria de la diferenciación sobre la integración supondría una amenaza a la seguridad burguesa.

Los maestros calceteros y los oficiales de policía no fueron los únicos en percatarse de la pugna entre diferenciación e integración. Sus análisis no diferían en lo fundamental de la posición que adoptó el barón Von Stein cuando se dirigió al Parlamento de Westfalia en

1831. El barón estaba concluyendo décadas de vida pública; murió ese mismo año. Stein habló de «los peligros que está creando el aumento en número y en exigencias de las clases más bajas de la sociedad civil». «Esta clase», declaró,

se está nutriendo en nuestras ciudades de aquellos que carecen de hogar, de la clase desposeída, y en el campo de esa masa de pequeños granjeros, usurpadores de tierras, colonos, marginados y asalariados. Fomentan la envidia y la codicia con el apoyo de otros sectores de la sociedad civil. La situación actual de Francia nos muestra la seriedad de la amenaza a la propiedad y a las personas que supone la igualdad de rangos en la sociedad. La fidelidad, el amor, la religión y el desarrollo intelectual son los fundamentos de la felicidad pública y privada. Sin esa base el choque entre sectores mina cualquier constitución. [Jantke y Hilger 1965:133.]

El crecimiento de la población, según este análisis, engrosaba las clases amenazantes, aumentando consecuentemente las diferencias de clase a medida que se expandía la exigencia de igualdad. Los mecanismos de integración —«fidelidad, amor, desarrollo religioso e intelectual»— fracasaron ya antes de que se produjese el ataque. La reciente revolución (de 1830) en Francia había mostrado las horribles consecuencias. La diferenciación arrasó a la integración, y surgió el desorden.

Al final de su larga vida pública, el aviso de Stein resulta irónico. Después de todo, el barón mismo con su aliado Hardenberg había dado los primeros pasos en Prusia para la liberación del campesinado, la relajación de las restricciones para el ejercicio de diversos oficios y para comenzar las reformas de la Constitución instaurada a principios de siglo.

A raíz de ello, el gran terrateniente General von der Marwitz acusaría, unos años más tarde, a Stein de haber provocado «la guerra de la desposesión contra la propiedad, de la industria contra la agricultura, de lo transitorio contra lo establecido, del materialismo puro contra el orden establecido por mandato divino...» (Hamerow 1958:136). Marwitz consideraba que, debido a la desaparición de la autoridad nobiliaria sobre la población rural, el control paternal en los hogares rurales había desaparecido, los jóvenes de las zonas rurales se consideraban iguales al resto, y los jóvenes en general «no desean otra cosa que abandonar su pueblo lo antes posible y establecerse en aquel que tenga una disciplina más laxa y donde el aprendiz pueda hacer el papel de dueño del bar. Como consecuencia, ya no es el mejor, sino el peor o el más vago el que encuentra una

posición en el mundo». (Jantke y Hilger, 1965:136). De súbito nos encontramos con la distinción entre la precaución adaptativa conservadora y la genuina histeria reaccionaria.

Aun así, comparten un tema. Para Stein, Marwitz y otros conservadores o reaccionarios del siglo XIX, el cambio social contemporáneo —en concreto, el aumento de un proletariado libre— amenazaba con acabar con las bases políticas y morales del orden público.

Sin embargo, el análisis básico oscilaba entre un tono radical y un tono reaccionario. Como radical se podía valorar la importancia del cambio, identificando el surgimiento de la clase trabajadora con *die Sozialbewegung*, el Movimiento Social. Como anarquista se podía calificar al desorden —siempre que se orientase en la dirección adecuada— como una fuerza creativa en sí misma. Como reformador y guardián social se podía argumentar que si el ascenso del proletariado generaba desorden, esto no se debía a la disolución de los lazos sociales o a la difusión de la envidia, sino al hecho de que la miseria producía desesperación, y la desesperación generaba acción desesperada. Como liberal se podía considerar que el ascenso del proletariado era inevitable; se podía entonces aceptar la miseria y el desorden como costes del progreso, costes que debían ser controlados pero nunca radicalmente eliminados. Como conservador o reaccionario se podía valorar la integración de tal modo que cualquier cambio sustancial resultase amenazante.

Los pensadores se enfrentan al cambio

En los enfoques anteriores, el balance entre las fuerzas de diferenciación y las de integración determina los límites del desorden. El reformador conservador Stein y el socialista anarquizante Proudhon llevaron a cabo un análisis similar del cambio social y de sus consecuencias basado en el sentido común. Congregaron en torno a dichos análisis a muchos de sus discípulos del XIX. Pensemos en el famoso sumario de los factores que existieron detrás de la Revolución Francesa de 1848 de Alexis de Tocqueville, sumario que elaboró en 1850-1851:

La revolución industrial que en un período de treinta años convirtió a París en la primera ciudad manufacturera de Francia y llevó al interior de sus muros a una nueva

masa de trabajadores a la que el trabajo en las fortificaciones añadió otra masa de trabajadores desempleados de la agricultura.

El gusto por las satisfacciones materiales que, contando con el apoyo del gobierno, acosó incesantemente a la multitud y fomentó en ella la enfermedad democrática de la envidia.

Teorías económicas y políticas recién construidas que impulsaron a las gentes a pensar que la miseria humana era producto de las leyes y no de la providencia y que se podía acabar con la pobreza transformando el sistema de impuestos.

El desprecio que despierta la clase gobernante, y en especial los que ocupan la cumbre —desprecio que llegó a ser tan profundo que paralizó la resistencia incluso de aquellos que tenían más razones para mantener el poder que estaba siendo derrocado.

La centralización que redujo la totalidad de la acción revolucionaria a la toma del control de París y a apoderarse de la maquinaria asamblearia del gobierno.

Finalmente, la movilidad general —de instituciones, ideas, costumbres y hombres— en una sociedad dinámica que había sido sacudida por seis grandes revoluciones en menos de sesenta años, por no mencionar otras múltiples sacudidas secundarias. [Tocqueville 1978:113-114.]

El énfasis puesto por Tocqueville en el gobierno añadió algunos elementos que el barón Von Stein había rechazado en 1831. Cuando se refería a cuestiones de movilidad e integración, Tocqueville se aferró a la interpretación del cambio social y de sus consecuencias basada en el sentido común. En sus reflexiones sobre 1848, el desarrollo industrial y la movilidad de la población constituían un reto al poder integrador del Estado. En su opinión, el Estado contemporáneo no había superado la prueba.

A partir de estas reflexiones del siglo XIX sobre el capitalismo, los estados nacionales y las consecuencias del desarrollo de ambos surgieron las distintas disciplinas de la ciencia social como las conocemos hoy. Los economistas construyeron teorías del capitalismo, los científicos políticos teorías de los estados, los sociólogos teorías sobre aquellas sociedades que se integraban en los estados nacionales, y los antropólogos teorías de las sociedades sin estado. Cada disciplina llevaba las huellas de su fecha de nacimiento; los economistas estaban obsesionados con los mercados, los científicos políticos ocupados con las interacciones ciudadano-Estado, los sociólogos preocupados por el mantenimiento del orden social y los antropólogos aturdidos por la evolución cultural hacia el mundo desarrollado del siglo XIX.

Sin embargo, todas las disciplinas se sumaron en mayor o menor grado a la corriente de pensamiento evolucionista propia del siglo. Para todas ellas, la extensión de la diferenciación —en forma de producción especializada, de individualismo, de grupos de interés u otras formas— aparecía como una ley histórica general. Para todas ellas, la extensión de la diferenciación planteaba el difícil problema de la integración social. El sentido de la evolución se plasmó claramente en las grandes dicotomías sociológicas: status y contrato, *Gemeinschaft und Gessellschaft*, grupos primarios y secundarios, solidaridad mecánica y orgánica.

¿Qué estaba ocurriendo?

Los observadores europeos del siglo XIX no se equivocaban al pensar que se estaban produciendo grandes cambios. Durante varios siglos, la expansión industrial había tenido lugar principalmente en las pequeñas ciudades y en las áreas rurales. Los capitalistas, que se habían venido multiplicando con gran rapidez, habían actuado fundamentalmente como mercaderes y no como supervisores directos del proceso de la manufactura. Así, el proceso de acumulación de capital fue mayor que el de concentración, ya que la proliferación de productores semi-independientes trabajando en los hogares y los pequeños comercios fue la que dio cuenta del enorme aumento del sector de las manufacturas. En esta etapa de capitalismo mercantil, la población europea se había caracterizado por su movilidad, pero ésta se había producido principalmente entre los mercados regionales de trabajo y en los circuitos de migración a larga distancia. A pesar de que los mercados regionales de trabajo y los circuitos a larga distancia únicamente llevaron a un reducido número de emigrantes a las ciudades, la combinación de mortalidad, fecundidad y migración tuvo como resultado un modesto crecimiento urbano. De hecho, muchas ciudades disminuyeron su población cuando se redujo el ritmo de trabajo en los lugares de destino.

Por contraste, durante el siglo XIX el capital se concentró. Los individuos y las compañías capitalistas adquirieron grandes masas de medios de producción, de un volumen hasta entonces desconocido. Los capitalistas tomaron el control directo del proceso de producción y progresivamente se fueron instalando junto a los mercados y

las fuentes de energía y materias primas en lugar de situarse junto a los focos proveedores de mano de obra autosuficiente. La producción, más que el intercambio, se convirtió en el nexo de unión del capitalismo. Consecuentemente, el proceso de proletarización, que había comenzado tiempo atrás en el campo, se trasladó a la ciudad. Grandes compañías que empleaban asalariados bajo una dura disciplina en enclaves urbanos se convirtieron en importantes lugares de trabajo. Los trabajadores emigraron desde comunidades rurales, pueblos y pequeñas localidades hacia las ciudades manufactureras y hacia los empleos industriales, mientras que los agricultores expulsados de sus trabajos se orientaron hacia los servicios urbanos y los trabajos no cualificados. No resulta extraño que Karl Marx, observando precisamente estos procesos, considerase la separación entre trabajo y medios de producción y la conversión del valor del excedente en capital fijo como leyes virtualmente naturales.

Como resultado de este auge urbano del capital, el valor neto de las migraciones del campo a la ciudad se aceleró, las ciudades crecieron a un ritmo vertiginoso, extensas áreas rurales sufrieron un proceso de desindustrialización y se acentuaron las diferencias entre el campo y la ciudad. La mecanización de la producción facilitó la concentración de capital y la subordinación de la fuerza de trabajo. De hecho, en determinadas ocasiones escribimos sobre esta etapa histórica como si se tratase de la historia de las mejoras técnicas en la esfera de la producción. Desde posiciones extremas, el discurso tecnológico postula una «revolución industrial» dependiente de un rápido giro hacia la producción mecanizada en cadena, alimentada por fuentes de energía inanimada, y remonta el surgimiento de la «industrialización» a la etapa de proliferación de fábricas, de máquinas y de ciudades industriales.

En cuanto a la manufactura se refiere, el ritmo de innovación técnica se aceleró, de hecho, a lo largo del siglo XIX. La hiladora «jenny», el telar mecánico y la fundición aumentaron, sin duda alguna, la cantidad producida diariamente por los hiladores, tejedores y fundidores. La máquina de vapor, las cadenas de ensamblaje y las fábricas llegaron a ser cruciales para numerosas ramas de la industria después de 1750. En estos y otros aspectos, el siglo XIX supuso una ruptura con respecto a sus predecesores.

Sin embargo, definir el concepto de reorganización de la producción llevada a cabo en el siglo XIX como una «revolución industrial»

exagera la centralidad de los cambios tecnológicos. Desvía la atención de la enorme transformación de las relaciones entre el capital y la fuerza de trabajo que marcó este siglo. Ignora el hecho de que en todos los países industriales, incluida Inglaterra, predominaron los pequeños establecimientos en casi la totalidad de las ramas de la producción hasta principios del siglo XX. Hasta la era del automóvil, las fábricas de producción en cadena con un horario estricto no se erigieron en los enclaves característicos de la producción proletaria. Más aún, argumentar que la industrialización surge con el desarrollo de la fábrica niega la trascendencia de siglos de expansión de la manufactura por la multiplicación de pequeñas unidades de trabajo conectadas por capitalistas mercantiles. Oculta, además, la gran desindustrialización del campo en Europa que acompañó a la proliferación de manufacturas en las ciudades durante el siglo XIX.

Mientras el capitalismo sufría cambios fundamentales, los estados europeos se adentraban en una nueva era. En la segunda mitad del siglo XVIII, los estados nacionales se habían erigido en los organismos dominantes en la mayor parte de Europa. Los preparativos para la guerra se habían extendido de tal modo, y requerían tales inversiones, que los gastos militares y los pagos por deudas de guerra suponían las mayores partidas de los presupuestos estatales. Los estados más poderosos habían creado enormes aparatos para la extracción de los medios necesarios para la guerra de entre la población, reclutas, alimentos, suministros, dinero, dinero y más dinero.

Paradójicamente, la propia creación de enormes organismos militares redujo la autonomía de los militares y dio origen a grandes burocracias civiles. El sistema de pactos con las gentes para lograr su condescendencia y la cesión por su parte de recursos —dinero, bienes y fuerza de trabajo— impulsó a los funcionarios civiles a establecer límites al control y a la violencia del Estado así como mecanismos para obtener el consentimiento de la población.

Esos mismos estados, sin embargo, continuaron dominando de modo indirecto. Dependían fundamentalmente de los notables locales para lograr poner en práctica sus decisiones, para el cobro de las rentas y para el mantenimiento del orden público. Los notables no obtenían su poder y sus propiedades por deseo de sus superiores en la jerarquía gubernamental. Retuvieron una gran capacidad de

acción de acuerdo a sus propios intereses. Como resultado, gran parte de la tarea de las autoridades nacionales consistió en negociar con los notables locales y regionales. El ciudadano medio participaba activamente en la vida pública, pero casi exclusivamente a escala local o regional. Cuando se vieron envueltos en luchas nacionales por el poder, por lo general esto se hizo por mediación de notables locales o mediante una alianza con ellos.

Todo cambió al llegar el siglo XIX. A pesar de que la guerra siguió incrementando sus costes y su capacidad de destrucción, cada vez exigió un menor enfrentamiento entre los miembros del sistema estatal europeo y, cada vez más a menudo, dirigió sus campañas fuera de Europa. Los gobiernos revolucionarios y reformistas extendieron su autoridad a las comunidades individuales e incluso a los propios hogares. En el proceso de pactar con las gentes para obtener recursos incluso mayores que los hasta entonces requeridos, los gobernantes consiguieron dar un mayor peso a las instituciones representativas, convocaron elecciones nacionales y toda una serie de mecanismos mediante los que las gentes pudieran participar de forma rutinaria en la política nacional.

Bajo la presión de los constitucionalistas, los estados aceptaron responsabilidades en cuestiones como los servicios públicos, la infraestructura económica y el bienestar social hasta unos límites hasta entonces desconocidos. Los responsables de los estados nacionales sustituyeron la represión reactiva por la represión activa; las autoridades reemplazaron la reacción violenta contra la rebelión y la resistencia *in situ* por el control activo de la población y por enérgicos intentos de prevenir cualquier rebelión o resistencia. Estas actividades suplantaron la autonomía de los notables locales y regionales y situaron a los funcionarios en su lugar. Como consecuencia, los notables perdieron mucha fuerza e influencia como intermediarios en los intentos de las gentes por hacer realidad sus intereses. Esos fueron los grandes cambios del siglo XIX.

Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes

Los grandes cambios de organización en la Europa del siglo XIX constituyen el marco para este libro de dos modos complementarios: *Primero* esos cambios crearon el contexto en el que cristalizaron

nuestras ideas actuales para el análisis de grandes estructuras sociales, amplios procesos sociales y enormes comparaciones entre distintas experiencias sociales. Segundo marcaron momentos críticos de algunos cambios que hoy perviven a escala mundial. Entender esos cambios y sus consecuencias es nuestra razón más poderosa para dedicarnos al estudio sistemático de grandes estructuras y amplios procesos. Debemos analizarlos comparativamente a partir de bloques sustanciales de espacio y tiempo, para así poder apreciar hasta dónde hemos llegado, a dónde nos dirigimos y cuáles son las alternativas reales que existen a nuestra condición actual. La comparación sistemática de estructuras y procesos no sólo nos permitirá contemplar nuestra situación con perspectiva, sino que además nos ayudará a identificar las causas y los efectos.

Con el capitalismo y el Estado en rápida transformación, los habitantes de las ciudades, los intelectuales y los detentadores del poder del siglo XIX tenían razones más que suficientes para temer el cambio social. Hicieron esfuerzos serios, incluso desesperados, por comprender lo que estaba ocurriendo. Esos esfuerzos dieron lugar a diversas concepciones del siglo XIX que hoy enturbian nuestro pensamiento.

De una lectura inadecuada de los cambios sociales ocurridos en el siglo XIX surgieron los ocho Postulados Perniciosos del pensamiento social del siglo XX. Incluyen los siguientes principios:

1. La «sociedad» es algo aparte; el mundo como una totalidad se divide en «sociedades» diferentes, cada una de las cuales posee una cultura, un gobierno, una economía y una solidaridad más o menos autónomos.
2. El comportamiento social es producto de procesos mentales individuales, condicionados por la vida en sociedad. Las explicaciones que se dan del comportamiento social conciernen, por tanto, al impacto que tiene la sociedad en las mentes individuales.
3. El «cambio social» es un fenómeno general y coherente explicable en bloc.
4. Los principales procesos del cambio social a gran escala llevan a las distintas sociedades a atravesar una sucesión de estados clásicos en la que cada estadio es más avanzado que el anterior.

5. La diferenciación crea la lógica dominante e inevitable del cambio a gran escala; la diferenciación conduce al progreso.
6. El estado de orden social depende del balance entre procesos de diferenciación y procesos de integración o control; la diferenciación demasiado rápida o excesiva genera desorden.
7. Una amplia variedad de comportamientos reprobables —incluyendo la locura, el asesinato, la bebida, el crimen, el suicidio y la rebelión— resulta de la tensión producida por un cambio social excesivamente rápido.
8. Formas «ilegítimas» y «legítimas» de conflicto, coerción y expropiación se generan a partir de procesos esencialmente diferentes: procesos de cambio y desorden por un lado, y procesos de integración y control por otro lado.

Los ocho constituyen errores. Aunque, de hecho, los estados nacionales existen no hay, sin embargo, una «sociedad» que de algún modo ejerza un control social y que implique una concepción de la realidad comúnmente compartida. El comportamiento social no resulta del impacto de la sociedad sobre las mentes individuales, sino de las relaciones entre los individuos y los grupos. El «cambio social» no es un proceso general, sino un término que engloba procesos muy diferentes entre sí y entre los que existen unas conexiones muy distintas unas de otras. Las teorías de los estadios del cambio social presumen una coherencia interna y una normalización de las experiencias que desaparecen nada más observar la vida social real.

Las dificultades continúan. Aunque la diferenciación sea, en efecto, un importante proceso de cambio, muchos de los cambios de nuestra era suponen una *desdiferenciación*, y para algunos de ellos la cuestión de la diferenciación es secundaria o incluso irrelevante. Simplemente no es cierto que el cambio social rápido genere una tensión generalizada, y que ésta a su vez cree formas alternativas de desorden como una función propia de las vías de escape disponibles. Cuanto más nos aproximamos a ello, más se asemeja la coerción oficial a la coerción criminal, la violencia estatal a la violencia privada, y la expropiación autorizada al robo. Volveremos insistentemente sobre estas dificultades.

Las ocho ilusiones tienen una clara conexión; se deducen de una división radical entre fuerzas del orden y fuerzas del desorden:

orden - desorden.

ORDEN	DESORDEN
sociedad	hecho mental individual
integración	desintegración
satisfacción	tensión
control legítimo	violencia
progreso	decadencia
normalidad	anormalidad

Estas dicotomías radicales se apoyan en la idea de que el orden social es frágil, que la diferenciación amenaza el orden social, que el cambio es arriesgado, que el cambio ilimitado genera tensión, violencia, decadencia y desintegración, y que únicamente el cambio dirigido y restringido conduce a la integración, a la satisfacción y al progreso. Expresan el deseo de los que están en el poder — de hecho o de forma inminente — de mejorar a aquellos que les rodean por medio de la coerción y la persuasión y con los mínimos costes. Mientras continúen promulgando estas ideas, las ciencias sociales del siglo XX seguirán siendo las transmisoras de la sabiduría popular del siglo XIX.

Mi exposición exagera la unidad de pensamiento en el siglo XIX. La oposición entre orden y desorden caracteriza las aportaciones de Durkheim y Tonnies en mucho mayor grado que las aportaciones de Marx o Weber. Tanto Marx como Weber consideraban como muy probable que se instaurase un cierto orden. Pensaban que adoptaría formas demoníacas — de revolución o de carisma — para acabar con el orden existente. Pero Marx y Weber estaban muy alejados de la sabiduría popular del siglo XIX. Tristemente, aquellas líneas del pensamiento científico social que incluían esa sabiduría popular fueron las que perduraron hasta bien entrado el siglo XX.

Afortunadamente, las ciencias sociales que surgieron en el siglo XIX también se tomaron la observación seriamente. El mismo espíritu que llevó a los habitantes de las ciudades y a los burócratas a preocuparse por el desorden emergente impulsó a los reformadores sociales y a las autoridades a investigar las condiciones de vida, a establecer un censo por hogares, a realizar estadísticas y a publicar descripciones documentadas de la vida social. En Europa Occidental, el medio siglo que corrió entre 1870 y 1920 fue la edad de oro de las estadísticas oficiales y de las encuestas sociales, tras ese período,

las estadísticas oficiales y las encuestas sociales mostraron una mayor eficacia y regularidad, pero perdieron gran parte de su riqueza. Por muy imprecisos que fuesen, los resultados de las encuestas sociales supusieron un reto a las teorías del cambio social; como mínimo, los analistas tenían que demostrar la evidencia contraria. Una combinación de crítica mutua y de evidencia acumulada ha permitido aclarar que los ocho grandes postulados del siglo XIX no fueron más que una ilusión.

¿Qué hacer?

Si la noción de una pugna entre diferenciación e integración no nos satisface, si no podemos reducir satisfactoriamente el comportamiento social al impacto de la sociedad sobre las mentes individuales, si la imagen del mundo como un conjunto de sociedades coherentes, cada una siguiendo procesos de cambio similares con cierta independencia con respecto a las demás, nos desvía, si la distinción analítica entre tipos de coerción legítima e ilegítima bloquea nuestra comprensión de los procesos políticos, si no existe tal cosa como un fenómeno general de cambio social cuyas derivaciones y consecuencias podamos nosotros clasificar, entonces gran parte del aparato intelectual que hemos heredado los científicos sociales del siglo XIX no sirve ya. ¿Qué debemos hacer?

Deberíamos construir análisis históricos concretos de las grandes estructuras y de los amplios procesos que caracterizan a nuestra época. Los análisis deberían ser concretos a la hora de referirse a tiempos, lugares y personas reales. Deberían ser históricos para así limitar su alcance a una época definida por el acaecimiento de ciertos procesos claramente definidos, y reconocer desde el comienzo la importancia del tiempo — el *cuándo* pasan las cosas dentro de una secuencia afecta al *cómo* ocurren, que toda estructura o proceso constituye una serie de posibilidades de elección. Los resultados ofrecidos en un momento concreto limitan otros posibles resultados que pudieran obtenerse en momentos posteriores.

Si el trabajo es histórico no requiere una enorme amplitud. Si se trata de comprender el proceso de proletarización, por ejemplo, muchos de los trabajos más valiosos se han realizado en el ámbito de una sola localidad. El estudio realizado por Keith Wrightson y

David Levine sobre Terling, Essex, entre 1525 y 1700 nos dice más del surgimiento de una clase desposeída que montones de ensayos generales sobre el capitalismo. El análisis de Ted Margadan sobre la insurrección de 1851 contra el golpe de estado de Luis Napoleón nos enseña más sobre el actual proceso de rebelión que docenas de amplios enunciados sobre el modelo de revuelta de Europa en su totalidad.

Como hemos visto, los trabajos históricos tampoco tienen que ocuparse de un pasado lejano. Tómese el tratamiento que hace Arthur Stinchcombe de la influencia duradera de la «tecnología social» en los momentos en que una organización decide establecer su estructura básica. Stinchcombe aplica esencialmente el mismo análisis a las estructuras de las ocupaciones industriales, de las fraternidades masculinas universitarias, a los bancos de ahorro, a los sindicatos y a otras organizaciones. Muestra que las organizaciones de un tipo concreto tienden a establecerse mediante esfuerzos discontinuos de gran intensidad, y que las estructuras que adoptan al principio perviven durante largos periodos de tiempo (Stinchcombe 1965:153ss). Siendo el argumento eminentemente histórico, nos trae directamente al presente. Un proyecto de investigación concreto e histórico debe implicar un trabajo a la menor escala posible y puede muy bien referirse a nuestro tiempo.

En el caso de los países occidentales en los últimos siglos, el proyecto empezaría por reconocer que el desarrollo del capitalismo y la formación de estados nacionales poderosos e interconectados dominó el resto de los procesos sociales y configuró todas las estructuras sociales. El proyecto continuaría con la localización de tiempos, espacios y personas en esos dos grandes procesos y con el intento de encontrar la lógica de los procesos. Continuaría con el proceso de creación y destrucción de diversos tipos de estructuras por el capitalismo y por el surgimiento de los estados, y después trazaría la relación de otros procesos —por ejemplo, migración, urbanización, variaciones en la fecundidad y formación de los hogares— con el capitalismo y el sistema de estados. Un proyecto complejo, pero muy satisfactorio.

Este libro supone una pequeña contribución a este programa. Para los países occidentales en los últimos siglos, plantea las siguientes preguntas:

1. ¿Qué procesos fundamentales a gran escala debemos distinguir para poder comprender el modo en que ha cambiado y continúa cambiando el mundo?
2. ¿De qué modo están relacionados entre sí?
3. ¿Con qué estructuras sociales se encuentran esos procesos?
4. ¿Cómo podría una comparación sistemática a gran escala ayudarnos a comprender las estructuras y los procesos implicados?
5. Al plantearnos estas cuestiones, ¿cuánto debemos confiar en los marcos intelectuales que hemos heredado del siglo XIX?

Al intentar responder a estas preguntas, me baso fundamentalmente en una serie de magníficos trabajos que, en los últimos años, han planteado estas cuestiones. La mayor parte de mis ejemplos están tomados de la sociología y de la ciencia política. Son dos campos de las ciencias sociales que producen el volumen mayor de investigación reflexiva, comparativa y a gran escala sobre estructuras y procesos sociales. Me disculpo por omitir alusiones a la antropología, la economía, la geografía y, especialmente, la historia. Pero cada una de ellas plantea problemas concretos que merecen una discusión aparte. En algún otro momento.

Al plantearme grandes preguntas en un breve libro, he eludido muchos de los posibles problemas con los que otros autores se puedan encontrar al dedicarse al tema de «grandes estructuras, amplios procesos y enormes comparaciones». En las próximas páginas no se incluye una discusión en profundidad sobre la lógica de la comparación en sí; «las estrategias para el estudio comparativo de grandes estructuras y amplios procesos» se aproximan más a mis propósitos. Aunque analizo algunos trabajos específicos, no encontrará el lector una lista exhaustiva del pensamiento sobre grandes estructuras y amplios procesos. No encontrará una crítica de trabajos previos sobre análisis comparativo; sí encontrará, en cambio, una breve alusión a los modelos existentes para el análisis de las migraciones, el crecimiento de la población, la acumulación de capital y otros vastos procesos; pero la aportación de técnica y evidencia es insuficiente.

En la mayor parte del trabajo resistiré la tentación de presentar ejemplos de trabajos deficientes en análisis comparativo que, como prisioneros en sus celdas, aguardan el interrogatorio y la vergüenza;

muchos acusados merecidamente languidecen en sus celdas, y seguirán permaneciendo en la oscuridad. Para compensar las ausencias, se incluye una bibliografía que contiene suficientes referencias sobre el tema para alguien que decida emprender una campaña de lectura sistemática.

¿Queda algo por decir después de hacer referencia a estas omisiones? Opino que mucho. Primero, una revisión de los ocho postulados desorientadores que heredamos de la ciencia social del siglo XIX. Además, una discusión sobre las diversas estrategias para la comparación de grandes estructuras y amplios procesos. En ambos casos se requeriría ir observando y especulando sobre lo que realmente ocurrió en la Europa moderna.

Los tres elementos del libro se enlazan perfectamente. La crítica de ideas inapropiadas surgidas en el siglo XIX nos lleva directamente a una búsqueda de comparaciones para comprobar y revisar esas ideas, así como a la formulación de historias alternativas del pasado de Occidente.

Capítulo 2

CUATRO POSTULADOS PERNICIOSOS

Principios falsos

El legado del siglo XIX a los científicos sociales del siglo XX se asemeja a una vieja casa heredada de una vieja tía: deteriorada, recargada, desordenada, pero probablemente recuperable. Valorando la vieja estructura, queremos mantener la creencia en modelos inteligibles de interacción social, la esperanza en que la observación disciplinada contribuirá a hacer esos modelos más inteligibles, la búsqueda de estructuras y procesos fundamentales, el intento de reconstruir los procesos que originaron nuestros actuales modos de vida, y la organización de estos cuestionamientos como una tarea acumulativa y colectiva. Querremos conservar unas cuantas teorías, como la teoría de la acumulación de capital de Marx. Pero también queremos renovar y deshacernos de cosas:

Para deshacer el embrollo debemos rechazar, en primer lugar, aquellos falsos principios generales derivados de la reacción burguesa a los cambios producidos en el siglo XIX. Descartemos las ideas sobre la sociedad como un algo aparte y aquellas ideas sobre las sociedades como entidades artificiales; las que conceptualizan el comportamiento social como la consecuencia de actividades mentales individuales moldeadas por la sociedad y aquellas que consideran que estas actividades mentales son los nexos de unión entre las

personas y las sociedades; las que definen el cambio social como un fenómeno único y coherente; las que se refieren a los estadios que atraviesan las sociedades en su desarrollo; las que consideran que la diferenciación es la lógica dominante e inevitable del cambio social; aquellas para las que una pugna entre diferenciación e integración es fuente de orden así como de desorden; aquellas para las que el desorden en sí mismo, como fenómeno general, resulta de la distorsión producida por un rápido cambio social; y aquellas que propugnan una separación radical entre formas de coerción, conflicto y expropiación legítimas e ilegítimas.

En los últimos años, los ocho postulados perniciosos han perdido algo de su arraigo. Los encuentros de científicos sociales europeos y americanos con el Tercer Mundo, con científicos sociales asentados en el Tercer Mundo y con críticas hacia el compromiso de sus propios gobiernos con el Tercer Mundo han hecho tambalearse todos estos postulados en alguna medida. En la década de 1950, por ejemplo, las reuniones internacionales de expertos en urbanización e industrialización del Tercer Mundo casi siempre concluyeron que el rápido cambio estaba aumentando las posibilidades de rebelión y protesta en los países del Tercer Mundo, que los crecientes barrios bajos de las ciudades del Tercer Mundo alimentaban el crimen y el desorden, y que una excesiva migración a las ciudades por gentes expulsadas de sus tierras estaba creando una situación urbana explosiva.

El sumario del informe de un seminario internacional que tuvo lugar en Santiago de Chile en 1959 clasificaba los «problemas que estaban surgiendo en los países modernos como resultado de la formación de una sociedad industrial» en: 1) disolución de estructuras tradicionales sin reemplazamiento; 2) surgimiento de estructuras sociales contradictorias enfrentadas a individuos con exigencias contradictorias; 3) cambios excesivamente rápidos, incluyendo los de la migración rural masiva. «La mala adaptación se muestra en las tres clases», concluía el informe,

como una falta de normas, o anomía, en el individuo. El comportamiento de las personas está siempre condicionado por una serie de marcos de referencia que guían sus acciones, así como sus modos de sentir y pensar. Pueden ser tanto las más estrictas normas de la sociedad tradicional como los criterios de elección más elásticos típicos de una sociedad industrial. En cualquier acontecimiento, el individuo necesita flexibilidad interna: la aplicación de soluciones prescritas de la elaboración de

diferentes criterios selectivos. Sin embargo, durante un período de transición, el individuo puede encontrarse privado de uno u otro. [Echavarría y Hauser, 1961:54].

EL lenguaje es cauto, pero los contornos del argumento se aprecian con claridad. En general, se acomoda a los postulados del siglo XIX.

Atendiendo ahora a la literatura comparable de la década de 1970, apenas si puedo reprimir una fantasía. ¿Qué hubiera ocurrido si los participantes en la reunión de 1959 se hubieran quedado dormidos en seguida (en la sesión plenaria de una conferencia internacional, algo no del todo inverosímil), para despertarse veinte años después, en medio de otra conferencia internacional? ¡Menuda impresión les habría causado! Consideremos las conclusiones de un cónclave en Delhi en 1978: Los informes y las declaraciones generales rebosan de ideas de dependencia, de penetración capitalista, de estrategias de supervivencia para los pobres y los débiles. «En resumen», comenta el editor del texto,

...la penetración capitalista parece configurar el proceso de urbanización en el Tercer Mundo de diversas maneras diferentes. Conlleva la eventual desintegración del sector de subsistencia rural así como una creciente confianza en la economía urbana informal; una creciente articulación entre los sectores formal e informal de la economía urbana; una creciente diferenciación interna en las ciudades, incluyendo la diferenciación entre castas o grupos étnicos; demandas crecientes por parte del Estado de servicios públicos e infraestructura, mientras la autonomía del Estado se ve debilitada simultáneamente por la intervención extranjera; y la posibilidad de mayores acciones y protestas colectivas contra el Estado por las clases urbanas más pobres, a las cuales se les ha negado constantemente el acceso a adecuadas viviendas, trabajos, educación y otras necesidades. Este proceso ha evolucionado aún más en América Latina, que ha sufrido una experiencia de penetración capitalista más larga que África o Asia, donde en algunas regiones no ha hecho más que empezar. [Safa, 1982:13].

Algunos de los viejos términos y problemas permanecen; el debate aún destaca los problemas de la desintegración y la diferenciación. El vocabulario todavía incluye muchos términos discutibles. Algunos de los cambios introducidos apenas si añaden nuevas etiquetas al viejo bagaje teórico. Aun así, la orientación básica se ha modificado. Ideas como las de anomía, inadaptación, sobreurbanización y cambio excesivamente rápido han desaparecido, mientras muchos participantes en el debate dan por sobreentendido que los problemas teóricos más apremiantes consisten en conectar los acontecimientos locales con las estructuras internacionales de poder,

y en mejorar modelos existentes de dichas estructuras internacionales.

Resumiendo, desde los años 50 los temas clásicos prácticamente han desaparecido del debate académico sobre los cambios en el Tercer Mundo. En esta etapa, una combinación de crítica teórica, sensibilización política e investigación de campo han llevado a los especialistas a ver estructuras por doquier: en lo que una vez pareció ser un abandono apresurado de la tierra, en los suburbios de América Latina, en la política popular del Tercer Mundo.

Otros campos no han alterado sus perspectivas de un modo tan radical. Los estudiosos del crimen, de la fecundidad, de la estructura organizativa y de la religión de la década de los 50 aún tendrían mucho que discutir con sus sucesores de los 80. Sin embargo, y a grandes rasgos, allí donde los especialistas examinan grandes estructuras, amplios procesos y enormes comparaciones, los postulados del siglo XIX han perdido su preeminencia.

Algunos postulados han perdido más terreno que otros. Las ideas de sociedad y de sociedades han sufrido un duro ataque por parte de los partidarios del análisis del sistema mundial, pero ninguna teoría o práctica que haya prescindido de ellas ha pervivido. Gran parte del análisis social aún considera los eventos mentales individuales, y no las relaciones sociales, como el núcleo de la vida social. Con la excepción de lo que ocurre entre los teóricos marxistas, ha pasado de moda el considerar los postulados generales sobre el cambio social en cuanto tales. Las teorías de los estadios han perdido gran parte de su brillo, en parte debido al abandono de las teorías generales del cambio social. La diferenciación aún atrae la imaginación de numerosos analistas sociales, especialmente de aquellos que se preocupan por la fragmentación de la existencia cotidiana. Las teorías más áridas que enfrentan los conceptos de diferenciación e integración han dado lugar a explicaciones de esos mismos fenómenos presumiblemente "desordenados" como si se tratase de un comportamiento organizado y orientado por el interés.

Al mismo tiempo, los expertos se han vuelto mucho más escépticos ante la secuencia cambio rápido/tensión/desorden. Pero ninguna decadencia comparable ha afectado a la noción de que existen dos procesos que subyacen a la coerción, el conflicto y la expropiación tanto «ilegítimos» como «legítimos». Con distinto grado, pero afectados por la misma enfermedad, los ocho postulados

perniciosos aún perviven. A continuación haremos unas consideraciones sobre ellos uno por uno, prestando especial atención a aquellos que habitualmente juegan un importante papel en las teorías de los científicos sociales sobre estructuras y procesos a gran escala.

La sociedad es una cosa aparte

La mayor victoria de la sociología como disciplina académica trajo consigo su mayor derrota como empresa intelectual. El haber persuadido a otros de que existía un espacio aparte llamado «sociedad», así como entidades separadas denominadas «sociedades», les dio vía libre a los sociólogos para justificar sus estudios. Esas premisas justificaron la sociología en un momento dado como esencial e independiente de la filosofía, de la psicología o de la biología. Aunque eran los seres humanos los que habían creado la sociedad, una vez creada ésta tenía sus propias leyes. Pensadores pre-sociológicos como Montesquieu habían establecido anteriormente la práctica de comparar «sociedades» y de distinguir entre las organizaciones formales (especialmente estados) y las estructuras sociales, o sociedades, que les daban forma y sobre las que se apoyaban. Comte, Spencer, Durkheim y otros grandes pensadores del siglo XIX consolidaron esas prácticas en una disciplina denominada sociología. Aquella disciplina prometía explicar la diferencia social y desarrollar medios con los que curar las grietas en el tejido social. Sobre la base de aquellas promesas, sus promotores construyeron un método, una organización y un conjunto de conceptos: sociedad, norma, rol, status, creencias colectivas, etc.

Dentro del mismo proceso surgió una división de tareas. La sociología investigaba la estructura interna de las sociedades ricas y poderosas. Por su parte, la antropología recibió una doble misión: dar cuenta de las grandes diferencias entre sociedades y analizar las estructuras internas de sociedades que no pertenecían al círculo privilegiado de poder y riqueza.

Sin embargo, ese logro cargó a los sociólogos y antropólogos con un peso terrible: la tarea de diseñar las estructuras y los procesos propios de entidades ficticias. Por una cuestión práctica, los sociólogos comenzaron, por regla general, por los estados nacionales existentes y definieron la sociedad de forma residual. Sociedad era

todo aquello que no era el Estado, o todo aquello que no era la organización de la producción, la estructura de la distribución y el Estado. Como dicen John Meyer y Michael Hannan, aunque con cierto titubeo, en la introducción a sus propios estudios sobre desigualdades internacionales:

La mayor parte de estas ideas se encuadran en un mismo marco: existen unas entidades llamadas sociedades en las cuales operan fuerzas hipotéticas. Las sociedades son sistemas interiormente interdependientes, por lo que la transformación de un subsistema conlleva la transformación de todos los demás. Es cierto que determinados factores externos operan en las lindes de cada sociedad, generando presiones de mercado, amenazas y oportunidades políticas, así como innovaciones sociales y técnicas. Pero una vez que estos factores han tenido su impacto en una sociedad, las principales consecuencias tienen lugar a través de los procesos estructurales internos que mantienen la coherencia de la sociedad como un sistema limitado. Dejemos para más tarde los defectos de esta perspectiva, que evidentemente enfatiza en exceso el hecho de que los estados políticos nacionales sean unidades separadas que han sido creadas y que se erigen en dominantes como producto de la historia del desarrollo moderno. [Meyer y Hannan, 1979:3.]

Más adelante, como habían prometido, expresan sus planteamientos. Se cuestionan la legitimidad de modelos y procedimientos estadísticos como los suyos propios, que tratan a los ciento y pico países cuyas características ponen en correlación como entidades coherentes e independientes (Meyer y Hannan, 1979:11-13). Tienen razones de sobra para dudar.

Los antropólogos se han ocupado generalmente del problema de describir las sociedades, bien comenzando por una comunidad local y suponiendo que las definiciones de identidad con otras comunidades enunciadas por miembros de esa comunidad configuran una «sociedad» más amplia, o bien aceptando las entidades políticas —«tribus», «pueblos», «reinos», etc.— que los occidentales encontraron en el curso de la expansión comercial e imperial. También a ellos se les han presentado dudas. A muchos antropólogos que se decantan por el análisis estadístico, por ejemplo, les preocupa el «problema de Galton»: la posibilidad de que, como resultado de la difusión de ciertos rasgos culturales, las «sociedades» adyacentes no constituyan esos casos independientes que uno necesita para realizar un análisis de covariación cultural. (Sobre el problema de Galton no se reflexionó posteriormente: E. B. Tylor anunció el Método Comparativo como el nuevo programa de la antropología en una reunión del Royal Anthropological Institute en 1889; en esa misma sesión, en sus

comentarios al artículo de Tylor, Galton planteó esta misma objeción; como puede verse, esta dificultad ha acosado a la disciplina desde sus orígenes.) (Hammel, 1980:146-147.)

Los etnógrafos que han observado la coexistencia e interpenetración de identidades culturales marcadamente diferentes han dejado de intentar construir un mundo de sociedades claramente separadas. Esas entidades separadas y autónomas son ficticias.

Todos los procedimientos estándar para delimitar las sociedades encuentran serias dificultades cuando llega el momento de demostrar la claridad y la estabilidad de los límites sociales establecidos por estos métodos o de describir las estructuras y los procesos coherentes supuestamente contenidos dentro de esos ámbitos. ¿Cómo? En muchos de los casos, todos los problemas se reducen a dos dificultades fundamentales: primero, cómo establecer límites de una «misma» unidad que sean consistentes en el tiempo, en el espacio, y que sean operativos; segundo, cómo determinar si los límites propuestos delimitan, de hecho, una entidad social diferenciada y coherente.

En el primer caso, cada uno de los criterios —los límites de un Estado nacional, las declaraciones de una comunidad local, las definiciones con derivaciones políticas de los occidentales— agrupa a poblaciones heterogéneas, produce demarcaciones conflictivas de los territorios y las poblaciones afectadas, y/o topa con cambios ocurridos en los límites aparentemente relevantes. ¿Qué límites, por ejemplo, debemos establecer para la «sociedad alemana» cuando Europa contenía docenas de estados cuyos habitantes eran fundamentalmente de habla alemana, y cuando el imperio de los Habsburgo incluía no sólo un bloque sustancial de sujetos de habla alemana sino también a millones de gentes que hablaban checo, rumano, servio, turco y otras veinte lenguas más?

¿Qué decir de aquella sociedad alemana de los tiempos en que las tropas de Napoleón conquistaron importantes poblaciones de habla alemana e instauraron el aparato administrativo del Estado francés en una parte importante de Europa Central? ¿Y de aquella sociedad alemana de los tiempos en que Prusia y otros estados de habla fundamentalmente alemana crearon una unión de costumbres, mientras los emigrantes de sus territorios habían establecido numerosas comunidades de habla alemana en las Américas? ¿Y de aquella sociedad alemana de los días de la República Federal, la República Democrática, Berlín, y la República de Austria —sin mencionar los

enclaves de habla alemana en Checoslovaquia, Francia, Suiza, Italia, Hungría, etc.?

Ningún conjunto consistente de límites podría contener esta diversidad de entidades, ni siquiera su núcleo. No existió una sociedad alemana sin rupturas que atravesase por todas estas permutaciones. Como tal, la sociedad alemana nunca existió.

El segundo problema consiste en definir entidades sociales coherentes y diferenciadas. Sin cierta coherencia y entidad propia, no se puede definir razonablemente una «sociedad» como una entidad autosuficiente con normas, valores, creencias y mecanismos de control dominantes. Carecemos de una garantía a priori de que los actuales límites de los estados nacionales, las declaraciones de las comunidades locales y las líneas occidentales fruto de las conquistas —volviendo a los tres medios más usuales de identificar a las sociedades en sociología y en antropología— marquen los límites de las redes interpersonales, las creencias comunes, las obligaciones mutuas, los sistemas de producción o cualquier otro de los supuestos componentes de una «sociedad».

En principio, nos enfrentamos en una pregunta empírica: ¿Hasta qué punto coinciden los límites de los diferentes tipos de relaciones sociales? Sin duda alguna, hay ciertas divisiones geográficas que separan un amplio ámbito de la vida social; tómense como ejemplo las líneas que separan a Berlín Oeste de Berlín Este, a Haití de la República Dominicana, a Hong-Kong de la República Popular China. No hay duda de que los estados nacionales controlan la emigración, el comercio y otras muchas corrientes a través de sus fronteras. No se puede cuestionar el hecho de que las gentes que viven a ambos lados de la frontera austro-húngara ven esa frontera como algo que restringe las diferencias genuinas.

Estas fronteras políticamente reforzadas no contienen en su interior toda la vida social. Los expertos en geografía económica disfrutaban demostrando lo diferentes que son, tanto en escala como en lo que se refiere a sus contornos, las unidades definidas por distintas actividades o relaciones sociales: lazos crediticios frente a lazos matrimoniales, viajes en busca de víveres frente a viajes para vender ordenadores, etc. Los geógrafos económicos también disfrutaban mostrando la extensión enorme, incluso mundial, de algunos modos de interdependencia: cadenas migratorias intercontinentales, inmensos circuitos comerciales, estructuras profesionales amplia-

mente extendidas, trasvases internacionales de capital. Ambas demostraciones suponen un reto para cualquier noción de unidades sociales claramente delimitadas.

Saboréense, por ejemplo, las palabras finales sobre la noción de región de un geógrafo:

En resumen, las regiones existen de hecho, tienen un significado y podemos delimitarlas. Sin embargo, no son zonas claramente delimitadas en las que las actividades estén confinadas. Por el contrario, las regiones tienen una mayor utilidad como sistema de clasificación, constituyen generalizaciones imperfectas del complejo espacial subyacente, que puede ser definido con mayor precisión como una serie de conexiones de incontables individuos, granjas, plantas y negocios. [Morrill 1970:186.]

Lo dicho se aplica también a regiones a escala de estado nacional o de continente así como a territorios de menor tamaño.

Aunque las actividades y las poblaciones se distribuyen espacialmente según un cierto orden, por lo general carecen de límites precisos. Tales límites para una actividad o población rara vez coinciden con los límites definidos por otra actividad o población. (Cualquiera que intente separar la zona denominada «Canadá» de la zona llamada «Estados Unidos» por medio de canales de comunicación, mercados, lazos personales y otros criterios de interacción pronto descubrirá lo mucho que la vida social rebosa las fronteras legales.) (Véase Bourne y Simmons, 1983:45.)

Si insistimos en permanecer en la idea de que las sociedades son recintos espaciales, tenemos muy pocas elecciones: (1) transformar el supuesto general de la existencia de grupos sociales inmensos, limitados, con una entidad propia y coherentes —es decir, de las sociedades— en una pregunta empírica: ¿hasta qué punto, y bajo qué condiciones, llegan a formarse alguna vez tales grupos?; (2) elegir una sola actividad o relación —ciudadanía, lengua, mercado— como criterio que defina los límites de la sociedad y mantener abierta a la demostración empírica la relación de ese fenómeno con los límites de otros fenómenos; (3) admitir que las relaciones sociales forman ámbitos continuos y delimitar cada «sociedad» de un modo más o menos arbitrario dentro de esos ámbitos.

A menos que en el mundo lleguen a crearse nudos de amistad, parentesco, producción, consumo, poder, creencias y lengua claramente delimitados, cualquiera de los tres procedimientos se compromete al intento de erigir dentro de los límites de una «sociedad» las

normas, roles, creencias, valores, jerarquías, controles y actividades de mantenimiento sobre las que se supone que estamos teorizando. Incluso si todos los aspectos de la vida social tuviesen límites claramente delimitados no sería suficiente. Si los límites de diferentes tipos de acciones no *coinciden*, la idea de una sociedad como un sistema autónomo, organizado e interdependiente deja de ser plausible. Es evidente que no todos los sistemas interdependientes poseen límites precisos. Pero un sistema interdependiente que es distinto de los sistemas adyacentes y que está organizado de acuerdo a reglas impuestas requiere tales límites.

Si el criterio espacial no basta para definir una sociedad, otros criterios funcionan peor incluso. Haremos bien entonces en abandonar la noción de «sociedad» y de «sociedades» como sistemas autónomos. Y haremos mejor en adoptar la idea alternativa de relaciones sociales múltiples, algunas muy localizadas y otras con una escala mundial.

En los últimos años, los defensores del análisis del sistema mundial han aportado una crítica similar de la noción de sociedad, pero concluyendo que el remedio consiste en tomar a la totalidad del mundo como unidad de análisis. Fácil en principio pero difícil de llevar a la práctica. Hasta ahora, los analistas del sistema mundial han logrado mayores éxitos en su aproximación teórica y conceptual al remedio que en lo que a la cuestión metodológica se refiere. De hecho, algunos de los esfuerzos empíricos más visiblemente inspirados por las ideas del orden mundial —por ejemplo, los de Richard Rubinson y Christopher Chase-Dunn— han aportado su evidencia mediante análisis estadísticos de datos sobre agregados nacionales. Introduciendo el modelo de bloques en los análisis del sistema mundial, David Snyder y Edward Kick han logrado representar las relaciones entre estados nacionales como objeto de análisis. Su trabajo proporciona uno de los pocos indicadores del hecho de que se empieza a atisbar un método alternativo.

El que haya un único caso para analizar bloquea la aplicación de procedimientos convencionales al estudio de la variación entre unidades observadas de modo independiente, al tiempo que dificulta el análisis temporal. Pero el que haya habido un único caso no ha impedido que los geólogos hayan ampliado nuestro conocimiento certero sobre la tierra o que los biólogos hayan construido modelos aceptables sobre ecosistemas particulares. La dificultad más seria

reside, en mi opinión, en el salto a la observación de las interacciones y no del comportamiento de unidades individuales. No es inconsistente concebir el mundo como un todo conectado, comprobar si las hipotéticas conexiones existen y examinar las numerosas interacciones para ver si se corresponden con las expectativas que se derivan de nuestros modelos de ese todo conectado. Pero ahí nos enfrentamos al legado del siglo XIX: tanto la evidencia existente como los hábitos mentales arraigados dependen de la fragmentación, de las interacciones en características propias de los individuos y aquellas propias de las sociedades.

Paradójicamente, la idea que mantiene que las sociedades son estructuras sociales globales con su propia lógica enlaza directamente con la concepción según la cual los hechos mentales, como vínculos de unión fundamentales entre el individuo y la sociedad, están condicionados socialmente. Según el modelo más sencillo, una mente internaliza la sociedad y orienta el comportamiento de acuerdo a dicha internalización. El comportamiento desviado resulta así de una internalización imperfecta o de un mal acoplamiento entre lo que la mente internaliza y la situación inmediata en que se encuentra el individuo perturbado.

Los sucesos mentales originan el comportamiento social

Resulta sencillo y conveniente pensar sobre los sucesos mentales individuales como: (1) productos de la vida social; (2) determinantes del comportamiento social; (3) vínculos entre las personas y la sociedad. Mediante ese postulado podemos inmediatamente subsumir la conciencia individual en una mentalidad global.

Los investigadores sociales han construido gran parte de las técnicas del siglo XIX sobre el supuesto de que los sucesos mentales individuales constituyen sus unidades sociales básicas. La encuesta, el medio dominante en nuestros días de reunir evidencia sobre la vida social, implica un intento directo de estimular y recoger sucesos mentales individuales para su agrupación dentro de la estructura social. Si incluimos los censos —la mayor de todas las encuestas—, las entrevistas individuales y los cuestionarios aportan la mayor parte de la evidencia rigurosa que los científicos sociales analizan.

En conjunto, nuestras técnicas para derivar estructuras de grupo de la observación individual continúan siendo difusas y artificiales. Las técnicas estándar de medición y los análisis estadísticos en las ciencias sociales presumen que la evidencia se refiere a sucesos individuales independientes; la rutina del análisis de datos funciona mejor cuando la evidencia se presenta en paquetes individuales uniformes y separados; los modelos estadísticos comparan una distribución de individuos registrada con la distribución de sucesos individuales producidos por procesos aleatorios o por un tipo ideal como, por ejemplo, la igualdad perfecta o la segregación total. La práctica de los científicos sociales depende de una estrecha analogía entre el comportamiento social que se estudia y el funcionamiento de un mercado ideal.

Del mismo modo que los mercados reales se componen de relaciones sociales creadas y cambiantes entre un número limitado de actores, otras estructuras sociales comienzan también por las interacciones entre personas (ver White 1981). Cuando descubrimos que algunas de estas interacciones se repiten aproximadamente siguiendo la misma pauta, podemos empezar a hablar de estructura social. Más que de orientaciones individuales, se trata de lazos sociales. Más que de átomos sociales, hablaremos de redes sociales.

Permítanme aclarar este delicado punto con detalle. Los seres humanos individuales existen. Nadie puede ver, oír, oler, gustar o sentir una relación social del mismo modo que puede identificar a otro ser humano. Las relaciones sociales son, de hecho, meras abstracciones a partir de múltiples interacciones entre seres humanos individuales. Y eso nos lleva al punto en cuestión: abstraemos no a partir de comportamientos individuales, sino a partir de conjuntos de comportamientos individuales que implican a dos o más personas simultáneamente.

Si este punto resultase extraño, considérense dos problemas. Primero ¿cómo sabemos que un individuo que aparece en diferentes situaciones es el «mismo» individuo? Los organismos, obviamente, perviven desde el nacimiento hasta la muerte. Obstinadas identificaciones científicas de los individuos dependen de rasgos duraderos del organismo tales como altura, color de la piel, cicatrices, huellas dactilares, estructura dental y configuración facial. Pero lo que normalmente reconocemos como semejanza depende en última instancia del reconocimiento de las relaciones. Al es Al ya sea como

hijo de Bill, amante de Cathy, padre de Dorothy o empleado de Ed.

La habilidad para estimular o reconstruir tales relaciones puede, de hecho, llevar al engaño: postulando de modo falso un mismo tipo de relaciones, un organismo puede asumir la identidad de otro. Ian Winchester destaca cómo en un trabajo histórico sólo es posible constatar que se ha identificado a un individuo cuando hemos conectado al menos dos indicadores referidos a la misma persona. Dicha vinculación de indicadores sirve para conectar a las personas históricas con los autores o los receptores de los documentos.

Segundo ¿qué tienen en común una empresa, un hogar, una cadena patrón-cliente, un linaje, un equipo de fútbol y una comunidad? Desde luego no el hecho de que constituyan un grupo concreto de individuos, sino que responden a muy diferentes modos de organizar las relaciones entre individuos. Aunque un jugador abandone, el equipo continúa.

El punto en sí no supone ninguna novedad. Hace cuarenta años, Pitirim Sorokin estaba lanzando ataques contra la búsqueda de la «unidad social más simple», y especialmente contra la aceptación del individuo como la unidad social básica. «El modelo más genérico de cualquier fenómeno sociocultural —escribía Sorokin— es la interacción significativa entre dos o más individuos humanos.» (Sorokin, 1947:40.) El redescubrimiento de aquellos argumentos en los escritos de mi viejo profesor trajo a mi mente una de las frases preferidas de Sorokin: «Una magnífica idea, Sr. Tilly —murmuraría con su cerrado acento ruso—, pero Platón lo dijo mucho mejor.»

Sobre la base de la interacción significativa, Sorokin construyó una elaborada taxonomía de la interacción social, culminando en sus «supersistemas» culturales. Las ciencias sociales han hecho bien, creo yo, en abandonar el intento de construir sistemas de clasificación complejos y supuestamente explicativos de las relaciones y los grupos. Pero el reconocimiento de que las relaciones constituyen las unidades sociales básicas no tenía por qué morir con los sistemas de clasificación.

Seguendo el enfoque trazado hace mucho tiempo por George Simmel y extrañamente rechazado por sociólogos posteriores, Harrison White ha transformado esta visión en un instrumento de análisis social sencillo y eficaz. White comienza con poblaciones de dos o más individuos y distingue un par de elementos: categorías y redes.

Una población forma una *categoría* cuando sus miembros comparten una característica que los distingue de los demás. (White se limita a aquellas características que las propias personas reconocen compartir con otros, pero su formulación se adapta fácilmente a otras características comunes identificadas por observadores externos.) Todos los galeses, todos los mineros del carbón y todos los que tocan la viola son ejemplos de poblaciones que pueden ser calificadas de categorías.

Una población constituye una *red* cuando sus miembros están relacionados por el mismo vínculo social. El vínculo puede ser directo: Alicia con Boris, Alicia con Celeste y Boris con Celeste. Puede ser indirecto: Alicia con Boris y Alicia con Celeste, pero no Boris con Celeste; una configuración que relaciona a Boris con Celeste vía Alicia. La cadena de gente que transmite los cotilleos o rumores define una red que a menudo no constituye una categoría. Lo mismo ocurre con la red de deberes entre aquellas personas que han tomado prestado dinero unas de otras.

Por último, una población compone una *catnet* (categoría \times red) cuando se cumplen ambas condiciones: características comunes y vínculos de unión. Una *catnet*, así definida, se acerca al significado intuitivo del término «grupo». Las familias nucleares, los hogares, las empresas, las asociaciones voluntarias, las iglesias, los estados, los ejércitos y los partidos, entre otros grupos de personas, generalmente cumplen el criterio de una *catnet*. Si aquellas entidades a las que denominamos con cierta indecisión comunidades, instituciones, clases, movimientos, grupos étnicos y barrios son genuinos *catnets* constituye una pregunta empírica: algunas sí y otras no. Las sociedades, culturas, civilizaciones, pueblos, públicos y masas, empleando estos términos como ordinariamente lo hacen los analistas, en rara ocasión constituyen *catnets*. De hecho, en la mayor parte de las ocasiones las palabras ni siquiera designan poblaciones limitadas, categorías o redes.

Las unidades elementales de las categorías, las redes y las *catnets* no son los sucesos mentales individuales, sino las relaciones: las relaciones establecidas al compartir las características sociales, por un lado, y por la presencia de vínculos sociales, por otro. Al especificar el carácter y la intensidad de las características sociales y/o los vínculos sociales en cuestión, podemos emprender tres tareas fundamentales de la descripción social:

1. Establecer taxonomías operativas de las estructuras sociales para propósitos analíticos concretos.
2. Transformar diferencias absolutas como por ejemplo comunidad/no-comunidad en continuos empíricamente identificables.
3. Acomodar secuencias observables del comportamiento humano a las taxonomías establecidas.

Así, será posible identificar a una población específica como un hogar *siempre que* sus miembros compartan una vivienda y unos alimentos, y colaboren al mantenimiento y el disfrute de la vivienda y los alimentos.

Dicha definición descubre inmediatamente similitudes y diferencias entre un hogar y un barracón, una prisión, un hospital, un hotel o un espacio para un «picnic». Permite asimismo variaciones en cuanto al grado de diversidad en la vivienda y la alimentación o sobre el grado de colaboración de los miembros del hogar. Con el elemental aparato constituido por la población, la relación, la categoría y la red, las tareas básicas de la descripción social se hacen operativas.

Al evitar considerar los sucesos mentales socialmente condicionados como los principales vínculos entre los individuos y las sociedades, ¿debemos abandonar también los modelos de la acción racional para explicar el comportamiento social? No, no es necesario lanzar por la borda el salvavidas con el lastre. En muchos campos de la investigación social, los modelos que conceptualizan el comportamiento social a partir de la elección racional ofrecen las mayores esperanzas de poder escapar a la tiranía del determinismo social. Lo que ineludiblemente necesitamos son mejores medios para movernos desde la acción de una sola persona o un grupo tomados aisladamente a la interacción entre dos o más actores.

Tomemos el estudio de los movimientos sociales como caso particular. Para comprender los movimientos sociales contemporáneos, los modelos de la acción racional del tipo propuesto por William Gamson tienen una capacidad de explicación mucho mayor que el irracionalismo de orientación social que dominó durante largo tiempo el estudio de las masas, las protestas y los movimientos. Para utilizar modelos de acción racional no es preciso suponer que toda acción colectiva esté básicamente calculada, elegida, deseada, y que sea factible y eficaz. Únicamente es preciso suponer, provisionalmente, una serie coherente de relaciones entre los intereses, la organiza-

* el estudio de los movimientos sociales, siempre...

ción, las creencias compartidas y las acciones de los actores. Los modelos de la acción racional de los movimientos sociales presumen generalmente un único actor —un movimiento, una organización, un grupo marginado o algo similar—, dan cuenta del comportamiento de ese actor y, en algunas ocasiones, de los efectos de ese comportamiento.

Los modelos de acción racional claman por una especificación de las reglas que rigen las decisiones del actor y de los valores vigentes para los elementos de dichas reglas decisorias. Dichos elementos incluyen, por lo general, 1) los costes de los diferentes cursos de acción, 2) los beneficios de esos posibles cursos de acción, y 3) la capacidad del actor para soportar los costes de acciones alternativas. Con ello se explica la participación en un movimiento social como el producto de una elección individual entre posibles cursos de acción cuyo relativo atractivo depende de un múltiplo: (beneficios estimados - costes estimados) × (capacidad para actuar). El actor puede ser bien un individuo o un grupo. Pero otros actores se incluyen en el análisis primordialmente como objetos de acción o impedimentos más que como participantes activos en el movimiento social.

Ahí es donde empiezan los problemas. Los movimientos sociales reales consisten en interacciones prolongadas entre las autoridades y los oponentes. En los movimientos sociales, diversos oponentes tratan de crear un actor coherente, o al menos su apariencia. Más aún, los movimientos sociales reales siempre implican una conversación simbólicamente restringida entre múltiples actores, en la cual la habilidad para desplegar símbolos y expresiones afecta significativamente al surgimiento de la interacción. Las teorías y modelos existentes no aportan explicaciones útiles de esa interacción.

La teoría de los juegos proporciona una posible salida. Amplía la toma de decisiones individual al análisis de las interacciones mediante una radical simplificación de las alternativas y del tiempo; en general, cada acción concluye y tiene un resultado visible antes de que comience la siguiente acción. La simplificación hace factible el tratar tanto la acción simultánea de dos o más partes como la consideración mutua de la acción del otro.

El trabajo de Robert Axelrod sobre el Dilema del Prisionero muestra el valor de esa simplificación. En su manifestación más elemental, el Dilema del Prisionero surge de una interacción entre dos personas en la que la acción por y para uno mismo por ambas

partes produce un resultado no deseado (como permanecer en la cárcel) para ambos; la acción cooperativa por ambas partes produce un resultado algo más deseable (como una reducción de la pena) para ambos, pero en la que la acción por y para uno mismo de uno, unida a la acción cooperativa del otro, produce un resultado altamente deseado (como salir de la cárcel inmediatamente) para uno de los miembros de la relación y un resultado no deseado en modo alguno (como un aumento de la pena) para el otro. Muchas situaciones de la vida real poseen propiedades del Dilema del Prisionero: la polución ambiental, las carreras de armamentos, las negociaciones legislativas e incluso los encuentros naturales entre organismos potencialmente simbióticos (Axelrod y Hamilton, 1981). En un simple encuentro de este tipo, ambas partes tienen los suficientes incentivos como para evitar la cooperación y actuar para sí mismos.

Si ocurriera que los partidos interactuasen con frecuencia, la situación cambiaría. Tras repetidas interacciones, incluso aquellos actores más egoístas tienden a obtener ganancias de las estrategias que combinan una cooperación inicial con una aguda discriminación de las respuestas consiguientes dependiendo de si el otro partido coopera o actúa para sí mismo. El toma y daca —empiezo cooperando en el primer encuentro y hago lo que tú hiciste la última vez en los siguientes encuentros— tiende a salir victoriosa sobre todas las estrategias que son más ventajosas para uno mismo a corto plazo. La ventaja de una estrategia inicialmente cooperativa aumenta con: 1) la probabilidad de que se produzcan encuentros posteriores; 2) la aguda discriminación de respuestas, y 3) la clara identificación del otro partido, de sus acciones y de las consecuencias para ambos.

Incluso en medio de una población de actores que actúan para sí mismos de forma habitual, un pequeño grupo de aficionados al «toma y daca» suelen salir victoriosos. (Los resultados de Axelrod guardan una asombrosa semejanza con el análisis de Mancur Olson, en *The Rise and Decline of Nations*, sobre la probabilidad que existe de que grupos pequeños y grupos con acceso a incentivos selectivos creen «coaliciones distributivas» ventajosas.) Los resultados teóricos o empíricos de Axelrod sugieren a primera vista analogías entre la vida real y los acuerdos legislativos, los alineamientos militares y diplomáticos y los apañes entre corporaciones. Las analogías, progresivamente, van sugiriendo la posibilidad de generalizar los enfoques de la teoría de los juegos a grandes estructuras y amplios procesos.

Recientemente, Jon Elster ha sugerido esto precisamente: «Al asimilar los principios de la sociología funcionalista, reforzada por la tradición hegeliana», escribe, «el análisis social marxista se ha dotado de una teoría aparentemente consistente que, de hecho, incita a un pensamiento perezoso y que no produzca roces. Por contraste, prácticamente todos los marxistas han rechazado la teoría de la elección racional en general y la teoría de los juegos en particular. Y es que la teoría de los juegos carece de valor para cualquier análisis del proceso histórico que se centre en la explotación, la lucha, las alianzas y la revolución» (Elster, 1982:543).

Refiriéndose a Arthur Stinchcombe, por ejemplo, Elster propone una aplicación de estos enfoques a situaciones revolucionarias: La acción revolucionaria se hace factible cuando, en presencia de poderosos vulnerables, los oponentes potenciales de esos poderosos mantienen entre ellos la suficiente comunicación como para admitir que tienen la capacidad colectiva de derrocar a la estructura existente. El Juego de las Garantías — que se asemeja al toma y daca de Axelrod — tiende a reemplazar al Dilema del Prisionero. El proceso de poner en marcha el juego tiene algo en común con la criba que tiene lugar, por lo general, al principio de una acción colectiva arriesgada: los participantes recogen información sobre la posibilidad de que otros se retiren en lugar de continuar apoyando la acción; si la mayor parte de la información dice «retirada», incluso los resueltos veteranos suelen detener la manifestación, el asalto o la ocupación. Mientras las interacciones estratégicas constituyan una parte significativa del proceso en cuestión, la teoría de los juegos ofrece una vía prometedora para pasar de los sucesos mentales individuales a las relaciones sociales, sin perder la precisión del análisis de la acción racional.

Sin embargo, la teoría de los juegos no es suficiente en sí misma. Eventualmente iremos encontrando los medios de colocar las relaciones en lugar de los individuos en el centro del análisis. Muchas de las relaciones que constituyen y restringen la vida social poseen un componente tan mínimo de interacción estratégica que requieren otros tipos de análisis. Las redes de comunicación, las relaciones de rutina entre jefes y empleados, los flujos monetarios, la propagación de enfermedades, los movimientos de capital, las migraciones en cadena y las escaladas de promoción, todas ellas, sin duda, implican interacciones estratégicas en un momento dado. Pero su cristaliza-

ción en estructuras duraderas requiere un análisis estructural específico. Y lo mismo ocurre con los incesantes cambios que en ellos se producen.

El «cambio social» es un fenómeno coherente

Resultaría pasmoso descubrir que un solo proceso social recurrente gobernara todos los cambios sociales a gran escala. Tal vez el deseo de convertirse en el Newton de los procesos sociales tiene a los científicos sociales a llevar a cabo sus repetidos y vanos esfuerzos por descubrir la piedra filosofal. Sin embargo, para Newton había ciertas regularidades que había que explicar: la aceleración de la caída de los cuerpos, el comportamiento de los cuerpos celestes, y otras muchas. Los científicos sociales no son tan afortunados. Carecen de uniformidades significativas y conceptualizadas que hayan que explicar al nivel de generalidad empírica de Newton —el del mundo o el universo como un todo.

De algún modo, la ausencia de un explicándum no ha impedido que los científicos sociales hayan elaborado modelos generales de cambio social. Y tampoco ha impedido que utilicen el cambio social en general como causa de otros fenómenos: los movimientos sociales, la angustia emocional, el crimen, el suicidio y el divorcio.

Su búsqueda es en vano. No existe el cambio social en general. Existen muchos procesos de cambio a gran escala; la urbanización, la industrialización, la proletarianización, el crecimiento de la población, la capitalización y la burocratización son todos ellos procesos que ocurren de maneras definibles y coherentes. El cambio social no.

Debo admitir que en los últimos años pocos científicos sociales han dicho lo contrario. Con la rara excepción de Robert Hamblin, Brooke Jacobsen y Jerry Miller. Han publicado *A Mathematical Theory of Social Change*. La teoría considera todo cambio social como innovación y difusión. El cambio social tiene para ellos dos variantes principales: la creación de una nueva forma social cuyo uso se expande; y la modificación de una forma social existente, la cual se expande. Pasan después a considerar dos procesos de difusión: uno con persuasión y el otro carente de ella.

Hamblin, Jacobsen y Miller expresan la teoría de forma matemática como una especificación de las formas temporales de difusión bajo condiciones variables. Su Teorema 1, por ejemplo, sitúa las

formas temporales de difusión allí donde la adopción es potencialmente ilimitada, la persuasión está operando y la adopción produce un refuerzo diferencial entre dos que lo emplean. Siguiendo su razonamiento, en esas circunstancias la ecuación relevante es:

$$\frac{dU}{dt} = ae^{kt}$$

donde dU/dt representa el índice de adopción, k es un valor estimado empíricamente del «nivel de energía que entra en el sistema», a es una constante de escala y e es la base de los logaritmos neperianos (Hamblin, Jacobsen y Miller, 1973:200). En resumen, esta porción de la teoría dice que cuando una innovación de valor positivo para todos los que la usan se expande en una población ilimitada vía persuasión, el índice de adopción se incrementará exponencialmente. En situaciones similares en las que los usuarios potenciales son limitados, esperan que el índice de adopción describa una curva logística. Y así sucesivamente. Son capaces de hacer coincidir, de un modo bastante ajustado, curvas exponenciales con períodos de aceleración en millas de vuelos de pasajeros realizados por compañías norteamericanas, registros de automóviles, consumo de gasolina, becas universitarias en los Estados Unidos, matrimonios y divorcios, producción y posesión de televisores y otras variables.

En posteriores intentos, Hamblin, Jacobsen y Miller ajustan curvas logísticas descendentes y de otros tipos a determinadas series que representan el comportamiento que ellos afirman es el apropiado para las diferentes variantes de sus modelos básicos. También desarrollan y hacen estimaciones de argumentos sobre las relaciones entre índices de descubrimientos científicos, productividad industrial, inversiones en educación e investigación e inversiones industriales. De nuevo, se centran en las formas temporales de las relaciones y llevan a cabo el ajuste de sus curvas empíricamente. Una vez han acabado, sugieren que ocho de las relaciones que han identificado se sumen a las leyes científicas (Hamblin, Jacobsen y Miller, 1973:214).

¿Por qué razón, entonces, estos resultados han despertado tan escaso interés entre los estudiosos del cambio social? Tal vez porque aquellos científicos sociales con una sólida base científica sabían de antemano que ciertos procesos de difusión seguían modelos logísti-

cos, exponenciales y otros modelos regulares, mientras el resto sabía demasiadas pocas matemáticas fundamentales para enjuiciar el hallazgo.

Sin embargo, la teoría de Hamblin, Jacobsen y Miller, en sí misma, sugiere otras explicaciones: Las especificaciones de las formas temporales de difusión no eran lo que los estudiosos del cambio social necesitaban; por eso no las adoptaron. El explicandum requiere algo más que mera precisión para resultar interesante. Debe también conectar con las Grandes Preguntas: ¿Por qué las regiones pobres continúan siendo relativamente pobres?, ¿por qué se extendió el capitalismo desde Europa occidental?, ¿bajo qué condiciones se rebelan las personas normales?, ¿qué es lo que causa la desigualdad constante entre las razas y los sexos?, ¿cuáles son las condiciones que promueven la tiranía?, ¿dónde y por qué ocurren las guerras? Y podríamos seguir con la lista. Incluso en la época del cientifismo, las ciencias sociales no han —¡aleluya!— perdido su preocupación por el destino de la humanidad.

La peor versión de creencia en el cambio social como fenómeno general coherente, desde el punto de vista de los efectos prácticos, es su versión implícita, la construida con métodos estándar sin reflexionar en absoluto sobre sus usuarios. Me vienen a la memoria tres variantes. La primera es el uso de comparaciones entre un gran número de unidades —por lo general estados nacionales— en el mismo punto del tiempo como medio de sacar conclusiones sobre secuencias: por ejemplo, sacar conclusiones sobre el «desarrollo político» situando a cien países, considerados entre 1960 y 1970, a lo largo de una escala establecida mediante una regresión múltiple de numerosas variables para cada uno de los países. No existe una conexión lógica entre la secuencia de cambio en aquellas variables que se refieren a los países individualmente y las diferencias que resultan de un cruce transversal de variables. Peor incluso, no existe justificación lógica para la escala en sí misma; aunque la regresión múltiple y otras técnicas similares mostraran, de hecho, aquellas características que covarían de forma lineal, esa covariación tiene tantas posibilidades de producirse a partir de la difusión de una posición estructural normal en un sistema mundial como a partir de cualquier lógica interna de desarrollo.

Las inferencias longitudinales a partir de comparaciones son tan frecuentes en las ciencias sociales que resulta de algún modo injusto

escoger un ejemplo para ilustrar mi queja. Pidiendo disculpas a los autores por el tratamiento discriminatorio, permítaseme escoger un trabajo de investigación correctamente concebido aunque por distintas razones. (Jacques Delacroix y Charles Ragin analizan las pretensiones de los teóricos de la modernización y sus críticos mediante una comparación de 49 países pobres en 1953 y 1965.

Interesados en los impactos de varias instituciones presumiblemente modernizadoras en el crecimiento económico, Delacroix y Ragin analizan diferentes explicaciones del cambio ocurrido en el Producto Nacional Bruto/cápita desde 1950 a 1970. Su variable dependiente permite entrar en juego a los datos longitudinales. De una lectura de los trabajos de Alex Inkees y David Smith sobre modernización, deducen la expectativa de que la inscripción en la escuela secundaria y la asistencia al INE llevarán a mayores aumentos en el PNB/cápita. A partir de sus reflexiones sobre la crítica de las teorías de la modernización de Alejandro Portes realizan las siguientes predicciones: 1) la escolarización tendrá un efecto positivo sobre el PNB/cápita, mientras que la visualización de películas americanas tendrá un efecto negativo; 2) «los países con regímenes movilizados deberían caracterizarse por unos efectos positivos mayores por parte de la escuela y por unos efectos negativos más débiles por parte del cine que otros países con regímenes no movilizados» (Delacroix y Ragin 1978:131). De acuerdo a lo anterior, introducen una variable ficticia que representa su propia clasificación de cuarenta y nueve estados movilizados y no movilizados.

Sobre la base de argumentos posteriores, Delacroix y Ragin representan el posible efecto de la posición en el sistema mundial a partir de la proporción de importaciones de bienes terminados de 1953 y de la proporción de exportaciones de materias primas de 1953. Insertando un control para los niveles iniciales de riqueza, estiman una serie de ecuaciones de la siguiente forma:

$$\log_{10} (\text{cambio en el PNB/cápita 1950-1970}) = A + BY_{it} + C_i X_{it} + U_{it}$$

donde A es una constante, B y C_i son coeficientes de regresión, U_{it} es un término de error, Y_{it} el índice de riqueza en 1950, y X_{it} las variables independientes en 1953.

Delacroix y Ragin emplean los índices de escolarización y

asistencia al cine en 1965 únicamente para constatar que su incremento después de 1953 es independiente del índice del PNB/cápita en 1950. Interpretan que los estimadores de regresión arrojan dudas sobre la tesis de modernización y apoyan la alternativa de la dependencia inspirada en Portes: el efecto positivo de la escolarización, el efecto negativo del cine occidental, el efecto positivo mayor y el efecto negativo más débil en los regímenes movilizados, la carencia de efecto de la asistencia o no al cine, etc.

No me sorprendería que las conclusiones de Delacroix-Ragin fueran correctas. ¡Pero no se puede llegar hasta allí desde donde nos encontramos! Supongamos, por ejemplo, que la asociación positiva entre niveles de escolarización al principio de un período y el grado de crecimiento económico durante ese período fuese apoyado por una amplia gama de muestras, medidas y especificaciones del modelo. Esa asociación aún sería compatible con cualquiera de las siguientes interpretaciones:

1. Los aumentos en la escolarización promueven, de hecho, el crecimiento económico.
2. El crecimiento económico promueve aumentos en la escolarización.
3. Los aumentos en la escolarización no están relacionados con el crecimiento económico, pero tanto el nivel de escolarización como la actual tasa de crecimiento económico dependen del grado de contacto previo con países ricos.
4. Los aumentos en la escolarización no están relacionados con el crecimiento económico, pero el crecimiento económico se encuentra actualmente en los estadios primeros de una difusión a largo plazo desde aquellos países con elevados índices de escolarización a los países con menores índices de escolarización.
5. Una ola temporal de crecimiento económico se encuentra en los estadios más tardíos de propagación desde países con bajos índices de escolarización a los países con elevados índices de escolarización.

Si la variable dependiente hubiese sido estática (como ocurre a menudo en tales análisis), incluso una gama más amplia de interpretaciones hubiera sido consistente con la evidencia.

Hasta cierto punto, Delacroix y Ragin podrían hacer que cada

dad nacional ilustra el problema. William R. Kelly, Dudley R. Poston y Phillips Cutright tratan de medir el impacto de las políticas demográficas nacionales sobre la fecundidad en «30 poblaciones desarrolladas con más de un millón de habitantes en 1965» (Kelly, Poston y Cutright, 1983:95). Realizan estimaciones de las relaciones tanto transversales como de cambio entre 1958 y 1978; así evitan tener que hacer inferencias longitudinales a partir de comparaciones transversales. Tanto mejor.

Kelly, Poston y Cutright calculan los efectos de una serie de variables de política demográfica y de «desarrollo» por medio de regresiones cuadráticas ordinarias. Las variables de predicción incluyen:

- un índice de desarrollo que otorgue el mismo peso a las versiones estandarizadas de:
 - porcentaje de ilustrados en 1970 de la población con 15 o más años;
 - circulación de periódicos por cada 1.000 habitantes en los años setenta;
 - esperanza de vida en 1970;
 - logaritmo natural de teléfonos/cápita, 1970.
 - logaritmo natural de PNB/cápita, 1970;
 - logaritmo natural del consumo de energía, 1970;
 - proporción de población en áreas urbanas en 1970.
- porcentaje de fuerza de trabajo femenina en los años setenta;
- porcentaje de mujeres entre 20-24 años en uniones maritales o consensuales en los años setenta;
- tasa de divorcios en los años setenta;
- escala de cuatro puntos de las limitaciones a la política (supuestamente nacional) del aborto a mediados de los años setenta;
- escala de tres puntos codificadora del alcance (supuestamente nacional) de la política de población en términos de política pronatalista/otras y de la presencia o ausencia de centros públicos o privados de planificación familiar a mediados de los años setenta;
- proporción de parejas casadas en edad reproductiva que practican la contracepción a mediados de los años setenta (a partir de encuestas).

Miden la fecundidad como la tasa de fecundidad total en 1958 y

1978. Del análisis de estas variables, Kelly, Poston y Cutright deducen que el «desarrollo» vaticina la contracepción y la existencia de una política de población, pero no la participación femenina en la fuerza de trabajo. En 1958 la fecundidad, la contracepción, la existencia de una política demográfica y la participación femenina en la fuerza de trabajo «predicían» descensos en la fecundidad entre 1958 y 1978 y diferencias entre las treinta poblaciones en 1978.

Todo ello resulta plausible y podría ser cierto, pero echemos un vistazo a las medidas. Aunque carecen de la heterogeneidad de la caricatura 1 ofrecida anteriormente, se refieren a: 1) la población de 15 años en adelante; 2) la población total en los años setenta; 3) un agregado de la población en algún período anterior (oculto en el cálculo de la esperanza de vida); 4) la fuerza de trabajo; 5) mujeres entre 20-24 años; 6) parejas en edad reproductiva, y 7) el estado nacional. Agrupar estas diversas variables en un análisis causal implica o bien una teoría de su interdependencia con un escaso nivel de formulación o bien la creencia en la generalidad del cambio social.

En el último análisis, las tres variantes de la ingenuidad metodológica derivan del mismo problema básico. Las técnicas analíticas disponibles — desde el simple cruce al análisis factorial — presumen diferencias: (1) entre unidades independientes debidamente definidas en (2) características observadas independientemente en (3) aquellas dimensiones análogas a las construidas para los técnicos. Presumen, también de un modo típico (4), que su usuario está realizando estimaciones de un modelo especificado en lugar de estar explorando las relaciones estadísticas. Raro es el estudio del cambio estructural a gran escala que asume al menos dos de estos supuestos parcialmente. La creencia en el cambio social como fenómeno general coherente compromete los cuatro presupuestos cruciales.

Teorías de los estadios

En un momento dado los científicos sociales hicieron uso de los modelos de los estadios para el cambio social tan libremente como los herreros emplean sus martillos; golpearon cada uno de los objetos que cayeron en sus manos. Los modelos de desarrollo económico o político normalmente especificaban los estadios que tiene que atravesar toda sociedad en desarrollo, explicaban el paso de las sociedades de un estadio a otro y agrupaban a los estados contemporáneos de acuerdo a los estadios postulados.

Las teorías de los estadios del crecimiento económico o de la modernización política resultaban enormemente atractivas. Resultaban más sencillas de construir, de comprender y de aplicar que los modelos multivariantes continuos. Cuando eran ilustradas con casos de estados reales, poseían un realismo concreto del que los modelos abstractos del cambio carecían. Proporcionaban un principio organizador magnífico para la historia económica comparativa o para la historia política. Podía uno imaginarse a sí mismo utilizando un modelo de los estadios válido para orientar las políticas públicas hacia países que se encontraban en distintas fases de un proceso común. Un martillo multiuso, sin duda.

En las últimas décadas, no obstante, los científicos sociales han dejado de usar esa herramienta ya gastada. El abandono general de optimistas teorías del desarrollo a la vista de la crítica política, la refutación empírica y la elaboración de contra-teorías que representaban la dependencia y/o los procesos económicos mundiales aceleró el rechazo de las teorías de los estadios. También contribuyó a ello la dificultad de reducir los estados nacionales, con su polémica complejidad, a un único estadio de desarrollo: ¿Qué hacía uno con Kuwait, rico en petróleo y dominado por un único linaje? ¿Y con Sudáfrica, separada por las divisiones entre negros pobres y prósperos blancos? ¿O con Turquía, una gran parte de cuyos trabajadores eran emigrantes en Alemania o Suiza?

Para ello, incluso el esfuerzo de encasillar las experiencias históricas de los casos europeos clásicos en estadios estándar encontró malos tiempos. El último volumen de los famosos Estudios sobre Desarrollo Político, por ejemplo, comparaba el Reino Unido, Bélgica, Escandinavia, Estados Unidos, España, Portugal, Francia, Italia, Alemania, Rusia y Polonia —no uno con otro, pero sí con un modelo de los estadios conocido—. En ese punto de su carrera, el Comité de Desarrollo Político, patrocinador del volumen, estaba empleando un esquema flexible de cinco estadios. Este esquema proponía un Estado en vías de desarrollo que superara cinco crisis; a saber, de Identidad, de Legitimidad, de Participación, de Penetración y de Distribución. Los autores del esquema no confiaban demasiado en que las distintas crisis siguieran una secuencia regular. Dejaban abierta la posibilidad de que las crisis se superpusieran en el tiempo, pero pensaban que la secuencia en la que un país en vías de desarrollo resolvería esas crisis podría marcar la vida política futura del país.

Como última baza, el Comité de Desarrollo Político invitó a un grupo de especialistas en la historia de los distintos países a elaborar análisis sobre el carácter y la secuencia de las cinco crisis en cada uno de los países. Sin embargo, ni siquiera con una versión tan poco estricta de la teoría de los estadios pudieron los historiadores cumplir su cometido. Encontraron problemas para identificar las crisis, y mayores problemas aún al intentar fecharlas. Emplearon diferentes definiciones del término crisis y criterios diferentes para la elaboración de las secuencias. A pesar de ese atropello —o tal vez a causa de él— escribieron reflexivos y útiles trabajos.

Aparte de lo que lograran en otros terrenos, los trabajos no confirmaron el esquema de las cinco crisis. Según palabras textuales de Raymond Grew, editor del volumen:

El concepto de «crisis» que han sido «resueltas» ha fracasado; meramente se presta atención a unos problemas que en un momento determinado son (o parecen ser) más o menos acuciantes. Ya sea para bien o para mal, la mayor parte de las crisis en las que nos centramos han ocupado un lugar en la tradición histórica, y las secuencias que de ellas se deducen son más relativas que absolutas, una cronología de los puntos culminantes más que una secuencia clara. [Grew, 1978:14]

La versión menos radical y más cuidada del esquema de los estadios para el desarrollo político fracasó en su intento de crear un orden para la experiencia histórica. El esquema escribió su propia necrología.

¿Por qué? Tanto las distintas historias como los historiadores se resistían a reducir los complejos sucesos a categorías simples y abstractas. Cada una de las historias mostraba, sin duda, algunos de los problemas y propiedades comunes: el establecimiento de un control militar sobre los territorios, la organización de sistemas fiscales, la negociación sobre la representación para aquellos que aportaron tropas y que pagaron los impuestos, la cooptación o subordinación de las Iglesias, etc. En ese sentido tan debilitado, el esquema de las crisis (que ahora se considera un inventario de los principales problemas a los que se enfrentan los hombres de estado) sobrevivió. Pero la lección de esos problemas y propiedades comunes no es precisamente que otra versión del modelo abstracto de los estadios podría funcionar bien. La lección consiste en constatar que el hecho de plantear la investigación de un modo genuinamente concreto e histórico también ayuda a hacer que esa experiencia resulte inteligible.

La diferenciación es un proceso rector progresivo

No existe la menor duda de que los poco convincentes éxitos de los modelos evolucionistas en historia natural influyeron en los científicos sociales del siglo XIX a la hora de considerar la diferenciación como el principio rector del cambio social. La especialización del trabajo, la subdivisión de los gobiernos, la expansión de los mercados de artículos de consumo y la proliferación de asociaciones, todo ello parecía ejemplificar una diferenciación rampante. La invención de la sociedad simple, indiferenciada, «primitiva» como modelo de las poblaciones pequeñas y pobres con las que los europeos se encontraron en el curso de sus expansiones mercantiles y coloniales encajaba perfectamente dentro del mismo esquema. Todas las sociedades formaban parte de un continuum que iba de lo simple a lo complejo, la diferenciación conducía a las sociedades hacia una complejidad cada vez mayor y la complejidad creaba fuerza, riqueza y flexibilidad. Las sociedades más fuertes —aquellas con mayor grado de diferenciación— sobrevivían.

Pero, como cabía esperar, la diferenciación siempre tuvo rivales. Auguste Comte situó el avance del conocimiento en la base del cambio social a largo plazo; la humanidad progresaba desde la sociedad Teológica a la Metafísica, para llegar a la sociedad Positiva

mediante la acumulación de un conocimiento científico certero, disciplinado y explicativo. Karl Marx ya divisó cambios en la organización de la producción, ampliamente definidos, bajo el carapacho de la política y la cultura. Sin embargo, dentro de las distintas disciplinas de las ciencias sociales, dos hipótesis propias del siglo XIX pasaron a formar parte integral de los dogmas del siglo XX: primero, el hecho de que la diferenciación progresiva representaba la lógica dominante y cuasi-inexorable del cambio social a gran escala; segundo, que, a largo plazo, la diferenciación lleva al progreso.

Tras la Segunda Guerra Mundial, las teorías de la «modernización» y el «desarrollo» resumían las preocupaciones de los científicos sociales con respecto a la diferenciación como el proceso social fundamental a gran escala. Dichas teorías sostenían que los países ricos y poderosos del mundo poseían una diferenciación mayor que otros países, que la diferenciación constituía una parte significativa de su ventaja sobre otros países, y que la creación de estructuras nuevas y especializadas constituía el principal medio por el que los países más pobres y menos poderosos podían llegar a compartir las comodidades de los ricos y poderosos. Estas teorías conectaban perfectamente con un programa de mejoras, un programa que indujese deliberadamente al desarrollo. Tanto las teorías como el programa descansaban sobre una ideología optimista.

Esta ideología, como muy bien nos recuerda F. X. Sutton, implicaba tres principios centrales: (1) la capacidad de los gobiernos de actuar como agentes y guías del desarrollo; (2) la eficacia de la educación y la formación; y (3) la posibilidad de una cooperación mutuamente beneficiosa entre países ricos y pobres en el marco de un orden internacional equitativo» (Sutton, 1982:53). Los primeros programas de ayuda a los países pobres de las Naciones Unidas incorporaron esta ideología y promovieron la expansión de las teorías asociadas; pese a toda su irritable diversidad, los especialistas académicos en desarrollo compartían una cierta confianza en los tres principios. Empezaron la misión de construir teorías que explicarían y guiarían simultáneamente el desarrollo de todos los países.

Estas teorías establecían un continuum de sociedades con los países ricos occidentales en un extremo; eran, obviamente, «modernos» y «desarrollados». Los economistas lo tuvieron de lo más fácil. Para muchos de ellos, el término desarrollo significaba una renta

nacional en aumento, o la renta per cápita. Dejando aparte lo que pudiera decirse acerca de las dificultades de medir la renta nacional con precisión y en términos comparativos, la renta nacional poseía enormes virtudes como criterio de desarrollo.

1. Debidamente medida, proporcionaba un principio de ordenación por el que todos los países podían ser clasificados con la mínima ambigüedad.
2. Aquellos países que los economistas consideraban más avanzados ocupaban incuestionablemente la cima de la escala.
3. Países de todas las áreas del mundo estaban ascendiendo en la escala con pocas contrariedades significativas.
4. La posición ocupada en la escala estaba en clara (aunque imperfecta) correlación con el poder internacional, la riqueza material y otras muchas cuestiones.

Sin embargo, con una correlación tan imperfecta empezaron los problemas. Los científicos políticos, los sociólogos, los antropólogos y otros emprendieron la tarea de especificar, medir, explicar e incluso promover aquellos otros cambios que supuestamente acompañaban a la renta nacional en aumento. Nació así el desarrollo político, de las comunicaciones, educativo, así como otra docena de formas de desarrollo. Proliferó un nuevo vocabulario: países desarrollados, subdesarrollo, desarrollos tardíos, etc.

Cualesquiera que sean las demás virtudes que posean estos diversos criterios de desarrollo, ninguno de ellos puede competir con la renta nacional en simplicidad y eficacia: las categorías internacionales seguían siendo discutibles, seguían apareciendo países raros cerca de las posiciones más elevadas de las escalas relevantes, resultaba difícil registrar los continuos giros en la misma dirección ocurridos en los distintos países, y las correlaciones entre formas de desarrollo supuestamente diferentes dejaban mucho que desear. Aun así, persistían las correlaciones plausibles de ser criticadas. De algún modo era cierto que los países más ricos poseían una esperanza de vida más alta, mayores proporciones de su población en las ciudades, niveles más altos de ilustración, familias de menor tamaño, instituciones de gobierno más numerosas y duraderas, etc., pero también existía una larga lista de propiedades no deducibles por definición de la renta nacional.

¿Por qué? Aunque algunos confundían la idea de «modernización» con una respuesta, el término venía a plantear la siguiente pregunta: *¿Por qué varían conjuntamente dichas variables, pero únicamente de un modo imperfecto? ¿Surgen todas ellas de alguna condición subyacente tal como la emergencia de un cierto tipo de actitud o motivación, una alteración en las formas básicas de producción o una revolución en las comunicaciones? ¿O forman una red en cierto modo interdependiente de variables, de forma que un cambio en una de ellas induce cambios en las restantes? Las llamadas teorías de la modernización normalmente combinaban (1) la afirmación de que las sociedades siguen la pauta trazada por una escala continua de ascenso; (2) una propuesta para la descripción y la medida de dos o más aspectos de ese avance, y (3) un argumento referido a la naturaleza de las conexiones entre esos aspectos del ascenso.*

Daniel Lerner uno de los arquitectos de la teoría de la modernización, definía la modernización como «el proceso social cuyo componente económico es el desarrollo» (Lerner, 1968:82). «Orientamos nuestra definición en este sentido», continuaba diciendo,

para concentrar la atención en la proposición central al análisis presentado en este trabajo: a saber, que existe un único proceso de modernización que opera en todas las sociedades desarrolladas —con independencia de su color, credo o clima y con independencia de su historia, geografía o cultura—. Este es el proceso de desarrollo económico y, dado que el desarrollo no puede existir sin la modernización, consideramos apropiado destacar este mecanismo común que subyace a las diversas caras de la modernización. [Lerner, 1968: 82.]

La definición, curiosamente circular, de Lerner le llevó de los estudios del crecimiento económico a estudiar los cambios que consideraba esenciales al crecimiento económico: un giro de la agricultura a la manufactura y los servicios, la urbanización, la expansión educativa. Desde allí pasó a la movilidad, incluyendo la «movilidad psíquica». En esta dirección invocó el esquema de desarrollo desde la comunidad a la sociedad propio del siglo XIX. Eventualmente, Lerner llegó a una transformación total de la vida social, transformación que tenía mucho en común con lo que Durkheim llamaba la creación de la solidaridad orgánica: individuos diferenciados constituyen una sociedad a través de la mediación de la comunicación de masas.

Así, Daniel Lerner, como muchos otros teóricos de la modernización, apelaba, en última instancia, a la lógica de la diferenciación —exigida e impulsada por el crecimiento económico— como el proceso fundamental de cambio. Sobre el modelo de la especialización en el mercado y la evolución de las especies, se convirtió en la clave de la transformación. Más aún, se convirtió en un proceso progresivo. En términos generales y a largo plazo, la diferenciación creciente significaba avance social.

En el curso de sus cuarenta años como teórico, Talcott Parsons mantuvo una relación de amor/odio con el análisis de la diferenciación. Empezó la primera página de su extensa *Structure of Social Action* con una cita de Crane Brinton: «¿Quién lee a Spencer hoy día?... Hemos evolucionado más allá de Spencer» (Parsons, 1937:1). En 1937, Parsons creía que las ideas de Spencer, con su evolución unilineal, su utilitarismo y su positivismo habían muerto; habían expirado en el fuego cruzado entre Pareto, Durkheim, Weber y otros contribuyentes al Marco de Referencia de la Acción.

Sin embargo, más adelante Parsons empezó a utilizar analogías con la evolución orgánica de un modo abiertamente explícito. En 1966, Parsons escribió que «una característica fundamental del proceso evolucionista consiste en que una diferenciación progresivamente mayor libera, de un modo cada vez más acusado, los factores cibernéticamente más elevados de la constreñida especificidad de los factores condicionantes de orden inferior, posibilitando así que los modelos básicos del sistema cultural se puedan generalizar, objetivar y estabilizar (Parsons, 1966:114). «Si la 'historia' humana consistiera», declaraba unos años después,

en una población de «culturas» esencialmente únicas, como se ha dicho, esta consideración eliminaría virtualmente la relevancia del «método comparativo». Pero empíricamente no ocurre así; por el contrario, la historia consiste, al igual que el sistema de las especies orgánicas, en un «árbol con ramas invertido» y con una inmensa ramificación de formas en los numerosos y variados niveles del sistema de referencia.

Lo que a las «ramas», las formas y los niveles juntos en un macrosistema es, en primera instancia, el origen genético común. O lo que es lo mismo, que las diferencias entre los subsistemas han surgido, por lo general, mediante procesos de diferenciación a partir de lo que de algún modo puede llamarse formas «más primitivas». El universo socio-cultural humano no es en modo alguno tan variopinto como, al menos superficialmente considerado, parece ser el orgánico pero, sin duda alguna, se encuentra estrechamente constreñido. [Parsons, 1971a:102.]

El argumento no vuelve a Spencer, pero tiene un tono mucho más spenceriano de lo que un lector de la declaración de 1937 de Parsons podría esperar. En estos pasajes, Parsons hace de la diferenciación el proceso de cambio fundamental y la clave para el avance social.

En la medida en la que se *identifique* avance con diferenciación, queda admitido el hecho de que el efecto progresivo de la diferenciación es verídico por definición. Parsons intentó escapar a la trampa tautológica proponiendo el aumento de la capacidad adaptativa como comprobación de la evolución. Propuso a los Estados Unidos, la Unión Soviética y Japón como las sociedades más «desarrolladas» de acuerdo a este criterio (Parsons, 1966:3). Sin embargo, no estableció las reglas por las que se debía juzgar la capacidad adaptativa. La selección que hace sugiere que el poder internacional jugó el papel más destacado en sus juicios sobre la capacidad adaptativa. Ese criterio asoma detrás de su elección de Estados Unidos, la URSS y Japón como los «más desarrollados» en 1966. (¿Por qué no Suecia, Suiza, Canadá, o Islandia?) Asimismo se vislumbra en la asignación de Parsons de poblaciones particulares, pasadas y presentes, a sus tres niveles de evolución: primitivo, intermedio y moderno.

Gran parte de lo expuesto corresponde al pensamiento evolucionista propio del siglo XIX pero con un atuendo nuevo. Y además está errado. No es que la diferenciación sea una característica insignificante del proceso social. Muchos procesos sociales significativos conllevan diferenciación: La homogeneización lingüística, el desarrollo del consumo de masas y la aglomeración de pequeñas soberanías en los estados nacionales proporcionan ejemplos claros. Pero la diferenciación es poco importante para otros procesos sociales relevantes tales como la concentración de capital y la difusión de las religiones mundiales. De hecho, no existe garantía que permita pensar en la diferenciación como un proceso social coherente, general y reglamentado.

Supongamos que tomamos el caso de la diferenciación como el proceso rector en su mejor momento, el de la industrialización de la Europa del XIX. Si miramos a viejos oficios como la producción de zapatos, con la mecanización y la concentración del siglo XIX, podemos dar testimonio de la subdivisión de tareas y la especializa-

ción de los comercios en el caso de ciertos productos y mercados. Hasta aquí parece existir diferenciación general.

Sin embargo, fijarse únicamente en comercios nuevos cambia completamente la imagen. En lo referente a la piel, los textiles y otras industrias principales, las empresas en expansión en el siglo XIX triunfaron, por lo general, concentrando su producción en una variedad muy limitada de bienes baratos y tipificados. Si nos fijásemos simplemente en esas empresas y en la competencia entre ellas, podríamos llegar a creer que la diferenciación en los productos subyacía a todo el proceso. Pero las nuevas firmas impulsaron a los productores de bienes de precios más elevados a entrar en los pequeños comercios y en los hogares que habían estado produciendo una enorme variedad de bienes bajo muy diversas condiciones.

Durante siglos, una red de pequeñas empresas había conectado a los pequeños productores con los mercados nacionales e internacionales; dichas redes se contrajeron y atrofiaron a medida que los pequeños comerciantes cambiaron de actividad. Los pueblos y los valles bullían de actividad industrial; los hogares reunían ingresos provenientes de la ganadería, la jardinería, la mano de obra de los emigrantes, el servicio doméstico y la manufactura doméstica. Pero a partir de entonces perdieron parte de su población, abandonaron la industria y gran parte de su comercio y se dedicaron casi exclusivamente a la agricultura. Surgió entonces la diferenciación entre ellos. En aquellos lugares donde se concentraron el capital y la mano de obra, esos cambios tenían el aspecto de constituir diferenciación. Fuera de esos lugares y de Europa, la diferenciación decayó.

En cualquier caso, resumir estos cambios masivos en términos de diferenciación o *desdiferenciación* altera su carácter fundamental. Después de varios siglos de crecimiento de las manufacturas— crecimiento sustancioso, por otro lado— por la multiplicación de pequeñas unidades dispersas y conectadas por los capitalistas mercantiles, el siglo XIX trajo consigo un gran movimiento de concentración de capital. Los capitalistas acumulaban capital como nunca hasta entonces lo habían hecho; lo convirtieron de variable en fijo mediante la construcción o la compra de artículos caros tales como fábricas, máquinas de vapor y locomotoras; consiguieron el control del proceso laboral, establecieron una disciplina horaria y laboral en los ámbitos controlados por ellos, expandieron el trabajo asalariado como la condición principal para implicar a los trabajadores en la

producción, y concentraron a sus trabajadores en un número limitado de núcleos de producción.

Desde un punto de vista geográfico, Europa sufrió una enorme *implosión* productiva en una serie de regiones fuertemente industriales a medida que el capital, la mano de obra y el comercio se iban introduciendo desde el continente. Karl Marx, testigo de los cambios, vio como los patronos utilizaban la diferenciación de tareas como técnica para incrementar su control sobre la producción y socavar la fuerza de los trabajadores. Pero también comprendió que el proceso fundamental implicaba concentración, no diferenciación.

Lo que quiero destacar es que *la concentración de capital, o la concentración en general, no constituye el proceso social fundamental por excelencia*. Lo mismo se podría decir en el caso de las conexiones, las comunicaciones o el control de la energía. El punto central es el siguiente: en este sentido abstracto, *ningún* proceso resulta ser fundamental. En una etapa histórica concreta, ciertos procesos históricos específicos dominan los cambios que afectan a una población o región concreta. En los últimos cien años, el crecimiento de los estados nacionales y el desarrollo del capitalismo en lo referente a la propiedad y la producción han dominado los cambios que han afectado a zonas cada vez más amplias del mundo. De un modo más general, las alteraciones en la organización de la producción y de la coerción han marcado los grandes ritmos históricos.

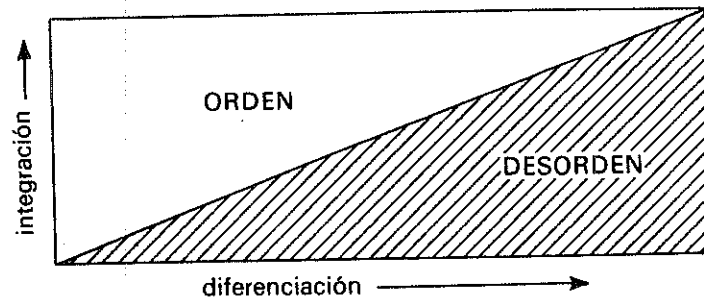
En otras zonas, la creación o el declive de los imperios y el establecimiento o la destrucción de economías dirigidas han dominado otra gran serie de cambios. Esos cambios específicos de carácter histórico en la organización de la producción y la coerción, más que unos procesos definidos abstractamente como diferenciación o concentración, son los que marcan los límites de un análisis que aspira a la comprensión de los procesos sociales.

Diferenciación *versus* integración

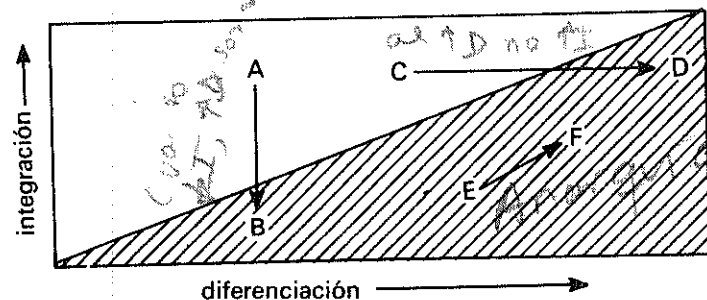
La consideración de la diferenciación como el proceso rector del cambio social abraza claramente un postulado próximo: el hecho de que *el estado en que se encuentra el orden social depende del equilibrio entre procesos de diferenciación y procesos de integración o control*, y que la diferenciación rápida o excesiva produce

desorden. Desde esta perspectiva, la diferenciación rápida o excesiva produce desorden. La diferenciación puede adoptar la forma de industrialización, urbanización, inmigración de personas desde otras culturas o cualquier otro tipo de cambios. En esencia, cualquier cambio que aumenta la diversidad de formas sociales que presentan conexiones duraderas entre sí es considerado diferenciación.

La integración (alias control social, hegemonía y solidaridad en las diferentes versiones de la teoría) se puede producir por la represión, la socialización, la obligación mutua o el consenso. Según esta formulación, el desorden suele adoptar la forma de crimen, guerra, perturbación emocional, rebelión, alienación, inestabilidad familiar o violencia. En la mayoría de los enunciados del argumento, el orden se presenta simplemente como ausencia de desorden. En su versión clásica, el argumento adopta la siguiente forma:



Así, cuando la diferenciación supera a la integración, surge el desorden. Este razonamiento conduce a tres explicaciones del desorden bastante distintas:



AB representa el primer caso: cuando la integración disminuye, surge el desorden. CD representa el caso en el que la diferenciación no se ve acompañada del correspondiente aumento de la integración; de nuevo surge el desorden. Finalmente, EF representa la anarquía, en la que el desorden continúa prevaleciendo dado que nunca se alcanza un nivel suficiente de integración.

Los argumentos de este tipo caen a menudo en la tautología. Para hacer el argumento circular, todo lo que se precisa es definir el desorden como un cierto tipo de diferenciación y definir el orden como ausencia de desorden. Así, si el desarrollo del conflicto de clases es al mismo tiempo una forma de diferenciación y una variedad de desorden, el conflicto de clases surge porque la diferenciación supera a la integración. En esta formulación tautológica, el conflicto de clases surge porque éste crece desmesuradamente en relación a las fuerzas integradoras de una sociedad.

Sin embargo, los modelos de diferenciación-integración-desorden a veces consiguen evitar la tautología. Adoptan la idea de que la urbanización rápida arranca a muchas personas de marcos sociales estabilizadores y las empuja en contextos en los que tienen escasos lazos sociales de control, embarcándoles con ello en un comportamiento antisocial. La idea resulta equívoca, pero no es tautológica.

Esta línea de argumentación clásica sobrevivirá durante algún tiempo, porque se articula bien tanto con la sabiduría popular como con la retórica política. En sus distintas versiones, supone una explicación típica de los problemas urbanos, el crimen, el divorcio, la rebelión. Pero también es cierto que ya no disfruta de la aceptación incuestionable que tuvo unas décadas atrás; especialistas en diferentes campos han aportado alternativas al esquema de la diferenciación-integración-desorden. En criminología, por ejemplo, las teorías del etiquetaje, de la conspiración de clases, de la asociación diferencial y de la acción racional han surgido como rivales de las teorías de la desorganización social que un día fueron dominantes.

Por otro lado, al argumento clásico le han surgido rivales desde dentro del estudio del conflicto y la acción colectiva. En términos generales, las reformulaciones enfatizan una o ambas de las siguientes ideas: el hecho de que la solidaridad, más que la integración insuficiente, proporciona las condiciones necesarias para la acción colectiva, y que las rebeliones, las protestas, la violencia colectiva y

otras formas de acción conectadas con las anteriores resultan de la búsqueda racional de intereses compartidos.

Escribiendo sobre la violencia política colectiva en concreto, Harry Eckstein agrupa las ideas rivales bajo los epígrafes de «contingencia» e «inherencia». En general, los partidarios del esquema de la diferenciación-integración consideran la violencia colectiva como contingente, resultado de algún tipo de aberración en el proceso político. La no violencia es normal, y la violencia anormal. Por lo general, sus críticos se inclinan por la interpretación de la acción colectiva como inherente a la vida política, como un subproducto de las luchas rutinarias por el poder. «Las teorías de la contingencia», destaca Eckstein,

de la violencia colectiva se apoyan en la noción de ruptura sistemática allí donde los mecanismos homeostáticos normalmente proporcionan una entropía negativa. Se ha señalado, correctamente por cierto, que ello implica profundas discontinuidades entre la actividad política rutinaria y la no rutinaria, que la causa de la acción violenta debe ser el cambio discontinuo (rápido, extensivo) en el contexto de la política, y que las patologías comportamentales colectivas e individuales deberían co-variar de un modo significativo, siendo lo primero una «versión» de lo segundo. [Eckstein, 1980:144.]

Para Eckstein, prácticamente todas las teorías de la contingencia dignas de ser tomadas en consideración son variantes de los argumentos sobre la privación relativa, según los cuales una discrepancia entre las expectativas de las personas y sus experiencias les lleva a atacar a otros. Aunque lamenta la tendencia actual de los teóricos de ambas posturas a elaborar sus modelos en lugar de volver a los principios originales, su conclusión es que la evidencia recogida hasta ahora se inclina más por la contingencia que por la inherencia.

Anthony Oberschall sostiene otra opinión. Su división de las ideas sobre el conflicto social en teorías de la crisis-privación y teorías de la solidaridad-movilización corresponde, a grandes rasgos, a la clasificación de Eckstein de contingencia versus inherencia. Describe las teorías de la crisis como apuntando a:

La disolución de formaciones sociales tradicionales y de solidaridades comunitarias como resultado del cambio social rápido. La desorganización social, las presiones demográficas y el desequilibrio ecológico llevan a la acumulación de tensiones, frustraciones, inseguridad e injusticias, y la olla a presión que resulta de ello presenta una tendencia a explotar en forma de violencia colectiva y de desórdenes civiles. Transcurrido un tiempo, los procesos de integración toman el mando. Los individuos

se incorporan a nuevas formaciones y asociaciones sociales. La tensión disminuye y las injusticias se intentan paliar a través de canales institucionales ordinarios.

Para los teóricos de la crisis existe una marcada discontinuidad entre la violencia colectiva y otras formas de conflicto político con un mayor grado de institucionalización. Las dos formas de conflicto requieren una conceptualización y una teoría distintas. Los teóricos de la crisis destacan la similitud entre las raíces de la violencia colectiva y otras formas de comportamiento desviado y anómico como el crimen, la enfermedad mental y el suicidio. Hacen un especial hincapié en la marginalidad de los participantes en la violencia colectiva. Esperan que el conflicto se localice en núcleos industriales en expansión donde prevalece la anomia, o bien en comunidades rurales debilitadas y desorganizadas. Con frecuencia entienden la violencia colectiva como un relajamiento de la tensión irracional más que como una acción colectiva intencionada [dirigida a defender u obtener ciertos bienes colectivos. [Oberschall, 1978:298.]

Como participante activo en la postura de la solidaridad-movilización de este debate, me causa serios problemas ponerme la toga de juez imparcial. Pero debo reconocer que el debate continúa abierto. Aunque la evidencia se alza contra la mayor parte de las afirmaciones que Oberschall suma a su lista de teorías de la crisis, ninguna teoría de la solidaridad-movilización existente posee el apoyo empírico necesario para despejar el camino. En principio, aún es posible que un sofisticado argumento sobre la contingencia que implique a unos actores conocedores de sus derechos e intereses, pero acosados por unas circunstancias extraordinarias, sea capaz de ofrecer una explicación de la violencia colectiva y de otras formas de conflicto mejor que cualquier argumento que considere la violencia y el conflicto como subproductos rutinarios de la vida política.

Pero si eso ocurriera, la sofisticación requerida seguiría socavando cualquier apelación a la tensión existente entre la diferenciación y la integración. Un argumento sofisticado sobre la contingencia conceptualiza el conflicto como el resultado de un cierto tipo de integración —al menos dentro de cada una de las partes en conflicto— y, por tanto, dificulta aún más la posibilidad de argumentar que el desarraigo, la disolución de controles o la desorganización individual tengan algo que ver en la cuestión.

Cambio, tensión, desorden

La lista de Oberschall llama sabiamente la atención sobre otro postulado falso: la equivalencia de distintas formas de desorden.

Generaciones enteras de científicos sociales estuvieron anclados en la ecuación de crimen, violencia, inestabilidad familiar, rebelión, movimientos sociales y otras formas de comportamiento censurado. La ecuación los reducía a desorden, desorganización e inadaptación. Algunos de los comportamientos censurados se hicieron equivalentes en varios sentidos: (1) como evidencia directa del mal funcionamiento de los individuos y de la sociedad (2) como consecuencia del cambio social rápido y/o excesivo, (3) como expresiones alternativas de las mismas tensiones, y (4) como «problemas sociales» a resolver por aquellos que ocupan el poder en colaboración con los científicos sociales. Estas ecuaciones compartían una versión ampliada del argumento de la diferenciación *versus* integración para la que el cambio estructural rápido o excesivo creaba una serie de tensiones, tensiones que se manifestaban a través de diversos tipos de desórdenes.

En la época de apogeo de las teorías del desarrollo, numerosos teóricos consideraron que estas diversas formas de desorden constituían costes inevitables del desarrollo. S. N. Eisenstadt lo expresaba así:

El hecho mismo de que la modernización conlleve continuos cambios en todas las esferas de una sociedad significa forzosamente que ello implica procesos de desorganización y dislocación, con el surgimiento constante de problemas sociales, escisiones en y conflictos entre grupos diversos, así como movimientos de protesta, de resistencia frente al cambio. La desorganización y la dislocación constituyen así un componente básico de la modernización, y toda sociedad moderna y modernizadora tiene que enfrentarse a ellas. [Eisenstadt, 1966:20.]

Sería difícil encontrar un espécimen más puro de este típico argumento.

Afortunadamente, los estudiosos del desarrollo emprendieron a menudo sus investigaciones empíricas en zonas supuestamente desorganizadas. Esos mismos estudiosos incluyeron en algunas ocasiones a los nativos de las zonas estudiadas. De cuando en cuando se identificaron política y moralmente con aquellas personas cuyo comportamiento trataban de explicar. En esas circunstancias, la evidencia comenzó a referirse a las diversas formas de orden ocultas en todo aquello que suponía el desorden. Los estudios sobre inmigrantes rurales africanos y latinoamericanos, por ejemplo, mostraron en repetidas ocasiones la creación de grupos rurales en las ciudades mediante la migración en cadena, más que la atomización,

el «shock» cultural y la consecuente desorganización que las teorías de la crisis reclamaban.

Hacia finales de los años sesenta, los informes sobre urbanización en el Tercer Mundo que llegaban a los congresos semioficiales sobre el tema tenían un cierto aire esquizofrénico: informaban de una organización muy difundida en la que se suponía que existía la desorganización. Se puede ver un claro ejemplo en el extenso informe de una reunión sobre «aglomeraciones urbanas en los estados del Tercer Mundo» celebrada en Aix-en-Provence en 1967. El representante para América Latina, Gino Germani, anotaba que «un aspecto bien conocido de la marginalidad urbana se ilustra por la proliferación de barrios suburbanos, de chabolas, etc. Son de sobra conocidos los problemas de desorganización social entre los inmigrantes. Sin embargo, en numerosos casos se ha mantenido cierta integración social en la ciudad mediante la transferencia y la adaptación de modelos rurales» (Germani, 1971:748). El representante para Asia, C. N. Vakil, enumeraba una serie de deficiencias físicas y de servicios en las ciudades asiáticas que crecían a un ritmo trepidante, y añadía que «en consonancia con lo anterior, los males de la urbanización muestran también su horrible rostro —delincuencia juvenil, prostitución, problemas legales y de orden, y otros» (Vakil, 1971:943)—. Las expresiones de «sobra conocidos» y «y otros» ocultan una creciente contradicción entre la doctrina y la evidencia.

Diez años después, Joan Nelson hacía una evaluación de la «teoría de los emigrantes subversivos» sobre la base de la evidencia acumulativa proveniente de todo el Tercer Mundo. Esto es lo que descubrió:

En suma, las predicciones más dramáticas y costosas sobre la asimilación social de inmigrantes son imprecisas. Los mecanismos sociales de los círculos familiares y de los hogares, a veces suplementados por asociaciones étnicas y/o voluntarias, facilitan la transición y proporcionan un constante apoyo social para la mayoría de los inmigrantes. No se puede ignorar el innegable hecho de que algunos se encuentran aislados, decepcionados, desesperados. También es cierto que otros viven como «aldeanos urbanos» en enclaves cerrados que dan la espalda a la ciudad, aunque mucho de lo que se ha interpretado como evidencia de la «ruralidad urbana» pueda ser el resultado de una observación superficial o de una interpretación equivocada. Pero el grueso de los inmigrantes en las ciudades de África, Asia y América Latina no se encuentran aislados, decepcionados o desesperados, ni tampoco son aldeanos urbanos. Gran parte de su vida, de sus aspiraciones y problemas se deben más a las presiones y

las oportunidades de la ciudad que a su status de inmigrante, y estas presiones y oportunidades las comparten con los nativos con una situación económica y educativa similar. [Nelson, 1979:108.]

Debo admitir que una pequeña parte de esta nueva evidencia se apoya en la cuestión de la equivalencia: cuando se destruyen las familias y los jóvenes se convierten en ladrones, ¿producen las mismas circunstancias ambos resultados? Creo que no, pero aún no tenemos la evidencia definitiva.

Mientras, el resto de la estructura se encuentra en ruinas. La secuencia que va desde 1) el cambio social rápido o excesivo y la disolución del control o apoyo social a 2) la angustia generalizada, la tensión o la ausencia de normas y 3) la desorganización o el desorden en general, expresado en una variedad de comportamientos indeseables, esa secuencia ha demostrado ser un pronóstico nefasto del curso actual del cambio social en el Tercer Mundo.

Fuerzas ilegítimas *versus* fuerzas legítimas

Todos los postulados perniciosos presumen una marcada separación entre los mundos del orden y del desorden. La aplicación política más explícita de ese presupuesto separa las fuerzas ilegítimas de las legítimas. Según esta mistificación, el conflicto ilegítimo, la coerción y la expropiación incluyen los disturbios, la rebelión, el asalto, los tumultos defensivos, el robo y el fraude; son el resultado de procesos de cambio y desorden. El conflicto legítimo, la coerción y la expropiación suponen, por tanto, la guerra, el control de las masas, la pena capital, la prisión, los impuestos y el embargo de tierras como deuda; todos ellos derivan supuestamente de procesos de integración y control. Los mismos actos pasan de ser ilegítimos a ser legítimos cuando los realiza una autoridad constituida. El hecho de matar aparece en ambas columnas, pero con valores muy diferentes. Los valores dependen de si el verdugo es un soldado, un policía, un mero ejecutor o una persona privada.

En el ámbito de la política, la distinción entre usos ilegítimos y usos legítimos de la fuerza es absolutamente crucial. No niego su necesidad política o la probabilidad de que yo recurra a un policía si alguien me roba la cartera o asalta a un hijo mío. Sin embargo, la distinción radical no debería haber entrado a formar parte del ámbito

de la explicación sistemática. Resulta tanto impracticable como engañosa.

La distinción es *impracticable* porque acciones prácticamente idénticas caen a ambos lados de la línea de separación, y únicamente las separa un juicio político. Recientes intentos de construir teorías sistemáticas sobre terrorismo, por ejemplo, han fracasado repetidamente debido a un simple factor: el terror de una persona supone un movimiento de resistencia por parte de otra. Martha Crenshaw, cuyo intento arranca de una definición neutral de terrorismo, se desespera ante el enfoque normativo de Conor Cruise O'Brien: «Define el terrorismo», comenta Crenshaw,

en términos del contexto político en el que se produce, considerando así al terrorismo como violencia injustificada contra un Estado democrático que permite formas de oposición eficaces y pacíficas. Así, un activista negro que vuela una comisaría en Sudáfrica no es un terrorista; pero el Ejército Republicano Provisional irlandés (IRA), que bombardea un cuartel del Ejército británico sí lo es. Idénticos actos llevados a cabo en diferentes situaciones no se pueden agrupar dentro de la misma definición. [Crenshaw, 1983:1-2.]

Para fines teóricos, dicho criterio es, sin duda, impracticable.

La distinción entre fuerza ilegítima y fuerza legítima es *engañosa* porque refuerza la idea de la lucha entre diferenciación e integración y porque separa fenómenos que tienen mucho en común y que surgen a partir de condiciones semejantes. Un pequeño ejemplo proviene del estudio de la violencia colectiva: en el estudio de los «disturbios» que proliferaron con los grandes conflictos en los «ghettos» en Estados Unidos en los años sesenta, se instituyó como costumbre, entre otros, el medir la intensidad del suceso por el número de muertos y heridos, el centrar el análisis en explicar la participación de civiles en dichos disturbios, y en buscar la explicación de las diferencias en la «intensidad de los disturbios» en las relaciones entre la estructura social local, la participación selectiva de ciertos tipos de habitantes de los «ghettos» y las formas de acción de los «agitadores». En resumen, los observadores elaboraron sus explicaciones como si el uso de la fuerza «ilegítima» fuese un fenómeno autónomo, explicable por el carácter y las circunstancias de aquellos que la emplean y en parte independiente de la fuerza «legítima» empleada para disuadirla.

No es sorprendente, entonces, que no surgieran explicaciones satisfactorias: de hecho, los sucesos en cuestión empezaron con

acciones defensivas de la Policía; el conflicto consistió fundamentalmente en enfrentamientos entre las fuerzas del orden y los civiles; fueron las fuerzas del orden las que provocaron el mayor número de muertos y heridos, y las cifras de muertos y heridos dependieron tanto de las tácticas de la Policía y las tropas como del número de personas que había en las calles o de la cantidad de bienes que fueron embargados o destruidos.

Parte de la confusión provino del propio uso del término *disturbio*. Al igual que los términos tumulto, muchedumbre y canalla, la palabra disturbio pertenece exclusivamente a las autoridades y los observadores hostiles. A diferencia de los manifestantes, los participantes en los movimientos sociales y los vigilantes, aquellos a quienes se aplica el nombre de agitadores jamás emplean ese término para referirse a ellos mismos. En la Ley anglo-sajona el término disturbio disfruta desde hace mucho tiempo de reconocimiento legal. Denota una asamblea que atemoriza a las gentes y que, a los ojos de las autoridades, tiene la intención de atentar contra la Ley. Tras el oportuno aviso y un período de tiempo razonable para llegar a un acuerdo voluntario, declarar a una asamblea como agitadora justifica el empleo de la fuerza pública para disolverla. Como estrategia legal, es fácil entender por qué las autoridades la encuentran tan útil. Pero como término analítico se abre paso en el mismo centro de la interacción social y se constituye en el evento que requiere ser explicado.

Un amplio ejemplo proviene de la fuerte analogía, rara vez percibida, entre el chantaje de los agitadores y el del gobierno ordinario. Ambos dependen del establecimiento de un cuasi-monopolio de la fuerza en una zona determinada y de su empleo para coaccionar a las personas a pagar por los bienes y servicios que ofrecen los proveedores aliados con los detentadores de la fuerza y para excluir a otros proveedores de esos bienes y servicios del mercado. En la medida en que el gobierno crea amenazas externas para justificar la protección militar que proporciona y los impuestos que recauda para ese fin, comete un chantaje defensivo. Véase lo que ocurre cuando un economista con una vista de lince —que no anarquista— retoma el análisis del chantajismo:

En conjunto podemos distinguir tres tipos de «monopolios»: los conseguidos por medios legales, los conseguidos por medios ilegales sólo porque las leyes anti-trust y

otras leyes se propusieron poner trabas al monopolio, y los monopolios conseguidos por medios criminales para cualquier criterio —medios que serían considerados criminales fuera o no su objetivo el monopolizar un negocio—. También resulta útil para distinguir entre unas empresas que, por un exceso de entusiasmo o por falta de escrúpulos, se mezclan en una competencia desleal e ilegal, y otras empresas más propiamente «chantajistas» cuyo monopolio rentable se apoya enteramente en la violencia criminal. El objeto de la aplicación de la Ley en el primer caso no consiste en acabar con la empresa sino en restringir sus prácticas ilegales. Si ocurriese que la base en la que se apoya el éxito del negocio fuesen los métodos de mano dura que destruyen la competencia o la espantan, entonces es un mero «chantaje». [Schelling, 1967:63.]

Irónicamente, las distinciones de Schelling refuerzan la analogía; no dependen de ninguna diferencia en el comportamiento de los monopolistas, sino de la postura de los representantes de la Ley ante los monopolistas. El gobierno es ese chantajista que ha conseguido establecer un control sobre los medios de coerción concentrados en un área y el consentimiento de la mayor parte de la población para utilizar esos medios en todo el área.

No insisto en esa fuerte palabra que es *chantaje* y, desde luego, no digo que las actividades del gobierno se reduzcan a la monopolización de la coerción y la obtención de diversos tipos de tributos. Sin embargo, hemos visto cómo la analogía con el chantaje clarifica las acciones de aquellos gobiernos que consideramos ilegítimos y el proceso por el que surgen nuevos gobiernos o cuasi-gobiernos.

Cualquiera que haya estudiado detenidamente la formación de los estados nacionales en Europa ha podido ver elementos de este proceso en repetidas ocasiones:

- la incertidumbre inicial sobre la posición de *el* gobierno en medio de grandes señores y ejércitos privados;
- las intensas campañas de reyes y ministros para derribar los muros de castillos, desarmar a los señores, reducir el uso privado de las armas en casos de duelos y bandidaje, disolver los ejércitos privados, incorporar todas las tropas a cuerpos bajo control real y convertir a los nobles en oficiales militares;
- la creación de cuerpos de policía controlados por el gobierno;
- el uso de ese creciente monopolio de la fuerza para recaudar impuestos, reclutar soldados, forzar la venta de la sal, definir y oponerse al contrabando, obtener el control de la Justicia

criminal y civil, obligar a la totalidad de la población a registrarse y a estar vigilada, y regular toda una serie de organizaciones.

Estos procesos *crearon* la distinción entre lo legítimo y lo ilegítimo, lo legal y lo ilegal, como lo entendemos hoy. Esas distinciones, al igual que su origen, son importantes objetos de estudio. Pero como distinciones analíticas, no hacen sino dificultar la comprensión.

Que esto sea un epitafio para los ocho postulados perniciosos que los científicos sociales heredaron del siglo XIX. Sin excepción alguna, esos ocho postulados llaman la atención sobre importantes procesos; procesos que atemorizaron a nuestros antecesores del siglo pasado, procesos que hoy día continúan siendo influyentes. Sin excepción alguna, los ocho postulados construyen esos procesos de forma tal que dificultan su análisis sistemático. Debemos agarrarnos a los problemas planteados en el siglo XIX, pero huir de su aparato intelectual.

Capítulo 4

COMPARACION

Erradicar los postulados perniciosos

¿Cómo se pueden erradicar los postulados perniciosos? Dos enfoques, uno directo y el otro indirecto, prometen hacer el trabajo. De un modo directo, deberíamos seguir la pista de las fieras hasta su guarida, y batirnos con ellas en su propio terreno. Deberíamos examinar detenidamente las bases de la lógica y la evidencia a la hora de hacer generalizaciones sobre el cambio social, sobre el empleo de la fuerza ilegítima y sobre la diferenciación como proceso rector. Deberíamos confrontarlas con casos históricos reales y con descripciones alternativas de lo que verdaderamente ocurrió. No podrían resistir el ataque de estas armas.

El enfoque *indirecto* facilita la tarea de encontrar los casos históricos apropiados y de elaborar explicaciones alternativas. Consiste en acoplar los relatos de cambios ocurridos a generalizaciones con una base histórica. No me refiero a enunciados universales confirmados por numerosos hechos en diferentes épocas y zonas del mundo; en ese nivel de generalidad, no disponemos de enunciados que sean a un tiempo convincentes, ricos y relevantes. Hablo de aquellos enunciados que se refieren a épocas y zonas concretas, que especifican las causas, que recogen la diversidad entre un suceso y otro dentro de su ámbito espacio-temporal y que son consistentes

con la evidencia de que se dispone para ese tiempo y ese lugar.

Las grandes estructuras, los amplios procesos y las comparaciones enormes entran en el análisis precisamente en este punto. Proporcionan el puntal en el que se apoyan nuestros enunciados históricamente contingentes. Los análisis de estructuras y procesos operan en cuatro niveles históricos, y todos ellos implican comparaciones. En el nivel *histórico mundial*, estamos tratando de establecer las propiedades especiales de una época y enmarcarla en el flujo y reflujo de la historia humana. Los enfoques sobre la evolución humana, el surgimiento y la caída de los imperios, y los sucesivos modos de producción operan a un nivel histórico y mundial.

En el nivel *sistémico mundial* se está tratando de discernir las conexiones y las variaciones esenciales en el interior de grupos más amplios de estructuras sociales fuertemente interdependientes. Los análisis en el nivel del sistema mundial cumplen, estrictamente hablando, los requisitos exigidos. Pero también lo hacen los estudios sobre civilizaciones derivados de Toynbee. En el nivel *macrohistórico*, intentamos dar cuenta de ciertas grandes estructuras y procesos amplios, así como de explorar formas alternativas. En el nivel *microhistórico*, trazamos los modos de engarce de individuos y grupos con esas estructuras y procesos, con la esperanza de explicar cómo son las experiencias de las personas.

¿Resulta necesario aclarar que la distinción precisamente en cuatro niveles, y no en tres, cinco o cualquier otra cifra es discutible? A menos que dispongamos de una evidencia convincente sobre el hecho de que ciertos tipos de grandes estructuras perduran, son coherentes y constriñen al resto, el número de niveles entre la historia de una relación social particular y la historia del mundo es arbitrario. Debemos resistir la tentación de reificar los niveles. Establezco cuatro niveles sobre la apuesta de que a lo largo de la historia el mundo se ha dividido al menos en dos redes de producción, distribución y coerción ampliamente independientes. La era de una única red en la que nos encontramos ahora comenzó cuando la red de producción, distribución y coerción con centro en China se hizo inseparable de su contrincante en Europa.

Si lo anterior fuese cierto, resultaría razonable distinguir entre análisis de: 1) la variación de una red a otra; 2) el modo de operar de redes particulares; 3) la variación entre estructuras y procesos dentro de redes particulares, y 4) grupos de experiencias que para

las personas que se encontraban dentro de redes particulares tenían propiedades comunes. Esto define cuatro niveles: el histórico mundial, el sistémico mundial, el macrohistórico y el microhistórico. Si el mundo constituyese una única red coherente, entonces los dos primeros niveles se fundirían en uno. Si las únicas uniformidades y diferencias significativas entre las estructuras y los procesos fuesen las identificadas por los propios participantes, entonces la distinción entre los dos últimos niveles desaparecería.

Cuántos niveles existen y cuáles son las unidades que los definen son, en parte, preguntas empíricas. Dentro de unos límites podemos recoger evidencia a favor y en contra de la pretensión de Toynbee de que las grandes civilizaciones, definidas por la participación interdependiente de las personas en un sistema concreto de premisas culturales, constituyen las unidades inteligibles más amplias del análisis histórico. Dentro de unos límites, también podemos presentar evidencia que apoye la pretensión según la cual en un determinado momento en el tiempo —incluyendo nuestro propio tiempo— el mundo entero constituyó un único sistema.

Sin embargo, la decisión sobre la evidencia requiere un acuerdo sobre las definiciones prácticas de términos difíciles como «coherencia» e «interdependencia». (Si cualquier conexión es válida, probablemente descubriremos que, salvo excepciones triviales, el mundo siempre ha constituido un único sistema.) Si solamente es válido el tipo de coherencia que los investigadores del siglo XIX atribuían a las sociedades, lo más probable es que descubramos que jamás existió ningún sistema. En algún lugar entre esos dos extremos reside una explicación útil de la comunicación humana.

Una regla experimental apropiada para el análisis de la comunicación humana consistiría en sostener que las acciones de los poderosos en una zona de una de las redes afectan de un modo rápido (digamos a lo largo de un año) y visible (en lo referente a los informes aportados por observadores próximos) al bienestar, de al menos, una minoría significativa (digamos una décima parte) de la población de otra zona perteneciente a esa misma red. Tal criterio indudablemente considera a nuestro mundo un sistema único; incluso en ausencia de flujos mundiales de capital, comunicaciones y bienes manufacturados, el transporte marítimo de grano y armas de una región a otra sería suficiente para establecer las conexiones mínimas. Sin embargo, el mismo criterio implica que la historia

humana ha visto muchos sistemas mundiales, a menudo dominando simultáneamente diferentes partes del globo. Únicamente en los últimos cien años, y de acuerdo al criterio de las influencias rápidas, visibles y significativas, podría alguien argumentar de un modo plausible en favor del mundo como un sistema único.

Cuáles sean, entonces, las estructuras y los procesos cruciales depende del nivel de análisis: histórico mundial, sistémico mundial, macrohistórico o microhistórico. En el nivel *histórico mundial*, las principales estructuras sobre las que estableceremos enunciados generales significativos son los sistemas mundiales. Es poco probable que logremos establecer enunciados históricos mundiales útiles sobre los hogares, las comunidades o incluso los estados, ya que las uniformidades en su estructura así como sus variaciones son específicas de un sistema mundial y no de otro. Los procesos relevantes para el análisis en el nivel histórico mundial son la transformación, el contacto y la sucesión de sistemas mundiales; en ese nivel, las generalizaciones que afectan a la urbanización, la industrialización, la acumulación de capital, la creación de estados o la secularización fracasarán probablemente en el paso de un sistema mundial a otro.

Si elegimos trabajar en este nivel tan amplio, las comparaciones que tenemos que establecer serán comparaciones entre sistemas mundiales —la comparación mayor de los asuntos humanos—. Personalmente, me tiemblan los ojos y las piernas en este plano tan enorme. Otros con ojos y piernas más fuertes son bienvenidos a explorar el terreno. Pero no creo, en ningún caso, que hayamos establecido ninguna proposición debidamente documentada y valiosa a escala histórico-mundial.

En el nivel *sistémico mundial*, el sistema mundial en sí mismo continúa operando como una unidad significativa, pero ocurre lo mismo con sus principales componentes, las grandes redes y las *catnets* definidas por relaciones de coerción y/o intercambio. Las redes de coerción en ocasiones se agrupan en estados: organizaciones relativamente centralizadas, diferenciadas y autónomas que controlan los principales medios de coerción concentrados en espacios delimitados. Las redes de intercambio a veces se agrupan en modos de producción regionales: grupos de relaciones entre personas y grupos geográficamente segregados e interdependientes que disponen de diversos factores de producción.

Aquí llaman nuestra atención determinados procesos de subordi-

nación, producción y distribución a gran escala. Las comparaciones relevantes establecen similitudes y diferencias entre redes de coerción o entre redes de intercambio, por un lado, y entre procesos de subordinación, producción y distribución por otro. En este nivel, las proposiciones generales continuarán siendo arriesgadas, controvertidas y extremadamente difíciles de verificar. Sin embargo, sin presupuestos provisionales sobre los amplios principios de variación en el interior de los sistemas mundiales, los análisis macrohistóricos y microhistóricos carecen de sentido.

Con los análisis *macrohistóricos* nos adentramos en el terreno de la historia como normalmente la entienden los historiadores. Dentro de un sistema mundial dado, podemos perfectamente hacer de los estados, los modos regionales de producción, las asociaciones, las compañías, las fincas, los ejércitos y una amplia variedad de categorías, redes y *catnets* nuestras unidades de análisis. A este nivel, procesos de las dimensiones de la proletarización, la urbanización, la acumulación de capital, la creación de estados y la burocratización se prestan a ser analizados. Así, las comparaciones trazan uniformidades y diferencias entre dichas unidades y procesos, así como combinaciones de ambos.

A la sombra de los análisis histórico mundiales y sistémico mundiales, estas estructuras, procesos y comparaciones empiezan a parecer realmente insignificantes. Sin embargo, constituyen las «grandes estructuras, los amplios procesos y las enormes comparaciones» de algún modo abarcables a las que me vengo refiriendo. Su estudio sistemático dentro de sistemas mundiales concretos —pero no necesariamente en todo el sistema mundial— constituye el tratamiento históricamente fundamentado de las estructuras y procesos que yo propongo como vía de conocimiento más segura.

No es mi intención, sin embargo, hacerle un desaire al conocimiento *microhistórico*. Al trazar los puntos de encuentro de individuos y grupos con las grandes estructuras y los procesos amplios, estamos creando el vínculo necesario entre la experiencia personal y el curso de la historia. Las estructuras en cuestión son ahora relaciones entre personas y grupos, los procesos son transformaciones de las interacciones humanas que constituyen dichas relaciones; de hecho, en los análisis microhistóricos la distinción entre relación e interacción empieza a perder sentido. Las necesarias comparaciones entre las relaciones y sus transformaciones dejan de ser inmensas

para ganar en coherencia respecto a las estructuras y los procesos relativamente amplios: las relaciones entre determinados capitalistas y trabajadores revelan el esquema en el que se basan dentro del contexto de procesos más amplios de proletarización y concentración de capital.

Durante los últimos años, ha surgido un cierto tipo de historia social populista entre la microhistoria y la macrohistoria. Los investigadores de la acción de masas, la estructura familiar, la movilidad social, la revolución, la estructura urbana y otra serie de tópicos estándar de la historia social han tomado estos temas para estudiarlos «desde la base». Los trabajos de E. J. Hobsbawm, George Rudé, Michel Perrot y David Levine son ejemplos del género. Una u otra variedad de la biografía colectiva ha constituido la base de estos trabajos: la recogida de observaciones uniformes sobre individuos, relaciones, grupos o sucesos, y su ensamblaje en retratos colectivos de las estructuras y los procesos analizados.

Desde una cierta perspectiva, tales investigaciones biográficas colectivas se refugian en la microhistoria de un modo excesivo. Los historiadores sociales populistas han utilizado una y otra vez su evidencia para resolver cuestiones sobre las conexiones entre la vida social a pequeña escala, por un lado, y las grandes estructuras y los procesos amplios por otro: ¿de qué modo afectó el desarrollo de las relaciones capitalistas de propiedad a las estrategias familiares?, ¿quién hace qué cosas en las revoluciones? Dos eminentes demógrafos franceses hacían el siguiente comentario sobre la obra de Wrigley y Schofield:

Tanto por su extensión como por su calidad, el trabajo del grupo de Cambridge contribuirá, esperamos, a la comprensión de los fuertes vínculos existentes entre la demografía (y, sin duda alguna, todas las ciencias sociales) y la historia, así como a entender que cuando se maneja una evidencia escasa o mal organizada, la demografía histórica requiere tanto una gran imaginación como un mayor rigor, por lo que puede interesar a importantes investigadores. [Henry y Blanchet, 1983:821.]

Lo mismo ocurre fuera de la demografía. Entre otras cosas, la historia social populista ha contribuido enormemente a poner en cuestión la posición dominante de una serie de postulados perniciosos del siglo XIX en la interpretación de la vida cotidiana y de las acciones de las personas. La microhistoria juega, así, un papel indispensable en el análisis de las grandes estructuras y los procesos amplios.

¿Será la historia total nuestra salvación?

En el extremo contrario, los historiadores sueñan en ocasiones con una Historia Total que abarque la completud de la vida social y sus determinaciones. En sus mejores momentos, el esfuerzo por escribir una historia total ha producido logros pasmosos. En manos de maestros del género como William McNeill y Emmanuel Le Roy Ladurie, los trabajos rebosan de hipótesis, conexiones e intuiciones. Pero a largo plazo, el intento de una historia total no constituirá una alternativa viable a los ocho postulados perniciosos del siglo XIX para la comprensión de las grandes estructuras y los procesos amplios.

Para explicar por qué la historia total no será nuestra salvación, vamos a centrarnos en uno de sus mayores logros, *Civilisation matérielle, économie, et capitalisme* de Fernand Braudel. Hace veinte años, el inconexo pero prolijo estudio del Mediterráneo en el siglo XVI supuso una extraordinaria aportación sobre la interdependencia entre unas estructuras y unos cambios que parecían remotamente alejados entre sí, o incluso antitéticos —por ejemplo, el auge y caída del bandidaje en las regiones del norte como una función de las fluctuaciones en el poder estatal de las tierras bajas—. En *Civilisation matérielle*, lleva esa idea a una escala que deja muy atrás el Mediterráneo y el siglo XVI. Su objeto de estudio ha pasado a ser la experiencia del mundo entero desde el siglo XV hasta el siglo XVIII. Ni siquiera se conforma con esos cuatro siglos, se remonta al Imperio Romano y avanza hasta 1970. En tres volúmenes innecesariamente hinchados, Braudel intenta nada menos que un relato general de aquellos procesos que modelaron el mundo capitalista de los siglos XIX y XX.

La obra de Braudel carece del esquematismo de un H. G. Wells o un V. Gordon Childe. Las complejidades, los matices, las contradicciones y las dudas llenan cada uno de los capítulos. Las abundantes y maravillosas ilustraciones —cientos de láminas, gráficos, mapas, diagramas y tablas ocupan alrededor de una quinta parte del texto— prácticamente siempre muestran nuevas facetas, pero rara vez contribuyen al desarrollo del argumento. De hecho, Braudel hace a menudo una distinción explícita entre su método y la recolección de evidencia que apoye un conjunto de proposiciones interconectadas. Por ejemplo, al comienzo de su investigación sobre una serie de

sectores en los que el capitalismo agrícola llegó a ser dominante, escribe que «no es nuestro objetivo estudiar estos casos en sí mismos ni encontrar los medios para realizar una lista exhaustiva para toda Europa; lo único que intentamos hacer es construir una línea de razonamiento» (Braudel, 1979:II, 245). Es precisamente aquí donde empezamos a apreciar las dificultades de la empresa.

Como queda reflejado en los títulos y los subtítulos, los temas tratados por Braudel caen dentro de las siguientes divisiones: 1) cultura material y estructura de la vida cotidiana; 2) economía y operaciones de intercambio, y 3) capitalismo y otras etapas por las que ha atravesado el mundo. Ya en la introducción queda claro lo que se trata en cada uno de los tres volúmenes. Sin embargo, no refleja una jerarquía causal. No despliega un modelo analítico consistente que guíe el paso de un análisis al siguiente.

En la primera parte, Braudel pretende describir cómo las técnicas de producción, distribución y consumo variaron de unas regiones a otras del mundo —especialmente en el mundo occidental— durante los cuatro siglos posteriores al año 1400 y mostrar de qué modo esas técnicas modelaron la experiencia cotidiana. Ese primer volumen descubre la riqueza de las lecturas y las reflexiones de Braudel. Apoyándose en sus atractivas y conseguidas ilustraciones nos ofrece una serie de disquisiciones sobre epidemias, técnicas agrícolas, las distintas variedades del arenque y las extravagancias de los estilos en el vestir. Pero un lector atento se encuentra con sorpresas y decepciones. Por un lado, poco a poco uno se va dando cuenta de que —a pesar de la amplia documentación demográfica en la que se apoya— a Braudel no le interesan los procesos vitales en sí. La parte introductoria sobre población elude la mayoría de las preguntas en las que se han centrado tanto la obra de Wrigley y Schofield como otra serie de trabajos sobre demografía histórica europea: la sensibilidad de las tasas de vida para reflejar las fluctuaciones económicas, la relación entre la estructura familiar y la fecundidad, el arranque de las caídas a largo plazo de la fecundidad, etc. A Braudel le interesa el tamaño, el crecimiento y el descenso de la población como índices del poder, el bienestar y la vulnerabilidad frente al entorno.

De nuevo, y a medida que avanza la obra, Braudel presenta el caso del transporte ineficaz como un freno importante al crecimiento económico europeo. Pero no consigue conciliar esa conclusión con su descripción previa de las rutas marítimas del Mediterráneo como

«camino líquidos» rápidos, o con el tipo de evidencia que Jan de Vries recogió en relación con la enorme importancia del transporte de aguas de bajo coste en el desarrollo económico y en la estructura de las comunicaciones de los Países Bajos. Como mínimo, uno habría esperado un análisis comparativo de las ventajas para cada una de las regiones que tuvieron acceso a ríos, canales y mares navegables.

Pero, sobre todo, Braudel agobia a sus lectores con preguntas relevantes que luego quedan en el aire. Un ejemplo de ello es su discusión sobre la afirmación de Lewis Mumford de que el capitalismo naciente rompió el estrecho marco de las ciudades medievales al sustituir el poder de una nueva aristocracia comerciante por el de los terratenientes y los responsables de los gremios: «Sin duda, pero únicamente con el propósito de aliarse con un estado que conquistaba ciudades y de heredar las viejas instituciones y actitudes, y absolutamente incapaz de actuar fuera de esas instituciones y actitudes» (I, 453). Otro ejemplo es la conclusión de una extensa e informativa disquisición sobre las variantes e interacciones del dinero y el crédito: «Pero si uno sostiene que todo depende del dinero, también puede uno sostener, por el contrario, que todo depende del crédito: las promesas, la realidad aplazada... En resumen, se puede presentar el planteamiento primero de una forma y luego de otra sin hacer trampa» (I, 419). De hecho, las supuestas conclusiones de todo el primer volumen de Braudel poseen el mismo tono ambivalente, con una nota adicional de queja sobre lo inadecuado de la evidencia existente:

Hubiera deseado más explicaciones, justificaciones y ejemplos. Pero un libro no puede extenderse infinitamente. Y para concretar los múltiples aspectos de la vida material se requerirían análisis concretos y sistemáticos, por no hablar de toda una serie de síntesis. Aún carecemos de todo ello. [Braudel, 1979:1, 493.]

Uno se pregunta: quinientas páginas para una compilación-síntesis. Aparentemente la historia total excede incluso el intento de Braudel.

En el segundo volumen, Braudel parte del estudio de las técnicas por las que gentes de diferentes partes del mundo intercambiaban bienes para pasar después a una discusión de los diversos tipos y escalas de mercado. A continuación trata de identificar las peculiaridades del capitalismo en cuanto actividad y organización, antes de

pasar a examinar su articulación con las jerarquías y estructuras sociales y otras amplias formas de civilización. ¡Menudo programa!

A pesar de un minucioso (aunque tal vez un poco excesivo) examen de las definiciones existentes, Braudel no proporciona la definición operativa del capitalismo que tiene en mente. Lleva tiempo darse cuenta de que pone un mayor énfasis en las condiciones de intercambio que en las relaciones de producción; con ello se alía, junto a otros recientes combatientes en ese condenado campo, con Immanuel Wallerstein y André Gunder Frank se separa de otros analistas como Robert Brenner y Witold Kula. Como respuesta a la postura de Kula que sostiene que los terratenientes que «refeudalizan» Europa del Este no contaron, aunque tampoco hubieran podido contar, como capitalistas, Braudel declara:

Pero no es ese, por cierto, el argumento que quiero refutar. Sin embargo, creo que la segunda servidumbre fue el contrapunto de un capitalismo mercantil que se aprovechó de la situación en el Este, e incluso, y hasta cierto punto, situó allí la base de sus operaciones. El gran terrateniente no era un capitalista, sino una herramienta y un colaborador al servicio del capitalismo de Amsterdam y otros lugares. *Era parte del sistema.* [Braudel, 1979:II, 235.]

¿En qué consiste, entonces, ese sistema capitalista? De un modo gradual, Braudel revela una visión del capitalismo como un sistema en el que dos o más «mundos económicos» extensos, coherentes y conectados dentro del mercado llegan a estar ligados y a ser interdependientes por medio de la acción de grandes manipuladores del capital. Así, en la historia europea el papel del *gran comercio* en el desarrollo del capitalismo adquiere una importancia primordial. Y así, desde la perspectiva de Braudel una simple metrópoli donde se concentre el capital tiende a constituirse en el centro dominante de cualquier economía mundial capitalista.

El rumbo que toma Braudel nos aparta de la identificación del capitalismo como un sistema en el que los poseedores del capital controlan los medios básicos de producción y reducen el trabajo a un factor de producción, una mercancía que uno compra y vende; en ese tipo de definiciones, la confrontación entre el capitalista y el proletario —el que depende del salario de la fuerza de trabajo para sobrevivir— ocupa el núcleo central. Con Braudel, no reconocemos al capitalismo por sus características relaciones sociales, sino por su configuración general. Esa es la diferencia entre una crema y un

Saint-Honoré: una pequeña cucharada de gelatina de almendras es crema, pero a no ser que la masa, la crema y el relleno se mezclen adecuadamente no conseguiremos hacer un Saint-Honoré. Paradójicamente, con el capitalismo estilo Saint-Honoré de Braudel, una vez identificado el dulce, cada uno de sus componentes sigue siendo en sí mismo un Saint-Honoré. Así se comprende que Braudel diga del terrateniente no capitalista: era parte del sistema.

La definición que parte del intercambio presenta algunas ventajas analíticas. Por una parte, llama la atención sobre la enorme importancia de los banqueros, los comerciantes y otros capitalistas que no sabían absolutamente nada de producción pero sí, y mucho, de precios y beneficios; sus actividades facilitaron enormemente los cambios en las relaciones de producción. Por otro lado, la definición basada en el intercambio destaca la continuidad entre la producción a pequeña escala y la producción a gran escala bajo el capitalismo, disminuyendo así nuestra fijación con las fábricas, las grandes compañías y el trabajo en condiciones de una fuerte disciplina horaria y laboral; la concentración de capital y de lugares de trabajo no era precisamente lo mismo que la autonomía de los trabajadores y de la calidad del trabajo, pero la industria artesanal y otras formas similares de producción a menudo operaban de un modo profundamente capitalista. La definición de capitalismo que parte del intercambio rechaza claramente el énfasis puesto en la tecnología de la producción.

Aun así, los inconvenientes de la definición de Braudel superan las ventajas. La definición, al apartarse de la tecnología, abandona por completo las relaciones de producción. La Encomienda, la hacienda, la esclavitud y, como hemos visto, la servidumbre, todas ellas han pasado a ser formas capitalistas de control del trabajo. Extensas parcelas de la experiencia mundial son absorbidas por el capitalismo. El análisis histórico concreto del desarrollo del capitalismo como un sistema conduce, paradójicamente, a la misma interrogación que supuestamente debía haber reemplazado: la búsqueda de explicaciones al «despegue» británico y de Europa occidental.

De hecho, Braudel hace algunos intentos de limitar la excesiva amplitud de su definición; en este sentido, como en muchos otros, se niega a atenerse a los principios anunciados a lo largo de toda su investigación. Al comprometerse con una concepción del capitalismo que implica la creación de una serie de vínculos entre dos o más

amplios mercados por unos negociantes financieros, se ha comprometido asimismo a considerar a la totalidad de estos mercados como elementos integrales de un sistema capitalista. Aun así insiste en tratar de encontrar entre esos mercados signos del surgimiento del capitalismo. Refiriéndose al final del Antiguo Régimen, declara que «la mayor parte del mundo campesino se mantuvo al margen del capitalismo, de sus exigencias, de su orden y de su progreso» (II, 255). Y concluye diciendo que «el capitalismo no invadió la producción en sí hasta la época de la Revolución Industrial, cuando la mecanización había transformado ya las condiciones de producción de tal forma que la industria se convirtió en terreno para la expansión de beneficios» (II, 327). Si la coherencia fuese el espíritu maligno de las mentes estrechas, Braudel no hubiera tenido problemas para escapar del demonio.

Braudel, cuando no nos obliga a que le exijamos coherencia, pone de nuevo en marcha su indecisión. A lo largo de todo el segundo volumen de *Civilisation Matérielle*, comienza en repetidas ocasiones a plantear la relación entre capitalistas y estadistas, pero siempre acaba por cambiar de rumbo. Saboreemos este extracto de sus esfuerzos:

Finalmente y de un modo muy especial, debemos dejar sin responder la pregunta que ha surgido una y otra vez. ¿Promovió el Estado el capitalismo o no? ¿Impulsó el capitalismo? Incluso si alguien albergara dudas sobre la madurez del Estado moderno, si —movido por recientes acontecimientos— guarda las distancias con respecto al Estado, uno tiene que admitir que desde el siglo XV hasta el siglo XVIII el Estado estaba implicado con todos y en todo, que era una de las nuevas fuerzas en Europa. ¿Pero lo explica eso todo, sumirlo todo a su control? No, y mil veces no. Voy incluso más allá, ¿funciona también la perspectiva contraria? El Estado favoreció al capitalismo y salió en su ayuda —sin duda—. Pero démosle la vuelta a la ecuación: el Estado controla el surgimiento del capitalismo, lo que puede volverse en su contra. Ambas cosas son ciertas, sucesivamente o simultáneamente, si se considera a la realidad como una complejidad siempre predecible e impredecible. Favorable o no favorable, el Estado moderno siempre ha constituido una realidad a través de la cual el capitalismo se ha abierto camino, a veces encontrando obstáculos, a veces siendo promovido, y lo suficientemente a menudo avanzando en terreno neutral. [Braudel, 1979:II, 494.]

Según parece, *debemos* dejar sin responder la pregunta que ha surgido una y otra vez. Cuando se vuelve siempre al mismo punto, empieza a sospechar uno que está dando vueltas en círculo.

La tercera parte de la obra magna de Braudel comienza con una consideración de las economías mundiales como unidades funda-

mentales de análisis, y continúa con una descripción básicamente cronológica de las sucesivas economías mundiales que prevalecieron en Europa y otras partes del mundo. Braudel complica su explicación con intentos simultáneos de especificar la situación cambiante de pequeñas zonas y ciudades individuales dentro de esas economías mundiales y —por si no fuera suficiente— explicar cómo y por qué Europa llegó finalmente a ser la dueña del mundo y el núcleo principal de la industrialización a gran escala. Aquí, de un modo especial, Braudel hace saltar una chispa de chauvinismo sentimental: ¿por qué Francia no fue nunca el número uno? Por un momento, Braudel se permite a sí mismo especular que la culpa fue de las exigencias provenientes de París. A mediados del siglo XVI:

¿Perdió París la oportunidad de adquirir un cierto nivel de modernidad, y Francia con ella? Es posible. Se podría culpar a las clases propietarias de París, demasiado atraídas por los cargos y la tierra, operaciones todas ellas «enriquecedoras socialmente, lucrativas a nivel individual y económicamente parasitarias». [Braudel, 1979:III, 280; la cita está tomada de Denis Richet.]

Pero el apesadumbramiento de Braudel no dura mucho. Se lanza inmediatamente a una exploración intelectual de las cambiantes divisiones regionales en el interior de la economía francesa —uno de sus estudios más sutiles, en cualquier caso—. Ese método conversacional constituye tanto el encanto como la frustración de la obra.

Precisamente por el hecho de que la conversación verse sobre temas tan amplios, al repasar el tema central del tercer volumen uno se queda atónito. ¡Los grandes temas del primer volumen —la población, la alimentación, el vestido, la tecnología— han desaparecido casi por completo! A pesar de esa concepción de la vida material como un obstáculo para la capacidad de elección humana tan bien desarrollada en el primer volumen, no encontramos ahora ninguno de esos obstáculos. El tratamiento que hace Braudel del poblamiento de las colonias de Norteamérica (III, 348ss.), por ejemplo, no supone intento alguno de juzgar la contribución de los cambios en la fecundidad, la mortalidad, la nupcialidad, la migración o las relaciones entre ellas. De hecho, a estas alturas del libro Braudel muestra tal indiferencia por los problemas de población que llega a utilizar los gráficos sobre los cambios en la fecundidad y la mortalidad en Inglaterra del viejo texto de G. M. Trevelyan sobre historia social. A pesar de las indicaciones en contra que aparecen en

el primer volumen (y a pesar del lugar crucial que ocupan los colaboradores de Braudel en el desarrollo de la historia social de base demográfica), Braudel no intenta siquiera analizar la dinámica demográfica o incorporarla a su sistema explicativo. De alguna forma, parece como si esas cuestiones ya no formaran parte del problema.

¿Cuál es la razón? En las páginas iniciales del segundo volumen Braudel llama la atención de los lectores sobre una situación sorprendente. En el siglo XVI, concluye,

las regiones del mundo con una base sólida, sujetas a las presiones de unas inmensas poblaciones, parecen encontrarse cerca unas de las otras, ser prácticamente iguales. No cabe duda de que la mínima diferencia puede bastar para originar unas primeras ventajas, luego una cierta superioridad y, por el lado contrario, inferioridad y después subordinación. ¿Es eso lo que ocurrió entre Europa y el resto del mundo?... Hay una cosa de la que estoy seguro: la brecha entre Occidente y otros continentes surgió tarde; atribuirle únicamente a la «racionalización» de la economía de mercado, como muchos de los contemporáneos tienen tendencia a hacer, es obviamente simplista.

En cualquier caso, explicar esa brecha, que se fue haciendo más decisiva con los años, constituye el problema esencial en la historia del mundo moderno. [Braudel, 1979:II, 110-111.]

La sugerencia, hecha en el primer volumen, de que una diferencia en lo que a suministros de energía se refiere entre Europa y el resto del mundo haya podido resultar crucial ha desaparecido por completo. Como hemos visto, la acción del Estado se ha desvanecido como una posible explicación. Resulta que China, India y otras zonas del mundo crearon técnicas comerciales tan sofisticadas como las de los europeos. La estimación hecha por Paul Bairoch de los productos nacionales brutos a finales del siglo XVIII (citado con una mezcla de consternación y aprobación en una revisión de última hora incluida en III, 460-461) no demuestra ninguna ventaja significativa de Europa occidental con respecto a Norteamérica o China —por lo que la expresión «ventaja inicial» pierde sus últimos retazos de credibilidad como explicación.

En la página 481 del tercer volumen, Braudel admite indirectamente su derrota teórica: «la Revolución Industrial que sacudió a Inglaterra, y después al mundo entero, no fue jamás, en ningún momento de su avance, un tema delimitado con precisión, una serie de problemas dados en un lugar y en un momento concretos.» Braudel nos dice que toda la historia relatada en su extenso análisis

converge de algún modo en ese resultado. El único modo de analizar el crecimiento industrial consiste en descomponerlo en sus múltiples elementos, analizar esos elementos uno por uno y trazar sus múltiples conexiones. El hecho de que los anteriores análisis de Braudel adelanten esa estrategia intelectual y de que Braudel aplique la estrategia con brillantez no quita para que se sienta cierta decepción ante la rendición de Braudel.

Hacia el comienzo del tercer volumen, parece como si Braudel fuese a intentar presentar su milagro explicativo apoyándose en el modelo de Immanuel Wallerstein sobre el sistema mundial europeo, especialmente en su distinción entre núcleo, semi-periferia y periferia. Pero, progresivamente, Braudel se va decantando por una identificación menos forzada de las regiones del mundo económicamente dependientes, se rebela contra la idea de Wallerstein de que la economía capitalista mundial de Europa fuera la primera que no se consolidó en un imperio político, pone en duda el hecho de que los imperios en sí mismos ahoguen el potencial de las economías mundiales, y presenta un plan para las múltiples economías mundiales de Europa ya antes de la unificación supuestamente crucial del siglo XVI.

Braudel coincide de forma especial con Wallerstein en construir su discurso en torno al tema de las sucesivas hegemonías de las metrópolis capitalistas: Venecia, Génova, Amberes, Amsterdam, Londres, Nueva York. Por un momento acepta la poco convencional caracterización que hace Wallerstein de los estados alemán e inglés en el siglo XVII como estados «poderosos», apoyándose para ello en el argumento de que sus modestos aparatos demostraron la eficacia con la que sus clases dominantes lograron sus propósitos. Cuando se ve afectado por el problema, entonces se mantiene fiel a la postura de Wallerstein de centrarse en las condiciones de intercambio y no en las relaciones de producción como rasgo esencial del capitalismo. Pero, de hecho, ni emplea el enfoque del núcleo/semi-periferia/periferia como instrumento de análisis ni tampoco intenta contrastarlo con su extensísima información. Es una historia sublime, narrada con una gran elegancia —todo menos una solución definitiva al «problema esencial».

¿Deberíamos haber esperado algo más de un hombre con el genio intelectual de Braudel? Se aproxima a un problema enumerando sus elementos, mimando sus ironías, contradicciones y compleji-

dades; confrontando las diversas teorías que los académicos han propuesto; y otorgando a cada teoría el valor histórico que le corresponde. Pero, ¡ay!, la suma de las teorías no es otra teoría. Finalizamos nuestro viaje encantados con lo que hemos visto, agradecidos por la sabiduría y la perspicacia de nuestro guía, tentados de volver a visitar algunos de los rincones escondidos que él nos ha revelado, pero sin sospechar apenas el plan de nuestro maestro.

Si Braudel no lo consiguió, ¿quién podría hacerlo? Tal vez nadie consiga nunca escribir una «historia total» que dé cuenta del desarrollo completo del capitalismo y de la totalidad del crecimiento del sistema europeo de estados. Al menos por el momento, lo mejor es utilizar el gigantesco ensayo de Braudel como fuente de inspiración más que como modelo de análisis. Excepto en el caso de que Braudel le añadiese mayor potencia, un barco de tales dimensiones y complejidad parece destinado a hundirse antes de alcanzar tierras lejanas.

La ocasión para las comparaciones enormes (pero no gigantescas)

De ahora en adelante, omitiré las estructuras, los procesos y las comparaciones a nivel histórico mundial, sistémico mundial y microhistórico. La macrohistoria — el estudio de las grandes estructuras y los amplios procesos dentro de sistemas mundiales concretos — va a predominar en el resto del libro. Cuando nuestros antecesores del siglo XIX pensaban que estaban descubriendo leyes universales del proceso social, se limitaban a pensar dentro de los confines del mundo capitalista que ellos conocían; si queremos superar su trabajo, deberemos ser conscientes de la existencia de otros niveles de análisis, pero seguir la línea de los primeros en cuanto al estudio de estructuras y procesos se refiere. Además, ahora estamos mucho mejor preparados para producir avances en el análisis macrohistórico y microhistórico que para movernos con desenvoltura en el terreno de los análisis histórico-mundiales y sistémico mundiales.

Por último, dado que mis estudios se encuentran a caballo entre los análisis microhistóricos y los macrohistóricos, y dado que creo

firmemente que entender la microhistoria facilita la tarea de entender la macrohistoria, me resulta más fácil mostrar la validez de diferentes enfoques comparativos para el análisis de estructuras y procesos a nivel macrohistórico. Mis disculpas para aquellos que piensan en términos más pequeños o más grandes.

Nuestra tarea consiste, por tanto, en acomodar descripciones de estructuras y procesos específicos de sistemas mundiales concretos a generalizaciones apoyadas en datos históricos y relativas a esos sistemas mundiales. Reduzcamos entonces nuestro campo de acción y concentrémonos en Europa occidental a partir del año 1500. Para ese ámbito temporal y espacial, los posibles principios organizativos referentes a los estados nacionales incluyen:

1. Unidades políticas relativamente independientes carentes de vastos ejércitos centralizados, barreras geográficas sólidas frente a la conquista, o una serie de poderes adyacentes que perdieron por lo general su autonomía y fueron absorbidos en estados nacionales de mayores dimensiones.
2. Los asuntos de la guerra tendieron a expandir los aparatos fiscales nacionales. Para los triunfadores, los asuntos de la guerra y los preparativos para ella dieron lugar a las estructuras principales del Estado nacional.
3. Al finalizar las guerras europeas se produjo una importante reducción en el número de estados europeos, así como una reordenación de fronteras y alteraciones en las relaciones entre estados.
4. Se produjeron grandes rebeliones fundamentalmente en aquellos casos en que los gobernantes exigieron aumentos en las contribuciones de la población para la guerra, o cuando la guerra y sus efectos debilitaron la capacidad represiva de los gobernantes.

Los principios con una base histórica que enunciamos para el desarrollo del capitalismo incluyen:

5. Anteriormente a la implosión de capital y trabajo que se produjo en el siglo XIX, la proletarianización de la población tuvo lugar fundamentalmente en el campo y afectó a la agricultura prácticamente en la misma proporción que afectó a la industria.

6. Sin embargo, pequeños capitalistas organizaron la manufactura en torno a los hogares y pequeños comercios en la mayor parte del campo en Europa a lo largo de los siglos XVII y XVIII; en parte, amplias zonas rurales sufrieron un proceso de desindustrialización durante la explosión de capital y trabajo ocurrida en el siglo XIX.
7. En términos generales, esa explosión *redujo*, más que aumentó, la movilidad residencial de la población de la Europa occidental. De todos modos, la distancia y el tiempo de permanencia del desplazamiento medio aumentó significativamente en el mismo proceso, y los flujos temporales de trabajadores no especializados —provenientes básicamente de la periferia de bajas rentas en Europa— se aceleró considerablemente.
8. Hasta el siglo XIX muy pocos capitalistas sabían cómo manufacturar cualquier producto; en general, eran los trabajadores los que guardaban los secretos de la producción, mientras que los capitalistas se especializaban en la compra y venta de los productos de los trabajadores. A finales del siglo XIX, pocos trabajadores sabían cómo producir el producto completo que ayudaban a manufacturar, y ahora eran los capitalistas quienes poseían los secretos de la producción.

Estos principios no son postulados. Están sujetos a revisión y a refutación. Algunos o todos ellos podrían ser falsos. Pero hasta que sean revisados o sustituidos, servirán de marco para análisis más específicos de cambios estructurales.

¿Cómo? Tomemos como ejemplo la generalización 8. Si damos por supuesto —sólo provisionalmente— que durante el siglo XIX numerosos capitalistas y trabajadores lucharon por el control de las decisiones referentes a qué producir y cómo, podemos examinar las condiciones bajo las cuales los empleados resultaron, en mayor o menor grado, vencedores, confiando en que así ayudamos a la comprensión de una de las transformaciones principales en la organización de la producción. Si descubriéramos (y esperamos hacerlo) que la capacidad del capitalista para controlar el acceso a las fuentes de energía y las materias primas que facilitaban la producción en masa —carbón en lugar de madera, algodón en lugar de lino, por ejemplo— contribuyó a acelerar la victoria capitalista en la lucha por el control de la producción, entonces tendríamos de una garantía

para investigar si el abandono de fuentes de energía y materias primas disponibles proporcionó: 1) a los capitalistas los medios para la concentración de capital como nunca antes había ocurrido; 2) se convirtió en una estrategia deliberada de los capitalistas que pretendían reorganizar todo el proceso productivo, y 3) supuso el golpe de gracia para la producción en pequeña escala con un amplio control de los trabajadores.

Se podría llegar a tales conclusiones sin argumentar, siquiera por un momento, que en todas partes y en todo momento la reducción de fuentes de energía y materias primas para la producción desemboca en un capitalismo industrial o en una hegemonía de los patronos en los lugares de trabajo. De hecho, allí donde es difícil asegurarse los derechos de propiedad sobre fuentes de energía o materias primas —como es el caso de numerosos modos de producción no capitalistas— el giro por parte de un patrono hacia fuentes de energía y materias primas cada vez más escasas podría ir en su contra. Es por ello que una generalización debe tener una amplia validez dentro de su propio ámbito histórico, pero ser al mismo tiempo contingente.

Ninguna seguridad en las cifras

A medida que avanzamos hacia la identificación de regularidades históricas específicas en estructuras y procesos, deberíamos ir abandonando al mismo tiempo el hábito de incluir grandes cantidades de casos en análisis estadísticos amplios. En términos generales, los estudios comparativos de grandes estructuras y procesos amplios producen un mayor aporte intelectual cuando los investigadores examinan un número relativamente pequeño de cuestiones. Esto no se debe al valor intrínsecamente mayor de las cifras pequeñas, sino a que las cifras grandes proporcionan un sentido ilusorio de seguridad.

Con cifras menores, el estudioso de una estructura o un proceso no tiene otra opción que centrarse en las circunstancias históricas y en las características concretas de los casos que analiza y, así, dedicarse con mayor ahínco a encontrar las condiciones lógicas para una comparación eficaz. Con grandes cifras, las defensas críticas y la familiaridad con el contexto disminuyen. Una mínima parte de lo

que ha resultado a largo plazo valioso para las ciencias sociales ha provenido de cientos de estudios que, realizados durante las últimas décadas, han llevado a cabo análisis estadísticos que incluían a la mayor parte de los estados nacionales del mundo.

Las más honrosas excepciones han provenido de las descripciones estadísticas como las de Paul Bairoch y de las investigaciones de orientación teórica junto con estudios de casos concretos como las de Jeffery Paige. Con todo, durante ese mismo período la mayoría de los estudios más relevantes e influyentes sobre cambio estructural a gran escala ha sido explícita y deliberadamente comparativa. La lección es la siguiente: concentrarse en comparaciones detalladas de cifras pequeñas hasta que se tenga una idea clara de lo que uno precisa de las grandes cifras y de cómo conseguir que las comparaciones resulten válidas.

Cualquiera que haga un repaso de los grandes estudios más recientes sobre cambio estructural a gran escala que emplean un número reducido de casos, se dará cuenta de la influencia permanente de los clásicos. De una u otra forma, Durkheim, Tocqueville, Weber y, especialmente, Marx continúan planteando los problemas —incluso para aquellos investigadores que intentan dejar de lado a los maestros—. Tocqueville y Weber asoman por encima del hombro de Theda Skocpol cuando invoca a Marx. Reinhard Bendix se hace eco de Weber. Y lo mismo ocurre con S. N. Eisenstadt, al tiempo que le hace alguna reverencia ocasional a Tocqueville y a Durkheim. *Lineages of the Absolutist State* de Perry Anderson es un intento deliberado de redondear la descripción que hace Marx del Estado. Immanuel Wallerstein incorpora a su propio modelo del sistema capitalista mundial una controvertida versión de la descripción que hace Marx del capitalismo. Y Barrington Moore, como veremos, se apoya notablemente en el pensamiento marxista sin adoptar por ello su estructura completa.

Ninguno de ellos adopta pasivamente los principios clásicos. Todos ellos se percatan de que nadie —ni siquiera los grandes— ha solucionado los problemas que ellos se están planteando. Esta es la razón de que los problemas requieran atención. Pero los modernos investigadores de grandes estructuras y amplios procesos encuentran generalmente que la más reciente teorización, a pesar de su gran utilidad en cuanto a detalles se refiere, no se corresponde con los profundos planteamientos que encuentran en los ensayos comparati-

vos clásicos. El resurgimiento del pensamiento marxista ha procedido en parte de la crítica de las teorías de la modernización y el desarrollo, pero también de un doble proceso: primero los investigadores abandonan los estudios de grandes estructuras y amplios procesos que se concentran en el presente y deciden tomarse la historia en serio; más tarde descubren las enormes fuentes teóricas que el pensamiento marxista ofrece para la investigación histórica.

Los marxistas, por regla general, han salido al encuentro de los recién llegados. Relativamente satisfechos de su capacidad para analizar la organización de la producción, los marxistas han empezado a preocuparse por la debilidad de sus análisis sobre la organización de la coerción. A partir de Marx, la coerción siempre ha formado parte de los análisis marxistas sobre cambio estructural. Por ejemplo, el tratamiento marxista del feudalismo destaca la dependencia de ese modo de producción respecto a la coerción no económica de los campesinos. Marx consideraba que el capitalismo era único por su capacidad exclusiva para depender de los condicionamientos económicos. La genialidad del sistema, según Marx, consistía en hacer que la sumisión ante la explotación sirviera los intereses a corto plazo de los trabajadores a expensas de una pérdida a largo plazo.

Sin embargo, incluso bajo el capitalismo los cambios en la organización de la producción y los aumentos en el nivel de explotación implicaban, por lo general, cierta coerción; *El Capital* se extiende sobre la desposesión forzosa de campesinos y artesanos. Además, posteriores análisis marxistas han destacado la coerción que los patronos emplearon para lograr una disciplina laboral más estricta, una aceleración de la producción y una reducción de la autonomía de los trabajadores especializados.

Sin embargo, la organización de la coerción ha ocupado, por lo general, un lugar incierto en los análisis marxistas. ¿Tiene su propia lógica, paralela a la lógica de la organización de la producción o, por el contrario, se reduce en última instancia a la lógica de la producción? La incertidumbre es particularmente turbadora en el análisis de los gobiernos, y de los estados en concreto. ¿Hasta qué punto, cómo y cuándo actúan los estados independientemente de la organización de la producción?

Escritores marxistas, neo-marxistas, cuasi-marxistas y cripto-marxistas actuales se han planteado y han discutido sobre esa pregunta más que sobre cualquier otra. Theda Skocpol rompió con

Barrington Moore y con los argumentos típicamente marxistas precisamente a raíz de esa pregunta; ella vio que la organización de la coerción poseía, en todos los niveles, incluyendo el del Estado, una lógica y una influencia independientes, no completamente reductible a la lógica de la producción. La destreza de Perry Anderson consistió en salvar la mayor parte de la determinación de la estructura del Estado por la organización de la producción. Y lo hizo aduciendo que, a pesar de las apariencias, el Estado Absolutista creció como un instrumento de la nobleza feudal. Desde su punto de vista, la diferencia en la estructura estatal entre las mitades oriental y occidental de Europa surgió de los intereses divergentes de sus clases propietarias.

Tanto el abandono de las teorías desarrollistas como el renacimiento del pensamiento marxista han promovido un resurgimiento de trabajos genuinamente históricos en ciencias sociales. Por «genuinamente históricos» entiendo aquellos estudios que dan por supuesto que el tiempo y el espacio en el que surge una estructura o un proceso influyen en su carácter, que la secuencia dentro de la cual se producen sucesos similares tiene un fuerte impacto en sus resultados, y que el conocimiento existente sobre estructuras y procesos pasados es problemático, requiriendo, por tanto, una investigación sistemática por derecho propio, en lugar de sumarla inmediatamente a la síntesis de las ciencias sociales.

Así, encontramos a Douglas Hibbs comenzando su carrera con un análisis estadístico amplísimo, atóxico, ahistórico y supranacional de los «determinantes» de la violencia política, para pasar después rápidamente a detalladas comparaciones a largo plazo de las luchas por el control de la renta nacional en países europeos. Así, encontramos a Bertrand Badie y a Pierre Birnbaum construyendo una sociología del Estado alrededor de un cuidadoso análisis histórico del desarrollo de diferentes formas de Estado en Europa y América. Así, encontramos a Victoria Bonnel, socióloga, adentrándose en las fuentes rusas para emerger con una serie de estrechas comparaciones entre las clases trabajadoras de San Petersburgo y Moscú, por un lado, y entre la organización de las clases trabajadoras en Rusia y Europa occidental, por otro. Comparándolos con el saber convencional sobre la Rusia pre-revolucionaria, los análisis de Bonnell sobre el período 1905-1914 revelan un sorprendente activismo por parte de los trabajadores especializados, una amplia organi-

zación de los trabajadores en períodos de una menor represión y una flexible adaptación de los programas bolcheviques a los objetivos articulados por los propios trabajadores. Aquí lo tenemos: los sociólogos, los antropólogos, los politólogos y algún economista ocasional se han puesto manos a la obra tratando de conocer la historia antes de generalizar, para así poder generalizar a conciencia.

Formas de ver

Una vez descartados todos los postulados perniciosos, supongamos que aún queremos comprender de qué modo llegó nuestro mundo a su actual y penoso estado, y qué alternativas pueden existir. ¿Cómo podemos comparar grandes estructuras y amplios procesos para este propósito?

Deberíamos asegurarnos de que la lógica clásica de la comparación, que incita a una búsqueda de la variación concomitante, se ajusta a nuestros objetivos como una camiseta y no como una camisa de fuerza; debería permitir que el ejercicio fuera más eficaz, en lugar de hacerlo imposible. Las reglas no exigen la búsqueda de la pareja perfecta de estructuras y procesos: aquella que cuadra exquisitamente con cada una de las variables excepto con la pretendida causa y el supuesto efecto. Ni tampoco exigen que se encuentren las causas últimas; deberíamos estar encantados de descubrir las causas más probables de los fenómenos sociales. Tampoco las reglas prohíben buscar principios de co-variación que comiencen diciendo «Hasta ahora...». Ni, por último, exigen explicaciones completas —explicaciones que no dejen ni un miligramo de variación sin explicar—. Las reglas prescriben que se examine la aparente co-variación con la máxima seriedad y que se eliminen las causas espúreas sin piedad alguna.

Para ello debemos cerciorarnos de las unidades que estamos comparando. Únicamente si somos claros y consistentes tenemos la posibilidad de elegir entre una gran variedad de poblaciones, categorías, redes y *catnets*; compañías, regiones, clases sociales, grupos de parentesco, iglesias, redes comerciales, alianzas internacionales y otros muchos. La clave está en tener criterios para identificar poblaciones, categorías, *redes* y *catnets* reares como especímenes del tipo de unidad sobre la que estamos teorizando.

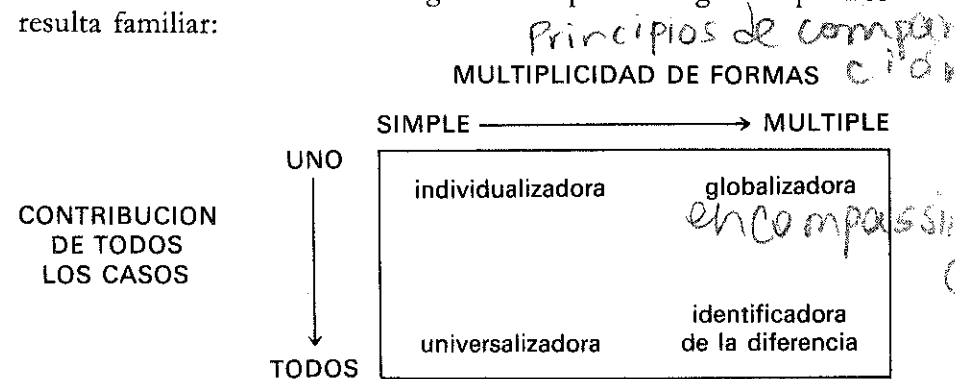
Si abandonamos las sociedades como unidades de análisis no es preciso que abandonemos los estados nacionales. Únicamente es necesario que vayamos con cuidado: recordemos que el área y la población controlados por ese Estado, y no cualquier otra entidad mística con una existencia independiente del Estado, delimitan el análisis; hay que alterar las fronteras de la observación a medida que las fronteras del Estado van cambiando; y hay que advertir la interdependencia de los estados adyacentes. Pero tenemos otras muchas elecciones aparte de los estados: los bloques de poder internacional, las regiones marcadas por la jerarquía de las ciudades y los mercados, los distintos modos regionales de producción, las clases sociales, los grupos lingüísticos, etc.

La elección entre múltiples unidades de análisis posibles sitúa la responsabilidad teórica directamente allí donde pertenece: en el teórico. Ningún teórico puede asumir la responsabilidad de batirse en retirada hacia vagos principios sobre la «sociedad» cuando tiene una clara posibilidad de elegir entre estados nacionales, bloques de poder internacional, distintos modos regionales de producción, clases sociales, grupos lingüísticos y otras muchas unidades sociales. Únicamente podemos esperar organizar la evidencia de un modo eficaz y estar seguros de que sus principios soportarían un escrutinio teórico cuando los teóricos de las grandes estructuras especifican a qué unidades se aplican sus principios.

Hay que distinguir los diferentes modos de comparar grandes estructuras y amplios procesos. Para conseguir una mayor precisión, hagamos una clasificación de los diferentes tipos de proposiciones a las que debería razonablemente aspirar un análisis comparativo. Mediante una típica simplificación sociológica, definiremos, y después combinaremos, dos dimensiones propias de toda comparación: * contribución de todos los casos y multiplicidad de formas. Dentro de lo que llamamos contribución, el principio resultante de una comparación puede variar desde un simple caso (presentar las características del caso en cuestión correctamente) a todos los casos posibles de un fenómeno (presentar las características de todos los casos posibles correctamente).

Dentro de lo que llamamos multiplicidad, el principio que resulta de una comparación puede ser simple (todos los casos posibles de un fenómeno tienen propiedades comunes) o múltiple (un fenómeno se manifiesta en múltiples formas). Una clasificación cruzada de las dos

dimensiones de variación da lugar a un tipo de diagrama que nos resulta familiar:



Así, una comparación puramente individualizadora define cada caso como único, manejando cada caso por separado y minimizando sus propiedades comunes con el resto de los casos. Por el contrario, una comparación universalizadora pura identifica las propiedades comunes a todos los casos que presenta un fenómeno. Podemos elegir, por tanto, entre comparaciones de grandes estructuras y procesos amplios, individualizadoras, universalizadoras, aquellas que pretenden identificar la diferencia, y globalizadoras.

Debemos tener claro qué es lo que clasifica esta clasificación. No depende de la estricta lógica interna de la comparación si suponemos que todas las características de los casos manejados excepto dos son las mismas, si las estructuras y los procesos sociales que están siendo comparados pertenecen al mismo orden, etc. Tampoco depende de la naturaleza de las estructuras y los procesos: a gran escala o a pequeña escala, simples o complejos, dinámicos o estáticos, etc. Si dependen, por el contrario, de la relación entre observación y teoría. Las comparaciones son generales dado que aquellos que las emplean intentan que todos los casos que componen una categoría se ajusten al mismo principio. Las comparaciones son múltiples ya que aquellos que las utilizan tratan de demostrar que los casos que componen una categoría adoptan múltiples formas. Por tanto, la clasificación clasifica estrategias, y no tácticas, de comparación.

En primer lugar está la comparación individualizadora, en la cual se trata de contrastar casos específicos de un fenómeno dado como medio de captar las peculiaridades de cada caso. Así, Reinhard Bendix contrasta los cambios ocurridos en la vida política británica y

alemana con vistas a esclarecer el modo por el que los trabajadores británicos lograron una participación casi total en la política nacional, mientras los trabajadores alemanes permanecían al margen.

Al final de ese extremo encontramos la comparación universalizadora. Aspira a explicar el hecho de que cada uno de los casos de un fenómeno sigue en esencia la misma regla. Tomemos, por ejemplo, el intento recurrente de construir una historia natural del crecimiento económico, bien a través de la especificación de las condiciones necesarias y suficientes para el arranque, bien a través de la identificación de los estadios por los que debe pasar todo país industrializado, una vez que ha comenzado dicho proceso.

En el extremo contrario a las comparaciones individualizadoras y universalizadoras se encuentra la comparación que trata de identificar la diferencia. Se supone que trata de establecer un principio de variación en el carácter o la intensidad de un fenómeno mediante el examen de las diferencias sistemáticas entre los distintos casos. La obra de Jeffery Paige Agrarian Revolution entraría dentro de esta categoría, dado que propone vincular diferentes tipos de acción política rural con las diferentes combinaciones de las fuentes de ingresos de los trabajadores, las fuentes de ingresos de las clases dominantes y la represión gubernamental.

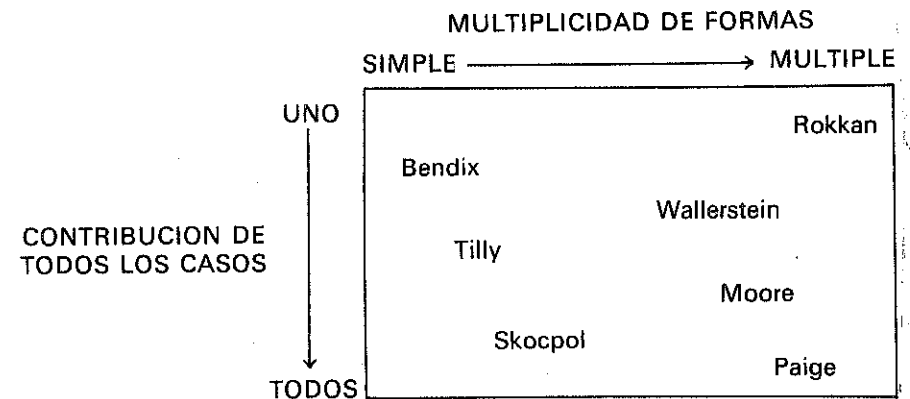
El cuarto y último empleo de la comparación no es ni individualizador, ni universalizador ni identificador de la diferencia, sino que es globalizador. Coloca distintos casos en distintos puntos del mismo sistema, y con ello intenta explicar sus características como una función de sus relaciones variables con el sistema como un todo. En los últimos años, el sello de Immanuel Wallerstein en los análisis sistémico mundiales, en los que la región es el núcleo central, ha proporcionado un influyente modelo de comparación globalizadora.

Las cuatro estrategias funcionan dependiendo de cuáles sean los propósitos. Rebellious Century de los Tilly, por ejemplo, se apoya en comparaciones individualizadoras, aunque ocasionalmente se desvíe hacia comparaciones universalizadoras y hacia las que tratan de identificar la diferencia. En ese libro, Louise Tilly, Richard Tilly y yo nos concentramos básicamente en las formas por las que la acción popular colectiva (especialmente aquella que representan las huelgas y la violencia colectiva) fluctuó y cambió en función del surgimiento de los estados y del desarrollo del capitalismo en Italia, Francia y Alemania entre 1830 y 1930. Las comparaciones entre Italia, Francia

y Alemania sirven básicamente para mostrar las características distintivas de las tres experiencias; es decir, individualizan. Pero también se emplean, de vez en cuando, para tratar de descubrir las propiedades comunes e invariables de la acción colectiva (y, por tanto, para universalizar), o para explorar posibles principios de variación implícitos en las consecuencias de la acción colectiva de los diferentes modos en que surgieron los estados alemán, italiano y francés (y, por tanto, para tratar de identificar la variación.)

Por contraste, la obra Modern World System de Immanuel Wallerstein alterna la comparación individualizadora con la globalizadora. Por un lado, Wallerstein hace un gran esfuerzo por descubrir las características del sistema capitalista mundial directamente por contraste con imperios anteriores, con China, y con la propia Europa antes del año 1500; dichas comparaciones individualizan. Por otro lado, concentra su esfuerzo en argumentar que las experiencias de regiones concretas dentro del sistema capitalista mundial (al que trata de identificar con ciertos estados como España o Inglaterra) dependieron de los nichos que ocuparon con respecto al sistema como un todo —concretamente si se encontraban en el centro, en la semiperiferia o en la periferia—. Se trata de un esfuerzo globalizador.

En los siguientes capítulos se discutirá la obra de Reinhard Bendix (en su mayor parte individualizadora), Theda Skocpol (a menudo universalizadora), Barrington Moore, Jr. (la cual trata frecuentemente de identificar la diferencia) y Stein Rokkan (por lo general globalizadora). Por ahora nos limitaremos a representar las prácticas comparativas de Paige, Wallerstein, los Tilly, Bendix, Skocpol, Moore y Rokkan en el siguiente diagrama:



Juzgar las comparaciones

El audaz estudio comparativo *Economic Sociology* de Arthur Stinchcombe toma como sus tres casos principales parte de la actual población Karimojong de Africa del Este, la Francia del siglo XIX y los Estados Unidos del siglo XX. Aunque Stinchcombe se permite a sí mismo cierta individualización y universalización, utiliza sus comparaciones para tratar de encontrar las diferencias. Al principio del libro se queja de que «los sociólogos comparativos son una raza a extinguir», aunque se incluye a sí mismo en esa raza (Stinchcombe 1983:vii).

Stinchcombe se equivoca totalmente. Sólo en América, Barrington Moore, Theda Skocpol, Michael Hechter, Gerhard Lenski, Reinhard Bendix y otros muchos continúan trabajando con reveladoras comparaciones. Como ha dicho Raymond Grew, la comparación entre procesos históricos «congenia particularmente con la economía, la sociología y ciertas escuelas de antropología». «Muchas de las obras más citadas actualmente sobre comparación histórica reciente —continúa Grew— pertenecen a esta categoría y, aunque son válidas, en su mayor parte no han sido escritas por académicos formados profesionalmente como historiadores» (Grew 1980:764-765). En este sentido, Grew menciona, entre otras, la obra de S. N. Eisenstadt, Samuel P. Huntington, Barrington Moore e Immanuel Wallerstein.

¿Cómo es posible que un observador tan perspicaz como Stinchcombe relegase a todos esos académicos de primera fila —y a sí mismo— a una raza a extinguir? El problema, en mi opinión, reside aquí: Stinchcombe, un consumado cazador de principios de variación, duda a la hora de aceptar como genuinas otras formas de comparación. A pesar de que comparto su preferencia por las comparaciones que intentan identificar la diferencia —siempre que sean factibles y adecuadas— espero mostrar en los próximos capítulos que las comparaciones individualizadoras, universalizadoras y, particularmente, las globalizadoras también tienen un papel legítimo y significativo que jugar en la construcción de nuestra comprensión de las grandes estructuras y los amplios procesos sociales.

Raymond Grew hace también hincapié en el hecho de que «la comparación de procesos históricos también provoca reticencias e incluso sospechas por parte de muchos historiadores» (Grew

1980:765). Tengo un mensaje para los historiadores sobre este tema. Tienen muchas ventajas a la hora de construir comparaciones efectivas. No deberían dejar esas ventajas en manos de los politólogos, los sociólogos y demás científicos sociales. Si aquellos males que rechazan son la búsqueda de leyes históricas universales y la inclusión forzosa de la experiencia histórica en categorías históricas, el remedio a esos males no reside en el abandono de comparaciones deliberadas, sino en tratar de arraigarlas en estructuras y procesos genuinamente históricos. Los siguientes capítulos mostrarán, así lo espero, que la comprensión histórica tiene mucho que ganar de la construcción de una ciencia social con una base histórica y comparativa.

Concentrándonos en la experiencia europea desde 1500, nos preguntamos qué estrategias comparativas contribuyen a que una experiencia sea inteligible. Si la investigación proporcionase respuestas de interés, dichas respuestas llevarían a su conversión en nuevas preguntas para la investigación ulterior.

Los siguientes capítulos tratarán una por una las estrategias de comparación individualizadora, universalizadora, aquella que trata de identificar la diferencia y la globalizadora aplicadas a las grandes estructuras y los procesos amplios. Todos los ejemplos centrales de cada capítulo —obras concretas de Reinhard Bendix, Theda Skocpol, Barrington Moore, Jr., y Stein Rokkan— proporcionan análisis comparativos de primera categoría sobre grandes estructuras y procesos amplios. Mi objetivo consiste no en resumir o en juzgar la obra completa de ninguno de estos académicos, ni siquiera en proporcionar una evaluación completa de las obras en las que baso mi argumentación; trato de mostrar las estrategias comparativas en acción.

Bendix, Skocpol, Moore y Rokkan rechazan, en general, los postulados perniciosos del siglo XIX y tratan de construir sus argumentos sobre una sólida evidencia histórica. Más que una exhortación constituyen, por tanto, una ilustración de la alternativa a los análisis históricos que presumen la existencia de sociedades, la diferenciación como proceso central, etc. Muestran el valor de desligar la comparación a gran escala de ese poste abstracto y ahistórico al que a menudo la han encadenado los científicos sociales, y de ligarla, por el contrario, a experiencias históricas concretas de cambio.

El deseo de individualizar

Comparar grandes unidades sociales con el fin de identificar sus singularidades ha sido una práctica corriente durante mucho tiempo. Cuando Montesquieu estableció una comparación entre diferentes partes del mundo en relación al clima, la topografía, la vida social y la política, en algún momento parecía que estaba tratando de encontrar principios de variación pero, por lo general, terminaba hablando de singularidades. Después de todo, intentaba mostrar que el entorno modelaba el carácter, que las formas de gobierno se correspondían en un alto grado con el carácter de las personas en sus entornos sociales, que cada forma de gobierno exigía su propia variedad legal, y que una falta de correspondencia entre el carácter nacional, la forma gubernamental y la ley tendía a socavar la autoridad del gobierno. Esta teoría de la correspondencia conduce de un modo natural a comparaciones individualizadoras. Por ejemplo, en su discusión sobre la corrupción, Montesquieu sigue «la lógica inherente a un método que se niega a extraer conclusiones aplicables a todos los tipos distintos de estados. Por el contrario, deduce sus generalizaciones de la estructura específica y la pasión vigente de cada tipo» (Richter 1977:82).

Para el deleite de Albert Hirschman, Montesquieu sigue precisa-

mente ese principio en la Parte Cuarta de *El Espíritu de las Leyes*. Hablando de Inglaterra sin hacerlo explícitamente, Montesquieu declara que «es muy afortunado para los hombres estar en una situación en la que, aunque sus pasiones puedan empujarles a comportarse de un modo perverso (*méchants*) tienen, sin embargo, interés en no hacerlo». «Aquí —exulta Hirschman— tenemos una generalización verdaderamente magnífica construida sobre la expectativa de que los intereses —a saber, el comercio y sus corolarios, como la letra de cambio —inhibirán sus pasiones y sus acciones “perversas” inducidas por la pasión de los poderosos» (Hirschman 1977:73). La ironía está en que Montesquieu formula su principio, que fácilmente se convierte en un principio de variación en manos de un teórico del calibre de Hirschman, no para dar cuenta de una serie de esquemas generales de variación entre los estados, sino para singularizar y comprender las peculiaridades de los estados comerciales marítimos.

Intento que no se pierda de vista mi punto, la comparación individualizadora construida sobre la riqueza de la ciencia social con una base histórica. Una de las mayores contribuciones que pueden hacer los científicos sociales es establecer exactamente aquello que es propio de una experiencia histórica concreta—incluyendo nuestra propia experiencia contemporánea—. El hallazgo de que los países pobres de hoy no resumen las experiencias de crecimiento económico de Gran Bretaña, Francia o Estados Unidos contribuyó enormemente a nuestra comprensión del cambio social contemporáneo; ese descubrimiento fue resultado, en gran parte, de comparaciones individualizadoras. Como practicante habitual de la comparación individualizadora, no tengo ninguna intención de atacarla. No se trata, entonces, de que la comparación individualizadora sea un intento desafortunado de generalizar, sino que la cuestión radica en su significativa diferencia con respecto a las comparaciones universalizadoras, globalizadoras y aquellas que tratan de identificar la diferencia.

Si fuera necesario un pedigrí de la comparación individualizadora, sería suficiente su empleo por Max Weber. Cuando Weber comenzaba la elaboración de sus grandes taxonomías se inclinaba claramente hacia la generalización. Cuando hablaba sobre racionalización y carisma, tendía hacia la comparación universalizadora. Pero sus grandes comparaciones de sistemas religiosos sirvieron funda-

✓ Cuando Hirschman habla de los países de individualización tardía y posttarda los...

Weber ve una soc. de ind. en Occidente y una

112

Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes

soe. su individualidad en trabajo duro, y quiere mentalmente para especificar la singularidad del próspero, acumulador, racionalizador y burocratizador Occidente. En gran parte, Max Weber utilizó las comparaciones con el claro propósito de la individuación. ^{seber} xg-*

Lo cierto es que para Weber «Occidente» es un inmenso individuo. Aun así, lo central en los análisis de Weber no es tanto hallar las propiedades comunes a muchos casos o identificar el principio de variación como comprender bien Occidente. Como dice Reinhard Bendix:

Su sociología de la religión culmina con el intento de explicar la diferenciación inicial entre la contemplación mística y el activismo ascético. En cierto sentido, el estudio estuvo concluido una vez que hubo explicado el origen del racionalismo ético por la contribución de la antigua profecía judía. Pero en un sentido diferente, todos los escritos de Weber sobre sociología de la religión constituyen un mero prefacio a lo que aún no había explicado sobre Occidente. [Bendix, 1960:284-285.]

Weber, continúa diciendo Bendix, nunca abandonó la búsqueda del secreto del triunfo del racionalismo en Occidente. La comparación individualizadora predominó en el resto de su obra.

En nuestros días, Reinhard Bendix ha sido uno de los principales practicantes de la comparación individualizadora. Fiel a los ejemplos de Max Weber y de Otto Hintze, ha destacado las características que distinguen a los pocos casos de gobierno parlamentario duradero con relativo éxito de todas las demás experiencias históricas. Lo ha hecho con una gran parsimonia teórica y con una claridad excepcional en lo que se proponía explicar. Arthur Stinchcombe nos relata una curiosa historia:

En mi primer año de posgrado, le entregué a Reinhard Bendix un trabajo titulado «Oportunidades retóricas en algunas teorías del cambio social». Tras una discusión sobre el contenido del trabajo, hizo un comentario que marcó mi actitud hacia la «teoría». Dijo: «Sabes, un poquito de teoría da para mucho.» Continuó diciendo que debía decidir qué fenómeno quería explicar. [Stinchcombe, 1968:v.]

Bendix ha seguido sus propias enseñanzas. En *Work and Authority in Industry* emplea una comparación entre Rusia, Inglaterra, Alemania del Este y Estados Unidos para determinar las condiciones bajo las cuales los empresarios lograron un espacio para sus maniobras. Su proyecto intelectual global, comenta Stinchcombe, «consiste en explorar las fuentes históricas de una resolución

(*) Por desgracia el ascetismo intramundano de Occidente y la diferencia de la contemplación

‘pluralista’ más que ‘totalitaria’ de los problemas de las relaciones laborales» (Stinchcombe, 1978:104). Entendemos inmediatamente por qué los dos pares de comparaciones, Rusia/Inglaterra y Alemania/Estados Unidos entraron en juego.

En última instancia, Bendix aspira a encontrar unos principios que expliquen todas aquellas experiencias que analiza. Además, la conclusión a la que llega Bendix de que la industrialización lleva en todas partes a la burocratización del lugar de trabajo, tiene un aire universalizador; mientras que su conclusión sobre el hecho de que la confianza en la buena fe de los subordinados resultó crucial para la flexibilidad empresarial, suena a aquellas comparaciones que intentan identificar la variación. Pero el grueso de su esfuerzo comparativo trata a Rusia y a Alemania como si fuesen el reverso del espejo en el que examinar más detalladamente los rasgos anglo-americanos. Bendix no pretende en ningún momento descubrir, por ejemplo, las condiciones generales que favorecen la confianza en la buena fe de los subordinados. Sus explicaciones, en su análisis final, se limitan a la supervivencia de modelos de autoridad tradicionales en la era de la concentración industrial. Eso es una comparación individualizadora por excelencia.

Si Bendix se concentra en las singularidades de Rusia, Inglaterra, Alemania o Estados Unidos, no se contenta con una simple descripción, con la mera narrativa. Trata de encontrar los modelos recurrentes en cada experiencia nacional. En uno de sus muchos trabajos reflexivos sobre el método, Bendix declara que «cuando el análisis se centra en la cronología y la secuencia individual de tales soluciones, pertenece al historiador; cuando se centra en el modelo de dichas soluciones, pertenece al sociólogo» (Bendix, 1963:537).

Discrepo de esa división de tareas. Tal como yo lo veo, los mejores analistas de la historia (ya se llamen a sí mismos sociólogos o historiadores) utilizan la reconstrucción de la cronología y de la secuencia individual como medio de identificar los modelos recurrentes y de verificar su existencia. Sin embargo, el papel de identificadores de modelos que Bendix asigna a los sociólogos se refiere al estudio de naciones tomadas individualmente; la comparación con otras experiencias nacionales sirve para destacar las características especiales del modelo nacional.

La misma ambición individualizadora domina en la obra *Nation-Building and Citizenship* de Bendix. En ella, aporta comparaciones de

Europa occidental, de Rusia, Japón, Alemania e India —lo más frecuente es que sean parejas—. El libro trata de especificar las condiciones para la creación de una comunidad política nacional: un estado nacional en el que los ciudadanos tienen la suficiente confianza en sus gobernantes e instituciones como para que los primeros puedan manejar el cambio sin destruir por ello su capacidad para gobernar. Bendix cita deliberadamente a Max Weber, Fustel de Coulanges y Hannah Arendt como predecesores en esa vía. «En éste y otros estudios similares», escribe,

se identifica un asunto recurrente propio de la condición humana con la intención de examinar empíricamente cómo los hombres en sociedades diferentes se han topado con dicho asunto. Si el énfasis se pone en los *hombres actuando* en sociedad, los estudios tendrán que dar mucha relevancia no sólo a los *condicionamientos* de dichas acciones sino también, en principio, al hecho de que han *actuado* frente a los dilemas angustiosos a los que se enfrentan. Para poder mantener este equilibrado enfoque, los estudios comparativos deben destacar no sólo los contrastes existentes entre diferentes situaciones humanas y estructuras sociales, sino también subrayar la ineludible artificialidad de las distinciones conceptuales y la consecuente necesidad de moverse entre la evidencia empírica y los conceptos referenciales que Max Weber llamó «tipos ideales». En esta dirección tales estudios muestran la red de interrelaciones que distingue una estructura social de otra. [Bendix, 1977:22; el subrayado es del autor.]

El asunto que aquí se trata es, por tanto, la distinción entre dos estructuras sociales.

¿Reyes o pueblo?

La obra de Bendix *Kings or People* amplía el escenario pero altera el guión inicial. A escala mundial, *Kings or People* analiza dos bases de gobierno alternativas —la monarquía hereditaria y la soberanía popular— y se pregunta de qué modo la segunda sucedió a la primera en Europa occidental a partir del siglo XVI.

Max Weber proyecta una larga sombra sobre el libro. La influencia de Weber aparece no sólo en la formulación fundamental del problema, sino también en la insistencia de Bendix en la legitimidad como base de la norma; en el hecho de que base la legitimidad en los sistemas de creencias; en el hecho de que recurra al cristianismo, al budismo, al confucianismo y al Islam cuando explica las diferencias entre los sistemas políticos de Europa occidental, Japón, China y el mundo musulmán; y en su relativamente

escasa preocupación por los problemas técnicos tributarios, el arte de la guerra, la represión, los presupuestos, la reconciliación de intereses contrapuestos y otras actividades básicas de los gobiernos. Aunque Bendix traza comparaciones entre los imperios mundiales, no obstante organiza dichas comparaciones con el fin de entrar directamente en las peculiaridades que permitieron a Europa occidental dar la bienvenida a la transición desde el gobierno en nombre del rey al gobierno en nombre del pueblo. Su comparación individualiza.

Para el Bendix de *Kings or People* una pequeña teoría sigue dando para mucho. Solamente añade una herramienta importante al reducido bagaje de herramientas teóricas de sus anteriores libros: un efecto de demostración por el que las gentes de un Estado pretenden crear un programa político que existe en otro Estado. Añade este efecto a la teoría de la continuidad ideológica que utilizó repetidamente en sus trabajos anteriores. Más o menos conscientemente, Bendix adopta la nueva herramienta para evitar las consecuencias del hecho de considerar la diferenciación interna —con más precisión, la diferenciación interna asociada con la industrialización— como la fuerza conductora del cambio. Por sí misma, esa diferenciación interna producirá cambios y resultados similares en una amplia variedad de países, por lo que contradice la premisa de la que partió Bendix.

En principio, la teoría de la difusión abre un camino para el paso de la comparación individualizadora a aquella que intenta identificar la diferencia. Siguiendo a Alex Inkeles, por ejemplo, Bendix podría considerar la amplitud y la rapidez de difusión de modelos políticos en uno u otro país en función del grado de compromiso de la gente corriente con las fábricas, los mercados y otros enclaves que les exponen a esos modelos: cuanto más rápida y masiva sea la creación de dichos enclaves, más rápida será la difusión. Pero es característico de Bendix el inclinarse por lo individual. «Para poder mantener un cierto sentido de particularidad histórica al comparar distintos países —apunta— hago las mismas, o al menos similares, preguntas para muy diferentes contextos, permitiendo así que existan respuestas divergentes.» (Bendix, 1978:15.)

De hecho, Bendix va más allá de un mero mandato metodológico; desconfía de los modelos standarizados y encuentra diversidad por doquier. He aquí un resumen crucial:

Inglaterra, Francia, Alemania, Japón, Rusia y China han participado en un movimiento mundial de nacionalismo y de gobierno por mandato popular, aunque cada país lo ha hecho a su manera. Mi trabajo trata de mostrar que el nacionalismo se ha convertido en una condición universal en todo el mundo porque el sentido de atraso del propio país ha llevado a intentar conocer por primera vez el «modelo avanzado» o de desarrollo de otro país. Trato de mostrar que los problemas a los que se enfrentó cada país en vías de modernización fueron en su mayor parte únicos. Incluso aquellos países que habían estado construyendo sus instituciones políticas durante siglos tuvieron que enfrentarse a problemas sin precedentes dentro del proceso de modernización. Hoy, estados nuevos que buscan analogías o precedentes en otros países tienen más modelos que nunca entre los que elegir, pero su propia historia y el más temprano desarrollo de otros países apenas les ha servido para preparar su tarea de construcción del Estado. [Bendix, 1978:5.]

Tres presupuestos oscurecen el argumento de Bendix: *primero*, que a pesar del efecto demostración, cada Estado crea su propio destino con independencia de los demás; *segundo*, que dentro de cada Estado, la historia institucional previa y las creencias actuales imponen grandes limitaciones a las posibles soluciones a los problemas planteados; *tercero*, que los sucesos cruciales no son alteraciones en la estructura de la producción o del poder, sino cambios en las ideas, creencias y justificaciones que prevalecen. A través del énfasis puesto en la influencia causal de las condiciones que son únicas en cada Estado, los tres presupuestos retraen la totalidad del análisis hacia la individualización.

Bendix construye su análisis como una serie de narrativas interrumpidas por resúmenes y comparaciones. En la primera mitad del libro, presenta los caminos por los que los reyes instauraron, justificaron y defendieron su gobierno; observaciones rápidas sobre las experiencias alemana, islámica y china son el punto de partida de extensos tratamientos sobre Japón, Rusia, la Alemania/Prusia imperial e Inglaterra, seguidos por una discusión general sobre la autoridad real. En la segunda mitad, Bendix relata el surgimiento del gobierno en nombre del pueblo; las historias de Inglaterra, Francia, Alemania, Japón y Rusia constituyen el grueso del trabajo y conducen a un repaso final de la situación en el siglo XX. En ninguna de las dos partes se preocupa especialmente por explicar las acciones de la gente corriente; a lo largo del libro, el problema consiste en explicar las acciones de los gobernantes y de los aspirantes al poder.

También es cierto que Bendix emplea un discurso problemático,

aunque en cierto modo convencional, para hablar de la movilización popular europea: en ese discurso, el crecimiento de las ciudades y la comercialización de la tierra, el trabajo y el capital promovió la aparición de minorías educadas. Entonces: «Diversos grupos de minorías educadas se vieron alertados por la posición social y cultural de su propia sociedad en relación a la 'demostración de los avances' más allá de sus fronteras, proceso que adquirió mayor ímpetu en Europa en el siglo XVI y que desde entonces se ha expandido a la mayor parte de los países del mundo.» (Bendix, 1978:258.) La gente corriente desaparece de la historia de Bendix, excepto como pasto para la formación de nuevas élites y como terreno en el que esas élites cultivan sus ideas implícitamente revolucionarias. Ni las grandes rebeliones populares europeas ni las largas y duras negociaciones de los funcionarios reales y eclesiásticos con los campesinos, artesanos y proletarios, sobre los impuestos, el diezmo, el servicio militar y el control de la Iglesia sobre la vida familiar ocupan el mínimo espacio en el argumento. Considero que se trata de serias omisiones.

Dado que Bendix desarrolla este análisis en detalle para el caso de Inglaterra, los principales cambios del siglo XVI incluyen la revolución de los precios y la Reforma de Enrique VIII. Pero no incluyen la proletarianización de la población rural ni la proliferación de redes comerciales creadas por pequeños capitalistas. Las grandes rebeliones populares del siglo quedan reducidas a una simple frase: «La creciente miseria debida al cercamiento de tierras, al vagabundeo en el campo y a esporádicas rebeliones causó una gran ansiedad.» (Bendix, 1978:282.) De forma consistente con su énfasis en las creencias y las élites, Bendix centra su retrato del siglo XVI inglés en el surgimiento del puritanismo. Ve un fuerte paralelismo entre el desarrollo del nuevo credo religioso y el surgimiento del gobierno parlamentario. En opinión de Bendix, ambos se apoyaban en la paradoja de la igualdad dentro de una élite claramente definida: la igualdad de todos los creyentes ante Dios les separaba radicalmente de los no creyentes, del mismo modo que la igualdad de los parlamentarios ante el rey creaba un abismo entre ellos y la gente común.

De forma similar, en su estudio sobre la Francia de los siglos XVII y XVIII, Bendix parece no tener nada que decir sobre las amplias rebeliones del siglo XVII, del crecimiento energético de la industria a

pequeña escala, de la capitalización de la agricultura, de la lucha real contra el protestantismo popular, o de la extendida resistencia a los impuestos reales o al engrandecimiento señorial. El discurso de Bendix se ocupa de la estructura gubernamental, de las reacciones francesas frente a Inglaterra y América, y del desarrollo de un espíritu crítico entre los escritores, los parlamentarios y los francmasones.

Grietas en la base

Cuando Bendix viaja a Alemania, la ausencia de cualquier tipo de analogía relevante con los puritanos o con los filósofos le turba. Todo parece marchar sobre ruedas en lo que se refiere al siglo XVIII y el comienzo del siglo XIX. La atención prestada por los príncipes alemanes y sus cortes a los modelos franceses presenta todos los signos de ser un efecto demostración, mientras que la creatividad de Lessing, Schiller, Goethe, Kant, Fichte y Hegel guarda una estrecha semejanza con la formación de una contraélite intelectual. A excepción de ese comienzo, el resto del siglo XIX no creó el camino adecuado para la democratización.

Bendix no comparte la opinión de que los socialistas y los trabajadores organizados constituyesen una seria oposición. Sus candidatos preferidos, los funcionarios civiles, permanecieron leales por más tiempo del que el argumento general parece admitir: «La cuestión estaba en saber durante cuánto tiempo estos oficiales mantendrían su postura liberal en los asuntos económicos sin ser aplastados por la agitación a favor de la representación popular que se extendió, en parte, por la exposición pública de esa postura liberal.» (Bendix, 1978:426.) La revolución prusiana de 1848, que careció de un amplio movimiento intelectual y que culminó en una constitución de rasgos liberales y en toda una serie de instituciones autoritarias, se presenta como una anomalía.

Bendix termina aceptando que la falta de concordancia entre su enfoque y la experiencia alemana ayuda a explicar los distintos giros que dio el siglo XIX en Alemania:

Sin embargo, la idea de una carta de derechos y de la soberanía popular había sido apoyada al menos verbalmente, y la cuestión era saber por cuánto tiempo la gente

aceptaría estar bajo la tutela política del monarca y de su partido. Hoy sabemos que Alemania no estaba preparada para la instauración de la soberanía popular cuando se destruyó dicha tutela en 1918. La historia de la República de Weimar demostró que la mentalidad de los *hometownsmen*, un cargo legal ocupado fundamentalmente por funcionarios, y la idealización del Bildung y del deber proporcionaron una base débil para la ciudadanía nacional. Fueron muy pocos los que interiorizaron las «reglas del juego» de la política democrática, y sin esa interiorización no podía funcionar un mandato del pueblo. [Bendix, 1978:430.]

A pesar de este obstinado intento de salvar la argumentación, el tono del pasaje revela cierta perplejidad. Bendix es aparentemente consciente de que la experiencia alemana hace que su esquema se tambalee: no existe ni un fuerte efecto demostración, ni una nueva élite que convierta esa manifestación en una ideología utilizable, ni la simple transformación de una ideología democrática en oposición popular a la monarquía hereditaria. Aquí, más que en cualquier otro momento del libro, percibimos la confusión que causa el ignorar a la gente corriente.

Aclaremos este punto: estos énfasis y omisiones se derivan directamente del programa analítico que adopta Bendix. Son deliberados. Bendix utiliza los casos y las comparaciones para destacar la importancia de la variación en la previa disponibilidad de sistemas de creencias como causa de la presente variación en las formas de gobierno. Más aún, su propia fidelidad al empleo de la comparación individual le lleva a identificar las dificultades del caso alemán. Mi queja se refiere precisamente a esto: no se puede especificar el impacto de dichos sistemas de creencias sin examinar la organización y la acción de aquellas personas que supuestamente se mueven alrededor de dichas creencias.

Visto desde una mayor distancia, *Kings or People* muestra las virtudes y las debilidades de la comparación individualizadora. Como medio de teorizar y de ilustrar la teoría a medida que se avanza, funciona correctamente. Sin embargo, como medio de comprobar la validez de una teoría deja mucho que desear. De hecho, la plausibilidad de las explicaciones sobre casos particulares a las que se llega mediante la comparación individual depende implícitamente de que sean correctas las proposiciones generales contenidas en las explicaciones. Para poder aceptar la argumentación de Bendix a propósito de Alemania, por ejemplo, debemos aceptar también que, en términos generales, la fortaleza de la movilización popular en

torno a una creencia democrática varía de acuerdo al grado de articulación previa de esa creencia por una élite sólida y unificada. ¡Pero es precisamente esa proposición la que queda por demostrar!

Para expresarlo de otro modo, aceptar que «una vez que el rey fue derrocado y que el parlamento se erigió en órgano supremo, otras monarquías se sintieron amenazadas y se lanzó la idea de un gobierno parlamentario» (Bendix, 1978:250), supone aceptar también que las luchas de clases en cada monarquía no explican las sucesivas revoluciones y reformas de Europa —una proposición que la comparación individualizadora deja abierta a discusión—. En resumen, la comparación individualizadora contribuye a iniciar una investigación social. En las diestras manos de un Bendix, la investigación empezaría con buen pie. Sin embargo, una vez iniciada, una comparación que requiera de la evidencia deberá emplear otras formas de comparación.

La decadencia de la historia natural

Durante la primera mitad del siglo XX los científicos sociales construyeron, a menudo, su teoría en forma de uniformes «historias naturales» de diferentes fenómenos sociales. Trayectorias vitales individuales, vidas familiares, comunidades de un cierto tipo, movimientos sociales, revoluciones y civilizaciones, todas tenían su propia historia natural. Lo habitual era que el teórico partiera de un caso estudiado, dividiera la experiencia de ese caso en una secuencia de sucesos o en una serie de estadios; y propusiera la aplicación de la secuencia o los estadios a otros casos —en ocasiones incluso a todos los casos—. La demostración de la validez de la teoría consistía, por tanto, en tomar nuevos casos y mostrar que el curso de los acontecimientos en cada uno de ellos se ajustaba al enfoque propuesto. El analista comparaba los nuevos casos con los antiguos, pero no con la intención de identificar sus particularidades. Por el contrario: se trataba de mostrar las propiedades comunes. La historia natural implicaba una forma primitiva pero común de comparación universalizadora.

La historia natural abre un ancho surco en el análisis social. Los analistas propusieron historias naturales de carreras delictivas, de comunidades, de movimientos sociales. Pretendían verificar dichos

enfoques de la historia natural mostrando que los principales elementos de diferentes casos seguían la misma secuencia. Las teorías del crecimiento económico y de la modernización fueron las que aportaron a la historia natural sus más prestigiosas aplicaciones en el siglo XX. A menudo adoptaron la forma de estadios: precondiciones, arranque, transición, madurez, etc. Como muestra la queja de Sidney Pollard:

...hemos tratado a los países como si fueran plantas colocadas en diferentes macetas, creciendo independientemente hasta constituir una sociedad industrial identificable de acuerdo a un código genético contenido íntegramente en su semilla. Pero no es así como se produjo la industrialización en Europa. Por el contrario, consistió en un proceso único: las plantas poseían raíces comunes y estaban sometidas a un mismo clima. Además, el desarrollo y la cronología de la revolución industrial en cada una de las áreas se vio vitalmente afectada por su posición dentro del avance general, por los que se encontraban por delante de ellos así como por aquellos a los que arrastraban, y esta posición relativa debe formar parte de cualquier descripción o análisis. [Pollard, 1973:637.]

Alexander Gerschenkron introdujo una osada e influyente innovación: propuso que el tiempo y los mecanismos de crecimiento económico variaban sistemáticamente de los países en desarrollo llamados «tempranos» a los «tardíos»; el Estado, por ejemplo, parecía jugar un papel mayor y más directo en la acumulación e inversión de capital en los países de desarrollo tardío. Sin embargo, Gerschenkron no abandonó la idea de una secuencia estándar. En su historia natural, las especies evolucionaban como respuesta a un entorno cambiante.

De forma casi inevitable, los modelos de modernización aparecían, por lo general, en forma de historia natural: estadios, secuencias, transiciones, crecimiento... Así, Clark Kerr teoriza sobre el «compromiso» por parte de los trabajadores industriales:

...existe un cierto tipo de modelo «normal» en el proceso por el que los trabajadores industriales se comprometen con el modo de vida industrial. Se deben distinguir cuatro estadios, o tal vez sería más preciso decir que se distinguen cuatro puntos en el continuum del cambio comportamental que describe la transición del trabajador desde la sociedad tradicional a la total adhesión al estilo de vida industrial. Esos cuatro estadios se designan del siguiente modo: 1) el trabajador no comprometido; 2) el trabajador semicomprometido; 3) el trabajador comprometido, y 4) el trabajador sobrecomprometido. [Kerr, 1960:351.]

Kerr construye después su modelo a partir del comportamiento característico de los trabajadores en cada uno de los cuatro estadios. Las ilustraciones no provienen de los mismos trabajadores en distintos momentos de su vida, sino de diferentes grupos de trabajadores: mineros de oro sudafricanos, trabajadores solteros en Nairobi, etc. El análisis de Kerr es un compendio de la aplicación de la historia natural a la modernización. Tales ideas poseen un doble atractivo: *primero*, conectan los cambios en la comunicación, la estructura familiar, la actividad política o cualquier otro fenómeno social con las alteraciones en la producción; *segundo*, sugieren programas de acción —acelerando u orientando el proceso de modernización.

Para que la historia natural resulte verosímil y útil, uno debe aceptar que los fenómenos sociales en cuestión pertenecen a grupos coherentes y autosuficientes; y que el cambio en un caso particular es resultado, en gran parte, de causas internas. Para poder aceptar el monumental enfoque de Arnold Toynbee sobre el surgimiento, madurez y decadencia de las civilizaciones, por ejemplo, debemos compartir la idea de que una «civilización» es una entidad autosuficiente y coherente, que cada civilización se organiza alrededor de un sistema de valores fundamentales, que las personas de una civilización dada agotan gradualmente las posibilidades de ese sistema de valores, y que el agotamiento de valores provoca transformaciones en todos los aspectos de las civilizaciones. El monumental enfoque de Toynbee sobre las civilizaciones pertenece a una familia de historias naturales; Oswald Spengler, Pitirim Sorokin y Alfred Kroeber son todos ellos miembros fundadores de la familia.

De un modo característico, Sorokin criticaba a sus colegas por considerar a las civilizaciones como un todo coherente con vidas independientes pero parecidas. Para él, únicamente los sistemas integrados pueden cambiar de un modo coherente; pensaba que las civilizaciones identificadas por Spengler, Kroeber y Toynbee no constituían sistemas integrados. Pero, en su opinión, los «supersistemas culturales», integrados por definición, conforman y atraviesan fases Ideacionales, Idealistas y Sensatas. Una vez constatadas estas afirmaciones, Sorokin hace un resumen cargado de autoconfianza:

A pesar de las básicas malinterpretaciones de la estructura y el movimiento de las civilizaciones de las que parte el pensamiento de Toynbee, Spengler y Danilevski, algunas de sus conclusiones son, sin embargo, válidas, siempre que se divorcien de su

falso marco de referencia. Reinterpretadas y situadas dentro del esquema de los supersistemas sensatos, idealistas e ideacionales y de culturas eclécticas con un menor grado de integración, coinciden en lo esencial con las conclusiones de mi análisis sobre estos sistemas, e incluso las refuerzan. [Sorokin, 1947:643; leyendo estos comentarios sobre escritores a los que Sorokin se sentía próximo, uno empieza a comprender por qué algunos colegas suyos de la sociología americana le encontraban «difícil».]

Aunque los grandes enfoques del tipo de los de Toynbee o Sorokin han perdido apoyo en las ciencias sociales, no se puede decir que la historia natural haya sido un simple capricho. Los fundadores de nuestras actuales ciencias sociales en los siglos XVIII y XIX —Vico, Buckle, St. Simon, Comte, Tylor y Spencer son los que primero me vienen a la memoria— utilizaron a menudo una historia natural a gran escala como instrumento teórico. Desde la Segunda Guerra Mundial los teóricos han solido moderar sus aspiraciones. Aun así, la historia natural ha seguido prosperando con enfoques evolucionistas y desarrollistas aplicados a las «sociedades», no a las civilizaciones.

La historia natural también ha sido utilizada a una escala menor. Crane Brinton, un destacado historiador intelectual, escribió una vez un pequeño libro titulado *The Anatomy of Revolution*. Aunque desde que *Anatomy of Revolution* apareciera en 1938 se han escrito miles de libros y artículos sobre la revolución, probablemente sigue siendo el libro más conocido en inglés sobre el tema. Los profesores aún lo utilizan; en 1983, un historiador iraní proclamaba que su esquema central constituía el mejor modelo para entender la Revolución iraní de 1979 (Kedde, 1983:590).

¿En qué consiste ese modelo? Observando las revoluciones inglesa, americana, francesa y rusa, Brinton utiliza la metáfora de la fiebre:

En la sociedad de la generación que precedió al estallido de la revolución, en el antiguo régimen, se pueden hallar signos de los disturbios venideros. Rigurosamente hablando, estos signos no son síntomas en sí, ya que cuando los síntomas están suficientemente desarrollados el mal ya está presente. Probablemente sea mejor describirlos como signos *prodromal*, indicaciones para el agudo diagnosticador de que el mal está en camino, pero aún no suficientemente desarrollados como para ser el propio mal. Más tarde los síntomas se revelan en toda su plenitud, y es entonces cuando podemos decir que la fiebre de la revolución ha comenzado. Esto lleva, no de un modo continuo sino con avances y retrocesos, a una crisis, frecuentemente acompañada por el delirio, la regla de los revolucionarios más violentos, el Reino del

Terror. Tras la crisis se produce un período de convalecencia, marcado generalmente por una o dos recaídas. Finalmente, la fiebre ha pasado, y el paciente vuelve a ser él mismo, tal vez fortalecido en ciertos aspectos por la experiencia, inmunizado al menos por una temporada ante un ataque similar, pero decididamente no convertido en un hombre nuevo. El paralelo se establece de principio a fin, pues aquellas sociedades que atraviesan el ciclo completo de la revolución tal vez sean en ciertos aspectos las más fuertes en este sentido; pero no emergen, en modo alguno, completamente renovadas. [Brinton, 1965:16-17.]

Retrocediendo a la tradición medieval, Brinton adoptó la imagen de la sociedad como un organismo. La revolución era una fiebre que atacaba el cuerpo, y luego desaparecía. Con su usual toque de malicia, Brinton adoptó de un modo consciente una metáfora de la patología, para luego advertir a sus lectores que no debían entender que la metáfora contenía ningún tipo de hostilidad hacia la revolución. El grueso de su libro discurría por los estadios postulados uno por uno, ilustrándolos con la historia de las cuatro revoluciones.

Aunque Brinton no tenía problemas a la hora de distinguir la revolución inglesa de la americana, la francesa o la rusa, su discurso enfatiza las similitudes. Al final, esbozó «algunas uniformidades provisionales». Por ejemplo, encontró estas características en los cuatro antiguos regímenes:

1. Las sociedades implicadas atravesaban una etapa de expansión económica, y los participantes en sus revoluciones no eran, por lo general, miserables.
2. Las sociedades estaban afectadas por profundos antagonismos de clase.
3. Un número significativo de intelectuales había roto su alianza con el régimen.
4. La maquinaria gubernamental era ineficiente.
5. Las viejas clases dominantes habían perdido confianza en sí mismas y en sus tradiciones.

Brinton propuso una serie de uniformidades para cada estadio de la revolución, cuya primera fase implicaba «una crisis financiera, la organización del descontento para impedir la crisis (o crisis amenazante), unas exigencias revolucionarias por parte de este descontento organizado, exigencias que, de verse garantizadas, representarían la virtual abdicación de los que gobernaban, y el intento de emplear la fuerza por parte del gobierno, su fracaso y la toma del poder por los

revolucionarios» (Brinton, 1965:253). La *Anatomy* aportaba uniformidades similares para cada uno de los siguientes estadios: el trasvase de poder entre los revolucionarios, el dominio de los extremistas, la reacción y la restauración. Con pausas ocasionales para la descripción, la calificación y la reflexión, el libro intentaba encontrar uniformidades.

La historia natural de Brinton mezclaba el sentido con el sin-sentido. Conocía bien los sucesos de las cuatro revoluciones (en especial la Revolución Francesa, sobre la que anteriormente escribiera una monografía). Como resultado, era capaz de describir las características de cada revolución que se ajustarán a su esquema. El énfasis puesto en la vulnerabilidad de los estados implicados le permitió captar un elemento que a otras historias naturales, demasiado concentradas en los revolucionarios, les había pasado inadvertido.

La metáfora de la fiebre de Brinton, sin embargo, confundía la cuestión. A pesar de todos los calificativos que le aplicó, la idea de la fiebre sugiere que una revolución le ocurre a un algo similar a un individuo —a una sociedad personificada—. Dicha sugerencia descarta las luchas entre partidos, el juego de las coaliciones, el problema de obtener el control de una estructura gubernamental, de reformarla y de someter a la gente a su influencia. Sitúa la revolución entre las élites revolucionarias. Finalmente, relega a la gente ordinaria a un coro: bien acompañando al tema solista o permaneciendo en silencio.

La historiografía de las cuatro revoluciones en las últimas décadas, con su redescubrimiento de la lucha partidista y la participación popular, ha dejado obsoleta la argumentación de Brinton. Incluso las historias más o menos convencionales de la Revolución Americana, por ejemplo, dejan un espacio para la implicación relativamente autónoma de los comerciantes y artesanos en las luchas con Inglaterra. Del mismo modo, escritos recientes sobre la Revolución Rusa y sus antecedentes presentan a unos trabajadores urbanos organizados y con conciencia de clase. El trabajo de académicos como Christopher Hill proporciona a la Revolución inglesa una base popular mucho más amplia de lo que la división entre el Rey y el Parlamento sugiere. Y los estudios sobre la Revolución Francesa, empezando por *Paysans du Nord* de Georges Lefebvre, han abierto el camino para la comprensión de la participación popular en las luchas revolucionarias en toda Europa. Aunque

el papel de la lucha de clases en las revoluciones americana, inglesa, rusa y francesa sigue suscitando acaloradas discusiones, ningún enfoque que ignore la política popular puede sostenerse frente a la evidencia.

Modelos de revolución

La tendencia actual de la historiografía revolucionaria parece haber desalentado la construcción de historias naturales. Los modelos de revolución continúan proliferando, pero las propuestas de secuencias estándar son cada vez más raras. De manera creciente, los modelos de revolución construidos de un modo autoconsciente (como opuestos a los enfoques implícitos que las personas utilizan cuando interpretan revoluciones concretas) se ocupan de: 1) las causas y las condiciones precipitadoras; 2) las alianzas entre clases y partidos; 3) la movilización y la desmovilización, y 4) los resultados. Esto no significa, sin embargo, que la comparación universalizadora haya desaparecido. Por el contrario: es cada vez más común defender modelos de revolución agrupando varios casos en los que tuvo lugar una revolución y poniendo de manifiesto sus propiedades comunes.

Tomemos el influyente modelo de la curva-J de James Davis como ejemplo. (Davis nos autoriza a que establezcamos una conexión entre él y Crane Brinton al dedicarle a Brinton su obra *When Men Revolt and Why*: «Nunca planeó una revolución, pero sí articuló su anatomía para los incoherentes tiempos en los que vivimos.») Resumiendo su argumento, Davis escribe:

La tesis es fundamentalmente psicológica, refiriéndose a individuos más que a agregados sociales: es más probable que se produzca una revolución cuando a un largo período de tiempo en el que han estado surgiendo expectativas y gratificaciones le sigue un período en el que las gratificaciones (socioeconómicas o de otro tipo) se hundeen de repente, mientras que las expectativas (socioeconómicas o de otro tipo), continúan surgiendo. La rápida ampliación de la brecha entre las expectativas y las gratificaciones es un signo de revolución. El caso más común [*sic*] de esta ampliación de la brecha de las insatisfacciones individuales es la dislocación económica o social, que provoca generalmente tensión y frustración en el individuo afectado. Es decir, la mayor parte de aquellos que se unen a una revolución se ven afectados por tensiones relacionadas con el fracaso en lo referente a la satisfacción de las necesidades físicas (económicas) y de relaciones interpersonales (sociales) estables. [Davis, 1971:133.]

En la original presentación de su modelo (1962), Davis lo propuso como alternativa a las ideas que propugnan que las revoluciones son resultado de la miseria o la progresiva degradación. No, dijo: las expectativas que surgen, frustradas por una reducción de las mismas, abren el camino a la revolución. Davis compartía ese punto de vista general con Tocqueville, Brinton y con un cierto número de teóricos de la privación relativa. Pero Davis centró su análisis en la psicología individual de un modo más claro y más completo que los demás. Al ofrecer como ejemplos confirmativos la Rebelión de Dorr, la Revolución Rusa de 1917 y la Revolución Egipcia de 1952, daba a entender que un ingrediente esencial de toda revolución era un público exasperado.

Davis llegó a esta idea al aplicar, con una escasa documentación, la formulación de la curva-J a la Rebelión de Leisler de 1689, la Revolución Americana, la Revolución Francesa, las revueltas militares de Nueva York de 1863 y las revueltas de Nyasaland de 1959. (Más tarde añadiría la Guerra Civil Americana, la toma del poder por los nazis y el movimiento negro en América de los años 60: Davis, 1979.) Dicho sea de paso, eludió incluir en su lista el único caso negativo —la revolución que fracasó durante la Depresión Americana de los años 30— invocando la rápida y vigorosa intervención del gobierno federal. De este modo, Davis deja claro que lo que trataba de hacer era mostrar las condiciones bajo las cuales numerosas personas se exasperan lo suficiente como para atacar a su gobierno.

En la reedición de 1971, Davis incluyó una modificación: «Pero es poco probable que, por sí mismos, los más desfavorecidos social y económicamente lleven a cabo con éxito una revolución. Su descontento precisa que se le sume el descontento que se está desarrollando entre los individuos de la clase media y de la clase dominante cuando se ven repentinamente privados de algo (en términos socioeconómicos o de otro tipo)» (Davis 1971:133). Sin embargo, el modelo modificado seguía considerando el volumen de descontento en una población como el principal determinante de la rebelión en masa, y proponiendo que un modelo de expectativas y logros del tipo de la curva-J impulsa el volumen de descontento por encima del umbral.

Veamos lo que no hizo Davis. No comparó sus casos supuestamente confirmatorios con otros casos similares en los que la revolución fracasó. Con la excepción de la Depresión Americana, no

buscó casos en los que en la curva-J no apareciera ninguna revolución. No proporcionó ninguna regla para decidir qué satisfacciones son las cruciales cuando unas se ven frustradas y otras no. Tampoco especificó, y mucho menos verificó, los supuestos nexos entre la curva-J de satisfacciones y el necesario descontento, o entre el descontento y la toma de poder. No consideró siquiera las condiciones que Morris Zelditch enumeró para que una comparación fuera inteligible: el método de la diferencia, la eliminación de terceras variables, etc. Desde su perspectiva universalizadora comparó una serie de casos con un modelo y proclamó haber descubierto una correspondencia.

Ninguno de los citados fracasos refuta el modelo de la curva-J. Excluyendo la posibilidad de que hagamos nosotros el trabajo que falta —una tarea harto desagradecida— no podremos refutarlo. Mi propio sentido de la evidencia se eleva contra el modelo sobre una doble base: *primero*, que las emergentes expectativas de las personas se ven defraudadas durante la época no revolucionaria, y los análisis de series temporales de que disponemos para una amplia gama de conflictos se desvían del modelo propuesto; *segundo*, que el hecho de que el creciente descontento se dé o no en una situación revolucionaria depende de circunstancias estructurales que tienen escasa o ninguna conexión con la generalidad del descontento. Dichas «circunstancias estructurales» incluyen la vulnerabilidad militar del Estado, la organización interna de su oposición y el carácter de las coaliciones entre clases.

Las revoluciones de Theda Skocpol

Con la intención de que nadie concluya que las comparaciones universalizadoras de las revoluciones conducen inevitablemente a modelos insatisfactorios y a la inobservancia de la estructura, prestemos atención a una exposición notablemente satisfactoria de la lógica universalizadora. Si hay alguien que subraye las circunstancias estructurales que favorecen la revolución, ésa es Theda Skocpol.

States and Social Revolutions de Theda Skocpol establece una comparación fundamentada entre las revoluciones francesa, rusa y china. Trata de identificar las condiciones necesarias y suficientes para que se produzcan las revoluciones genuinamente sociales:

aquellas que transforman rápidamente las estructuras del estado y de clases. Para ser más precisos, ataca la explicación de esa subclase de las revoluciones sociales que tiene lugar en las burocracias agrarias, no-coloniales y ricas, como primer paso hacia la explicación de las revoluciones sociales en general.

Como dice Lewis Coser, Skocpol «adopta una postura resueltamente contraria a toda explicación psicológica de los desarrollos revolucionarios en términos de las frustraciones o la relativa privación de la población subyacente. Sostiene, por el contrario, que únicamente las explicaciones estructurales le permiten a uno elaborar una explicación de las causas de la revolución» (Coser, 1979:13). La insatisfacción, incluso las insatisfacciones más profundas, aparecen a menudo en la historia, pero las revoluciones sociales apenas sí se producen; el problema, concluye Skocpol, consiste en identificar aquellas condiciones estructurales que permiten que las insatisfacciones existentes se unan en la acción revolucionaria.

En muchos aspectos, Skocpol elaboró su propia versión del libro que su maestro, Barrington Moore, Jr., estaba escribiendo al mismo tiempo. El libro anterior de Moore, *Social Origins of Dictatorship and Democracy* incluía un tratamiento fundamentado en las revoluciones francesa y china, y utilizaba la Revolución Rusa como contraste para el análisis de China. Pero a pesar de hacer un detallado escrutinio de cada una de las revoluciones en busca de la evidencia de los conflictos y de las alianzas de clase que prevalecían en cada país, el Moore de *Social Origins* acabó presentando las revoluciones como expresiones de los cambios ocurridos, y ya iniciados de antemano, en la estructura de clases. Las coaliciones transitorias de clase, cada una con sólidas razones materiales para oponerse a las clases dominantes y a sus estados, fueron las que hicieron las revoluciones.

Esa conclusión, satisfactoria para la mayoría de los objetivos que persigue *Social Origins*, planteó una espinosa cuestión: dado que mucha, mucha gente tiene sólidas razones materiales para oponerse a las clases dominantes y a sus estados, ¿por qué las grandes rebeliones apenas sí ocurren y las revoluciones transformadoras prácticamente nunca?

Moore planteó la pregunta por primera vez en un comentario acerca del Terror en Francia:

Como muestran las víctimas de las masacres de Septiembre —básicamente gente pobre que se encontraba en la cárcel cuando irrumpió la muchedumbre— el

resentimiento popular estalló en actos repentinos de venganza indiscriminada. Sin embargo, un análisis desapasionado no puede simplemente negar el horror; es necesario desentrañar las causas. Son lo suficientemente claras en las circunstancias agravantes del momento y en la historia de la degradación y la opresión a las que estaban sujetas las masas de gentes en lo más profundo de la escala social. Mostrar indignación ante las masacres de Septiembre y olvidar los horrores que se escondían tras ellas es lo mismo que mostrarse condescendiente con la trampa tendida por un partisano. En ese sentido no existen misterios. En otro sí que existen. Como veremos con mayor detalle más adelante cuando nos refiramos a la India, el severo sufrimiento no siempre y no necesariamente genera estallidos revolucionarios, y menos una situación revolucionaria. Ese problema debe esperar. [Moore, 1966:101.]

Y el problema esperó de hecho. Aunque Moore sí consideró las causas y los costes de la no revolución en la India posteriormente en *Social Origins*, el problema de las causas necesarias y suficientes de la rebelión popular aparecían en ese libro sólo de una manera intermitente. Finalmente reapareció en su libro *Injustice*, casi quince años más tarde.

Dado que Moore planteó la pregunta al final de *Social Origins*, podía ir en cualquiera de las dos direcciones siguientes: hacia las condiciones estructurales generales bajo las que los ofendidos pudieran hacerse con el poder, o hacia las circunstancias en las que las gentes que tuvieran sólidas razones materiales para sentirse ofendidas articularan dichas ofensas u obraran de acuerdo a ellas. Hizo un amago de decantarse por la primera opción, pero se decidió por la segunda. Su libro *Injustice* trataba de las «alternativas históricas suprimidas», como el desarrollo del prolongado poder socialista en Alemania, e intentaba dar razones de por qué dichas posibilidades no se materializaron. Pero su principal itinerario discurría por las condiciones en las que las personas definen como injusto el comportamiento de los poderosos a través de la relación entre el sentido de injusticia y la participación en una oposición colectiva concreta. Esa exploración le llevó a explorar una rica variedad de experiencias, movimientos y formas políticas, pero muy pocas revoluciones.

Theda Skocpol tomó el otro sendero. Se centró deliberadamente en las incuestionables grandes revoluciones, examinó intencionadamente las estructuras sociales subyacentes a dichas revoluciones con gran detalle y comparó conscientemente las estructuras sociales y las revoluciones punto por punto. Allí donde Moore trataba estados existentes como expresiones relativamente directas de los intereses de una clase dominante o de una coalición de clases en los momentos

de formación de los estados, ella pretendía dar a la estructura de todo el Estado un peso independiente. Decía que su trabajo estaba basado en una visión «realista-organizativa» del estado (Skocpol 1979:31).

Skocpol ha realizado numerosos análisis de estados y revoluciones y adoptado más de una perspectiva con respecto a ellos. Nos concentraremos en la perspectiva de su principal tratamiento del tema, *States and Social Revolutions*. En ese libro, las comparaciones de Skocpol aparecían en tres configuraciones diferentes:

1. Revoluciones sociales *versus* no revoluciones: (Francia + Rusia + China) *versus* (Japón + Prusia).
2. País revolucionario *versus* país no revolucionario pero de iguales características: (Francia *versus* Inglaterra), (Rusia 1917 *versus* Rusia 1905), (China *versus* Japón).
3. Países revolucionarios comparados: Francia *versus* Rusia *versus* China.

Japón, Prusia, Inglaterra y la Rusia de 1905 formaban parte del análisis junto a otros países, similares a los anteriormente caracterizados, que fracasaron en el intento de llevar a cabo una revolución social.

En la primera mitad de su libro, Skocpol destaca una serie de propiedades comunes. En la segunda, concentra gran parte de su esfuerzo en mostrar las particularidades de Francia, Rusia en 1917 y China. Hay momentos en los que sus comparaciones sirven para individualizar. Si *States and Social Revolutions* otorga igual peso a los tres grupos de comparaciones, podríamos igualmente considerar el libro a partir de sus comparaciones universalizadoras y aquellas que tratan de identificar la diferencia. Sin embargo, hay tres características del libro que le dan un cierto aire universalizador. Primero, aunque aceptaba la existencia de una clase extensa de revoluciones sociales, Skocpol prefirió concentrarse en la subclase de las revoluciones sociales que tienen lugar en las burocracias agrarias. Decidió hacerlo sobre la base de que «Francia, Rusia y China mostraban importantes similitudes en lo referente a su Antiguo Régimen y a sus procesos revolucionarios, así como a las consecuencias que éstos tuvieron; similitudes más que suficientes para garantizar su tratamiento conjunto según un mismo enfoque que requiere una explica-

ción causal coherente» (Skocpol 1979:41). Segundo, utilizó las comparaciones entre Francia, Rusia y China con el fin casi exclusivo de identificar las similitudes en sus circunstancias, más que para descubrir principios de variación. «Francia, Rusia y China», destaca,

servirán como tres casos positivos de revolución social triunfante, y apoyo la idea de que estos tres casos revelan modelos causales similares a pesar de sus otras muchas diferencias. Además, aludiré a casos negativos con el propósito de validar varias partes concretas del argumento causal. [Skocpol, 1979:37.]

Era consciente de las diferencias entre los países, tanto en lo que se refiere a los enclaves donde tuvieron lugar las revoluciones como al curso que éstas siguieron. Pero su propósito fundamental era identificar las propiedades comunes y rastrear la pista de sus causas comunes.

El énfasis puesto en las causas comunes nos lleva al tercer punto. Las comparaciones de Francia, la Rusia de 1917 y China, con Japón, Prusia, Inglaterra y la Rusia de 1905 ocuparon un lugar claramente secundario a lo largo de todo el análisis. Como Skocpol misma comentó en un escrito posterior sobre historia comparada, en *States and Social Revolutions* «únicamente los casos 'positivos' de revolución social reciben un extenso tratamiento. Los casos 'negativos' —o de control— son tratados en menor profundidad. Y ello se debe a que su inclusión responde al único propósito de contribuir a validar el argumento central sobre las causas de las revoluciones sociales en Francia, Rusia y China» (Skocpol y Somers, 1980:185).

Skocpol llegó a este tipo de comparación en su búsqueda de «explicaciones completas y válidas de las revoluciones» (Skocpol 1979:5). Tenía, además, una concepción muy particular de lo que significa explicar las revoluciones; una explicación consiste en identificar las condiciones necesarias, y a ser posible suficientes, de un suceso excepcional y complejo: una transformación rápida y de base de las estructuras estatales y de clase, acompañadas, y en parte llevadas a cabo, por revueltas de clase impulsadas desde abajo. En su búsqueda de las causas de la revolución, invoca el Método del Acuerdo y el Método de la Diferencia de John Stuart Mill; son formas de identificar las únicas causas determinantes de un fenómeno. Para ello, rechazó implícitamente el procedimiento que los científicos sociales enfrentados a un problema explicativo emplean normalmente: introducir los casos a explicar en un campo de

variación, identificando así los correlatos de la variación fundamental para después tratar de —mediante otra versión de los Métodos del Acuerdo y de la Diferencia— clasificar las prioridades causales entre dichos correlatos.

Skocpol rechazó también otros programas de explicación menos ambiciosos. Otros analistas de la revolución han considerado, por ejemplo, que una explicación consiste en dar cuenta, de un modo convincente, del curso que siguen los sucesos —incluyendo el éxito o el fracaso de los movimientos revolucionarios— en distintas situaciones revolucionarias, o en identificar de un modo fidedigno las relaciones entre las circunstancias anteriores, contemporáneas y posteriores a diversas revoluciones. Nada de esto requiere una especificación de las condiciones necesarias y suficientes para que se produzca el triunfo de una revolución.

Por haber adoptado un programa extremadamente exigente para la explicación, Skocpol rehusó cualquier intento de «explicar» las revoluciones mediante la comparación de éstas con otras formas de conflicto. Por la misma razón, eludió las explicaciones «voluntaristas» que parten de los intereses y de la organización de diversos actores revolucionarios. Ninguna explicación de las revoluciones que incluyese sólo algunos de sus rasgos —por ejemplo, el compromiso más directo de unas clases que de otras— le podría satisfacer. Su búsqueda de una explicación «válida, completa», de las revoluciones sociales requería, por tanto, un programa para la explicación excepcionalmente ambicioso. A diferencia de otros muchos científicos sociales, no estaba dispuesta a aceptar una explicación parcial de alguna de las partes más significativas de la variación.

Al entusiasta programa explicativo de Skocpol se une la determinación de reintroducir la política en el análisis de los cambios sociales a gran escala. Por política entiende la organización y el empleo de la coerción, especialmente en los estados nacionales. Esa insistencia en la política aparece repetida y detalladamente en *States and Social Revolutions*; Skocpol atribuye una considerable importancia, por ejemplo, a la estructura de poder de los pueblos al analizar las rebeliones agrarias en Francia, Rusia y China.

Es cierto que Skocpol podría haber reforzado su análisis con el examen de las diferencias en la actividad revolucionaria entre distintos tipos de pueblos dentro de Francia, Rusia y China. Por ejemplo, en su análisis Francia aparece como un país con una

agricultura relativamente atrasada (el único caso más avanzado en Europa, Inglaterra, sirve de criterio comparativo) y con unos pueblos campesinos solidarios. Pero minimiza la importancia de la variación regional. «Las variaciones regionales combinadas en estructuras comunitarias, los modelos de tenencia de tierras, las formas de extracción de la renta y las tendencias socioeconómicas del siglo XVIII», destaca,

eran aparentemente irrelevantes a la hora de determinar la forma y la incidencia general de las revueltas campesinas en 1789 (por mucho que hayan tenido que ver con las injusticias que manifestaron las comunidades campesinas individuales y con los objetivos específicos que atacaron las mismas). Lo que ocurrió después de 1788 fue provocado por una crisis política nacional a la que se vieron arrastrados campesinos de todas partes —tanto aquellos con quejas no formuladas como aquellos con quejas manifestadas— por sucesos simultáneos en todo el reino tales como el levantamiento de los *cabiers* y la Revolución Municipal. La rebelión campesina fue, de hecho, autónoma y espontánea, pero sólo dentro de este contexto nacional. Las acciones campesinas en 1789 no pueden ser, por tanto, entendidas meramente como prolongaciones de las luchas «subterráneas» ocurridas en distintas localidades a lo largo de todo el siglo XVIII. [Skocpol, 1979:125.]

La idea de Skocpol es válida, pero la lleva demasiado lejos. No se equivoca cuando resalta la visible vulnerabilidad del Estado francés como detonante de la acción rural en 1789. Pero a partir de ahí, las simplificaciones de los historiadores franceses —como es el caso de *The Coming of the French Revolution* de Georges Lefebvre— le hicieron desviarse.

De hecho, la Francia rural del siglo XVIII abarcaba regiones dominadas por pequeños propietarios campesinos, aparceros, grandes granjas comerciales con mano de obra agrícola, pequeños mercaderes que dirigían industrias familiares, terratenientes con rentas exorbitantes, monasterios rapaces, así como combinaciones de las seis. Sus estructuras aldeanas variaban, a grandes rasgos, de acuerdo a la organización de la producción. En 1789, la intensidad y el carácter del conflicto rural variaba mucho de una región a otra; únicamente la inclusión de la lucha por el control de la comida (preocupación característica del proletariado rural), que incluyó ataques a los terratenientes (preocupación característica de los pequeños propietarios, los arrendatarios y los colonos que estaban siendo explotados por los propietarios que aspiraban a capitalizar y cercar las tierras) en la categoría de «revuelta campesina» impide que la diferencia resulte obvia.

La producción agrícola de fácil salida del Flandes francés, por ejemplo, despertó la admiración de todos los observadores, incluido el estudioso inglés de la agricultura Arthur Young. El dividía a la población rural en grandes propietarios campesinos, pequeños propietarios, arrendatarios y un gran número de asalariados que dividían su tiempo entre el trabajo manufacturero y el agrícola. En 1789, Flandes se sumó a la «revuelta campesina», pero sus asalariados lucharon generalmente por el abastecimiento de víveres, mientras que los pequeños propietarios y los arrendatarios arremetieron contra los terratenientes nobles y eclesiásticos.

Languedoc siguió un camino diferente. Hacia 1789 los terratenientes del Alto Languedoc habían estado trabajando durante un siglo para convertir su región en una «máquina de trigo» y a sus arrendatarios en asalariados dependientes; sin embargo, el proceso había quedado incompleto, y algunos pueblos habían matenido una considerable autonomía. En el Alto Languedoc «la revuelta campesina» terminó antes y supuso una amenaza menor que en Flandes, pero a menudo adoptó la forma de intentar recuperar los derechos de uso que habían eliminado los terratenientes. En el Bajo Languedoc, una región de pequeños propietarios, pastoreo y una artesanía extendida, los principales conflictos a comienzos de la Revolución enfrentaron a los trabajadores católicos con los patronos protestantes.

En Anjou, las zonas de cultivo de cepas, trigo y lino próximas a la zona del Loira ofrecieron un apoyo total a la agricultura comercializada de fácil salida, con unos pequeños propietarios, unos arrendatarios y unos asalariados que caminaban codo con codo con los terratenientes y los recaudadores de diezmos. Lejos del río, la mayor parte de las tierras eran granjas de tamaño medio propiedad de los terratenientes nobles o eclesiásticos pero arrendadas a largo plazo a agricultores con un cierto capital, quienes obtenían mano de obra temporal de los propietarios pobres y de los desposeídos dedicados a la producción artesanal textil. Aunque los mayores núcleos de asalariados en Anjou lucharon por el abastecimiento de alimentos en 1789, ninguno de los disturbios que allí se produjeron puede calificarse de «revuelta campesina».

En *todas* estas regiones los conflictos de 1789 fueron «subterráneos», en el sentido de que hicieron visibles las luchas que habían comenzado mucho antes pero que las autoridades y los terratenientes habían sido capaces de contener antes de 1789. Y en todas estas

regiones, los intentos fallidos de las autoridades locales de ahogar las diversas formas de conflicto rural precipitaron, por lo general, la toma del poder en nombre de un comité revolucionario. Los ataques a los terratenientes nobles y eclesiásticos —infrecuentes en el siglo XVII— se habían venido multiplicando durante el siglo XVIII en las regiones con un capitalismo agrario en expansión. Del mismo modo, se multiplicaron las luchas por los alimentos a medida que el número de asalariados crecía en las regiones de comercio de cereales.

En este sentido, los conflictos rurales de 1789 disfrutaron de una cierta autonomía. La crisis fiscal, la lucha con los Parlamentos y la recaudación de los impuestos generales aumentaron de hecho la vulnerabilidad de las autoridades ante el ataque. Aumentaron la posibilidad de una resistencia simultánea frente al poder real en diferentes sectores del campo. Pero la irregular distribución de las luchas rurales contra la expansión del capitalismo favoreció en sí misma la revolución social. Esto significaba que en algunas regiones la burguesía revolucionaria encontró aliados rurales fuertes —tanto los pequeños propietarios como los asalariados— contra los terratenientes y la administración real. Si Francia hubiese estado constituida principalmente por poblaciones campesinas solidarias cuyas gentes estuviesen ansiosas por expulsar a sus explotadores, la coalición entre mercaderes, abogados y otros burgueses que constituían la red revolucionaria en 1789 nunca hubiera logrado sus repetidas tomas del poder local; la burguesía estaba claramente identificada con los explotadores de los campesinos.

Lo anterior hace que resulte cuestionable una parte del argumento de Skocpol. Minimiza la diferencia entre un área rural y otra, enfatiza el predominio en expansión de un campesinado organizado en comunidades solidarias, y concibe una reacción general frente a la explotación señorial como un incentivo para los «levantamientos» campesinos en 1789. Por el contrario, la marcada diferenciación regional en la estructura social rural, la frecuente resistencia a la expansión del capitalismo agrario, y las profundas divisiones entre los agricultores de productos de fácil salida, los proletarios agrícolas y los verdaderos campesinos facilitaron la victoria de una coalición burguesa. La coalición poseía su propia organización política en ciertas regiones, y en otras consiguió apoyo exterior.

Pero bien entendido, la diferencia entre los conflictos rurales lo que hace es reforzar el análisis global de Skocpol. Y ello porque

explica el modo en que una serie de rebeliones rurales que fueron anti-señoriales unas veces, anticapitalistas otras y ambas cosas en otras ocasiones pudieron favorecer una revolución burguesa. Argumenta que la habilidad, entonces en decadencia, de los terratenientes capitalistas y de los comerciantes para hacerse con el apoyo de los agentes de la propiedad ante situaciones de resistencia y rebelión facilitó el traspaso revolucionario de poder. Una mayor preocupación por las ramificaciones locales de la política nacional hubiera aportado una visión más clara de estas condiciones.

La preocupación de Skocpol por situar la política nacional en el centro aparece de un modo especial en su argumento general. Dicho argumento convierte a la revolución fundamentalmente en una función de la incapacidad de los estados nacionales amenazados para actuar. A continuación incluimos un extracto que aglutina su tesis:

...en la Francia de finales del XVIII, en la Rusia de principios del XX y en la China de mediados del XIX y principios del XX, las monarquías del Antiguo Régimen se mostraron incapaces de realizar reformas lo suficientemente básicas o de promover un desarrollo económico lo suficientemente rápido como para percibir y calibrar la intensidad concreta de las amenazas militares externas a las que cada uno de los regímenes tenía que enfrentarse. Y las crisis revolucionarias surgieron precisamente a causa de los intentos fallidos de los regímenes de los Borbones, los Romanov y los Manchu para enfrentarse a las presiones externas. Existieron relaciones institucionales de las monarquías con sus administraciones, por un lado, y con las economías agrarias, por otro, que imposibilitaron a los estados imperiales enfrentarse a la competencia o a las intrusiones extranjeras. Como resultado, los antiguos regímenes o bien se disolvieron por el impacto de la derrota en la guerra total contra otros poderes más desarrollados (i.e. Rusia) o fueron depuestos desde dentro por la reacción de unas clases altas propietarias y políticamente poderosas contra los intentos de la monarquía de movilizar los recursos o de imponer reformas (i.e. Francia y China). De cualquiera de estas dos formas, el resultado fue la desintegración de las maquinarias administrativas centralizadas que habían constituido el único baluarte del orden social y político. Carentes ya del prestigio y el poder coercitivo de la monarquía autocrática, las relaciones de clase existentes se volvieron vulnerables a los asaltos desde abajo. [Skocpol, 1979:50-51.]

Nótese que el argumento incluye un cierto ajuste lógico a la curva, con una función similar a la inserción de los exponentes empíricamente estimados de Robert Hamblin en sus ecuaciones generales del cambio social: la guerra total, por ejemplo, es el equivalente de la resistencia por parte de las clases terratenientes nacionales, y los «asaltos desde abajo» cubren una variedad de males.

Dejando estas reservas aparte, ¿son correctas las líneas principales de la descripción de Skocpol? ¿Se vieron afectados los antiguos regímenes de China, Rusia y Francia por las relaciones existentes entre sus autoridades centrales y sus economías agrarias, o bien debilitados en el curso de las relaciones frustradas ante las presiones extranjeras, o disueltos por los retos de otros estados más poderosos y/o de sus propias clases altas propietarias, o tal vez se volvieron vulnerables a los asaltos desde abajo y sucumbieron cuando éstos se materializaron?

Excepto por el papel estrictamente contingente atribuido a la acción rural contra el Estado y las clases dominantes, este resumen es como mínimo defendible en el estado actual de las investigaciones sobre China, Rusia y Francia. Es cierto que un William Doyle podría aducir que el paralelo establecido equipara las dificultades internacionales relativamente menores de la Francia del siglo XVIII con la enorme vulnerabilidad de Rusia y China, y que reduce la importancia de las divisiones en la élite dominante en Francia; una Victoria Bonnell podría aducir la importancia de los trabajadores urbanos organizados en el desarrollo de la crisis revolucionaria rusa; un Ralph Thaxton podría sostener que una tradición revolucionaria popular jugó una parte importante y autónoma en el desarrollo de la revolución china. Sin embargo, en el sentido amplio de los términos utilizados, el resumen de Skocpol sí identifica las propiedades comunes de los tres estados y de sus revoluciones respectivas.

¿Aporta el sumario de Skocpol las condiciones necesarias y suficientes para que se produzca una revolución social? Es cierto que: «1) las organizaciones estatales susceptibles al colapso administrativo y militar y sometidas a fuertes presiones por parte de otros países más desarrollados y que, 2) las estructuras socio-políticas agrarias que facilitaron la proliferación de revueltas campesinas contra los terratenientes fueron, tomadas conjuntamente, las causas necesarias y suficientes de las situaciones revolucionarias que comenzaron en Francia en 1789, en Rusia en 1917 y en China en 1911?» (Skocpol, 1979:154).

Precisamente ahí se produce el roce: al tratar de ajustar con tal precisión su resumen a las circunstancias comunes a tres países en momentos críticos de su historia, Skocpol frena su propio intento de construir explicaciones «válidas y completas» de las revoluciones sociales en las burocracias agrarias. Siempre es posible invocar una

característica más que los tres países posesían en común: su creciente implicación en la economía capitalista mundial, la creciente importancia de sus comerciantes, el giro dado por sus terratenientes hacia una mayor acumulación de beneficios, la ineficacia de sus sistemas fiscales, además de otras. ¿Cómo sabemos que estos factores no forman parte de las «causas propias y suficientes»? Si es cierto que las causas interactúan (por ejemplo, si las estructuras que facilitaron la expansión de las revueltas campesinas sólo son relevantes en presencia de unos terratenientes prósperos), las comparaciones entre países de similares características que tienen en cuenta una sola variable no pueden excluir la necesidad de incluir estas causas adicionales.

Debemos, sin embargo, distinguir entre el diseño consciente del análisis de Skocpol y su tratamiento detallado de los casos analizados. Dentro de su esquema básico, Skocpol perdió la oportunidad de sacar provecho del hecho de la diferencia. Como dice Randall Collins:

Ella excluye algunos casos como el de Inglaterra en el siglo XVII, o Prusia y Japón en el siglo XIX porque no sufrieron transformaciones sociales y políticas; de hecho, precisamente por esta razón es capaz de utilizarlos como casos-control, y así mostrar cómo para que una revolución se produzca la crisis militar debe darse junto con una revuelta masiva interna. Pero ésta es simplemente una forma de exposición. Una teoría de las revoluciones debería ser una teoría de las condiciones para diferentes tipos de revoluciones, y la propia Skocpol ha aportado algunas de las determinantes claves de las variaciones que acabamos de mencionar. [Collins, 1980:651.]

En la práctica, Skocpol reconoce las diferencias entre los casos y comienza a tejer un análisis de sus diferencias. Cuando se refiere a China, por ejemplo, empieza a conectar la mayor autonomía prerrevolucionaria de los terratenientes y los jefes militares, el amplio alcance de las rebeliones campesinas, la extensa implicación de los revolucionarios con apoyo campesino, y la creación de un régimen populista reformador.

Incluso si admitimos la validez del esquema más general de las tres revoluciones de Skocpol nos queda, por esa misma razón, espacio para observar las diferencias sistemáticas entre ellas, y para convertir esas diferencias en generalizaciones plausibles. Por ejemplo, el grado hasta el que el ejército de un Estado permanece intacto y unificado probablemente afecte tanto a la posibilidad de que se produzca una revolución como al grado en el que aquellos que controlan el estado revolucionario sean capaces de admitir a sus

rivales y oponentes; a ese respecto, las diferencias entre Francia, Rusia y China resultan prometedoras. Del mismo modo, las comparaciones entre Prusia, Japón y la Rusia de 1905 tienen todavía mucho que aportar. Por ejemplo, deberíamos considerar la relación entre el grado de articulación de aquellos que controlan los medios de producción y los de coerción, por un lado, y la inclinación a la revolución desde arriba, por otro. En resumen, cambiar el o/o por el en-la-medida-en-que.

Un cambio de este tipo significa un paso adelante con respecto a la comparación universalizadora. Significa resaltar las diferencias entre distintas revoluciones sociales. Implica un giro hacia la comparación que trata de identificar la diferencia (estableciendo un principio de variación para el carácter o la intensidad de un fenómeno mediante el examen de las diferencias sistemáticas entre los distintos casos) o la comparación globalizadora (situar casos diferentes en distintos lugares dentro de un mismo sistema, explicando sus características como una función de sus variables relaciones con el sistema como un todo). Los dos próximos capítulos nos darán la oportunidad de sopesar los costes y los beneficios de tal movimiento.

IDENTIFICAR LA DIFERENCIA

Cómo y cuándo buscar la diferencia

Si hiciéramos caso de los libros de texto y de los trabajos de los expertos sobre el tema, prácticamente toda comparación válida sería del tipo de las que pretenden identificar la diferencia: una comparación que establece un principio de variación del carácter o la intensidad de un fenómeno que tiene más de una forma mediante el examen de las diferencias sistemáticas entre los distintos casos. De hecho, existen comparaciones individualizadoras, universalizadoras y globalizadoras perfectamente fundadas. La ventaja de la comparación que trata de identificar la diferencia es su austeridad: una comparación lograda de este tipo origina un principio que se extiende inmediatamente a casos nuevos y es relativamente fácil de verificar, falsear o modificar sobre la base de una nueva evidencia.

Desafortunadamente esos atractivos han tentado a los científicos sociales a utilizar algunos de sus mayores abusos técnicos. Existe el abuso del Gran Catador, por el que se anotan observaciones numéricas de unos cien estados nacionales, se hacen comparables por el mágico hecho de aparecer en columnas paralelas de un libro de estadística y se realizan múltiples regresiones o análisis factoriales para así discernir las dimensiones del desarrollo, la modernidad, la inestabilidad política o cualquier otro concepto global igualmente

mal definido. Existe también el abuso del Laboratorio Ersatz, en el que los equipos de investigación se desplazan a diferentes países, traducen un cuestionario común a las distintas lenguas locales, envían entrevistadores para realizar las preguntas a muestras de individuos u hogares supuestamente comparables en cada uno de los países, codifican sus resultados según unas categorías estándar y comprueban la información resultante mediante un análisis de las diferencias culturales con las variables X e Y, y con Z como variable de control. Pero no nos olvidemos del abuso del Tablero de Damas Cultural, en el que estudiantes de posgrado contratados leen pilas enteras de artículos y monografías etnográficas, registrando para cada «sociedad» la presencia o ausencia de residencias patrilocales, el destete temprano, los rituales masculinos de la pubertad, *cowade*, y otros muchos rasgos culturales, y luego transforman sus juicios en agujeros de las fichas Hollerith para que otros puedan realizar análisis estadísticos que determinen o bien qué «sociedades» se asemejan más entre sí o cuáles son los rasgos culturales que varían simultáneamente. Hemos encontrado ejemplos de algunos de estos abusos al examinar la idea engañosa del cambio social como un fenómeno general coherente. Así que no les mostraré más ejemplos aburridos.

Esto no quiere decir que todas las comparaciones cuantitativas abusen de la verdad. A pesar de la estrechez desorientadora de las actividades que cuantifican, los análisis de renta nacional nos han proporcionado datos muy valiosos sobre la variación a escala mundial en cuanto a la actividad económica se refiere. Sabríamos muy poco de la dinámica de la población mundial si los demógrafos no hubieran construido descripciones estándar de las tasas vitales y no hubiesen reunido series relativamente comparables de medidas para numerosos estados. Los censos, con todas sus debilidades, continúan siendo una fuente valiosa de evidencia para las diferencias internacionales en cuanto a participación de la fuerza de trabajo, condiciones de vida, estructura familiar y distribución por edades. En principio, la recolección de estadísticas oficiales, la realización de encuestas comparables (incluidos los censos) en diferentes países y la codificación de las observaciones de los etnógrafos proporcionan una sensación de variación sistemática que frena la tentación de tomar nuestro ciclo cotidiano como medida para el mundo entero. La estandarización internacional de las encuestas de uso del tiempo

que comenzaron en los años 60, por ejemplo, muestra claramente cómo de un modo creciente los ciudadanos de los países occidentales ricos, y especialmente Estados Unidos, están sustituyendo el tiempo de trabajo por el tiempo que dedican a ver la televisión. Es un importante fenómeno que se detecta mejor mediante una comparación cuantitativa.

Lo que yo reclamo, por tanto, no es que la cuantificación sea inútil, que las comparaciones internacionales sean impracticables y que las encuestas y los etnógrafos mientan de forma sistemática. Reclamo, por el contrario, que las comparaciones que tratan de identificar la diferencia se vuelven peligrosas y poco válidas en la medida en que:

1. Los argumentos que se examinan estén insuficientemente especificados o indicados; por ejemplo, el estudio que intenta desentrañar la relación general entre desarrollo (insuficientemente especificado) y participación política (insuficientemente especificada).
2. Las relaciones entre las unidades difieran de las especificadas por los argumentos examinados; por ejemplo, el argumento especifica una secuencia de desarrollo, mientras que los datos se refieren a una muestra de estados nacionales observados en el mismo momento.
3. Las comparaciones manejen numerosas unidades cuya comparabilidad con respecto a la pregunta planteada sea incierta; por ejemplo, un estudio de la industrialización y la estructura familiar utiliza observaciones de todos los estados que aparecen en el *United Nations Demographic Yearbook*.
4. Se manejen numerosas unidades cuya independencia con respecto a las características que se miden sea incierta; por ejemplo, Bélgica, Luxemburgo, los Países Bajos, la República Federal Alemana, Suiza, Francia y Liechtenstein aparecen como casos separados en un análisis de la relación entre ver la televisión y leer los periódicos.
5. Las relaciones en cuestión entre numerosas características medidas cuya comparabilidad respecto a los argumentos examinados sea incierta; por ejemplo, la proporción de votantes en las elecciones nacionales es utilizada como medida de la intensidad de la participación política, sin atender a las

diferencias en los requisitos de inscripción o en el propio significado de las elecciones como medio de ganar o perder poder.

6. Las mediciones de esas características combinen diferentes niveles de agregación cuya pertinencia con respecto a los argumentos examinados varíe; por ejemplo, ciertas observaciones (como el tamaño del ejército nacional) se refieren al Estado, mientras que otras (como la tasa de delincuencia) se refieren a un agregado de sucesos individuales.
7. Las mediciones de esas características se apoyen en los juicios de gente que no está familiarizada con las estructuras globales de dichas unidades; por ejemplo, los estudiantes ayudantes clasifican categorías ocupacionales de múltiples países en diez categorías idénticas.
8. Los juicios en cuestión agrupen observaciones concretas y complejas en categorías abstractas y simples; por ejemplo, los mismos estudiantes deben juzgar si existen o no partidos de la oposición.
9. Los procedimientos analíticos comparen las observaciones para las unidades en cuestión con modelos que presumen: a) unidades independientes suficientemente definidas; b) características de esas unidades observadas de un modo independiente; c) covariación lineal de dichas características; por ejemplo, el investigador utiliza la regresión múltiple de variables sin modificar tomadas en estados que pertenecen a las Naciones Unidas para estimar las relaciones entre ciertas características de las sociedades.

Traducido a una actitud positiva, estas especificaciones conducen a las siguientes reglas para que las comparaciones generalizadoras resulten eficaces: 1) Especificar nuestros argumentos; 2) observar unidades que se corresponden con las unidades de nuestro argumento; 3) asegurarnos de que nuestras unidades son comparables con respecto a los términos de nuestro argumento; 4) observar unidades que se puedan considerar independientes entre sí, o bien tener en cuenta su interdependencia en la especificación del argumento y en el análisis de la evidencia; 5) hacer que las mediciones se correspondan con los términos de nuestro argumento; 6) o bien agrupar todas las mediciones dentro de un mismo nivel de agregación o subdividir el

Argentina en los 70's es resultado del

argumento y el análisis en niveles de agregación; 7) cuando un elemento de juicio significativo entra en la fase de codificación de la evidencia, realizar la codificación nosotros mismos o comprobar su veracidad con sumo cuidado; 8) minimizar y retrasar la reducción de los detalles a categorías abstractas; si es posible, conseguir que esa reducción forme parte del análisis; 9) adoptar o diseñar modelos que se correspondan con la lógica de nuestro argumento.

Enunciados de modo positivo, estos principios se asemejan mucho al sentido común de los investigadores. Sin embargo, pocos estudios comparativos cumplen estas pautas, y algunos ni siquiera las observan. El esfuerzo por realizar especificaciones y mediciones apropiadas parece intimidar a la inmensa mayoría de los investigadores de las ciencias sociales comparativas. De ahí mis quejas.

Barrington Moore compara

Barrington Moore supuso un ejemplo precoz del giro hacia las comparaciones históricas serias que implican un reducido número de experiencias cruciales. El éxito de su aventura histórica animó a otros a seguir su camino. *Social Origins of Dictatorship and Democracy* es uno de esos trabajos que marca el estilo y el objeto de una investigación para toda una generación de investigadores. Cuando apareció esta obra, Lawrence Stone (que no se caracteriza precisamente por otorgar medallas por una actuación trivial) calificó a *Social Origins* de «obra maestra imperfecta» (Stone, 1967:34). Imperfecta, en opinión de Stone, porque la obra trataba el autoritarismo de Japón y Alemania como una característica a largo plazo más que como una fase pasajera, porque exageraba el papel de la violencia en la historia, porque subestimaba la influencia de la ideología, porque insistía en el efecto transformador de la Guerra Civil Americana, porque aceptaba la vieja concepción coercitiva de los cercamientos en Inglaterra, y por otra serie de fallos menores. Sin embargo, dice Stone,

nadie ha intentado antes utilizar el método comparativo a esa escala y con un estudio tan detallado de la literatura profesional. Pocos han sido los que han definido antes de un modo tan sumamente claro la importancia del campesinado en una revolución, o el significado político del hecho de que la alianza de los terratenientes y los industrialistas fuera creada bajo el patrocinio del Estado o en oposición a él. Pocos historiadores

tratan a aquellos de los que disienten con la generosidad y la honestidad demostrada por Moore. Pocos historiadores han mostrado tanto respeto y admiración por los valores humanos y liberales. [Stone, 1967:34.]

Las principales críticas de Stone hacia Moore son discutibles. Aunque los cercamientos en Inglaterra llevaron más tiempo de lo que sugiere la breve discusión de Moore, por ejemplo, es innegable que implicaron una creciente coerción —especialmente si incluimos no sólo a los pequeños propietarios, sino también a los distintos tipos de arrendatarios y colonos—. El tributo final de Stone a la tenaz integridad de Moore no es discutible. Barrington Moore levantó un pilar de granito sobre el que se sigue construyendo.

Moore levantó su pilar sobre tres preguntas centrales: 1) Dada una escala de regímenes contemporáneos que va desde los democráticos hasta los autoritarios, ¿qué rasgos del pasado de un país determinaron el lugar que iba a ocupar en esa escala? 2) ¿Qué papel jugaron las clases propietarias de tierras —especialmente los señores y los campesinos— en el carácter y el desenlace de las grandes revoluciones? 3) ¿Qué cambios ocurridos en el campo abrieron el camino para las distintas formas de la política de masas? Las preguntas sin duda se entrelazan. Moore las hace perfectamente independientes preguntando de qué modo el destino de los señores y de los campesinos en el curso de la expansión de las relaciones de propiedad capitalistas en el campo y de las grandes revoluciones afectó a la política subsecuente de los principales estados del mundo.

A grandes rasgos, Moore dividió a los estados que consideraba seriamente en cuatro categorías, de acuerdo a sus destinos en el siglo XX:

- diversos grados de democracia capitalista: Estados Unidos, Inglaterra, Francia;
- diferentes clases de fascismo: Alemania, Japón;
- diferentes clases de socialismo: Rusia, China;
- democracia encubridora, formas democráticas sin representación efectiva: India.

Moore simplificó su tarea reagrupando sus observaciones en tres o cuatro categorías; no hizo ningún intento de dar cuenta de todo el espectro de experiencias políticas. Para expresarlo de un modo más

esquemático de lo que nunca se preocupó de hacerlo Moore, la democracia capitalista fue fruto de las revoluciones burguesas que transformaron o aniquilaron a las antiguas clases propietarias; el fascismo surgió a partir del desarrollo del capitalismo con una burguesía relativamente débil y sin la aniquilación de las antiguas clases propietarias; el socialismo surgió del ahogo del crecimiento comercial e industrial por una burocracia agraria que acabó sucumbiendo a la rebelión campesina, y la democracia encubridora surgió a raíz del fracaso de una profunda transformación rural.

Originalmente Moore había planeado incluir estudios debidamente documentados sobre Alemania y Rusia. Finalmente abandonó el proyecto, pero incorporó numerosas comparaciones breves de Alemania y Rusia en su argumentación. Como resultado, la comparación sistemática se realizó de hecho en dos niveles: democracias/Japón/China/India y Estados Unidos/Inglaterra/Francia. Así, por ejemplo, sostenía que la mayor fragilidad de la representación en Francia correspondía a una aniquilación incompleta de las clases propietarias del Antiguo Régimen, y de un modo especial del campesinado.

Una tercera comparación, aunque de un tipo diferente, queda suspendida detrás de las otras dos. Moore se preguntaba qué influencia tenía la medición de las diferentes formas de transición hacia la política moderna en el carácter de la transición. En general, decía, las transiciones democráticas abrían el camino a las transiciones fascistas, y ambas juntas —a la manera de los dos tipos de estados creados por las transiciones— facilitaron las posteriores transiciones socialistas. (Este calendario nos exige ver las líneas del autoritarismo estricto, si no del fascismo *stricto sensu*, en los regímenes de Alemania y Japón en el siglo XIX. La crítica de Lawrence Stone alude a este rasgo del argumento de Moore.) Aunque Moore consideró extensamente y en sus propios términos cada uno de sus casos principales, las comparaciones en el tiempo y el espacio constituyeron el esqueleto del libro.

Algunos de los rasgos de las comparaciones dejaban que desear. Moore se refirió a Alemania, Japón, India, Estados Unidos, Rusia, China, Inglaterra y Francia como si todos ellos fueran sociedades autónomas y claramente delimitadas, cada una con una historia que podía ser explicada en sus propios términos. Pasó por alto la dificultad que supone conectar la historia del Estado prusiano (el

núcleo de su discusión sobre «Alemania») y el posterior control de la República Alemana por los nazis. Escribió con demasiada ligereza sobre la «modernización» del campo en la mayor parte de los países, considerándola como una experiencia similar con muy diferentes consecuencias políticas. Además, dio por supuesto que la tendencia a «modernizarse» era generalizada; la pregunta no era si la agricultura comercializada y productiva se desarrollaría en un país tras otro, sino bajo los auspicios de quién y con qué resultados políticos. En mi opinión, éstos son errores. Como mínimo, precisan de una mayor justificación de la que les dio Moore.

En ciertas ocasiones, Moore, dio un giro hacia la comparación individualizadora, tratando de captar correctamente las particularidades, y sirviéndose del contraste con un segundo país para este propósito. Una comparación entre China y Japón dice así:

De este modo la tradición militar feudal en Japón proporcionó en un principio una base congénita para una versión reaccionaria de la industrialización, aunque a largo plazo hubiera podido resultar fatal. En la sociedad y la cultura china pre-feudal existía una base mínima o tal vez nula a partir de la cual pudiera surgir un patriotismo militarista de tipo japonés. Comparado con Japón, el nacionalismo reaccionario de Chiang Kai-shek parece débil y laso. Únicamente cuando China empezó a transformar sus propias instituciones según la idea comunista surgió un fuerte sentimiento de misión. [Moore, 1966:252.]

Pero Moore pronto vuelve a intentar encontrar la variación a gran escala:

Por esa razón no es el feudalismo, y ciertamente no el feudalismo entendido como una categoría general separada, la clave para comprender el modo por el cual la sociedad japonesa entró en la nueva era. Al feudalismo hay que añadir el factor independiente del tiempo. En segundo lugar, fue la variedad particular del feudalismo en Japón, con elementos burocráticos sustanciales, la que hizo posible el salto. El carácter especial del vínculo feudal japonés, con su énfasis mayor en el status y la lealtad en una relación contractual libremente contraída, significaba que una de las fuentes del ímpetu que existía detrás de la variedad occidental de las instituciones libres estaba ausente. De nuevo, el elemento burocrático en la política japonesa produjo el característico resultado de una burguesía dócil y tímida incapaz de desafiar al viejo orden. Las razones de la ausencia de un serio desafío intelectual se encuentran en lo más profundo de la historia japonesa, pero son parte del mismo fenómeno. Los desafíos intelectual y social que llevaron a cabo las revoluciones burguesas occidentales eran aquí leves o inexistentes. Finalmente, y tal vez lo más importante de todo, a lo largo de toda la transición y ya entrada la era de la sociedad industrial, las clases dominantes lograron contener y desviar las fuerzas subversivas que estaban surgiendo desde el campesinado. No sólo no hubo una revolución burguesa, sino que tampoco hubo una revolución campesina. [Moore, 1966:253-254.]

Aquí vemos a Moore en el acto de engarzar su análisis histórico particular con su enfoque general. La ideología y la organización política, claramente influyentes en la formación de la experiencia japonesa, desaparecen como causas independientes. Aparecen las fórmulas grado de revolución burguesa-grado de democracia parlamentaria; grado de revolución campesina-grado de burocracia socialista. Por ejemplo, cuando Moore considera las consecuencias del triunfo de una resistencia noble a las autoridades reales en ausencia de una burguesía sólida, concluye que el resultado «es enormemente desfavorable para la versión occidental de la democracia» (Moore, 1966:418). Reflexiona sobre el contraste a este respecto entre Prusia e Inglaterra:

Mientras el absolutismo se fortalecía en Francia, en una amplia región de Alemania y en Rusia, encontró su principal prueba en suelo inglés donde, sin duda alguna, el intento de instaurarlo fue mucho más débil. Esto es cierto en gran medida, ya que la aristocracia terrateniente inglesa empezó desde muy temprano a adquirir rasgos comerciales. Entre los determinantes más decisivos que influenciaron el curso de la subsiguiente revolución política se encuentra el hecho de si una aristocracia terrateniente se volvió hacia la agricultura comercial o no, y en caso afirmativo, la forma que adoptó esta comercialización. [Moore, 1966:419.]

Como ocurre a menudo, vemos a Moore tratando conscientemente de extraer un principio general de variación de las diferencias entre los casos específicos que trata. En este punto, Moore se inclina decididamente por la comparación que trata de identificar la diferencia.

Este esquema hace que Moore parezca una apisonadora histórica, recogiendo pedazos de experiencia para depositarlos en grandes cubos. Oculta la pasión, la amplitud y la incertidumbre de la investigación. (Recuerdo abandonar los cursos de posgrado con un puñado de pruebas de capítulos y de bibliografías detalladamente comentadas de la monumental obra en la que entonces estaba trabajando Moore, y años más tarde descubrir versiones nuevas de los capítulos y las bibliografías en circulación, y recuerdo a Moore discutiendo aún con sus alumnos, colegas y consigo mismo sobre la relevancia de sus casos, con su libro aún sin terminar.) Observar con atención el lenguaje de *Social Origins* hace que se desvanezca esa ilusión; el lector encuentra a Moore meditando sobre los problemas, preocupado por las inconsistencias y las lagunas, conduciendo al

lector al centro mismo de la indagación. La prosa no rezuma el brillo de un modelo concluido, sino la irregularidad de una larga y obstinada discusión sobre cuestiones vitales sin resolver.

Dennis Smith sugiere que, de hecho, la preocupación central de Moore por la trascendencia moral y política de las vías alternativas de desarrollo le llevó, en ocasiones, a ignorar o minimizar factores cuya influencia había reconocido abiertamente en otros contextos. En concreto, dice Smith: 1) Moore se mantuvo fiel a su imagen de la elección racional humana dentro de unos límites estructurales claramente definidos en los que debería haber reconocido la influencia de la ideología acumulada, especialmente justificaciones del gobierno tales como la que la burguesía del norte llevó consigo al poder al final de la Guerra Civil Americana; 2) minimizó la importancia de los compromisos internacionales, tales como las conquistas coloniales británicas, que podrían resultar difíciles de reconciliar tanto con el modelo de elección dentro de unos límites estructurales dados como con la caracterización que hace Moore de la política democrática. Pero Smith en ningún momento aconseja a Moore que abandone sus preocupaciones morales y políticas. Muy al contrario:

El enfoque de Moore sobre el análisis social sobrestima de forma persistente las implicaciones recíprocas entre teoría y práctica, investigación empírica y valoración normativa, descripción y prescripción, hechos y valores. Gran parte de los últimos trabajos de Moore constituyen un intento de rehabilitar la teoría como una discusión racional de los objetivos morales y de relacionar esta discusión con una evaluación razonada de las formas posibles de práctica. [Smith, 1983:171.]

Ese es precisamente el punto. En sus grandes investigaciones empíricas, Marx y Weber mostraron continuamente su indignación moral, su preocupación por el hecho de que la gente tuviera que estar oprimida, su entusiasmo por descubrir vías alternativas hacia la liberación humana. Dichas pasiones no les impidieron manejar la comparación con destreza e imaginación. *Social Origins of Dictatorship and Democracy* de Barrington Moore pertenece a esa gran tradición.

Abarcar el mundo

Las comparaciones globalizadoras parten de una estructura o proceso de grandes dimensiones. Seleccionan parcelas de la estructura o el proceso y explican las similitudes y las diferencias entre dichas parcelas como consecuencia de sus relaciones con el todo. En la vida cotidiana, las personas emplean comparaciones globalizadoras continuamente: al explicar la diferencia de comportamiento entre dos niños por su orden de nacimiento, al atribuir las características propias de las comunidades a sus conexiones variables con una gran ciudad próxima, o al explicar el comportamiento de los ejecutivos en términos de su posición en el organigrama de la empresa. Sin embargo, como una ciencia social consciente, la comparación globalizadora es menos frecuente que las comparaciones individualizadoras, universalizadoras y generalizadoras.

La comparación globalizadora exige mucho de aquellos que la practican. Incluso para empezar deben poseer un mapa mental de todo el sistema y una teoría de su funcionamiento. También es cierto que no es preciso que ni el mapa ni la teoría sean correctos en un principio; mientras la localización provisional de las unidades dentro del sistema y las explicaciones de las características sean auto-correctivas, el mapa y la teoría mejorarán con el uso. La compara-

ción globalizadora conlleva además un grave peligro: conduce con facilidad a explicaciones funcionales, en las que una unidad se comporta de un cierto modo *a causa de* las consecuencias que su comportamiento tiene para el sistema como un todo. Las explicaciones funcionales son, frecuentemente, difíciles de verificar o de falsear y desembocan en tautologías con mucha facilidad. Los amantes del riesgo deberían atreverse con las comparaciones globalizadoras.

Eric Wolf adora el riesgo. En su majestuosa obra *Europe and the People without History* se propone revisar la historia cultural del mundo entero desde 1492. Realiza la revisión con la mirada puesta en: 1) trazar un mapa de las conexiones entre gentes aparentemente distintas en lugares apartados del globo; 2) explicar las descripciones que hicieron los europeos de los pueblos considerados primitivos con los que se encontraron en el curso de la expansión colonial y comercial, y 3) corregir una etnografía que en su retrato de aquellos pueblos íntimamente relacionados que habían sufrido profundas transformaciones en el curso de su interacción con los europeos los representaba como prístinos, primitivos e independientes. La primera página del libro de Wolf rompe las barreras.

La afirmación central de este libro consiste en decir que el mundo de la humanidad constituye un colector, una totalidad de procesos interconectados, y que las indagaciones que tratan de compartimentar esta totalidad en parcelas y que luego son incapaces de reagruparlas falsifican la realidad. Conceptos como los de «nación», «sociedad» y «cultura» designan parcelas y amenazan con convertir nombres en cosas. Únicamente si entendemos estos nombres como haces de relaciones y los devolvemos al campo del que fueron abstraídos podemos aspirar a eludir inferencias desorientadoras y aumentar nuestra capacidad de entendimiento. [Wolf, 1982:31.]

Para completar este atrevido comienzo, Wolf divide su análisis en tres partes: un esquema de los modos de producción alternativos en el mundo del siglo XIV, un relato analítico de la búsqueda de riquezas en el resto del mundo por parte de los europeos, y una descripción de la división del trabajo en el mundo bajo el capitalismo.

El esquema básico del libro sigue unas convenciones nada originales: condiciones previas, condiciones posteriores y los cambios que ligan unas con otras. Es evidente que gran parte depende de la sección central, la cual versa sobre los ibéricos en América, el comercio de pieles, el comercio de esclavos, así como la red comercial europea y la conquista de Oriente. De un modo que

resulta refrescante, abundan los detalles en los relatos y las reconstrucciones de las conexiones y los cambios resultan verosímiles, pero el argumento en su conjunto continúa desarrollándose. La conclusión del análisis de Wolf sobre el comercio de esclavos expresa con claridad el tono del libro.

Mientras Africa había formado parte integral del sistema político y económico del Viejo Mundo desde mucho tiempo atrás, la expansión europea después de 1400 incorporó el continente a un tráfico a escala global. La demanda de esclavos africanos reformó la economía política de todo el continente. Originó, dentro de un proceso común, nuevos estados tributarios y organizaciones especializadas de cazadores de esclavos, y convirtió a las sociedades descritas por los antropólogos como «acéfalas, segmentadas y basadas en el linaje» en el blanco predilecto de los negreros. Estas diferentes configuraciones no pueden, por tanto, ser entendidas como estados separables o «tribus» de gentes sin historia de acuerdo a una tipología. Más bien constituyen los resultados diversos de un proceso histórico unitario. Ni tampoco podemos tratar de entender Europa sin percibir el papel que jugó Africa en su desarrollo y en su expansión. Los participantes más destacados en ese crecimiento fueron no sólo los comerciantes y los beneficiarios del comercio esclavista europeos sino también los organizadores, los agentes y las víctimas africanos. [Wolf, 1982:230-231.]

Casi nadie ha enunciado tan adecuadamente las razones a favor de la comparación globalizadora.

En las primeras páginas de este libro, Wolf subraya la diferencia entre su enfoque y los enfoques de André Gunder Frank y de Immanuel Wallerstein. Para Wolf, Frank y Wallerstein, el lugar central del análisis lo ocupa la expansión del capitalismo. Los tres explican las diferencias en el destino de las diferentes zonas del mundo en términos de su distinta relación con la expansión del capitalismo.

A partir de ahí empiezan a separarse. Primero, Frank y Wallerstein se inclinan por una extensa definición de la esfera capitalista. Se concentran en la acumulación de capital vía intercambio para conseguir beneficios, y tienden a considerar a todas las partes implicadas en el intercambio desigual como parte del mismo sistema capitalista mundial. Así, para ellos la creación europea de mercados mundiales dominados por sus principales centros comerciales y de capital marcó el comienzo de nuestro propio sistema. Eso ocurrió en los siglos XV y XVI. El capitalismo, entonces, es un modo de intercambio, los principios de la producción capitalista derivan de los requisitos del intercambio capitalista.

Para Wolf, el capitalismo es más bien un modo de producción particular. Siguiendo a Ernest Mandel, insiste en la producción enfocada al beneficio con el trabajo asalariado como un sello distintivo. Para Wolf, el comercio en expansión entre los siglos XV y XVII, debido a su fecunda persecución de beneficios y acumulación de capital, representa el mercantilismo; el verdadero capitalismo sólo llegó a convertirse en el modo dominante en el siglo XVIII. Nunca llegó a ser el modo universal.

El hecho de que Wolf se decante por el enfoque centrado en el modo de producción, dentro del debate ininterrumpido sobre los lugares de producción e intercambio en el capitalismo mundial, complementa su insistencia en la contribución independiente a la historia del sistema capitalista de las «gentes sin historia». Rechaza completamente el agrupar a las gentes alejadas del núcleo capitalista en una zona periférica de estados débiles y pueblos primitivos, absorbidos uno a uno en una órbita de dependencia.

Hasta cierto punto, las diferencias de Wolf con respecto a los teóricos de la dependencia expresan el cambio por el cual llegó a plantear el problema inicialmente. Frank y Wallerstein empezaron a observar la influencia del núcleo en la periferia (Frank básicamente en América Latina y Wallerstein en Africa), pero acabaron desplazándose hacia el núcleo para poder comprender sus acciones: «Aunque utilizaron los hallazgos de los antropólogos y de los historiadores locales, el objetivo principal para ambos era comprender de qué modo el núcleo subyugaba a la periferia, y no estudiar las reacciones de las micropoblaciones normalmente investigadas por los antropólogos» (Wolf, 1982:23). Wolf pretende devolver a esos pueblos su historia para después reescribir la historia del «núcleo» en consonancia con esa restitución. No existe contradicción, pero sí una genuina división del trabajo.

No todo el nuevo diseño de la historia que hace Wolf resulta satisfactorio. Tal vez, de un modo inevitable, los motivos por los que los europeos se vieron movidos a aceptar la subordinación de los pueblos distantes, los beneficios que obtuvieron de sus esfuerzos y las fuentes sobre su ventaja inicial en la lucha permanecen oscuros. El giro dado por Inglaterra desde la producción de ganado lanar hacia la manufactura de productos de lana a partir del siglo XIV, por ejemplo, figura en la obra de Wolf como un suceso crucial en el

surgimiento del capitalismo industrial. Pero Wolf no aporta ninguna explicación sustancial de ese cambio radical.

Más importante aún es el hecho de que la preocupación de Wolf por recalcar la prolongada implicación de pueblos ostensiblemente aislados en las redes comerciales mundiales, en las comunicaciones y en influencia mutua, ocupe la mayor parte de su discurso. Resumiendo la expansión de España y Portugal en las Américas, destaca la creación (no la supervivencia) en las tierras altas de un sector indio claramente separado. En lo referente a las tierras bajas y las islas, describe los sistemas de trabajos forzados y de exportaciones de productos de fácil salida que introdujeron los habitantes de la Península Ibérica, pero concluye con esta observación característica:

De este modo, los esclavos africanos y sus descendientes se convirtieron en la población dominante a lo largo de la costa atlántica de Brasil, en las islas y el litoral del Caribe y a lo largo de la costa de Colombia, Ecuador y Perú. Aquí, en las plantaciones y en los reductos de esclavos fugitivos, pusieron en funcionamiento sus propios modos de adaptación y de rebelión, iniciando una historia cuya exploración no ha hecho más que comenzar. [Wolf, 1982:157.]

Como resultado de esta preocupación por las nuevas creaciones, Wolf rechaza plantear seriamente la pregunta de cómo el *grado* de implicación de las gentes en las porciones de esas redes dominadas por europeos afectó al carácter de su organización social. Si la idea de un continuum de asimilación a los modos europeos deforma la historia de los llamados pueblos sin historia, ¿qué otra idea *sí* da cuenta de su diferencia? Aquí, Wolf no saca el máximo provecho de las comparaciones globalizadoras que utiliza.

Stein Rokkan globaliza

El Stein Rokkan tardío tomó un camino distinto del de Frank, Wallerstein y Wolf, aunque también se basó en la comparación globalizadora. Al igual que Immanuel Wallerstein, dio un giro decisivo desde la comparación generalizadora (en la que los casos se consideraban como instancias lógicamente independientes del mismo fenómeno) a la preparación de un mapa completo de un único sistema interdependiente. En ambas fases de la carrera intelectual de Rokkan un problema constante ocupa el centro de su indagación:

dado el hecho de que los intereses y las aspiraciones de las gentes del mundo entero difieren enormemente, y dado también que las posibilidades políticas que se les ofrecen siempre corresponden de un modo imperfecto a sus intereses y aspiraciones, ¿qué determina los medios y los resultados políticos concretos que los distintos grupos de personas tienen a su alcance? ¿Por qué ocurrió, por ejemplo, que los suizos acabaron teniendo un sistema federal centrífugo, mientras que los países escandinavos construyeron políticas centralizadas en un alto grado? ¿Por qué los partidos políticos parecen ser vehículos más eficaces de expresión del descontento de los ciudadanos en Inglaterra que en Francia? ¿Bajo qué condiciones puede la gente exigir la democracia directa? La pregunta concreta variaba, pero los temas fundamentales permanecían.

Enfrentándose a estos problemas permanentes, Stein Rokkan nunca se decantó por una explicación reduccionista: no reducir los medios y los resultados políticos a la simple expresión de los intereses de la población; no reducirlos a cambios operados en ciertas instituciones políticas como la ley electoral o el sistema de partidos; no reducirlos a una cultura política vaga pero envolvente. A medida que iba pasando el tiempo se fue decantando más y más por las explicaciones históricas complejas. Enfrentado a un conjunto de diferencias en los medios y los resultados políticos contemporáneos, iba a retroceder en el tiempo, tratando de encontrar las posibilidades cruciales rápida o gradual, explícita o implícita —lo cual implica diferentes vías de desarrollo—. Así, la precocidad o la tardanza de la industrialización, el dominio histórico de las clases terratenientes o capitalistas, la reacción de las distintas regiones ante la Reforma Protestante y muchos otros rasgos del pasado de una región pasaron a ser posibles determinantes de su política actual.

La misma tensión creativa que dirigió toda la obra de Rokkan estuvo en la base de su investigación sobre los momentos decisivos en la historia. La lista de cruces fluctuó y aumentó. En la mayoría de sus tentativas Rokkan estaba tratando de dar cuenta de las diferencias en Europa. En algunos de sus últimos análisis, Rokkan manejó grupos de «variables»:

1. Relación de la región con las siete principales migraciones de gentes que dejaron su huella en todo el mapa europeo.
2. Alcance y centralidad de las redes urbanas de la región.

3. Sometimiento de la región a los principales imperios.
4. Consecuencias religiosas de la Reforma, incluyendo el fomento o la obstaculación de determinadas lenguas vernáculas.
5. Organización de la producción agrícola.

Cada uno de estas cuestiones contiene, obviamente, más de una única variable. Aun así, la lista completa transmite toda una serie de importantes mensajes: no confiar en los enfoques anacrónicos y abstractos como el de las «crisis del desarrollo» (penetración, integración, participación, identidad, legitimidad, distribución) con el que Rokkan había trabajado diez años antes; insistir en la interacción de los factores económicos, político, religiosos y demográficos; fundar las principales variables en la historia. La idea, por tanto, consiste en explicar las diferencias entre los sistemas políticos contemporáneos —y, en este caso, especialmente los sistemas políticos de las áreas periféricas como su Noruega natal y su Gales de adopción— como consecuencias acumulativas de la conexión de su región con los principales procesos diferenciadores que anteriormente habían transformado Europa entera. Sólo entonces, sugiere Rokkan, puede resultar útil abstraer y generalizar a raíz de preguntas del tipo de cuáles fueron las consecuencias de la heterogeneidad étnica en los sistemas partidistas. Rokkan se desliza aquí hacia una comparación globalizadora con el pretexto de intentar descubrir generalizaciones.

El retraso en mostrar el marcador final revela a menudo la pérdida de interés en el juego por parte de un autor. Sin embargo, en el caso de Rokkan la esperanza de hallar una serie de generalizaciones no parece haber desaparecido nunca. Por ejemplo, mientras revisaba uno de sus últimos esquemas de la experiencia europea, Rokkan esboza un conjunto de diferencias a nivel mundial entre las áreas geoculturales del mundo. Las «variables principales» que eligió fueron:

1. Diferenciación secular/religiosa.
2. Unificación/diversidad lingüística.
3. Diferenciación/independencia de las redes urbanas.
4. Concentración/dispersión de las tierras en propiedad. [Rokkan, 1975:592-595.]

Si Rokkan veía el mundo a imagen y semejanza de Europa o a Europa a imagen y semejanza del mundo es, sin duda alguna, una pregunta ociosa. Sea como fuere, la correspondencia entre la lista y su diagrama de la historia europea transmite muy claramente que la exploración de Europa proporciona información sobre la estructura del mundo entero. Sea como fuere, la empresa actual consiste en situar a toda Europa dentro de un espacio conceptual consistente.

Los «mapas conceptuales de Europa» de Rokkan

Stein Rokkan fue un gran inventor de herramientas conceptuales. Una de sus invenciones más intrigantes adoptó la forma de «mapas conceptuales» que esquematizaban los principios de diferenciación geopolítica en Europa en distintos momentos históricos. Por ejemplo, la diferenciación Norte/Sur siempre representaba alguna versión de la influencia de los acontecimientos y las estructuras del Mediterráneo —más comúnmente, la herencia legada por el imperio Romano—. Rokkan construyó y modificó sus mapas conceptuales con el mismo estilo dialéctico que aplicaba al resto de sus trabajos: escogiendo claves del esfuerzo de simplificación realizado por otros, enunciando atrevidas hipótesis con el único propósito de juzgarlas inmediatamente, alterando constantemente las categorías, las dimensiones y las posiciones dentro de ellas.

La propia creación de los mapas conceptuales forma parte, de hecho, de la dialéctica rokkaniana. En un texto semi-autobiográfico de 1976 Rokkan explicaba que su giro hacia el esfuerzo cartográfico se debía a su insatisfacción con los tipos de modelos de estructuras escindidas y de democratización que había empleado en su *Citizens, Elections, Parties* (1970). Especialmente, aclaraba, el modelo de democratización era

demasiado atomista; consideraba cada caso aisladamente, sin tomar en cuenta sus conexiones con el entorno y la posición geopolítica del área en cuestión. Empecé a estudiar los vínculos *espaciales* entre los distintos casos, y llegué a convencerme de la importancia decisiva de las *relaciones interregionales* tanto en el proceso de construcción de una nación como en la posterior estructuración de la movilización masiva. [Rokkan, 1976:9; lo señalado es del autor.]

La intuición de Rokkan dio en el clavo. El rasgo más desconcertante de sus modelos anteriores es la analogía implícita con la

gigantesca tabulación cruzada tan querida por los investigadores cuantitativos. Amplias muestras de «casos» ostensiblemente independientes, cada uno autosuficiente, se alinean en filas y columnas representando dimensiones abstractas de importancia teórica.

Los mapas conceptuales, como veremos, no eludían esta engañosa analogía. Redujeron su alcance. Le sirvieron para rechazar el pernicioso presupuesto de que cada uno de los estados que subsistían al final del proceso —digamos, por ejemplo, los estados de Europa a finales de la Segunda Guerra Mundial— correspondían a una «sociedad» concreta que poseía una larga y continuada historia. En cambio, Rokkan consiguió retratar a esos estados como organizaciones que crecían en medio de unas poblaciones ligadas por redes sociales con una larga vida y que modificaban continuamente sus culturas y modos de producción. Más aún que cualquiera de los anteriores modelos de Rokkan, éstos apuntaban hacia una interpretación histórica y genuinamente interactiva de la formación de los estados europeos.

En torno a 1979, Rokkan estaba trabajando en los dos mapas conceptuales que aparecen en las figuras 1 y 2. La figura 1 muestra el esquema de la geografía de los principales grupos étnicos europeos antes de la Alta Edad Media. Por motivos prácticos, tal distribución sirvió de base a todos los análisis históricos de Rokkan; no se esforzó en absoluto por explicar los modelos de influencia del Imperio Romano o los procesos de división, amalgama y migración que distribuyeron a ciertos grupos culturales por todo el mapa europeo. Comenzamos por algunos grupos celtas (galeses, cónicos y bretones) dentro de los límites del Imperio Romano del norte, y otros (escoceses e irlandeses) fuera de sus límites. El mapa conceptual coloca la materia en bruto de la formación de los estados y de la diferenciación política en Europa en un incompleto trazado espacial.

El mapa selecciona y predice lo que iba a ocurrir. Prácticamente ninguno de los habitantes del Artico aparecen en él. A lo largo de la costa del Este, buscamos en vano a los rutenianos, ucranianos, walaquianos, macedonios, kurdos, vosnios, letones, turcos y griegos. El esquema distingue a los lombardos de los italianos, pero no separa a los piemonteses de los venecianos o los napolitanos. En conjunto, un grupo étnico tiene muchas más oportunidades de aparecer en el mapa de Rokkan si en algún momento posterior a

FIGURA 1.—*Mapa geoétnico de Europa antes de la Alta Edad Media, de Rokkan*

	<i>Periferia atlántica</i>	<i>Llanuras costeras</i>	<i>Llanuras centrales y territorio alpino</i>	<i>Fronteras interiores</i>
<i>Allende los límites del Imperio Romano</i>	Islandeses Feroeses Noruegos del Oeste Celtas: Escoceses Irlandeses	Noruegos del Este Daneses	Suecos	Finlandeses Bálticos Prusianos Polacos Lituanos Moravios Checos
<i>Territorio del Imperio Norte</i>	Celtas: Gales Cornualles Britania	Anglos Sajones Frisios Jutlandeses Francos del Oeste Galo-Romanos Normandos	<i>Tribus Germánicas:</i> Burgundios Sajones Alemanes	
			Francos del Este Turingios Bávaros	Húngaros
			Renanos	Colonos Bávaros Tirolese
<i>Territorios Mediterráneos</i>	Vascos	Occitanos Catalanes Corsos Castellanos Portugueses	Lombardos Italianos Sardos Sicilianos	Eslovacos Croatas Serbios

1300 alguien creó un Estado dominado por gentes de ese mismo origen cultural.

Seamos claros y justos al respecto. Rokkan nunca sostuvo que un esquema proporcionara algo más que una mera simplificación de un complejo proceso que ocupa varios siglos. Entendiendo eso, el esquema tiene su utilidad. Como dijo Rokkan:

Estas distribuciones territoriales proporcionan las infraestructuras étnico-lingüísticas para el desarrollo institucional de la Alta Edad Media; los primeros pasos hacia la consolidación de las monarquías centralizadas, las primeras ligas de ciudades, las primeras estructuras consociales. En el siguiente paso, la distribución de las identidades y las afinidades étnicas determinaron el carácter y el coste de la

DIMENSION «ECONOMIA ESTATAL»: EJE OESTE-ESTE

Zona	Periferia marítima	Naciones imperiales marítimas	Ciudades-Estado de Europa	Naciones imperiales del interior	Estados-tapón del interior
Características de: Centros territoriales Redes urbanas	DEBIL DEBIL	FUERTE FUERTE	DEBIL FUERTE	FUERTE DEBIL	DEBIL DEBIL
Relación con la Europa de las Ciudades-Estado	DISTANTE	CERCANA	Integrados en sistemas más amplios nacional	Fragmentados hasta el siglo XIX	DISTANTE
DIMENSION «CULTURA ESTATAL» EJE NORTE-SUR Iglesia protestante estatal	ISLANDIA NORUEGA ESCOCIA GALES	DINAMARCA** INGLATERRA	«Lotharingia» BURGUNDIA ARELATUM	HANSE ALEMANIA PRUSIA	FINLANDIA
Territorios mixtos			PAISES BAJOS SUIZA	REMANIA	TERRITORIOS BALTICOS BOHEMIA
Católicos nacionales	IRLANDA BRITANIA	FRANCIA			POLONIA
Contra-reforma		ESPAÑA PORTUGAL	BELGICA	ITALIA	HUNGRÍA

* Adaptado por el autor para este volumen.

** Estados reconocidos como soberanos, 1648-1789, en CHESSIN.

estandarización lingüística dentro de cada una de estas estructuras territoriales: el desarrollo de tales estándares centrales se vio acelerado por la invención de la imprenta y por los conflictos religiosos de la Reforma, y sometió a las periferias a una fuerte presión para que aceptasen las normas establecidas por los centros territoriales. [Rokkan, 1979:1-32.]

Así, desde el punto de vista de Rokkan, la distribución anterior de los grupos étnicos determinó una de las principales diferencias en los costes de la posterior formación del Estado, y contribuyó a determinar qué territorios y grupos de Europa serían políticamente periféricos. El segundo mapa conceptual de Rokkan (la figura 2 muestra la variante de 1979) muestra la distribución de las entidades políticas en Europa entre los siglos XVI y XVIII. Por tanto, detiene la historia tras una gran reforma de los «materiales brutos» étnicos, precisamente cuando los estados nacionales ya se habían convertido en las organizaciones dominantes del continente europeo, aunque aún seguían luchando fervorosamente para aumentar su poder dentro de sus propios territorios, en Europa y en el mundo entero. De hecho, los hombres que designan las diferentes localidades en el mapa introducen cierta incertidumbre sobre la fecha de referencia y sobre las unidades que Rokkan tenía en mente: Como Estado, «Bélgica» no existía antes de 1830 ni «Italia» antes de 1860. Sin embargo, por esas mismas fechas cierta unidad política que se podría denominar «Burgundia» se había disuelto tiempo atrás en añicos que se habían repartido Francia, Prusia y los sucesores de los imperios Habsburgo. Y ocurre lo mismo con el resto del mapa.

Claramente, el mapa conceptual tiene poco valor como índice de un momento histórico preciso o como catálogo de unidades políticas específicas. En cambio, resalta las diferencias sistemáticas de las experiencias políticas de las gentes que habitaban las distintas regiones de Europa, como una función de sus relaciones con dos «ejes» de desarrollo. Rokkan llamó a la línea Este-Oeste el eje de la «economía estatal». En el Oeste, los estados que extraían excedente de una economía básicamente monetaria, estimulados durante largo tiempo por su implicación en el comercio marítimo. En el centro, una banda de ciudades comerciales estrechamente ligadas que se extendía desde el norte de Italia hasta Flandes, rodeada por áreas de agricultura intensiva: la Europa de las Ciudades-Estado. En el Este, estados que, en última instancia, extraían su excedente de los trabajos forzados en la agricultura. Este eje, según Rokkan,

refleja la asimetría fundamental de la estructura geopolítica de Europa: la red urbana dominante del cinturón comercial políticamente fragmentado que va del Mediterráneo hasta el norte, la fuerza de las ciudades en los territorios consolidados de la parte de este cinturón más cercana al mar, y la debilidad de las ciudades en los territorios anexionados bajo la dominación de los poderosos centros militares de las regiones fronterizas interiores. [Rokkan, 1979:42.]

Las implicaciones para la formación de los estados del eje de la «economía estatal» son evidentes.

La dimensión Sur-Norte, por contraste, recibe el nombre de eje de la «cultura estatal». En él, según Rokkan, vemos el impacto a largo plazo del Imperio Romano, transmutado en la relativa influencia de la Iglesia Católica Romana y de su hermana la Iglesia Ortodoxa en las bandas paralelas Norte-Sur en Europa. Hacia el Norte, encontramos una banda en la que las iglesias protestantes nacionales marcaron desde muy temprano ciertas áreas religiosas y lingüísticas dentro de las cuales las barreras contra la penetración cultural del Estado eran relativamente débiles. A medida que nos aproximamos al Sur, nos encontramos con niveles más altos de «supraterritorialidad» religiosa, con sus correspondientes barreras más poderosas contra la integración cultural. En la banda mediterránea, y de acuerdo con el argumento implícito del mapa, la fuerte presencia de una estructura religiosa internacional proporcionó a los gobernantes un serio rival y a los particularismos étnicos una sólida base de resistencia frente a la integración nacional.

Dejando aparte la vaguedad de las referencias a los momentos históricos, los lugares, los pueblos y las unidades políticas concretas, el mapa conceptual de Rokkan identifica algunos principios de variación en Europa de los que carecen otros enfoques sobre el desarrollo político europeo. Si, siguiendo el método de Rokkan, añadimos otra banda de territorio islámico —con esa estructura religiosa «supraterritorial» constituyendo una barrera mucho más fuerte frente a la captura por parte de los gobernantes de la lealtad exclusiva de su población sometida— al sur de la Europa mediterránea, y desviamos la columna «más próxima al mar» hacia el este de esa banda para representar la relevancia comercial del Mediterráneo, nos hacemos una idea francamente clara de las principales diferencias regionales de la estructura estatal.

Para ser sinceros, fue algún predecesor suyo el que construyó los principales argumentos que luego Rokkan traduciría a un «eje», una

«dimensión» o una «banda» en su diagrama; su trabajo consistió en gran medida en metamorfosarse y tratar de asimilar las estructuras monocausales de otros. Pero la noción de un proceso de diferenciación globalizador y bidimensional en la geografía humana de Europa, que limitó las posibilidades de formar un Estado en distintos recodos del continente —esa noción, por lo que yo sé, fue una invención de Rokkan.

Los mapas conceptuales poseen algunas de las características debilidades de todos los principales modelos de Rokkan. En una perceptiva exégesis de la geografía política de Rokkan, Bertrand Badie comenta:

Con todo, las variables que construye Rokkan en el curso de su análisis son tan numerosas y están definidas de un modo tan independiente una de otra que el mapa conceptual que resulta sólo aporta una yuxtaposición ordenada de casos individuales, cada uno de los cuales representa una forma irreductible de construcción de un Estado o de una nación. Comparado con los métodos de [Perry] Anderson y de [Immanuel] Wallerstein, este método tiene la ventaja de que ofrece un esquema más detallado y complejo de las diferencias entre las sociedades europeas. Por otro lado, abandona cualquier intento de explicación integradora y jerárquica del desarrollo político, por lo que se aparta del análisis sociológico y de los fenómenos universales que este análisis trata de iluminar. Más allá del debate sobre la autonomía de la política, asistimos por primera vez a la confrontación entre dos enfoques diferentes, dos formas diferentes de manejar la historia desde una perspectiva desarrollista. Anderson y Wallerstein se inclinan por un método histórico con el propósito de mostrar cómo la diferenciación se produce como resultado de la actuación de un factor que habían definido previamente como fundamental para el desarrollo nacional; en contraste, Rokkan maneja la historia con la intención de hacer un examen empírico, mediante un «análisis diacrónico retrospectivo», de todos los factores que de alguna manera pudieran haber influido en las diversas formas observables de cambio; pero no puede calibrar su peso o sus interrelaciones. [Badie, 1980: 115-116.]

El juicio de Badie es demasiado duro. Como experto tabulador de resultados de encuestas, Rokkan invocaba explícitamente dos principios interpretativos: una regla de reducción de la varianza y una regla de parsimonia. Prefería las variables que reducían la varianza inexplicada. Para una cantidad dada de reducción de la varianza prefería un número menor de variables.

Seguidos a conciencia, los dos principios llevan con frecuencia a un investigador a dar explicaciones espúreas y/o superficiales. Pero también incitan al investigador a eliminar las distinciones que carecen de relevancia y dar así prioridad a aquellas distinciones relevantes en muchos de los casos, así como a elegir entre variables

que se superponen en gran medida. Si tuviéramos que acusar a Rokkan por sus aplicaciones de los principios de reducción de la varianza y parsimonia, probablemente lo haríamos de excesivo entusiasmo por tratar de erradicar *toda* variación no explicada, y por introducir incesantemente variables nuevas en la búsqueda de la Gran Variable Subyacente.

Como mínimo, el método empleado por Rokkan posee el mérito de aclarar lo que nos proponemos explicar. Una parte significativa de la literatura que trata de analizar el «desarrollo político» consiste, después de todo, en bosquejos de explicaciones de cosas que nunca ocurrieron: las secuencias estándares de la institucionalización política, el logro de la integración nacional, etc. Sin embargo, gran parte de esta literatura tergiversa la experiencia europea; suponiendo que consista, por ejemplo, en una serie de aproximaciones, más o menos acertadas, a la democracia parlamentaria británica. En estas circunstancias intelectuales debemos dar la bienvenida a una especificación fundada empíricamente de lo que los analistas del cambio político europeo tienen, de hecho, que explicar.

La distribución geográfica identificada por Rokkan reclama una explicación: por qué la franja central de las ciudades comerciales y de los territorios comprendidos entre ellas resistieron durante mucho tiempo y con éxito la integración en grandes estados nacionales; por qué los estados culturalmente homogéneos y autónomos se concentraron de un modo desproporcionado a lo largo de la frontera noroccidental. Y así podríamos continuar con el inventario. Además, los ejes de Rokkan plantean, en sí mismos, importantes problemas explicativos: si el primer intento de control por parte de la Iglesia Católica de las relaciones sociales cotidianas no explica las marcadas diferencias Sur/Norte en la creación de las iglesias nacionales fuertemente controladas por sus respectivos estados, ¿qué otra explicación existe? ¿No es cierto, como sugiere Rokkan, que su acceso inmediato a las ciudades comerciales les facilitó a los gobernantes de las regiones occidentales de Europa el evitarse entrar en contacto con los grandes terratenientes y obtener ingresos provenientes del comercio? Los mapas conceptuales de Stein Rokkan plantean estas preguntas de un modo más claro y más apremiante.

Sin embargo, en este punto, la queja de Bertrand Bradie empieza a ganar fuerza. El número de «variables» que influyeron visiblemente

te en la dirección tomada por cada Estado europeo es muy elevado. Incluso con el amplio espectro de unidades políticas que Rokkan toma en consideración, ninguna clasificación estrictamente empírica de las múltiples experiencias europeas puede siquiera aspirar a identificar las variables cruciales, eliminando las variables incidentales, o especificando las relaciones entre las variables. En sí mismo, el método de investigación de Rokkan conduce a una alternancia infinita de tesis y antítesis en la que la síntesis no existe.

De mayor importancia resulta el hecho de que los mapas conceptuales no alcanzan el objetivo para el que inicialmente parecían apropiados: el examen de los vínculos ordenados espacialmente *entre* las historias políticas. Habiendo iniciado claramente una comparación globalizadora, Rokkan vuelve repetidamente al lenguaje y la práctica de la comparación que trata de identificar la diferencia. A pesar de algunos indicios intrigantes de interdependencia, el enfoque en su conjunto presenta las distintas experiencias nacionales como «casos» individuales que muestran las consecuencias de estar sujetos a las diferentes combinaciones de las «variables». Pero Suecia, por tomar un caso obvio, no es simplemente un «caso» situado en alguna parte de la zona norte de una gigantesca tabulación cruzada. La Suecia que aparece en el mapa conceptual de Rokkan son los restos de un poder expansivo que en un determinado momento dominó Noruega, Finlandia, Estonia, Livonia y otras partes importantes del Norte. ¿Podemos reconstruir el desarrollo político de Suecia —o, en este caso, de Noruega, Finlandia, Estonia y Livonia— sin tener directamente en cuenta dicha interacción? Como noruego, Stein Rokkan era profundamente consciente de la larga hegemonía de Suecia en el Norte. Pero su enfoque tiende a reducir los hechos conocidos sobre el poder internacional a efectos de posiciones similares en el interior de una trama abstracta.

En el último análisis, los enfoques de Rokkan resultan notablemente simplistas. Sitúan todo el pasado en el mismo plano: variables condicionantes para el presente. Como enfoques históricos, carecen del ingrediente histórico esencial: el tiempo. La historia anterior de Suecia, Noruega, Dinamarca y Finlandia no es una mera acumulación de residuos; constituyen caminos tortuosos. Los primeros pasos en esos caminos limitan los siguientes pasos, y los caminos seguidos por los países vecinos se influyen entre sí. Los mapas conceptuales carecen, pues, de dinamismo.

¿Dónde está el fallo? ¿Qué debemos hacer?

Ante esta crítica Rokkan habría sonreído, se habría tocado su espeso cabello con los dedos y habría dicho: «Sí, es cierto. ¿Cómo cree usted que podríamos introducir esas conexiones internacionales?» El era el primero en descalificar la última versión de su modelo, en lamentarse de las conexiones que se le habían pasado por alto y en buscar modos de alterarlo para tratar más adecuadamente las realidades históricas. A un hombre así nadie dudaba en hacerle una crítica. Pero una vez concluida la crítica y la discusión, uno siempre sentía un cierto deseo de ayudar. La influencia de Rokkan perdura: el trabajo inacabado de 1979 invita a tomar las riendas y a seguir buscando formulaciones más satisfactorias.

¿Hasta dónde llegó Stein Rokkan con las preguntas que planteaban sus mapas conceptuales? Reconozcamos el valor de esos mapas. Primero, nos ayudan a ver qué *existía* un orden espacial en el desarrollo de los estados nacionales en Europa —un orden para el que las clasificaciones del tipo centro/semi-periferia/periferia no resultan apropiadas. Segundo, presentan argumentos a favor de la importancia independiente de las diferencias en la organización religiosa (o de otros factores fuertemente correlacionados con la organización religiosa) como un factor influyente en los constructores de los estados en distintas partes de Europa. Tercero, identifican de un modo inequívoco el peligro de construir modelos de desarrollo político retrospectivamente, empezando con Francia, Gran Bretaña, Italia, España y los veintitantos estados restantes en los que hoy se divide el continente europeo, y de actuar como si los problemas explicativos tuvieran que ajustar un modelo causal a las transformaciones internas de esos únicos estados.

Por último, los mapas conceptuales retoman una vieja paradoja: el hecho de que el capitalismo y los estados nacionales crecieran juntos, y presumiblemente dependieran uno del otro de algún modo, aunque los capitalistas y los centros de acumulación de capital a menudo se aliaron para oponer resistencia a la expansión del poder estatal. El énfasis que pone Rokkan en las redes de las ciudades comerciales crea la posibilidad de que: 1) en aquellos puntos donde las redes eran densas, los capitalistas locales tuvieran interés en frenar su incorporación a los grandes estados, y los medios de defender ese interés; 2) el acceso al comercio imponible organizado

por esas ciudades, y al capital acumulado en ellas, proporcionara decisivas ventajas a los gobernantes cuyos territorios se encontraran dentro de, o fueran adyacentes a, las densas redes comerciales; 3) los dirigentes de los estados europeos nacionalizaran el capital del que dependían tarde y de un modo gradual e incompleto, tanto en el sentido de asegurarse de que dicha acumulación de capital dentro del territorio real de un Estado estuviera a disposición de ese Estado y no de otros, y en el sentido de depender fundamentalmente del capital local para la administración financiera y del crédito necesarios para cubrir los gastos de gestión estatales; 4) los gobernantes de la Europa del Este, a diferencia de sus colegas del Oeste, tuvieran razones de peso para depender en gran medida de los terratenientes regionales, y para mantener tanto al campesinado como a las clases urbanas bajo un estricto control.

En términos más generales, los mapas conceptuales de Rokkan contienen una importante hipótesis. La formularemos del siguiente modo.

- en un sentido amplio, los gobernantes y los posibles gobernantes de toda Europa perseguían los mismos fines, pero,
- tanto los medios para alcanzar esos fines como los problemas estratégicos planteados por las amenazas y las oportunidades en las áreas adyacentes variaron sistemáticamente de un lugar a otro del continente, y
- los diferentes enfoques sobre la formación de los estados tomados como una consecuencia de dichas diferencias en los medios y los problemas estratégicos produjeron estructuras políticas notablemente diferentes en las distintas regiones.

La hipótesis es importante precisamente porque no pretende ser evidente en sí misma. En la medida en que consideremos que la estructura de un Estado es el resultado directo de los intereses de sus clases dominantes, por ejemplo, dudaremos que los gobernantes en diferentes partes de Europa persiguiesen, de hecho, fines similares, y nos inclinaremos a atribuir las diferencias geopolíticas sistemáticas a la geografía de las clases dominantes y de sus intereses. El modelo de Rokkan reconoce la importancia de esa geografía de intereses, pero considera que constituye un conjunto de obstáculos para los aspirantes a gobernantes más que el determinante principal de sus intereses.

Desde esta perspectiva, el mayor defecto del argumento contenido en los mapas conceptuales es uno al que no he aludido en absoluto. El argumento no dice por qué la gente que construye distintos tipos de estados realizó el esfuerzo inicialmente. ¿Estaban tratando de levantar su poder personal por cualquiera de los medios a su alcance? ¿Poseían una visión, aunque fuese débil e imperfecta, del tipo de estructura que querían construir y por el que estaban luchando? ¿Fueron los estados subproductos involuntarios de unos esfuerzos dirigidos a otros fines? Desconozco si Stein Rokkan se planteó siquiera estas preguntas, o qué respuestas les hubiera dado en 1979. Ahora lamento no habérselo preguntado.

Por mi parte, creo que la respuesta es: un poco de cada. Las personas que expandieron el poder de los estados nacionales trataban, sin duda y en términos generales, de defender los intereses de sus propias familias, de sus propias facciones y de la clase a la que pertenecían. La visión que tenían mostró en ciertas ocasiones la influencia de una doctrina o de una memoria histórica, pero más frecuentemente representó la condición de un rival: de lo que se trataba era de crear una organización lo suficientemente eficaz como para probar, o incluso derrotar, a ese rival. Así, las estructuras estatales que se crearon surgieron en gran medida como subproductos involuntarios de sus actividades.

¿Qué actividades eran ésas? La pregunta nos ayuda a ser más específicos acerca de los elementos que faltan en el modelo de Rokkan. La interacción de la guerra, los impuestos y la acumulación de capital fueron determinantes en la formación de los estados. Los europeos no llevaron a cabo esas tres importantes actividades con la intención de crear organizaciones políticas centralizadas, diferenciadas, autónomas y de un gran alcance —estados nacionales—. Ni tampoco previeron de ordinario que las organizaciones de ese tipo fueran a emerger como consecuencia de la guerra, los impuestos y la acumulación de capital.

Por decirlo de un modo muy, muy tosco: los que controlaban los estados europeos (y las organizaciones que eventualmente llegaron a ser el núcleo de los estados) hicieron la guerra para defenderse de, o para vencer a, sus competidores, y así disfrutar de las ventajas del poder dentro de un territorio seguro o incluso en expansión. El gran número de competidores en las mismas circunstancias promovió la adopción de nuevas tecnologías militares que proporcionarían

la mínima ventaja a quien las empleaba. Pero las nuevas tecnologías cuestan normalmente más que aquellas a las que reemplazan.

Para que la guerra fuese más efectiva, los gobernantes trataron de conseguir más capital. A corto plazo, podían conseguir ese capital en sus conquistas, vendiendo sus posesiones o coaccionando o desahuciando a los acumuladores de capital. A largo plazo, las necesidades les obligaron a disponer de un acceso regular a los capitalistas que pudieran proporcionarles y arreglarles los créditos, y a imponer una u otra forma de impuestos sobre las personas y las actividades dentro de sus propios territorios. A medida que avanzaba este proceso, fueron desarrollando un profundo interés por promover la acumulación de capital, unas veces en forma de devolución directa a sus propias empresas, otras veces para asegurar la disponibilidad de capital para préstamos e impuestos, y otras veces para apoyar los intereses de los capitalistas de los que dependían para su financiación.

Todas estas actividades generaron una organización: la creación de ejércitos permanentes, la creación de servicios de aprovisionamiento para dichos ejércitos, la institución de burocracias recaudadoras de impuestos, el surgimiento de los bancos, los mercados y las casas de la moneda. Los gobernantes no buscaban crear una organización; trataban de mantener la actividad. Entre los gobernantes de mayor éxito, cuanto más difícil resultase la extracción de los recursos esenciales mayor era el volumen de la actividad que la organización ponía en funcionamiento. La organización que crearon los gobernantes para poder mantener la actividad militar y sus complementos cuajó en los aparatos de un Estado nacional: duraderos, centralizados, diferenciados, autónomos y poderosos.

Mi interpretación es voluntariamente tosca e incompleta. Ignora la diferencia entre las experiencias de una Francia altamente centralizada y de unos Países Bajos federados. Desatiende los efectos de los diferentes enfoques sobre la recaudación de impuestos. Puede estar equivocada. No he aportado evidencia alguna que demuestre que sea correcta.

Sin embargo, en la medida en que es plausible esta línea de argumentación indica qué *tipo* de esfuerzo será el continuador de las investigaciones de Stein Rokkan: su búsqueda subyacente de los orígenes de los medios y las consecuencias políticas disponibles para los distintos grupos de europeos. Un esquema más detallado de las

diferencias geográficas identificadas por los mapas conceptuales de Rokkan no proporcionará importantes frutos intelectuales; los mapas han cumplido su objetivo. En general, los siguientes trabajos deberían examinar las interacciones entre los contendientes en su pugna por el poder y sus consecuencias para la creación de nuevas estructuras políticas. En concreto, las interacciones implicadas en la guerra, la recaudación de impuestos y la acumulación de capital merecen la máxima atención.

Capítulo 9

CONCLUSIONES

Las tareas a realizar

A la luz de cualquier lógica formal de comparación, la mayoría de las investigaciones que hemos venido examinando son inapropiadas. A escala de continentes, estados nacionales y regiones, el ajuste de los casos entre sí supone el más exagerado de todos los experimentos naturales. Existen en él dos trampas: la trampa de refinamiento y la trampa de la desesperación.

Resulta tentador buscar comparaciones más y más afinadas cada vez, con un mayor número de casos y de variables controlados. En nuestro actual estado de conocimiento de las grandes estructuras y los procesos amplios, hacer eso constituiría un grave error. Sería un error porque con la multiplicación de casos y la estandarización de categorías para la comparación, el descenso de los resultados teóricos es más rápido que el ascenso de los resultados empíricos. Únicamente si construimos teorías más apropiadas mediante comparaciones a la misma escala que las de un Bendix, una Skocpol, un Moore o un Rokkan podremos alejar la curva de descenso teórico de comparaciones más precisas. En un futuro lejano podremos aspirar a disponer de teorías sobre procesos sociales a gran escala lo suficientemente precisas como para que una parcela concreta de la experiencia de una sola región proporcione pruebas suficientes de la validez o la falsedad de una teoría.

La trampa de la desesperación arranca con la decisión de que ese día nunca llegará —no *puede* llegar nunca—. Si nunca alcanzaremos generalizaciones sobre el pasado plausibles de ser revocadas al estilo de las de Stein Rokkan, ¿de que sirve intentarlo?

Sirve por la siguiente razón: las comparaciones inmensas con una base histórica de grandes estructuras y procesos amplios ayudan a establecer aquello que precisa explicación, localizan las posibles explicaciones en su contexto temporal y espacial y, en ocasiones, mejoran nuestro entendimiento de dichas estructuras y procesos. Los mapas conceptuales de Europa de Rokkan, a pesar de todos sus errores, no son simplemente distintos de los modelos de desarrollo político de cada Estado por separado. Poseen un mayor poder explicativo. Son modelos mejores.

En cuanto a la superación de nuestro entendimiento se refiere, las comparaciones individualizadoras, universalizadoras, las que tratan de identificar la diferencia y las comparaciones globalizadoras tienen cada una utilidad distinta. De hecho, son útiles en sí mismas. He descrito las cuatro comparaciones como si se tratase de herramientas alternativas para la misma tarea. Esa útil simplificación tendrá que ser finalmente abandonada. Los cuatro tipos de comparaciones difieren, fundamentalmente, en lo concerniente a los tipos de enunciados que elaboran más que en lo que se refiere a la lógica de la comparación en sí. Su valor relativo depende de la tarea intelectual que se tenga entre manos. También depende de la naturaleza del mundo social y de las limitaciones de nuestro conocimiento sobre ese mundo. Todas las realidades, ya sean pragmáticas, ontológicas o epistemológicas tienen su importancia.

Desde un punto de vista pragmático, hay momentos en los que lo que más necesitamos es un entendimiento claro de las singularidades de una experiencia histórica concreta. Si se ha realizado una gran labor teórica, implícita o explícita, sobre la base de dicha experiencia, percatarse de esas singularidades puede servir a los fines teóricos de un modo inmediato. La experiencia inglesa que supuso la creación de un gobierno parlamentario y una oposición regulada requiere un escrutinio constante dado que —como sugieren los modelos contrapuestos de Bendix y Moore— esa experiencia surge, modificada y generalizada, en prácticamente todos los argumentos sobre las bases de la democracia. En ese caso, la comparación individual sirve a un fin muy general.

La comparación universalizadora, si es apropiada y está correctamente construida, tiene un poder clarificador poco común. Mostrar que la misma secuencia o conjunción de causa y efecto se produce en situaciones muy dispares reduce la exigencia intelectual de construir marcos explicativos diferenciados para cada situación, agudiza nuestra sensibilidad ante las similitudes y diferencias entre las situaciones, y ayuda a identificar formas de intervención con una alta probabilidad de afectar a dichas situaciones. Supongamos que la larga búsqueda por parte de los demógrafos de una secuencia estándar de transición, población por población, desde una mortalidad y una fecundidad altas a otras estables pasando por la categoría intermedia de inestable o baja, queda finalmente descartada. El conocimiento de la secuencia descubrirá las posibles consecuencias demográficas de los distintos programas de inversión, empleo, reforma agraria y control de la fecundidad.

Sin embargo, la comparación que trata de identificar las diferencias promete ayudarnos a dar sentido a las estructuras y procesos sociales que nunca ocurren de la misma forma, aunque expresen principios de causalidad comunes. Por ejemplo, ninguno de los análisis examinados en este libro garantiza que alguien llegue a descubrir alguna vez un único camino que transforme las bajas rentas en altas rentas en distintas regiones. Aun así es posible que ciertas correlaciones del cambio en la renta (por ejemplo, las tendencias de las poblaciones a gastar menores partidas de su renta en comida y vivienda cuando aumenta dicha renta) demuestran ser bastante generales. La comparación que trata de identificar la diferencia identificará y confirmará dichas regularidades.

Por su parte, la comparación globalizadora proporciona a menudo explicaciones alternativas de estructuras y procesos que parecen resistirse a la identificación de las diferencias. Si el determinante esencial de una estructura o un proceso es la conexión de la unidad social a la que pertenecen con todo un sistema de relaciones sociales, con frecuencia la conexión produce efectos que parecen constituir propiedades autónomas de la unidad social en sí misma. Así, el empleo del golpe de Estado como la forma habitual de sucesión al poder estatal depende, al menos en parte, del poder y la autonomía del ejército en relación a cualquier otra de las organizaciones de ese Estado.

La sospecha ante tanta regularidad ha llevado a muchos investi-

gadores a buscar las raíces del poder y la autonomía militares en la pobreza, el subdesarrollo y la ideología tribal. Pero la explicación al poder y la autonomía militares podría estar básicamente fuera de los estados en cuestión, el ejército podría obtener un cierto poder y autonomía dentro de sus propias esferas en la medida en que los principales poderes les proporcionaran a sus estados armas, equipamiento, entrenamiento y asesores militares, y el volumen de ese apoyo militar podría depender de las relaciones geopolíticas de los estados en cuestión con los grandes poderes mundiales. En tal caso, una comparación globalizadora proporcionaría una explicación mejor.

Por tanto, el valor relativo de los cuatro tipos de comparaciones para el análisis social depende, en última instancia, de la ontología y la epistemología: la estructura actual del mundo social y los límites de nuestra capacidad para aprehender dicha estructura. Si las estructuras y los procesos a los que damos grandes nombres consisten, de hecho, en creaciones únicas con su lógica interna propia y sin nada en común con los nombres, o si desconocemos el modo de discernir sus propiedades comunes, entonces las comparaciones universalizadoras, las identificadoras de las diferencias y las globalizadoras producirán resultados espúreos: en el mejor de los casos, observaciones sobre las regularidades en nuestras percepciones.

Si el mundo se divide, de hecho, en sociedades coherentes y autónomas cuyo funcionamiento es totalmente accesible al entendimiento humano, entonces las comparaciones universalizadoras e identificadoras de la diferencia nos conducirán a la verdad, mientras que las comparaciones individualizadoras y las globalizadoras servirán, en el mejor de los casos, como auxiliares. Sin embargo, si la vida social adquiere forma realmente como una serie de redes, extensas o reducidas pero casi nunca claramente delimitadas que el ser humano puede identificar y comprender, entonces las cuatro variedades de la comparación tendrán su lugar en la investigación, y la comparación globalizadora adquirirá entidad propia. Apuesto por esta última posibilidad.

Si se unen a mí en la apuesta, probablemente estarán de acuerdo en que las comparaciones individualizadoras, universalizadoras y las identificadoras de la diferencia todas tienen un lugar asegurado en nuestra caja de herramientas intelectual. Mientras los investigadores continúen utilizando las distintas formas de comparación, mi única

esperanza es que tiendan cada vez más hacia la comparación con una base histórica de un número limitado de experiencias, y que en el camino se deshagan de cualquier residuo de los postulados perniciosos del siglo XIX referentes a las grandes estructuras y los procesos amplios.

Sin embargo, las comparaciones globalizadoras exigen una mayor atención de la que han recibido hasta ahora. Las comparaciones globalizadoras poseen unas ventajas gemelas: toman en cuenta directamente la interconexión de experiencias ostensiblemente alejadas y proporcionan un fuerte incentivo para que los análisis se basen, de un modo explícito, en los contextos históricos de las estructuras y los procesos que incluyen.

Si nos trasladamos desde el plano macrohistórico en el que se ha movido este libro a los análisis sistémico-mundiales e histórico-mundiales aumenta la importancia de la comparación globalizadora y disminuye la viabilidad de las comparaciones universalizadoras e identificadoras de la diferencia. En nuestros días es difícil imaginarse la construcción de cualquier análisis válido del cambio estructural a largo plazo que no conecte las alteraciones particulares, directa o indirectamente, a los dos principales procesos interdependientes de la época: la creación de un sistema de estados nacionales y la formación de un sistema capitalista mundial. Nos enfrentamos al reto de integrar grandes estructuras, amplios procesos e inmensas comparaciones en la historia.

BIBLIOGRAFIA

NOTA: Esta bibliografía incluye todos los términos citados en el libro, así como una selección de títulos que ilustran los problemas y los enfoques tratados en el mismo. La selección incluye fundamentalmente libros y trabajos en inglés.

- A. V. Ado (1971). *Krest'ianskoie dvizhenie vo frantsii vo vremia velikoi burjhuaznoi revolutsii kontsa XVIII veka*. Moscú: Izdatel'stvo Moskovskovo Universiteta.
- Ristro Alapuro (1976). «Regional Variation in Political Mobilization: On the Incorporation of the Agrarian Population into the State of Finland, 1907-1932.» *Scandinavian Journal of History* 1:215-242.
- Gabriel A. Almond, Scott C. Flanagan y Robert J. Mundt, eds. (1973). *Crisis, Choice, and Change: Historical Studies of Political Development*. Boston: Little, Brown.
- Gabriel A. Almond y G. Bingham Powell (1966). *Comparative Politics: A Development Approach*. Boston: Little, Brown. [Edición en castellano: *Política comparada*, Buenos Aires, Paidós.]
- Perry Anderson (1974). *Lineages of the Absolutist State*. Londres: NLB. [Edición en castellano: *El Estado absolutista*, Madrid, Siglo XXI, 1979.]
- Michael Armer y Allen D. Grimshaw, eds. (1973). *Comparative Social Research: Methodological Problems and Strategies*. Nueva York: Wiley.
- Raymond Aron (1965). *Main Currents in Sociological Thought*. Vol. 1: *Montesquieu, Comte, Marx, Tocqueville y The Sociologists and the Revolution of 1848*. Nueva York: Basic Books. [Edición en castellano: *Las etapas del pensamiento sociológico*, Buenos Aires, Siglo XX, 1976.]

- Robert Axelrod (1984). *The Evolution of Cooperation*. Nueva York: Basic Books. [Edición en castellano: *La evolución de la cooperación*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.]
- Robert Axelrod y William D. Hamilton (1981). «The Evolution of Cooperation». *Science* 211: 1390-1396.
- Bertrand Badie (1980). *Le développement politique*. 2.ª ed. París: Económica.
- (1983). *Culture et politique*. París: Económica.
- Bertrand Badie y Pierre Birnbaum (1979). *Sociologie de l'Etat*. París: Bernard Grasset.
- Paul Bairoch (1970). *Diagnostic de l'évolution économique du Tiers-Monde 1900-1968*. 4.ª ed. París: Gauthier-Villars.
- (1976a). *Commerce extérieur et développement économique de l'Europe au XIX' siècle*. París: Mouton and Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.
- (1976b). «Europe's Gross National Product, 1800-1975.» *Journal of European Economic History* 5:273-340.
- (1977). *Taille des villes, conditions de vie et développement économique*. París: Editions de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.
- (1982). «International Industrialization Levels from 1750 to 1980.» *Journal of European Economic History* 11:269-334.
- Paul Bairoch y Maurice Lévy-Leboyer, eds. (1981). *Disparities in Economic Development since the Industrial Revolution*. Londres: Macmillan.
- Arthur S. Banks y Phillip M. Gregg (1971). «Grouping Political Systems: Q-Factor Analysis of *A Cross-Polity Survey*.» In *Macro-Quantitative Analysis*, editado por John V. Gillespie y Betty A. Nesvold. Beverly Hills, Calif.: Sage.
- Samuel Barnes (1979). *Political Action: Mass Participation in Five Western Democracies*. Beverly Hills, Calif.: Sage.
- Reinhard Bendix (1956). *Work and Authority in Industry: Ideologies of Management in the Course of Industrialization*. Nueva York: Wiley.
- (1960). *Max Weber: An Intellectual Portrait*. Garden City, N.Y.: Doubleday. [Edición en castellano: *Max Weber*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970.]
- (1963). «Concepts and Generalizations in Comparative Sociological Studies.» *American Sociological Review*, 28:532-539.
- (1977). *Nation-Building and Citizenship: Studies of Our Changing Social Order*. Nueva edición ampliada, 1.ª ed. de 1964. Berkeley: University of California Press. [Edición en castellano: *Estado nacional y ciudadanía*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.]
- (1978). *Kings or People: Power and the Mandate to Rule*. Berkeley: University of California Press.
- Maxine Berg (1980). *The Machinery Question and the Making of Political Economy, 1815-1848*, Cambridge: Cambridge University Press.

- Maxine Berg, Pat Hudson y Michael Sonensher, eds. (1983). *Manufature in Town and Country Before the Factory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Albert Bergesen (1980). «Official Violence during the Watts, Newark, and Detroit Race Riots of the 1960s.» En *A Political Analysis of Deviance*, editado por Pat Lauderdale. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Philippe Besnard, ed. (1983). *The Sociological Domain: The Durkheimians and the Founding of French Sociology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Geoffrey Best (1982). *War and Society in Revolutionary Europe, 1770-1870*. Londres: Fontana.
- Jerome Blum (1978). *The End of the Old Order in Rural Europe*. Princeton, N. J.: Princeton University Press.
- Friedhelm Boll (1981). *Massenbewegungen in Niedersachsen 1906-1920*. Bonn: Verlag Neue Gesellschaft.
- Kenneth A. Bollen (1979). «Political Democracy and the Timing of Development.» *American Sociological Review*, 44:572-587.
- Victoria Bonnell (1980). «The Uses of Theory, Concepts and Comparison in Historical Sociology.» *Comparative Studies in Society and History* 22:156-173.
- (1983). *Roots of Rebellion: Workers' Politics and Organizations in St. Petersburg and Moscow, 1900-1914*. Berkeley: University of California Press.
- Tom Bottomore y Robert Nisbet, eds. (1978). *A History of Sociological Analysis*. Nueva York: Basic Books. [Edición castellano: *Historia del análisis sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1978.]
- Larry S. Bourne y James Simmons (1983). «The Canadian Urban System.» En *Urbanization and Settlement Systems*, y L. S. Bourne et al. Oxford: Oxford University Press.
- Fernand Braudel (1979). *Civilisation matérielle, économie, et capitalisme, XV-XVIII siècle*. 3 vols. París: Armand Colin. [Edición en castellano: *Civilización material, economía y capitalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.]
- Rudolf Braun (1977). «Steuern und Staatsfinanzierung als Modernisierungsfaktoren: Ein Deutsch-Englischer Vergleich.» En *Studien zum Beginn der modernen Welt*, edit. por Reinhard Koselleck. Stuttgart: Klett-Cotta.
- Robert Brenner (1976). «Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe.» *Past and Present* 70: 30-74.
- (1977). «The Origins of Capitalist Development: A Critique of Neo-Smithian Marxism.» *New Left Review* 104:25-92.
- Crane Brinton (1965). *The Anatomy of Revolution*. Edición corregida y aumentada; primera edición en 1938. Nueva York: Vintage. [Edición en

- castellano: *Anatomía de la revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, var. eds.]
- Richard Maxwell Brown y Don E. Fehrenbacher, eds. (1977). *Tradition, Conflict, and Modernization: Perspectives on the American Revolution*. Nueva York: Academic Press.
- William Brustein (1983). «French Political Regionalism, 1849-1978.» En *The Microfoundations of Macrosociology*, editado por Michael Hechter. Filadelfia: Temple University Press.
- Michael Burawoy (1982). «Introduction: The Resurgence of Marxism in American Sociology.» *American Journal of Sociology* 88 Supplement: S1-S-30.
- John C. Caldwell (1981). «The Mechanisms of Demographic Change in Historical Perspective.» *Population Studies* 35:5-27.
- David Cannadine (1980). «Urban Development in England and Canada in the Nineteenth Century: Some Comparisons and Contrasts.» *Economic History Review*, 2nd series, 33:309-325.
- Marina Cattaruzza (1979). *La formazione del proletariato urbano: Immigrati, operai di mestiere, donne a Trieste dalla metà del secolo XIX alla prima guerra mondiale*. Turín: Mulino.
- Gian Primo Cella, ed. (1979). *Il movimento degli scioperi nel XX secolo*. Bolonia: Il Mulino.
- Andrew Charlesworth (1982). «A Comparative Study of the Spread of the Agricultural Disturbances of 1816, 1822 and 1830.» Working Paper n.º 9, Liverpool Papers in Human Geography, Department of Geography, University of Liverpool.
- , ed. (1983). *An Atlas of Rural Protest in Britain, 1548-1900*. Londres: Croom Helm.
- Christopher Chase-Dunn (1979). «Comparative Research on World-System Characteristics.» *International Studies Quarterly* 23:601-623.
- Serge Chassagne (1981). «Aspects des phénomènes d'industrialisation et de désindustrialisation dans les campagnes françaises au XIX^e siècle.» *Revue du Nord* 63:35-58.
- Louis Chevalier (1958). *Classes laborieuses et classes dangereuses*. París: Plon.
- Ronald H. Chilcote y Dale L. Johnson, eds. (1983). *Theories of Development: Mode of Production or Dependency?* Beverly Hills, Calif.: Sage.
- Daniel Chirot (1977). *Social Change in the Twentieth Century*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich.
- Nazli Choucri y Robert C. North (1975). *Nations in Conflict: National Growth and International Violence*. San Francisco: Freeman.
- Lillian J. Christman, William R. Kelly y Omer R. Galle (1981). «Comparative Perspectives on Industrial Conflict.» *Research in Social Movements, Conflict and Change* 4:67-93.
- Jerome Clubb y Erwin K. Scheuch, eds. (1980). *Historical Social Research:*

- The Use of Historical and Process-Produced Data*. Stuttgart: Klett-Cotta.
- Bernard S. Cohn (1980). «History and Anthropology: The State of Play.» *Comparative Studies in Society and History* 22:198-221.
- Randall Collins (1980). [Reseña de Theda Skocpol, *States and Social Revolutions*.] *Theory and Society* 9:647-651.
- Auguste Comte (1963). *Discours sur l'esprit positif*. 1.^a edición de 1844. París: Union Générale d'Éditions. «10/18.» [Edición en castellano: *Discurso sobre el espíritu positivo*, Madrid, Alianza Editorial, 1980.]
- Werner Couze y Ulrich Engelhardt, eds. (1979). *Arbeiter im Industrialisierungsprozess: Herkunft, Lage und Verhalten*. Stuttgart: Klett-Cotta.
- Frederick Cooper (1981). «Africa and the World Economy.» *African Studies Review* 24:1-86.
- (1983). «Urban Space, Industrial Time, and Wage Labor in Africa.» En *Struggle for the City: Migrant Labor, Capital, and the State in Urban Africa*, editado por Frederick Cooper. Beverly Hills, Calif.: Sage.
- Lewis A. Coser (1979). «The Sources of Revolt» [Reseña de Theda Skocpol, *States and Social Revolutions*], *New York Times Books Review*, October 21, 1979, pp. 44-45.
- Martha Crenshaw, ed. (1983). *Terrorism, Legitimacy, and Power: The Consequences of Political Violence*. Middletown, Conn.: Wesleyan University Press.
- Phillips Cutright, Michael Hout y David R. Johnson (1976). «Structural Determinants of Fertility in Latin America: 1800-1970.» *American Sociological Review* 41:511-527.
- James Chowning Davies (1979). «The J-Curve of Rising and Declining Satisfactions as a Cause of Revolution and Rebellion.» En *Violence in America: Historical and Comparative Perspectives*, editado por Hugh Davis Graham y Ted Robert Gurr. Beverly Hills, Calif.: Sage.
- , ed. (1971). *When Men Revolt and Why*. Nueva York: Free Press.
- Jacques Delacroix y Charles Ragin (1978). «Modernizing Institutions, Mobilization, and Third World Development: A Cross-National Study.» *American Journal of Sociology* 84:123-150.
- Mattei Dogan y Dominique Pelassy (1983). *How to Compare Nations: Strategies in Comparative Politics*. Chatham, N. J.: Chatham House.
- W. T. Easterbrook (1957). «Long Period Comparative Study: Some Historical Cases.» *Journal of Economic History* 17:571-595.
- J. Medina Echavarría y Philip M. Hauser (1961). «Rapporteur's Report.» En *Urbanization in Latin America*, editado por Philip M. Hauser. Nueva York: International Documents Service.
- Harry Eckstein (1980). «Theoretical Approaches to Explaining Collective Political Violence.» En *Handbook of Political Conflict*, editado por Ted Robert Gurr. Nueva York: Free Press.
- S. N. Eisenstadt (1963). *The Political Systems of Empires: The Rise and Fall of*

- the Historical Bureaucratic Societies*. Glencoe, Ill.: Free Press. [Edición en castellano: *Los sistemas políticos de los Imperios*, Madrid, Revista de Occidente, 1969.]
- (1966). *Modernization, Protest and Change*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall. [Edición en castellano: *Modernización. Movimientos de protesta y cambio social*, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.]
- (1978). *Revolution and the Transformation of Societies: A Comparative Study of Civilizations*. Nueva York: Free Press.
- (1982). «Vergleichende Analyse der Staatenbildung in historischen Kontexten.» En *Entstehung und Strukturwandel des Staates*, editado por Stefan Breuer y Hubert Treiber. Opladen: Westdeutscher Verlag.
- Jon Elster (1977). «Ulysses and the Sirens: A Theory of Imperfect Rationality.» *Social Science Information* 16:469-526.
- (1982). «Marxism, Functionalism, and Game Theory: The Case for Methodological Individualism.» *Theory and Society* 11:453-482. Réplicas de G. A. Cohen, Philippe van Parijs, John E. Roemer, Johannes Berger, Claus Offe, Anthony Giddens, pp. 483-540. [Artículos contenidos en el n.º 33 (octubre-diciembre de 1984) de la revista *Zona Abierta*.]
- Samuel E. Finer (1982). «The Morphology of Military Regimes.» En *Soldiers, Peasants, and Bureaucrats: Civil-Military Relations in Communist and Modernizing Regimes*, editado por Roman Kolkowicz y Andrzej Korbonski. Londres: Routledge Kegan Paul.
- Michael Fores (1981). «The Myth of a British Industrial Revolution.» *History* 66:181-198.
- John Foster (1974). *Class Struggle and the Industrial Revolution: Early Industrial Capitalism in Three English Towns*. Londres: Weidenfeld Nicolson.
- André Gunder Frank (1978). *World Accumulation, 1492-1789*. Nueva York: Monthly Review Press.
- (1979). *Dependent Accumulation and Underdevelopment*. Nueva York: Monthly Review Press.
- (1983). «Crisis and Transformation of Dependency in the World-System.» En *Theories of Development: Mode of Production or Dependency?*, editado por Ronald H. Chilcote y Dale L. Johnson. Beverly Hills: Sage.
- George M. Fredrickson (1980). «Comparative History.» En *The Past Before Us: Contemporary Historical Writing in the United States*, editado por Michael Kammen, Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.
- Rainer Fremdling y Richard Tilly, eds. (1979). *Industrialisierung und Raum: Studien zur regionale Differenzierung im Deutschland des 19. Jahrhunderts*. Stuttgart: Klett-Cotta.
- Dov Friedlander (1983). «Demographic Responses and Socioeconomic Structure: Population Processes in England and Wales in the Nineteenth Century.» *Demography* 20: 249-272.

- Samuel Friedman (1983). «Game Theory and Labor Conflict: Limits of Rational Choice Models.» *Sociological Perspectives* 26:375-397.
- Harriet Friedmann (1978). «World Market, State, and Family Farm: Social Bases of Household Production in the Era of Wage Labor.» *Comparative Studies in Society and History* 545-586.
- William A. Gamson, Bruce Fireman y Steve Rytina (1982). *Encounters with Unjust Authority*. Homewood, Ill.: Dorsey.
- David Gaunt (1977). «Pre-Industrial Economy and Population Structure: The Elements of Variance in Early Modern Sweden.» *Scandinavian Journal of History* 2:183-210.
- Florence Gauthier (1977). *La voie paysanne dans la Révolution française: L'Exemple picard*. Paris: Maspéro.
- Ernest Gellner (1983). *Nations and Nationalism*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press. [Edición en castellano: *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.]
- Gino Germani (1971). «General Report [on Latin America].» En Institut International des Civilisations Différentes, *Les agglomérations urbaines dans les Pays du Tiers Monde: Leur rôle politique, social et économique*. Bruselas: Editions de l'Institut de Sociologie, Université Libre de Bruxelles.
- Alexander Gerschenkron (1962). *Economic Backwardness in Historical Perspective*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- John V. Gillespie y Betty A. Nesvold, eds. (1971). *Macro-Quantitative Analysis: Conflict, Development and Democratization*. Beverly Hills, Calif.: Sage.
- Robert Glen (1984). *Urban Workers in the Early Industrial Revolution*. Londres: Croom Helm.
- Jack A. Goldstone (1982). «The Comparative and Historical Study of Revolution.» *Annual Review of Sociology* 8:187-207.
- J. D. Gould (1979). «European Inter-Continental Emigration 1815-1914: Patterns and Changes.» *Journal of European Economic History* 8:593-680.
- Christian Gras y Georges-Livet, eds. (1977). *Régions et régionalisme en France du XVIII^e siècle à nos jours*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Raymond Grew (1980). «The Case for Comparing Histories.» *American Historical Review* 85:763-778.
- , ed. (1978). *Crisis of Political Development in Europe and the United States*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- R. D. Grillo (1980). «Nation» and «State» in Europe: *Anthropological Perspectives*. Nueva York: Academic Press.
- Ted Robert Gurr (1969). *Why Men Rebel*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Ted Robert Gurr, Peter N. Grabosky y Richard C. Hula (1977). *The Politics of Crime and Conflict: A Comparative History of Four Cities*. Beverly Hills, Calif.: Sage.

- Robert L. Hamblin, R. Brooke Jacobsen y Jerry L. L. Miller (1973). *A Mathematical Theory of Social Change*. Nueva York: Wiley.
- Theodore S. Hamerow (1958). *Restoration, Revolution, Reaction: Economics and Politics in Germany, 1815-1871*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- E. A. Hammel (1980). «The Comparative Method in Anthropological Perspective.» *Comparative Studies in Society and History* 22:145-155.
- Michael Hanagan (1980). *The Logic of Solidarity: Artisans and Industrial Workers in Three French Towns, 1871-1914*. Urbana: University of Illinois Press.
- Russell Hardin (1982). *Collective Action*. Baltimore: Johns Hopkins University Press for Resources for the Future.
- Lawrence E. Hazelrigg y Maurice A. Garnier (1976). «Occupational Mobility in Industrial Societies: A Comparative Analysis of Differential Access to Occupational Ranks in Seventeen Countries.» *American Sociological Review* 41:498-510.
- Michael Hechter (1975). *Internal Colonialism: The Celtic Fringe in British National Development, 1536-1966*. Berkeley: University of California Press.
- (1977). «Lineages of the Capitalist State.» *American Journal of Sociology* 82:1057-1074.
- , ed. (1983). *The Microfoundations of Macrosociology*. Filadelfia: Temple University Press.
- Michael Hechter y William Brustein (1980). «Regional Modes of Production and Patterns of State Formation in Western Europe.» *American Journal of Sociology* 85:1061-1094.
- Huch Hecló (1974). *Modern Social Politics in Britain and Sweden: From Relief to Income Maintenance*. New Haven: Yale University Press.
- Louis Henry y Didier Blanchet (1983). «La Population de l'Angleterre de 1541 à 1871.» *Population* 38:781-821.
- David Herlihy (1981). «Numerical and Formal Analysis in European History.» *Journal of Interdisciplinary History* 12:115-136.
- Elbaki Hermassi (1978). «Changing Patterns in Research on the Third World.» *Annual Review of Sociology* 4:239-257.
- Philippe-J. Hesse (1979). «Géographie coutumière et révoltes paysannes en 1789.» *Annales Historiques de la Révolution Française* 51:280-306.
- J. H. Hexter (1983). «The Birth of Modern Freedom.» *Times Literary Supplement*, January 21, 1983, pp. 51-54.
- Douglas A. Hibbs (1973). *Mass Political Violence: A Cross-National Causal Analysis*. Nueva York: Wiley.
- (1978). «On the Political Economy of Long-Run Trends in Strike Activity.» *British Journal of Political Science* 8:153-175.
- Christopher Hill (1972). *The World Turned Upside Down: Radical Ideas during*

- the English Revolution*. Nueva York: Viking. [Edición en castellano: *El mundo trastornado*, Madrid, Siglo XXI, 1983.]
- Jerome L. Himmelstein y Michael S. Kimmel (1981). «States and Revolutions: The Implications and Limits of Skocpol's Structural Model.» *American Journal of Sociology* 86:1145-1154.
- Ernst Hinrichs, Eberhard Schmitt y Rudolf Vierhaus, eds. (1978). *Vom Ancien Regime zur französischen Revolution: Forschungen und Perspektiven*. Göttingen: Vandenhoeck Ruprecht.
- Albert O. Hirschman (1977). *The Passions and the Interests: Political Arguments for Capitalism Before Its Triumph*. Princeton, N.J.: Princeton University Press. [Edición en castellano: *Las pasiones y los intereses*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.]
- John Hobcraft y Philip Rees (1977). *Regional Demographic Development*. Londres: Croom Helm.
- Steve Hochstadt (1982). «Social History and Politics: A Materialist View.» *Social History* 7:75-83.
- Dirk Hoerder (1977). *Crowd Action in Revolutionary Massachusetts, 1765-1780*. Nueva York: Academic Press.
- Robert T. Holt y John E. Turner (1966). *The Political Basis of Economic Development: An Exploration in Comparative Political Analysis*. Princeton, N.J.: Van Nostrand.
- , eds. (1970). *The Methodology of Comparative Research*. Nueva York: Free Press.
- Terence K. Hopkins, et al. (1982). *World-Systems Analysis: Theory and Methodology. Explorations in the World-Economy*, vol. 1. Beverly Hills, Calif.: Sage.
- Lynn Avery Hunt (1978). *Revolution and Urban Politics in Provincial France: Troyes and Reims 1786-1790*. Stanford, Calif.: Stanford University Press.
- (1984). *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*. Berkeley: University of California Press.
- Ronald Inglehart (1977). *The Silent Revolutions: Changing Values and Political Styles Among Western Publics*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Alex Inkeles (1975). «The Emerging Social Structure of the World.» *World Politics* 27:467-495.
- (1976). «Understanding and Misunderstanding Individual Modernity.» En *The Uses of Controversy in Sociology*, editado por Lewis A. Coser y Otto N. Larsen. Nueva York: Free Press.
- (1981). «Convergence and Divergence in Industrial Societies.» En *Directions of Change: Modernization Theory, Research, and Realities*, editado por Mustafá O. Attir et al. Boulder, Colo.: Westview Press.
- Alex Inkeles y David Smith (1974). *Becoming Modern: Individual Change in Six Developing Countries*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

- James H. Jackson, Jr. (1979). «Wanderungen in Duisburg während der Industrialisierung 1850-1910.» En *Moderne Stadtgeschichte*, editado por Wilhelm Heinz Schröder. Historisch-Sozialwissenschaftliche Forschungen, 8. Stuttgart: Klett-Cotta.
- Carl Jantke y Dietrich Hilger, eds. (1965). *Die Eigentumslosen: Der deutsche Pauperismus und die Emanzipationskrise in Darstellungen und Deutungen der zeitgenössischen Literatur*. Friburgo y Múnich: Karl Alber.
- Barbara Hockey Kaplan, ed. (1978). *Social Change in the Capitalist World Economy*. Beverly Hills, Calif.: Sage.
- Nikki R. Keddie (1983). «The Iranian Revolution in Comparative Perspective.» *American Historical Review* 88:579-598.
- Hermann Kellenbenz, ed. (1975). *Agrarisches Nebengewerbe und Formen der Reagrarisierung im Spätmittelalter und 19./20. Jahrhundert*. Stuttgart: Gustav Fischer.
- William R. Kelly, Dudley L. Poston, Jr. y Phillips Cutright (1983). «Determinants of Fertility Levels and Change among Developed Countries: 1958-1978.» *Social Science Research* 12:87-108.
- Harold R. Kerbo (1982). «Movements of 'Crisis' and Movements of 'Affluence': A Critique of Deprivation and Resource Mobilization Theories.» *Journal of Conflict Resolution* 26:645-663.
- Clark Kerr (1960). «Changing Social Structures.» En *Labor Commitment and Social Change in Developing Areas*, editado por Wilbert E. Moore y Arnold S. Feldman. Nueva York: Social Science Research Council.
- Michael Kidron y Ronald Segal (1981). *The State of the World Atlas*. Nueva York: Simon Schuster.
- Michael Kidron y Dan Smith (1983). *The War Atlas: Armed Conflict-Armed Peace*. Nueva York: Simon Schuster.
- Peter Kriedte, Hans Medick y Jürgen Shlumbohm (1977). *Industrialisierung vor der Industrialisierung: Gewerbliche Warenproduktion auf dem Land in der Formationsperiode des Kapitalismus*. Gotinga: Vandenhoeck and Ruprecht.
- Stein Kuhnle (1973). *Social Mobilization and Political Participation: The Nordic Countries, c. 1850-1970*. Bergen: Institute of Sociology.
- Witold Kula (1960). «Secteurs et régions arriérés de l'économie du capitalisme naissant.» *Studi Storici* 1:569-585.
- Simon Kuznets (1960). *Modern Economic Growth: Rate, Structure, and Spread*. New Haven, Conn.: Yale University Press.
- Bernard Lacroix (1981). *Durkheim et le [sic] politique*. París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- Frederic C. Lane (1958). «Economic Consequences of Organized Violence.» *Journal of Economic History* 18:401-417.
- R. Lawton (1973). «Rural Depopulation in Nineteenth Century England.» En *English Rural Communities: The Impact of a Specialised Economy*, editado por Dennis R. Mills. Londres: Macmillan.

- Ronald Lee, ed. (1977). *Population Patterns in the Past*. Nueva York: Academic Press.
- W. R. Lee, ed. (1972). *European Demography and Economic Growth*. Londres: Croom Helm.
- Georges Lefèbvre (1947). *The Coming of the French Revolution*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- (1959). *Les paysans du Nord pendant la Révolution française*. Primera edición en 1924. Bari: Laterza.
- Gerhard Lenski (1966). *Power and Privilege*. Nueva York: McGraw-Hill. [Edición en castellano: *Poder y privilegio*, Buenos Aires, Paidós, 1969.]
- Pierre Léon, François Crouzet y Raymond Gascon, eds. (1972). *L'Industrialisation en Europe au XIX^e siècle: Cartographie et Typologie*. París: Editions du Centre National de la Recherche Scientifique.
- Daniel Lerner (1968). «Comparative Analysis of Processes of Modernization.» En *Comparative Research across Cultures and Nations*, editado por Stein Rokkan. Publications of the International Social Science Council, 8. París: Mouton.
- Ron J. Lesthaeghe (1977). *The Decline of Belgian Fertility, 1800-1970*. Princeton, N. J.: Princeton University Press.
- David Levine (1977). *Family Formation in an Age of Nascent Capitalism*. Nueva York: Academic Press.
- Arend Lijphart (1971). «Comparative Politics and the Comparative Method.» *American Political Science Review* 65:682-693.
- Juan J. Linz y Amando de Miguel (1966). «Within-Nation Differences and Comparisons: The Eight Spains.» En *Comparing Nations: The Use of Quantitative Data in Cross-National Research*, editado por Richard L. Merritt y Stein Rokkan. New Haven, Conn.: Yale University Press.
- Catarina Lis y Hugo Soly (1979). *Poverty and Capitalism in Pre-Industrial Europe*. Atlantic Highlands, N.J.: Humanities Press.
- Kenneth A. Lockridge (1983). *The Fertility Transition in Sweden: A Preliminary Look at Smaller Geographic Units, 1855-1890*. Umeå: Demographic Data Base, Umeå University.
- Alf Lüdtke (1980). «Genesis und Durchsetzung des modernen Staates: Zur Analyse von Herrschaft und Verwaltung.» *Archiv für Sozialgeschichte* 20:470-491.
- Ian Maitland (1983). *The causes of Industrial Disorder: A Comparison of a British and a German Factory*. Londres: Routledge Kegan Paul.
- Ted Margadant (1979). *French Peasants in Revolt: The Insurrection of 1851*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Peter V. Marsden y Nan Lin, eds. (1982). *Social Structure and Network Analysis*. Beverly Hills, Calif.: Sage.
- Robert M. Marsh (1967). *Comparative Sociology: A Codification of Cross-Societal Analysis*. Nueva York: Harcourt, Brace World.

- Sture Martinius (1977). *Peasant Destinies: The History of 552 Swedes Born 1810-1812*. Estocolmo: Almqvist Wiksell.
- Peter Mathias y Patrick O'Brien (1976). «Taxation in Britain and France 1715-1810: A Comparison of the Social and Economic Incidence of Taxes Collected for the Central Governments.» *Journal of European Economic History* 5:601-650.
- Peter D. McClelland (1975). *Causal Explanation and Model Building in History, Economics, and the New Economic History*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.
- William H. McNeill (1982). *The Pursuit of Power: Technology, Armed Force and Society since A.D. 1000*. Chicago: University of Chicago Press.
- Hans Medick (1976). «The Proto-Industrial Family Economy: The Structural Function of Household and Family During the Transition from Peasant Society to Industrial Capitalism.» *Social History* 3:291-315.
- Franklin L. Mendels (1978). «Aux origines de la proto-industrialisation.» *Bulletin du Centre d'Histoire Economique et Sociale de la Région Lyonnaise* n.º 2 (1975): 1-25.
- Louis-Sebastian Mercier (1982). *Parallèle de Paris et de Londres*. Editado por Claude Bruneteau y Bernard Cottret. París: Didier Erudition.
- John Merriman, ed. (1979). *Consciousness and Class Experience in Nineteenth Century Europe*. Nueva York: Holmes Meier.
- John Merrington (1975). «Town and Country in the Transition to Capitalism.» *New Left Review* 93:71-92.
- Richard L. Merritt y Stein Rokkan (1966). *Comparing Nations: The Use of Quantitatively Data in Cross-National Research*. New Haven, Conn.: Yale University Press.
- John W. Meyer y Michael T. Hannan, eds. (1979). *National Development and the World-System: Educational, Economic and Political Change, 1950-1970*. Chicago: University of Chicago Press.
- James H. Mittelman (1981). *Underdevelopment and the Transition to Socialism: Mozambique and Tanzania*. Nueva York: Academic Press.
- Ephraim H. Mizruchi (1983). *Regulating Society: Marginality and Social Control in Historical Perspective*. Nueva York: Free Press.
- Leslie Page Moch (1983). *Paths to the City: Regional Migration in Nineteenth-Century France*. Beverly Hills, Calif.: Sage.
- George Modolski (1978). «The Long Cycle of Global Politics and the Nation-State.» *Comparative Studies in Society and History* 20:214-235.
- Wolfgang J. Mommsen (1982). «Non-Legal Violence and Terrorism in Western Industrial Societies: An Historical Analysis.» En *Social Protest, Violence and Terror in Nineteenth- and Twentieth-Century Europe*, editado por Wolfgang J. Mommsen y Gerhard Hirschfeld. Nueva York: St. Martin's Press for the German Historical Institute, Londres.
- Barrington Moore, Jr. (1966). *Social Origins of Dictatorship and Democracy*.

- Boston: Beacon Press. [Editado en castellano: *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Barcelona, Península, 1976.]
- (1969). «Revolution In America?» *New York Review of Books*, Enero 30, 1969, pp. 6-12.
- (1978). *Injustice: The Social Bases of Obedience and Revolt*. White Plains, N.Y.: Sharpe.
- Michel Morineau (1981). «Un grand dessein: 'Civilisation matérielle, économie et capitalisme (XX^e-XVIII^e siècle); de Fernand Braudel.» *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 28:623-668.
- Richard L. Morrill (1970). *The Spatial Organization of Society*. Belmont, Calif.: Duxbury Press.
- Gary B. Nash (1979). *The Urban Crucible: Social Change, Political Consciousness, and the Origins of the American Revolution*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Joan Nelson (1979). *Access to Power: Politics and the Urban Poor in Developing Nations*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Claude Nicolet (1982). *L'Idée républicaine en France (1789-1924): Essai d'histoire critique*. París: Gallimard.
- Robert A. Nisbet (1969). *Social Change and History: Aspects of the Western Theory of Development*. Londres: Oxford University Press. [Edición en castellano: *Cambio social e historia*, Barcelona, Hispano Europea, 1976.]
- Douglass C. North (1983). «A Theory of Institutional Change and the Economic History of the Western World.» En *The Microfoundations of Macrosociology*, editado por Michael Hechter. Filadelfia: Temple University Press.
- Anthony Oberschall (1978). «Theories of Social Conflict.» *Annual Review of Sociology* 4:291-315.
- Patrick O'Brien (1982). «European Economic Development: The Contribution of the Periphery.» *Economic History Review*, 2nd series, 35:1-18.
- Patrick O'Brien y Caglar Keyder (1978). *Economic Growth in Britain and France 1780-1914: Two Paths to the Twentieth Century*. Londres: George Allen Unwin.
- Guillermo O'Donnell (1980). «Comparative Historical Formations of the State Apparatus and Socio-Economic Change in the Third World.» *International Social Science Journal* 32:717-729.
- Mancur Olson (1982). *The Rise and Decline of Nations: Economic Growth, Stagflation, and Social Rigidities*. New Haven, Conn.: Yale University Press. [Edición en castellano: *Auge y decadencia de las naciones*, Barcelona, Ariel, 1986.]
- A. F. K. Organski y Jacek Kugler (1980). *The War Ledger*. Chicago: University of Chicago Press.
- Jeffery Paige (1975). *Agrarian Revolution: Social Movements and Export Agriculture in the Underdeveloped World*. Nueva York: Free Press.

- Karen Ericksen Paige y Jeffery M. Paige (1981). *The Politics of Reproductive Ritual*. Berkeley: University of California Press.
- Talcott Parsons (1937). *The Structure of Social Action*. Nueva York: McGraw-Hill. [Edición en castellano: *La estructura de la acción social*, Madrid, Guadarrama, 1968.]
- (1966). *Societies: Evolutionary and Comparative Perspectives*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall. [Edición en castellano: *La sociedad*, México, Trillas, 1974.]
- (1971a). «Comparative Studies and Evolutionary Change.» En *Comparative Methods in Sociology: Essays on Trends and Applications*, editado por Ivan Vallier. Berkeley: University of California Press.
- (1971b). *The System of Modern Societies*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall. [Edición en castellano: *El sistema de las sociedades modernas*, México, Trillas, 1974.]
- John Patten (1973). *Rural-Urban Migration in Pre-Industrial England*. Research Papers, n.º 6. Oxford: School of Geography.
- Janice E. Perlman (1976). *The Myth of Marginality: Urban Poverty and Politics in Río de Janeiro*. Berkeley: University of California Press.
- Elizabeth Perry (1981). *Rebels and Revolutionaries in North China, 1848-1948*. Stanford, Calif.: Stanford University Press.
- John C. Pierce y Richard A. Pride, eds. (1972). *Cross-National Micro-Analysis: Procedures and Problems*. Beverly Hills, Calif.: Sage.
- Abel Poirineau (1983). *Remues d'hommes: Les migrations montagnardes en France, 17e-18e siècles*. Paris: Aubier Montaigne.
- Sidney Pollard (1973). «Industrialization and the European Economy.» *Economic History Review* 26:636-648.
- , ed. (1980). *Region und Industrialisierung: Studien zur Rolle der Region in der Wirtschaftsgeschichte den letzten zwei Jahrhunderte*. Gotinga: Vandenhoeck Ruprecht.
- Donatella della Porta y Gianfranco Pasquino, eds. (1983). *Terrorismo e violenza politica: Tre casi a confronto: Stati Uniti, Germania e Giappone*. Bolonia: Il Mulino.
- Alejandro Portes y John Walton (1981). *Labor, Class, and the International System*. Nueva York: Academic Press.
- Pierre-Joseph Proudhon (1924). *De la Capacité politique des Classes ouvrières. Oeuvres complètes de P.-J. Proudhon*, vol. 3, 1.ª edición de 1865. Paris: Marcel Rivière.
- Charles Ragin y David Zaret (1983). «Theory and Method in Comparative Research: Two Strategies.» *Social Forces* 61:731-754.
- Mosta Rajai (1977). *The Comparative Study of Revolutionary Strategy*. Nueva York: McKay.
- Melvin Richter (1977). *The Political Theory of Montesquieu*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Stein Rokkan (1970). *Citizens, Elections, Parties: Approaches to the Comparative Study of the Process of Development*. Oslo: Universitetsforlaget.
- (1975). «Dimensions of State Formation and Nation-Building: A Possible Paradigm for Research on Variations within Europe.» En *The Formation of National States in Western Europe*, editado por Charles Tilly. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- (1976). «Une famille de modèles pour l'histoire comparée de l'Europe occidentale.» Ponencia purista presentada a la Association Française de Science Politique.
- (1979). «Peripheries and Centres: The Territorial Structure of Western Europe.» Borrador inédito del capítulo 1, *Economy, Territory, Identity: The Politics of the European Peripheries*.
- , ed. (1968). *Comparative Research Across Cultures and Nations*. Paris: Mouton.
- Stein Rokkan y Derek W. Urwin (1982). «Centres and Peripheries in Western Europe.» En *The Politics of Territorial Identity: Studies in European Regionalism*, editado por Stein Rokkan y Derek W. Urwin. Beverly Hills, Calif.: Sage.
- Gilbert Rozman (1976). *Urban Networks in Russia, 1750-1800, and Premodern Periodization*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Richard Rubinson (1978). «Political Transformation in Germany and the United States.» En *Social Change in the Capitalist World Economy*, editado por B. H. Kaplan. Beverly Hills, Calif.: Sage.
- George Rudé (1959). *The Crowd in the French Revolution*. Oxford: Oxford University Press.
- D. E. H. Russell (1974). *Rebellion, Revolution and Armed Force: A Comparative Study of Fifteen Countries with Special Emphasis on Cuba and South Africa*. Nueva York: Academic Press.
- Charles F. Sabel (1982). *Work and Politics: The Division of Labor in Industry*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Helen Icken Safa (1982). «Introduction.» En *Towards a Political Economy of Urbanization in Third World Countries*, editado por Helen Icken Safa. Delhi: Oxford University Press.
- Thomas C. Schelling (1967). «Economics and Criminal Enterprise.» *Public Interest* 7:61-78.
- Erwin K. Scheuch (1966). «Cross-National Comparisons Using Aggregate Data: Some Substantive and Methodological Problems.» En *Comparing Nations: The Use of Quantitative Data in Cross-National Research*, editado por Richard L. Merritt y Stein Rokkan. New Haven, Conn.: Yale University Press.
- Wally Secombe (1983). «Marxism and Demography.» *New Left Review* 137:22-47.

- Edward Shorter (1969). «Middle Class Anxiety in the German Revolution of 1848.» *Journal of Social History* 2:189-215.
- (1973). «La vie intime»: Beiträge zu seiner Geschichte am Beispiel des kulturellen Wandels in den bayerischen Unterschichten im 19. Jahrhundert.» *Klner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, Sonderheft 16:530-549.
- J. David Singer (1980). «Accounting for International War: The State of the Discipline.» *Annual Review of Sociology* 6:349-367.
- G. William Skinner (1977). «Cities and the Hierarchy of Local Systems. En *The City in Late Imperial China*, editado por G. William Skinner. Stanford, Calif.: Stanford University Press.
- Theda Skocpol (1973). «A Critical Review of Barrington Moore's Social Origins of Dictatorship and Democracy.» *Politics and Society* 4:1-34.
- (1977). «Wallerstein's World Capitalist System: A Theoretical and Historical Critique», *American Journal of Sociology* 82:1075-1089.
- (1979). *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia, and China*. Cambridge: Cambridge University Press. [Edición en castellano: *Los estados y las revoluciones sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.]
- (1982). «What Makes Peasants Revolutionary?» En *Power and Protest in the Countryside: Studies of Rural Unrest in Asia, Europe, and Latin America*, editado por Robert P. Weller y Scott E. Guggenheim. Durham, N.C.: Duke University Press.
- Theda Skocpol y Margaret Somers (1980). «The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry.» *Comparative Studies in Society and History* 22:174-197/.
- Theda Skocpol y Ellen Kay Trimberger (1978). «Revolutions and the World-Historical Development of Capitalism.» *Berkeley Journal of Sociology* 22:101-113.
- Melvin Small y David J. Singer (1982). *Resort to Arms: International and Civil Wars, 1816-1980*. Beverly Hills, Calif.: Sage.
- Carol A. Smith (1976). «Analyzing Regional Social Systems.» En *Regional Analysis*, editado por Carol A. Smith. Vol. 2 *Social Systems*. Nueva York: Academic Press.
- Dennis Smith (1983). *Barrington Moore, Jr.: A Critical Appraisal*. Armonk, N.Y.: Sharpe.
- Richard Smith (1981). «Fertility, Economy and Household Formation in England over Three Centuries.» *Population and Development Review* 7:595-622.
- David L. Snyder (1975). «Institutional Setting and Industrial Conflict: Comparative Analyses of France, Italy and the United States.» *American Sociological Review*, 40:259-278.
- David L. Snyder y Edward L. Kick (1979). «Structural Position in the

- World-System and Economic Growth, 1955-1970: A Multiple Network Analysis of Transnational Interactions.» *American Journal of Sociology* 84:1096-1126.
- Pitirim A. Sorokin (1947). *Society, Culture and Personality*. Nueva York: Harper Row.
- Evelyne Huber Stephens (1980). *The Politics of Worker's Participation: The Peruvian Approach in Comparative Perspective*. Nueva York: Academic Press.
- Arthur L. Stinchcombe (1965). «Social Structure and Organizations.» En *Handbook of Organizations*, editado por James G. March. Chicago: Rand McNally.
- (1967). [Análisis de Barrington Moore, Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy*.] *Harvard Educational Review* 37:290-293.
- (1968). *Constructing Social Theories*. Nueva York: Harcourt Brace World.
- (1975). «Social Structure and Politics.» En *Handbook of Political Science*, editado por Fred I. Greenstein Nelson W. Polsby. Vol. 3: *Macropolitical Theory*. Reading, Mass.: Addison-Wesley.
- (1976). «Marxist Theories of Power and Empirical Research.» En *The Uses of Controversy in Sociology*, editado por Lewis A. Coser y Otto N. Larsen. Nueva York: Free Press.
- (1978). *Theoretical Methods in Social History*. Nueva York: Academic Press.
- (1983). *Economic Sociology*. Nueva York: Academic Press.
- Lawrence Stone (1967). «News from Everywhere» [análisis de Barrington Moore, Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy*]. *New York Review of Books*, August 24, 1967, pp. 31-35.
- Jan Sundin y Eric Soderlund, eds. (1979). *Time, Space and Man: Essays in Microdemography*. Estocolmo: Almqvist Wiksell International.
- Francis X. Sutton (1982). «Rationality, Development, and Scholarship.» *Social Science Research Council Items* 36:49-57.
- Alexander Szalai (1972). *The Use of Time: Daily Activities of Urban and Suburban Populations in Twelve Countries*. La Haya y París: Mouton.
- Sidney Tarrow n.d. (1983). «Struggling to Reform: Social Movements and Policy Change During Cycles of Protest.» Occasional Paper n.º 15, Center for International Studies, Cornell University.
- John G. Taylor (1979). *From Modernization to Modes of Production: A Critique of the Sociologies of Development and Underdevelopment*. Atlantic Highlands, N.J.: Humanities Press.
- Charles Tilly, Louise A. Tilly y Richard Tilly (1975). *The Rebellious Century, 1830-1930*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Louise A. Tilly (1982). «Three Faces of Capitalism: Women and Work in

- Nineteenth Century French Cities.» En *French Cities in the Nineteenth Century*, editado por John Merriman. Londres: Hutchinson.
- (1983). «People's History and Social Science History.» *Social Science History* 7:457-474.
- Richard Tilly (1980). *Kapital, Staat, und sozialer Protest in der deutschen Industrialisierung*. Gotinga: Vandenhoeck Ruprecht.
- Richard M. Titmuss (1970). *The Gift Relationship: From Human Blood to Social Policy*. Londres: George Allen Unwin.
- Alexis de Tocqueville (1978). *Souvenirs*. Escritos en 1850-1851; primera edición en 1893. París: Gallimard.
- Per Torsvik, ed. (1981). *Mobilization, Center-Periphery Structures and Nation-Building*. Volumen en memoria de Stein Rokkan. Bergen: Universitetsforlaget.
- Arnold J. Toynbee (1947). *A Study of History*. Volumen abreviado de los vols. 1-6 por D. C. Somervell. Nueva York: Oxford University Press. [Edición en castellano: *Estudio de la historia*, Madrid, Alianza Editorial, var. eds.]
- Clive Trebilcock (1981). *The Industrialization of the Continental Powers, 1780-1914*. Londres: Longman.
- C. N. Vakil (1971). «General Report [on Asia].» En Institut International des Civilisations Différentes, *Les agglomérations urbaines dans les Pays du Tiers Monde: Leur rôle politique, social et économique*. Bruselas: Editions de l'Institut de Sociologie, Université Libre de Bruxelles.
- Ivan Vallier, ed. (1971). *Comparative Methods in Sociology: Essays on Trends and Applications*. Berkeley: University of California Press.
- Katherine Verdery (1983). *Transylvanian Villagers: Three Centuries of Political, Economic and Ethnic Change*. Berkeley: University of California Press.
- Jan de Vries (1978). «Barges and Capitalism: Passenger Transportation in the Dutch Economy, 1632-1839.» *A. A. G. Bijdragen* 21:33-398.
- Peter Wallensteen (1973). *Structure and War: On International Relations 1920-1968*. Estocolmo: Raben Sjogren.
- Immanuel Wallerstein (1974). *The Modern World System*. 2 vols. Nueva York: Academic Press. [Edición en castellano: *El moderno sistema mundial*, 2 vols., Madrid, Siglo XXI, 1979 y 1984.]
- (1976). «Modernization: Requiescat in Pace.» En *The Uses of Controversy in Sociology*, editado por Lewis A. Coser y Otto N. Larsen. Nueva York: Free Press.
- (1980). «Braudel le 'Annales', e la Storiografia contemporanea.» *Studi Storici* 21:5-18.
- John Walton (1984). *Reluctant Rebels: Comparative Studies of Revolution and Underdevelopment*. Nueva York: Columbia University Press.
- Harvey Waterman (1981). «Reasons and Reason: Collective Political Activity in Comparative and Historical Perspective.» *World Politics* 23:554-589.

- Max Weber (1972). *Wirtschaft und Gesellschaft*. 5.^a ed. Tubingen: J. C. B. Mohr. [Edición en castellano: *Economía y Sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, var. eds.]
- Robert P. Weller y Scott E. Guggenheim, eds. (1982). *Power and Protest in the Countryside: Studies of Rural Unrest in Asia, Europe, and Latin America*. Durham, N.C.: Duke University Press.
- Harrison White (1981). «Production Markets as Induced Role Structures.» En *Sociological Methodology 1981*. San Francisco: Jossey-Bass.
- (s.f.). «Notes on the Constituents of Social Structure.» Escrito inédito. Cambridge, Mass.: Harvard University.
- Gwyn W. Williams (1968). *Artisans and Sans-Culottes: Popular Movements in France and Britain during the French Revolution*. Londres: Arnold.
- Christerd Winberg (1975). *Folkökning och proletisering kring den sociala strukturvandlingen på Sveriges Landsbygd under den agrara revolutionen*. Grotteburg: Historiska Institutionen i Goteborg.
- Ian Winchester (1972). «On Referring to Ordinary Historical Persons.» En *Identifying People in the Past*, editado por E. A. Wrigley. Londres: Arnold.
- Eric R. Wolf (1982). *Europe and the People without History*. Berkeley: University of California Press. [Edición en castellano: *Europa y la gente sin historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.]
- Keith Wrightson (1982). *English Society, 1580-1680*. Londres: Hutchinson.
- Keith Wrightson y David Levine (1979). *Poverty and Piety in an English Village: Terling, 1525-1700*. Nueva York: Academic Press.
- E. A. Wrigley y R. S. Schofield (1981). *The Population History of England 1541-1871*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Alfred Young, ed. (1976). *The American Revolution: Explorations in the History of American Radicalism*. DeKalb: Northern Illinois University Press.
- Perez Zagorin (1982). *Rebels and Rulers, 1500-1660*. 2 vols. Cambridge: Cambridge University Press.
- Morris Zelditch (1971). «Intelligible Comparisons.» En *Comparative Methods in Sociology: Essays on Trends and Applications*, editado por Ivan Vallier. Berkeley: University of California Press.
- Ekkart Zimmerman (1983). *Political Violence, Crises and Revolutions*. Cambridge, Mass.: Schendkman.
- Aristide R. Zolberg (1980). «Strategic Interactions and the Formation of Modern States: France and England.» *International Social Science Journal* 32:687-716.

AGRADECIMIENTOS

El autor agradece el permiso para reimprimir el siguiente material:

De *Kings or People: Power and the Mandate to Rule* de Reinhard Bendix (University of California Press, 1978).

De *Social Origins of Dictatorship and Democracy* de Barrington Moore, Jr. Copyright © 1966 de Barrington Moore, Jr. Reimpreso con el permiso de Beacon Press.

De *States and Social Revolution* de Theda Skocpol (Cambridge University Press, 1979).

De *Europe and the People Without History* de Eric R. Wolf (University of California Press, 1982).

«Geoethnic Map of Europe Before the High Middle Ages» de Stein Rokkan (figura 1, página 133) apareció previamente en *The Formation of National States in Western Europe*, editado por Charles Tilly, copyright © 1975 por Princeton University Press, páginas 578-579. Ha sido reimpreso aquí con el permiso de Princeton University Press.

«Conceptual Map of Europe, Sixteenth to Eighteenth Centuries» de Rokkan (figura 2, página 134) es una adaptación del mapa aparecido en «Territories, Centres, and Peripheries», de Stein Rokkan, en *Centre and Periphery: Spatial Variation in Politics*, editado por Jean Gottman, copyright © 1980 por Sage Publications, Inc., página 170. Se utiliza aquí con el permiso de Sage Publications.

Todas las citas provenientes de fuentes en lenguas extranjeras han sido traducidas por el autor.

INDICE ONOMASTICO

- acción colectiva, 13, 71-73, 106-107; véase
rebelión; revolución
- Africa, 35, 74-75, 154-156
 Africa del Este, 108
 Sudáfrica, 60
- Alemania, 17, 39-40, 60, 106-107, 112-
 113, 116, 118-120, 131, 146-150
 del Este, 112
 Imperial, 116
- Alta Edad Media, 160-161
- Amberes, 95
- América, 102, 108, 118
 Norteamérica, 94
- Amsterdam, 95
- análisis histórico, 29-30, 82-84
 histórico mundial, 82-84
 macrohistórico, 82-86
 microhistórico, 82-86
 sistémico mundial, 82-84
- Anderson, Perry, 100, 102, 165
- Anjou, 136
- Arendt, Hannah, 114
- Asia, 35, 75
- avance, 65-67; véase desarrollo; moderni-
 zación
- Axelrod, Robert, 48-50
- Aya, Rod, 13
- Badie, Bertrand, 102, 165-167
- Bairoch, Paul, 94, 100
- Banks, Arthur S., 56-57
- Baviera, 17
- Bélgica, 60, 144, 163
- Bendix, Reinhard, 100, 105-109, 114,
 119, 120, 173-174
- Berlín, 39
- Birnbaum, Pierre, 102
- Blanchet, Didier, 65
- Bonnell, Victoria, 102, 139
- Bourne, Larry S., 41
- Braudel, Fernand, 12, 38-96
- Brasil, 156
- Brenner, Robert, 90
- Brinton, Crane, 66, 124-127
- Buckle, Henry, 124
- Budismo, 114
- burguesía, 137, 149-151
- Burgundia, 163
- cambio demográfico; véase población
 cambios, 20-22, 73-76
 sociales, 15-21, 26-29, 34, 62-63, 69, 81
- cambio social: como un fenómeno cohe-
 rente, 51-59

- campesinado, 17, 135-137, 146-148
 Canadá, 41, 67
 capital, 22, 41, 68, 69, 97, 171
 acumulación, 33, 36, 170-172
 concentración, 67-69, 84
 capitalismo, 21-24, 26, 30-33, 35, 37-92,
 95-101, 106, 107, 153-156, 168-169,
 178
 agrario, 136-137
 capitalistas, 21, 68, 91-92, 98, 99
 Caribe, 156
 categorías, 45-48, 85, 103
catnet, 45, 84, 85; véase categorías; redes
 Catolicismo, 164, 166
 Celtas, 160
 chantaje, 79
 Chase-Dunn, Christopher, 42
 Checoslovaquia, 40
 Chaing Kai-shek, 149
 Childe, V. Gordon, 87
 China, 82, 94, 107, 114-115, 116, 130,
 132-134, 138-141, 147-149
 Chirot, Daniel, 13
 cifras, 99-103
 coerción, 69, 82, 84, 85, 101-102
 Cole, Robert, 13
 Collins, Randall, 140
 Colombia, 156
 colonias norteamericanas, 93
 comercio, 39, 153-155
 Comité de Desarrollo Político, 60-61
 comparaciones
 generales, 81-109, 143, 145-151, 174,
 177
 globalizadoras, 105-107, 108, 109, 111,
 141-142, 152-172, 174-177
 identificadoras de la diferencia, 105-
 107, 108, 109, 111, 113, 115, 132,
 141-151, 167, 174-177
 individualizadoras, 12, 105-106, 110-
 120, 142, 149, 174, 176
 internacionales, 53-61
 transversales, 53-59
 universalizadoras, 105-108, 111, 121-
 142, 174, 175, 176
 comportamiento social, 43-51
 Comte, Auguste, 37, 124
 concentración, 67-69
 conflicto: político, 73
 rural, 135-138; véase rebelión; revoluc-
 ción
 contingencia, 72-73
 Cooper, Frederick, 13
 Coser, Lewis, 130
 Coulanges, Fustel de, 114
 creencia, 114, 116-120; véase religión
 crecimiento: económico, 54-55, 65, 66,
 88; véase desarrollo
 Crenshaw, Martha, 77
 crimen, 17, 34, 36, 73, 74; véase violencia
 Cristianismo, 114
Cross-Polity Survey, 56
 curva-J, 127, 129
 Cutright, Phillips, 58-59
 Danilevsky, Nicholas, 123-124
 Davies, James, 127-129
 Delacroix, Jacques, 54-56
 democracia, 119-120, 159
 capitalista, 147, 148
 encubridora, 147, 148
 parlamentaria, 150
 demografía, 86, 88
 Depresión Americana, 128
 de Tocqueville, Alexis, 20-21, 100, 128
 desarrollo, 56-59, 74, 101
 crisis de, 60-61
 político, 165, 166; véase modernización
 desdiferenciación, 27, 68-69; véase diferen-
 ciación
 desindustrialización, 23-24; véase indus-
 trialización
 desintegración, 35; véase integración
 desorden, 18-20, 27-28, 34, 70-76; véase
 orden
 de Vries, Jan, 89
 diferenciación, 16-22, 27-29, 34-37, 56-
 57, 62-74, 77, 81, 115, 164-165
 geopolítica, 159-160
 difusión: como un proceso de cambio
 social, 51-53, 115
 Dilema del Prisionero, 48-49
 Dinamarca, 167
 distribución, 82, 85, 88
 toma y daca, 49, 50

- Doyle, William, 139
 Durkheim, Emile, 28, 64-66, 100
 Echavarría, J. Medina, 35
 Eckstein, Harry, 72
 economía, 88, 90
 mundos económicos, 90, 92
 Ecuador, 156
 Eisenstadt, S. N., 74, 100, 108
 eje de la «economía estatal», 163-164
 Elster, Jon, 50
 Enrique VIII, 117
 Ersatz Laboratorio, 143
 Escandinavia, 60, 157
 España, 60, 107, 156, 168
 especialización: ocupacional, 17-18
 estadios, 121-122, 125-126
 histórico; véase desarrollo
 estadios de desarrollo, 63-65
 estadística; véase números
 estado, 92, 132, 148, 169, 170
 estados nacionales, 16, 21, 24-27, 30, 39,
 69, 97-98, 104, 168-171, 177
 Estados Unidos, 41, 60, 67, 77, 108, 111-
 113, 144, 148
 Estonia, 167
 Europa, 22-26, 39, 67-68, 69, 82, 88-98,
 102, 107, 122, 153, 156-160, 163-172
 occidental, 114-115
 siglo XIX, 67
 evolución, 65-67
 Fascismo, 147, 148
 fecundidad humana, 30-31, 36, 57-58,
 174-175
 feudalismo, 149-150
 Fichte, Johann Gottlieb, 118
 Finlandia, 167
 Flandes, 136, 163
 formación del Estado, 11-12, 26-27, 84-
 85, 160, 163-164, 170
 Francia, 12, 19, 40, 60, 93, 106-108, 111,
 116-118, 130-141, 144, 147-150, 157,
 163, 168, 171
 rural, 135
 Frank, André Gunder, 90, 154, 155, 156
 fraude, 76
 fronteras, 39-42
 fuerza: ilegítima *versus* legítima, 76-81
 Gales, 158
 Galton, Sir Francis, 37, 38
 Gamson, William, 47
Gemeinschaft und Gesellschaft, 22
 Génova, 95
 gentes, 114-120
 Germani, Gino, 75
 Guerra Civil Americana, 128, 146, 151
 Gerschenkron, Alexander, 122
 Gillis, Roland, 13
 Goethe, Johann Wolfgang von, 118
 Gregg, Philip M., 56-57
 Grew, Raymond, 13, 60, 108
 gobernantes, 92, 166, 169-171
 Gran Catador, 142
 Gran Bretaña, 12, 91, 106, 111, 126, 127,
 151, 168
 Grupo de Cambridge, 86
 Guerra, 22-23, 76-77, 169-171
 Haití, 40
 Hamblin, Robert, 51-53, 138
 Hamerow, Theodore S., 19
 Hamilton, William D., 49
 Hammel, E. A., 39
 Hannan, Michael, 38
 Hardenberg, Karl August von, 19
 Hauser, Philip M., 35
 Hechter, Michael, 13, 108
 Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 50, 118
 Henry, Louis, 86
 Hibbs, Douglas, 102
 Hilger, Dietrich, 19, 20
 Hill, Christopher, 126
 Hintze, Otto, 112
 Hirschman, Albert, 110-111
 historia, 81-86, 90, 101, 108-109, 153,
 155-159, 165-167, 177
 natural, 121-127
 social, 86, 94
 total, 87-96
 Hobsbawm, E. J., 86

- Holanda, 95, 144, 171
 Hong Kong, 40
 Hungría, 40
 Hunt, Lynn Avery, 13
 Huntington, Samuel P., 108
- Ibéricos, 153, 156
 Imperio Habsburgo, 38, 163
 impuestos, 76-78, 170-172
 Imperio Romano, 159-160, 164
 India, 94, 131, 148
 industrialización, 16-18, 23-24, 34, 67, 84, 93, 115
 Inglaterra, 24, 94-95, 107, 111-113, 116-118, 132-135, 140-141, 147-150, 155-156, 174; *véase* Gran Bretaña
 inherencia, 72
 Inkeles, Alex, 54, 115
 integración, 18-20, 27, 28, 34, 36, 69-74, 77
 interacción, 43-45, 48-51, 85
 intercambio, 84, 88, 90, 154
 Islam, 114
 Island, 67, 164
 Italia, 40, 60, 106, 107, 163, 168
- Jacobsen, Brooke, 51-53
 Jantke, Carl, 19-20
 Japón, 67, 114-116, 132-133, 140-141, 146-150
- Kant, Immanuel, 118
 Katznelson, Ira, 13
 Kelly, William R., 58-59
 Kerr, Clark, 122-123
 Kick, Edward, 42
 Kroeber, Alfred, 123
 Kula, Witold, 90
 Kuwait, 60
- Languedoc, 136
 Latinoamérica, 35, 36, 74-75, 155
 Lefebvre, Georges, 126
 Lenski, Gerhard, 108
 Lerner, Daniel, 65, 66
- LeRoy Ladurie, Emmanuel, 87
 Lessing, Gotthold Ephraim, 118
 Levine, David, 30, 86
 Liechtenstein, 144
 Livonia, 167
 Loira, 136
 Londres, 95
 Luis Napoleón, 30
 Luxemburgo, 144
- Mandel, Ernest, 155
 Mapa Geotécnico de Europa, 161
 Mapas Conceptuales de Europa, 159-172, 174
 Margadant, Ted, 30
 Marwitz, general Von der, 19, 20
 Marx, Carl, 23, 28, 33, 50, 63, 69, 100-103, 151
 Maximiliano, Rey de Bavaria, 17
 McNeill, William, 87
 mecanización, 16-17, 23, 92; *véase* industrialización
 Mediterráneo, 87, 89, 159, 164
 mercaderes, 89-92, 135, 137
 Merton Robert, 13
 Meyer, John, 37
 migración, 17, 22, 23, 30, 31, 34, 39-41, 74-76, 93, 157
 rural, 34, 74-76
 militar, 24, 78, 138-140, 149, 176; *véase* guerra
 Mill, John Stuart, 133
 Miller, Jerry, 51-53
 movilidad; *véase* migración
 modelos de revolución, 127-129
 modernización, 54-57, 63-66, 74, 101, 122-123, 149; *véase* desarrollo
 monarquía, 114, 118-119, 137-138
 Montesquieu, 37, 110-111
 Moore, Barrington, Jr., 100-102, 107-109, 130-131, 146-151, 173-174
 Morrill, Richard L., 41
 mortalidad, 93, 175
 movilidad; *véase* migración
 movimientos sociales, 47-48, 74
 multiplicidad, 104-105, 107
 Mumford, Lewis, 89

- Naciones Unidas, 63, 145
 Napoleón, 39
 Nazi, toma del poder, 128, 148, 149
 Nelson, Joan, 75-76
 Newton, Sir Isaac, 51
 Noruega, 158
 Nueva York, 95, 167
- Oberschall, Anthony, 72-73
 O'Brien, Conor Cruise, 77
 Oeste, 112
 Olson, Mancur, 49
 orden, 12, 33, 69-71, 74, 76
 Oriente, 153
- Paige, Jeffery, 100, 106, 107
 Países Bajos, 89
 Pareto, Vilfredo, 66
 Parsons, Talcott, 66-67
 Perrot, Michele, 86
 Perú, 156
 Platón, 45
 población, 47, 57-58, 59, 68, 69, 88, 93-94, 103, 104
 política, 157-159, 163-167
 Pollard, Sidney, 122
 Polonia, 60
 Portes, Alejandro, 54
 Portugal, 60, 156
 Postulados Perniciosos, 26, 28, 32-86, 103-109, 177
 Poston, Dudley R., 58-59
 producción, 67-69, 82, 84, 85, 88, 90-92, 95, 98, 99, 101-102, 154, 155
 agrícola, 158
 proletariado, 17, 20
 proletarización, 12, 23-24, 85, 117
 protestantismo, 118, 164
 Proudhon, Pierre-Joseph, 20
 Prusia, 18, 39, 116, 132-133, 140-141, 148-149, 163
 puritanismo, 117
- Ragin, Charles, 54-56
 rebelión, 17-18, 34, 71-74, 76, 117, 128, 130, 131, 134
 Rebelión de Dorr, 128
- Rebelión de Leister, 128
 campesina, 135-138, 140-141, 148, 149;
 véase revolución
 redes, 46-48, 82-85, 103
 urbanas, 157, 158
 Reforma, 157-158, 163
 Reino Unido, 60
 relaciones, 44-47, 50, 85, 86
 religión, 35, 67, 117, 164, 168
 República Austriaca, 29
 República Democrática, 39; *véase* Alemania
 República Dominicana, 40
 República Federal, 39, 144; *véase también* Alemania
 República Popular China, 40
 República de Weimar, 119
 revolución, 124-129, 140-147
 americana, 124-128
 china, 129, 139
 egipcia de 1952, 128
 francesa, 18-20, 124-128, 129, 139
 inglesa, 124-127
 iraní de 1979, 124
 prusiana de 1848, 118
 rusa, 124-128, 129, 130, 138-139
 social, 129, 132-134, 137, 139-141
 Revolución Industrial, 92, 94
 revueltas; *véase* rebelión
 reyes, 114-120; *véase* monarquía
 Richet, Denis, 93
 Richter, Melvin, 110
 Rokkan, Stein, 107-109, 156-172, 173-174
 Roy, William, 13
 Rubinson, Richard, 42
 Rudé, George, 86
 Rule, James, 13
 ruptura, teorías de, 72-74
 Rusia, 60, 102, 112-114, 116, 132-134, 138-141, 147-150
- Safa, Helen Icken, 35
 Saint-Simon, Henri de, 124
 Schelling, Thomas C., 79
 Schiller, Friedrich von, 118
 Schofield, R. S., 86, 88